

LEYENDAS DE LA DRAGONLANCE

Volumen III

EL UMBRAL DEL PODER

Margaret Weis - Tracy Hickman

Traducción: Marta Pérez

Poemas: Michael Williams

Ilustración de la cubierta: Ernesto Meló

TIMUN MAS

A mi hermano, Gerry Hickman, quien me enseñó cómo debe ser una relación fraternal.

Tracy Hickman

A Tracy, con mi más efusivo agradecimiento por haberme permitido entrar en su mundo.

Margaret Weis

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Título original:

Dragonlance Legends™ - Test of the Twins

© TSR, Inc. 1986

All rights reserved

«Dungeons & Dragons®, D&D® y Dragonlance®»

son marcas registradas por TSR® Hobbies, Inc.

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:

Editorial Timun Mas, S.A. 1988

Castillejos, 294. 08025 Barcelona

ISBN: 84-7722-184-7 (obra completa)

ISBN: 84-7722-187-1 (volumen III)

Depósito legal: B. 9.911-88

Emegé Industrias Gráficas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

AGRADECIMIENTOS

Quisiéramos dar las gracias al equipo Dragonlance: Tracy Hickman, Harold Johnson, Jeff Grubb, Michael Williams, Gali Sánchez, Gary Spiegle y Carl Smith.

Queremos dar también las gracias a aquellos que se nos unieron en Krynn: Doug Niles, Laura Hickman, Michael Dobson, Bruce Nesmith, Bruce Heard, Michael Breault y Roger E. Moore.

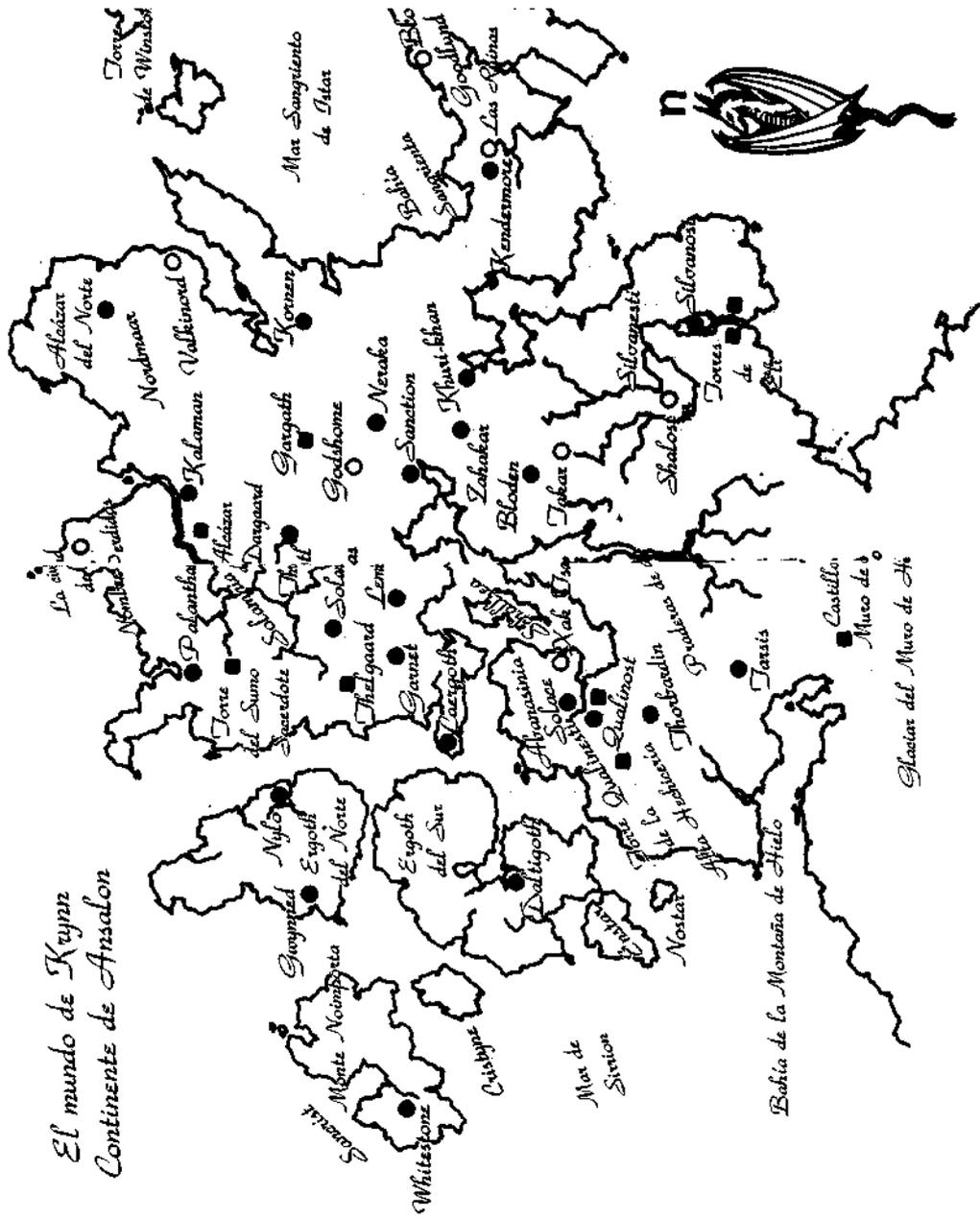
Nuestro agradecimiento a la editora, Jean Blashfield Black, quien tuvo fe en nosotras.

Y, finalmente, nuestro más profundo reconocimiento a todos los que nos han ayudado: David «Zeb» Look, Larry Elmore, Keith Parkinson, Clyde Caldwell, Jeff Easley, Ruth Hoyer, Carolyn Vanderbilt, Patrick L. Price, Bill Larson, Steve Sullivan, Denis Beauvais, Valerie Valusek, Dezra y Terry Phillips, Janet y Gary Pack, a nuestras familias y a todos los que nos han escrito.

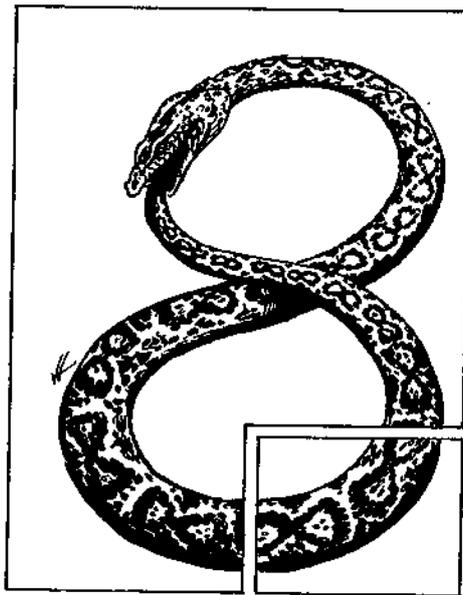
Margaret Weis y Tracy Hickman



*El mundo de Krynn
Continente de Ansalon*



LIBRO I



El mazo de los dioses

Como un afilado acero, el clarín rasgó el aire otoñal, mientras los ejércitos

enaniles de Thorbardin avanzaban hacia los llanos de Dergoth para enfrentarse con sus enemigos, sus hermanos. Varias centurias de odio e incomprensión entre los habitantes de las colinas y sus parientes de las montañas se vertieron, en forma de sangre, sobre la planicie. La victoria, una meta que nadie perseguía, se convirtió en algo absurdo, carente de sentido. Vengar agravios cometidos mucho tiempo atrás por los ancestros de ambos bandos, por criaturas muertas y olvidadas, era la finalidad común: matar, destruir, ése fue el objetivo de la guerra de Dwarfgate.

Fiel a su palabra, Kharas, el héroe de los enanos, batalló en defensa de su rey. Barbilampiño, inmolada su barba como símbolo de la vergüenza que le producía luchar contra quienes consideraba sus parientes, se situó a la cabeza de las tropas y sollozó, desconsolado, mientras abatía a quien se ponía al alcance de su mazo. Cada vez que asestaba un golpe mortal se repetía, sin poder evitarlo, que el término «triumfo» se había tergiversado hasta transformarse en sinónimo de aniquilamiento. Vio caer los estandartes de los dos grupos rivales, mezclarse con el fango y yacer mancillados en la llanura cuando el ansia de desquitarse, en una marea sanguinolenta, dominó a los contendientes. Comprendió que fuera quien fuese el ganador todos habían de perder, así que desechó su pertrecho, aquella portentosa herramienta confeccionada bajo los auspicios de Reorx, su dios, y abandonó el campo.

Muchas fueron las voces que lo tildaron de cobarde. Si Kharas las oyó, fingió ignorarlas. Su corazón conocía el significado de aquel acto; no necesitaba escuchar a quienes calificaban su conducta sin entenderla. Derramando amargas lágrimas, limpiándose las manos de la savia vital de sus congéneres, buscó entre los cadáveres los cuerpos exánimes de los dos amados hijos del rey Duncan. Cuando los hubo encontrado, arrojó sus restos mutilados, despedazados, sobre la grupa de un caballo y se alejó de los llanos de Dergoth en dirección a Thorbardin.

Muy pronto, Kharas interpuso distancia, pero no la suficiente para que no llegaran a sus tímpanos las llamadas a la venganza, el estrépito del acero, los gritos de los moribundos. No volvió la mirada, pero sabía que aquellos sonidos retumbarían en su memoria hasta el fin de sus días.

A lomos de un segundo corcel que halló en las inmediaciones suelto, perdido su jinete, cabalgó hacia las Montañas Kharolis. En el instante en que recorría sus estribaciones, impregnó el ambiente un fantasmal zumbido, un eco ominoso que hizo piafar a su montura. El consejero detuvo el caballo y le acarició la testuz, deseoso de sosegarlo, mientras oteaba, inquieto, su entorno. ¿Qué había sido aquello? No era uno de los ruidos propios de la guerra ni, desde luego, lo había originado la naturaleza.

Ahora sí giró el rostro. El estampido procedía de las tierras de las que acababa de desertar, del paraje donde los enanos se sometían a una cruenta matanza mutua en nombre de la justicia. Aumentó la magnitud del singular fragor; sus notas sordas, amenazadoras, adquirieron un volumen de pésimo augurio. El héroe se estremeció y bajó la cabeza al acercarse el temible rugido, semejante a un trueno brotado de las entrañas del mundo.

«Es Reorx quien lo provoca —aventuró, aterrorizado—. Nuestra divinidad manifiesta así su ira, nos anuncia que estamos condenados.»

La onda sónica se propagó hasta agredir a Kharas como una ventolera tórrida, abrasadora y pestilente, que, en su arremetida, casi le arrancó de la silla. Nubes de arena y polvo le envolvieron, metamorfoseando el día en una noche horrible, perversa. Los árboles se retorcieron en su derredor, los caballos relincharon espantados y a punto estuvieron de lanzarse, desbocados, a una desenfrenada carrera. En aquella barahúnda, lo único que podía hacer el consejero era mantener el control de los équidos.

Cegado por el hediondo huracán, medio asfixiado y tosiendo, el enano se cubrió

la boca e intentó, como pudo en la repentina oscuridad, proteger también los ojos de los corceles. Nunca sabría cuánto tiempo pasó inmerso en aquel torbellino de cenizas, en aquella corriente ígnea cargada de presagios pero, tan súbitamente como se había iniciado, cesó su embestida.

Se asentó la polvareda. Los torturados troncos se enderezaron, los animales recobraron la calma. El ciclón se disolvió en las suaves brisas del otoño, dejando tras de sí un silencio más agobiante que el atronador estruendo.

Lleno de presentimientos, Kharas azuzó a los caballos a seguir tan deprisa como les permitían sus exhaustas patas y ascendió a las montañas, ansioso de encontrar una atalaya desde donde divisar el panorama. Al fin, la descubrió en un peñasco que se proyectaba sobre el precipicio. Ató las cabalgaduras y su lastimero fardo en un matorral cercano, se asomó a las planicies de Dergoth y, temeroso, contempló la región que se extendía a sus pies.

Sobrecogido, comprobó que no se movía una criatura viviente en el escenario de la batalla. Nada quedaba allí salvo rocas y suelos devastados.

Los ejércitos rivales parecían haber sido borrados de la faz de Krynn. Tan destructor había sido el encuentro que ni siquiera se veían cadáveres en la antes atestada planicie. Incluso el aspecto del terreno se había modificado. La mirada de Kharas se centró en el punto donde se alzaba la fortaleza de Zhaman con sus torres, altas y gráciles, imponiéndose a los accidentes naturales. Se había derrumbado, aunque no del todo. Como vestigio de su existencia, se había formado, en su antiguo emplazamiento, configurado por sus mismas ruinas, un montículo que al apabullado observador se le antojó un cráneo humano que, en un rictus sarcástico, oteaba una desértica llanura de muerte.

—Reorx, padre, Gran Forjador del Universo, perdónanos —murmuró Kharas, nublada su visión por las lágrimas.

Luego, inclinando la cabeza, compungido, el héroe reemprendió la marcha hacia Thorbardin.

Los enanos creerían, porque él así se lo comunicaría, que la hecatombe de la planicie había sido decidida por la divinidad. El hacedor, en su infinita cólera, había descargado su hacha sobre el país para aplastar a sus criaturas.

Las *Crónicas* de Astinus, no obstante, registrarían los sucesos tal como en realidad se desarrollaron:

En la cúspide de sus poderes mágicos, Raistlin, el archimago, también conocido como Fistandantilus, y Crysania, la sacerdotisa de Paladine, investida de blanco hábito, intentaron traspasar el Portal que conduce al Abismo a fin de desafiar, una vez al otro lado, a la Reina de la Oscuridad.

Eran infames e inconfesables los crímenes que había cometido el nigromante para llegar a este punto, colofón de sus ambiciones. La túnica negra que vestía estaba manchada de sangre, la suya propia en gran parte. Sin embargo, aquel hombre conocía el corazón de los mortales y sabía cómo manipularlo, envilecerlo de tal modo que aquellos que deberían haber denostado sus acciones acabaran admirándole. Tal era el caso de Crysania, de la casa de Tarinius. Hija Venerable de la Iglesia, la dama poseía una fisura fatal en la marmórea superficie del alma. Su hendidura, su flaqueza, fue detectada por Raistlin, quien, lejos de respetarla, la ensanchó hasta abrir una brecha susceptible de dividir su ser y, al fin, engullir sus sentimientos.

La sacerdotisa, ignorante de los oscuros manejos del hechicero, lo siguió hasta el Portal. Allí invocó a Paladine, su dios, y éste escuchó sus plegarias, pues, en verdad, la mujer era su elegida. Raistlin apeló a su arte arcano y tuvo éxito, ya que ningún

magó había ostentado antes el poderío de aquel joven.

El Portal se desencajó, presto a admitirles.

Comenzó el nigromante a atravesar el acceso, pero un ingenio para viajaren el tiempo, que, en aquel mismo instante, activó Caramon, su hermano gemelo, junto al kender llamado Tasslehoff Burrfoot, se interfirió en el sortilegio destinado a romper el sello de la inigualable entrada a ultratumba. El campo magnético se deshizo con consecuencias imprevistas y desastrosas.

1

¿Dónde estamos?

— ¡No puede ser! —exclamó Tasslehoff. Caramon clavó una severa mirada en el kender.

—Te aseguro que no ha sido culpa mía, amigo —protestó el hombrecillo.

Mientras hablaba, examinó el paraje; luego, unos segundos más tarde, observó a su corpulento compañero, sin perder por ello de vista cuanto les rodeaba. Comenzó a temblarle el labio inferior y buscó su pañuelo, para contener un estornudo o, quizá, para secarse las lágrimas. No lo encontró. Tanto el fino paño como sus saquillos se habían volatilizado; en la excitación del momento, no recordaba que todas sus pertenencias habían quedado en las mazmorras de Thorbardin.

La experiencia fue emocionante. Unos segundos antes, Caramon y él se hallaban en la fortaleza mágica de Zhaman, manejando el artilugio que debía teletransportarles al hogar y, al formular Raistlin su encantamiento, se había originado una terrible conmoción. Las rocas crujían y se desencajaban de su asentamiento hasta que, tras sentir el hombrecillo que las fuerzas en conflicto tiraban de su persona en seis direcciones diferentes, le circundaron unos vertiginosos vapores y apareció en aquel lugar.

En aquel lugar, sí, pero ¿dónde? No supo identificarlo, fuera cual fuese el punto de destino, no era como su añorada patria.

El guerrero y él se hallaban en un sendero de montaña, en la proximidad de un enorme peñasco y cubiertos hasta los tobillos por un fango viscoso y ceniciento que alfombraba el terreno hasta el lejano horizonte. Aquí y allí se proyectaban, sobre el blando manto del lodazal, los pináculos aserrados de algunas rocas partidas. No había señales de vida, nada ni nadie podía medrar en semejante desolación. Ningún árbol se mantenía en pie, sólo tocones chamuscados se perfilaban en aquella densa y mullida capa que todo lo desfiguraba. Hasta donde alcanzaba la vista, hasta la límpida línea en que la tierra se unía con el cielo, no se divisaba sino una ciénaga yerma, inmensa.

Tampoco el firmamento ofrecía consuelo. Extendiéndose sobre ellos, era gris y vacío. Al oeste, no obstante, rompía la monotonía una zona de extraños tonos violáceos, una masa de nubes tormentosas que bullían al iluminarlas los mortecinos relámpagos, tan distantes que únicamente arrancaban fulgores azulados de los espesos cúmulos donde se cobijaban. Y, en cuanto al sonido, sólo el vago retumbar del trueno se abría paso en el silencio. No se detectaban otros ruidos, ni movimiento, ni nada de nada.

Caramon exhaló un profundo suspiro y se frotó la cara con una mano. El calor era intenso y, aunque no llevaban sino unos minutos en el lugar, una fina película de ceniza se había adherido a su piel sudorosa.

—¿Dónde estamos? —preguntó en tonos regulares, medidos.

—No tengo la menor idea —confesó Tas. Hizo una pausa, e inquirió a su vez—: ¿Y tú?

—He seguido tus instrucciones al pie de la letra —repuso el aludido, impregnada su voz de una ominosa calma—. Según Gnimsh, al menos así lo afirmaste, lo único que debíamos hacer era pensar en el punto al que queríamos trasladarnos y nos materializaríamos en él. Puedo asegurarte que sólo he invocado en mi mente la imagen de Solace.

—¡También yo! —se defendió el kender, que había percibido un velado reproche en la explicación de su compañero—. Bueno —rectificó, consciente del escrutinio del hombretón—, al menos me he concentrado en esa ciudad la mayor parte del tiempo.

—¿Cómo? —se escandalizó Caramon, aunque procuró mantener la tranquilidad.

—Verás —admitió Tasslehoff tragando saliva—, por un breve instante, me ha asaltado la idea de cuan divertido e interesante, cuan extraordinario sería visitar...

—Visitar ¿qué? —indagó Caramon.

—Una l... lu... —tartamudeó el otro. Pero, al advertir que el guerrero se impacientaba, se armó de valor y vociferó—: ¡Una luna!

—¡Una luna! —se horrorizó su fornido amigo—. ¿Puedo saber cuál de ellas? —añadió unos momentos más tarde, mientras oteaba el panorama con creciente resquemor.

—Cualquiera de las tres. Supongo que no hay muchas diferencias entre una y otra —comentó el hombrecillo, encogiéndose de hombros—. Salvo, por supuesto, que Solinari debe estar plagada de refulgentes rocas de plata y Lunitari de piedras encarnadas. La otra es, sin duda, un espacio de tinieblas, aunque como nunca la he vislumbrado, no podría asegurarlo.

El corpulento luchador emitió un gruñido. Tas decidió que más valía contener la lengua. Calló, pues, mientras su compañero paseaba una solemne mirada por las inmediaciones. No duró la pausa, sin embargo, más de tres minutos, ya que se necesitaba una paciencia superior a la que el kender podía imponerse, o una daga apuntada a su garganta, para prolongar su mutismo.

—Caramon —lo interpeló—, ¿crees que lo hemos logrado? Me refiero, claro está, a catapultarnos a un satélite. Lo cierto es que este paisaje en nada se asemeja a cuantos he contemplado, aunque su superficie no es argéntea, ni roja, ni siquiera negra.

—No me extrañaría demasiado —farfulló el interpelado en sombría actitud—, teniendo en cuenta que una vez nos guiaste a un puerto de recreo que estaba situado en el centro de un desierto.

— ¡Aquello tampoco fue culpa mía! —se defendió, indignado, Tasslehoff—. Hasta Tanis aseveró...

—Sea como fuere —le interrumpió el guerrero con palpable desconcierto—, a pesar de su insólita apariencia, este lugar me resulta vagamente familiar.

—Muy cierto —corroboró el hombrecillo, al mismo tiempo que ojeaba de nuevo aquellas extensiones de lodazal desfigurado por la ceniza—. Me recuerda a algo, ahora que lo mencionas, aunque no atino a saber qué. El único paraje comparable a éste que me viene a la memoria es el Abismo —dijo, en un quedo y tembloroso susurro.

Los cargados nubarrones se habían acercado de manera inexorable durante este diálogo, proyectando sobre el desnudo territorio unas sombras aún más fantasmagóricas. Trajeron consigo un viento caliente y, al detenerse, esparcieron una fina lluvia que se mezcló a la volátil ceniza. Se disponía Tas a hacer una observación acerca de la cualidad pegajosa de la lluvia, cuando, sin previo aviso, el mundo estalló a su alrededor.

Al menos, así se le antojó al kender. Sacudieron la tierra una luz deslumbradora, un sonido sibilante y un baque estentóreo, sordo, y el hombrecillo se encontró sentado en el barro, al borde de un gigantesco agujero que había engullido el suelo a escasos metros de ellos.

—¡En nombre de los dioses! —renegó Caramon, y se inclinó hacia su amigo para ayudarlo a incorporarse—. ¿Estás bien?

—Creo que sí —repuso éste, conmocionado. Antes de que reaccionara, un segundo relámpago fulminó los contornos y arrojó al aire cantos de roca, que se desparramaron entre los cenicientos vapores—. ¡Caramba, ha sido espléndido! Aunque, si he de serte sincero, no me apetece nada que se repita —se apresuró a agregar, por temor a que el cielo, más oscuro a cada instante, resolviera mostrarse complaciente y le obsequiara con un nuevo fognazo.

—Dondequiera que nos encontremos —sentenció el guerrero—, debemos alejarnos de estas alturas. Al menos hay un camino, que conducirá a algún sitio.

Al otear el encharcado sendero y el valle que se abría a su término, no menos cenagoso, Tasslehoff se dijo que cualquier otro enclave de la región sería tan poco halagüeño como aquél; pero, consciente del estado taciturno en el que se había sumido Caramon, optó por guardarse sus cábalas para sí mismo.

Mientras vadeaban el lógamo que inundaba el único camino practicable, la ventolera arreció, clavando en su carne astillas ennegrecidas y rescoldos apenas apagados. Los rayos danzaban entre los árboles y los hacían explotar en bolas de fuego verde o azulado. La tierra se agitaba bajo el bramido del trueno y, en suma, la tempestad, enseñoreada de la atmósfera, persistía en castigar aquella zona hasta el extremo que, ahora, las nubes se amasaban como un manto uniforme.

Caramon, que era quien marcaba el paso, aceleró la marcha. Forzaron ambos su trabajoso avance por la ladera y al rato llegaron a lo que, en un tiempo más o menos remoto, debió de ser una hermosa vaguada. Tas se representó la explanada que se desplegaba ante sus ojos como una pradera salpicada de árboles, que, en el otoño, se vestían de oro, color que, cuando llegaba la primavera, mudaban por el verde.

Vio aquí y allí espirales de humo que, casi antes de elevarse, eran arrastradas por el huracán. «Seguramente esas volutas son producidas por el embate de los relámpagos», reflexionó. Pero, a causa de una intrigante asociación de ideas, aquel espectáculo le traía reminiscencias de otro. Como le sucedía a su compañero humano, estaba convencido de que conocía el paraje.

Sorteando el limo, tratando de ignorar los estragos que aquella desagradable sustancia producía en su calzado y sus vistosos calzones azules, Tasslehoff recurrió a una vieja estratagema de su raza, que sólo debía utilizarse en caso de extravío inminente. Entornó los ojos, vació su mente de cualquier preocupación y, acto seguido, ordenó a su cerebro que esbozara las líneas de un paisaje idéntico al que les circundaba. La lógica que se escondía tras este proceder era que, como resultaba más que probable que algún miembro de su familia hubiera recorrido antes la zona, el recuerdo de ésta habría sido transmitido de alguna manera a sus descendientes. Aunque esta teoría nunca había podido probarse científicamente —los gnomos trabajaban en ella y habían expuesto sus conclusiones—, no era menos cierto que no se habían registrado kenders perdidos en toda la historia de Krynn.

Sea como fuere, Tas, hundido hasta la espinilla en el encharcado camino, bloqueó toda visión susceptible de distraerle y trazó en su cerebro una réplica de los alrededores. Acudió a su llamada interior un diseño tan límpido, tan claro, que se sobresaltó, persuadido de que los mapas de su ancestro nunca asumieron semejante perfección. Distinguió en el cuadro árboles colosales, montañas en el horizonte y un lago.

Abrió los ojos con un respingo. ¡Un lago! No lo había detectado antes, acaso porque había adoptado la misma tonalidad grisácea, indefinida, que el ceniciento terreno. ¿Quedaba agua en su recinto, o se había colmado de barro?

«Me pregunto —pensó— si mi tío Saltatrampas visitó alguna vez una luna. Si fue así, ya entiendo por qué reconozco el terreno. Sin embargo, de haber vivido una experiencia de tal calibre se la habría relatado a alguien. Quizá quiso hacerlo, pero los goblins le devoraron antes de que tuviera oportunidad de compartir su viaje. Y, hablando de devorar...»

—Caramon —interpeló al hombretón—, ¿te proveíste de agua para el viaje? —Hubo de alzar la voz, de otro modo el estruendo reinante habría ahogado sus palabras—. Yo no, ni tampoco de alimento sólido. No creí que fuéramos a necesitarlo, dado que regresábamos a casa.

Iba a continuar, pero, de pronto, distinguió algo que borró de su ánimo toda noción de necesidades materiales y, también, el recuerdo del tío Saltatrampas.

— ¡Oh, Caramon! —Se agarró al guerrero, y estiró el índice en dirección al fenómeno—. ¿Es el sol aquello que despunta en el firmamento?

—¿Qué otra cosa podría ser? —contestó, malhumorado, su acompañante,

examinando a su vez el disco, que acuoso y amarillento, había asomado a través de una brecha en los nubarrones—. Y no, no tengo agua con la que saciar nuestra sed, así que te recomiendo que te abstengas de importunarme sobre ese particular.

—¿Por qué has de ser tan antipático? —le regañó el kender, pero, al observar la expresión del guerrero, desistió de su empeño.

Hicieron un alto en mitad del inseguro, resbaladizo sendero. El tórrido viento soplaba en su derredor, azotando los mechones sueltos del copete de Tas como si fueran una bandera y ondulando la capa del que había sido general. El hombretón reparó en el lago, el mismo que visualizara su pequeño amigo, y su rostro se tornó pálido, sus pupilas se enturbiaron. Transcurridos unos momentos echó de nuevo a andar, con ostensible desaliento, y el kender, entre suspiros, acometió también el accidentado trayecto. Había tomado una decisión.

—Caramon —propuso—, salgamos de aquí. Abandonemos este lugar. Aunque sea uno de los satélites que mi tío Saltatrampas debió de inspeccionar antes de convertirse en un festín para los goblins, no resulta nada divertido. Hablo de la luna, no del hecho de servir de cena a esos monstruos, lo que, bien pensado, tampoco debe de ser muy entretenido. Con toda franqueza, opino que este astro es tan tedioso como el Abismo y, además, huele todavía peor. Por otra parte, allí nunca estaba sediento y aquí, en cambio..., tampoco —rectificó, recordando demasiado tarde que era un tema prohibido—. Lo que ocurre es que tengo la boca seca, pastosa, y me cuesta un gran trabajo hablar en tales condiciones. Conservamos el ingenio mágico —afirmó y, a fin de recalcarlo, alzó el cetro incrustado de joyas, temeroso de que el guerrero hubiera olvidado su existencia durante la última media hora—. Te prometo, te juro solemnemente, que en esta segunda intentona me concentraré en Solace y descartaré cualquier otro anhelo.

—Calla, Tas —le conminó el férreo luchador.

Habían llegado al valle. El cieno alcanzaba los tobillos del grandullón, lo que significaba que había engullido las piernas de Tasslehoff hasta la pantorrilla. Las vicisitudes sufridas durante la fatigosa marcha habían hecho renquear de nuevo al antiguo general. Era una secuela de la herida que le dejara en una pierna la batalla librada contra los conspiradores dewar en la fortaleza mágica de Zhaman. Y, para colmo de males, exhibía en su rostro la huella de un agudo dolor.

También se adivinaba otro sentimiento en sus contraídas facciones, un resquicio de temor, que provocó una honda desazón en el kender. Deseoso de averiguar el motivo de tan desusado talante, Tasslehoff escrutó la planicie. Pero, tras un breve reconocimiento, meditó que el panorama no era desde abajo más gris que desde la loma. Nada había cambiado, excepto la penumbra, que se había incrementado. Las nubes eclipsaron de nuevo el sol, lo que no dejó de aliviar al hombrecillo, porque aquel disco más parecía una siniestra ilusión que, en lugar de iluminar la tierra, le confería una lóbreguez de nefasto portento. La lluvia se había intensificado al acumularse las nubes sobre las cabezas de los viajeros, pero, aunque molesta, no producía espanto.

Hizo todo lo posible para no romper el silencio. Pero fueron inútiles sus esfuerzos. Las palabras afluían a sus labios antes de que pudiera refrenarlas.

—¿Qué sucede, Caramon? —preguntó—. No veo nada especial. ¿Se trata de tu maltrecha rodilla?

—Guarda silencio, Tas —ordenó el aludido con tono tenso, tajante.

Y, sin más comunicación que este exabrupto, el hombretón siguió oteando los alrededores. Tenía las pupilas dilatadas y apretaba un puño, que, nervioso, volvía a abrir.

El kender se llevó una mano a los labios para acallar cualquier comentario,

resuelto a permanecer mudo aunque en ello le fuera la vida. Al extinguirse los ecos de su breve y desabrido diálogo, percibió, de modo repentino, la quietud que presidía la escena. Cuando no rugía el trueno nada se oía, ni siquiera los sonidos propios de la lluvia como el gotear en las hojas de los árboles, el chapoteo en los charcos, el murmullo de la brisa en las ramas o los trinos de los pájaros, gorjeos de protesta por la humedad que saturaba sus plumas.

Le invadió una emoción ignota, estremecedora. Miró con mayor detenimiento los tocones socarrados de los árboles y dedujo que, aunque ahora estaban quemados, debían de haber sustentado los troncos más altos y poderosos que hubiera contemplado en toda su existencia, tan imponentes como...

Tragó saliva. Las hojas revestidas de los colores del otoño, el humo elevándose en olorosas columnas sobre el valle, un lago remansado, azul y transparente cual el cristal...

Pestañeando, limpió sus párpados de la viscosa película formada por el limo, por la mojada ceniza. Dio media vuelta, contempló el sendero y el descomunal peñasco, desvió luego su atención hacia el lago que se silueteaba detrás de los maltrechos árboles y, también, clavó sus ojos en las montañas, con sus cumbres puntiagudas, aserradas.

No era el tío Saltratrapas quien había estado allí con anterioridad.
—¡Oh, Caramon! —musitó, impresionado.

2 *El obelisco*

—¿Qué te sucede?

Caramon lanzó a Tas una mirada tan extraña, que éste sintió cómo aquellas súbitas emociones que le habían embargado y estremecido se propagaban al exterior en

forma de una molesta comezón. Unas protuberancias rojizas aparecieron a lo largo de sus brazos.

—N... nada —balbuceó—, creo que mi fantasía me ha jugado una mala pasada. Escúchame —exhortó a su compañero—, hazme caso y vayámonos de aquí ahora mismo. Podemos viajar a donde queramos, retroceder a la época en que estábamos todos juntos y éramos felices. Regresemos a aquellos días dichosos en los que Flint y Sturm aún no habían perecido, cuando Raistlin vestía la túnica de la Neutralidad y Tika...

—Cállate, Tas —le atajó el guerrero, amenazador. Su orden fue subrayada por el resplandor de un relámpago que provocó un respingo del kender.

El viento seguía ululando, atravesaba sibilante los tocones y les arrancaba unas notas fantasmales, como si fueran criaturas dotadas de vida que respirasen con los dientes apretados. La pegajosa, fina lluvia, había cesado. Los nubarrones reanudaron su periplo en las alturas y descubrieron un pálido sol que apenas se atrevía a brillar en el grisáceo manto celeste. En el horizonte, sin embargo, los emisarios de la tormenta continuaban acumulándose, más densos y negros a cada instante. Los dos personajes se hallaban en un claro, donde por doquier eran acosados por el multicolor y oscilante embate de los rayos, que, en la distancia, tenían una mortífera belleza.

Caramon echó a andar por el camino, que trazaba un pronunciado recodo antes de desembocar en el valle. El hombretón tiritaba con violencia, mas no a causa del frío, sino por el dolor que le atenazaba la pierna herida. Oteó el sendero que tan bien conocía y se dijo que, aunque su aspecto había cambiado mucho, sabía lo que iba a encontrar cuando doblase la curva. Tasslehoff se inmovilizó, se plantó firmemente en medio del légamo y clavó los ojos en la espalda de su amigo.

Tras unos momentos de inusitado silencio, Caramon presintió que algo ocurría y también se detuvo, el rostro demacrado por el malestar y la fatiga.

—Vamos, Tas, no te detengas —le azuzó, irritado.

Enroscando un mechón de su desaliñado copete en un dedo, el kender meneó la cabeza en sentido negativo. Su compañero le sometió a un fulgurante escrutinio, que provocó la ira del hombrecillo.

—Todos esos troncos cercenados son de vallenwood, Caramon —declaró.

—Me he dado cuenta —repuso el hercúleo luchador, y su expresión se suavizó— Estamos en Solace.

—¡No es posible! —se rebeló el otro, reacio a aceptar la evidencia que él mismo había expuesto. Tan sólo se trata de otro lugar donde crecen esos árboles; debe de haberlos por centenares.

—Quizá, pero no existe más que un lago Crystalmir, Tas, ni tampoco he visto unas montañas tan inconfundibles como las Montañas Kharolis. Incluso ese peñasco que hemos dejado atrás posee un carácter, un significado único para nosotros, ya que era allí donde se sentaba Flint y tallaba la madera en delicadas figuras. Esta trocha enfangada, también familiar, conduce a...

—¡No puedes estar seguro! —lo interrumpió el kender. Corrió, o lo intentó, hacia la robusta figura de su acompañante, arrastrando los pies por el rezumante limo tan deprisa como pudo. Al alcanzarlo, le tiró de una mano y suplicó—: ¡Abandonemos este desierto! Podríamos volver a Tarsis, donde los dragones me derribaron un edificio encima. Fue divertido, interesante, ¿recuerdas?

Mientras hablaba, con una vocecilla chillona que pareció abrir fisuras en los agostados tocones, sacó de su cinto el ingenio arcano. Caramon, sombrío su rostro, estiró una mano y se lo arrebató. Ignorando sus vehementes protestas, manipuló las joyas que lo adornaban. De forma gradual, el refulgente cetro se transformó en un

colgante liso y opaco.

—¿Por qué no nos alejamos de este horrible paraje? —insistió Tasslehoff, descorazonado—. No tenemos agua ni comida y, por lo visto, no contamos con muchas posibilidades de encontrarlas en los alrededores. Además, si uno de esos relámpagos nos cae encima, nos fulminará en un santiamén. La tempestad que se avecina es peor que la que se aleja, y no hay razón para que nos expongamos, puesto que no tenemos la certeza de hallarnos en Solace.

—Para adquirir esa certeza —le arengó el fortachón—, no hay otro medio que investigar. ¿No sientes curiosidad? ¿Desde cuándo renuncia un kender a vivir una nueva aventura? —le imprecó, deseoso de alentarle, y empezó a cojear de nuevo por la senda.

—Conservo esa cualidad, y en más alto grado que ningún otro miembro de mi raza —masculló el hombrecillo, mientras reanudaba, penosamente, la marcha—. Pero una cosa es el natural afán de explorar un enclave ignoto y otra muy distinta merodear despistado por el propio hogar. Tu casa no cambia, se limita a aguardar inmutable tu retorno y, en el momento del reencuentro, te inspira frases como «Fíjate, está todo igual que cuando lo dejé». Aquí, en cambio, tiene uno la impresión de que seis millones de reptiles han sobrevolado la zona y la han destrozado. ¡El hogar no es un lugar que invite a experiencias excitantes, sino al solaz!

Espió el semblante del guerrero para comprobar si su parlamento había producido algún efecto. Si fue así, en nada se evidenciaba: una máscara de resolución inapelable cubría aquellas facciones, mezclándose con el rictus de dolor. Este talante inquietó sobremanera al kender.

«No es el de antes —reflexionó—. Y no me refiero a los tiempos en los que bebía. Su evolución es más radical y profunda. Se ha vuelto más serio, más responsable, de eso no cabe duda, pero también advierto la presencia de un nuevo sentimiento. El orgullo —determinó—; ha aprendido a valorarse a sí mismo y a resolver sus contradicciones.»

No era éste un Caramon propicio a hacer concesiones, se dijo Tas, entristecido; no era el hombretón desorientado que necesitaba que un kender lo salvase de pependencias y tabernas. Suspiró, sin poder sustraerse al pensamiento de que añoraba al viejo y, a pesar de su fuerza, desvalido compañero.

Llegaron al recodo y ambos lo reconocieron, aunque ninguno despegó los labios. El guerrero porque no había nada que comentar, Tasslehoff porque de nada le serviría empecinarse en negar que ya había estado allí. Instintivamente, uno y otro aminoraron el ritmo de la marcha.

Años atrás, cualquier viajero habría topado con las cálidas luces de «El Ultimo Hogar», la posada que regentara Otik. Habría husmeado los efluvios de las patatas especiadas y oído el estruendo de las risas y las chanzas que se escapaban por las rendijas cada vez que se abría la puerta para admitir al viajero o al parroquiano de Solace. Caramon y Tas hicieron un alto, en una suerte de acuerdo tácito, antes de jalonar la curva.

Siguieron mudos, mientras examinaban la desolación circundante, los lastimeros vestigios de lo que fuera verdeante vegetación, el terreno cubierto de cenizas y las rocas ennegrecidas. Retumbaba en sus tímpanos un silencio que debido, paradójicamente, a la ausencia de ruidos, se les antojó más escalofriante que el fragor del trueno. Los dos sabían que, antes de ver Solace, deberían haberla oído. Debería de haber invadido sus sentidos el estrépito propio de la ciudad, la fragua en plena actividad, el bullicioso mercado, los gritos de los buhoneros, los niños y los comerciantes establecidos, la algarazara de los clientes congregados en la venta donde trabajaba Tika.

Nada percibieron salvo quietud y, todavía lejos, el ominoso zumbido de los

elementos.

—Vamos allá —decidió al fin Caramon, y avanzó hacia su destino.

Tas caminaba más despacio, tan llenos de barro sus pies que tuvo la sensación de haberse calzado las férreas botas de los enanos. No obstante, no le pesaban tanto los miembros como el corazón. No cesaba de repetirse: «Esto no es Solace, esto no es Solace», con una tenacidad que asemejaba su letanía a los encantamientos de Raistlin.

Acometió el recodo y, cargado de presagios, alzó la vista. No había concluido esta acción cuando exhaló un suspiro que denotaba un inmenso alivio.

—¿Te convences ahora? —reprendió a Caramon, con un resoplido que por sí solo venció al aullido del viento—. No hay nada, ni albergue, ni burgo ni ningún otro signo de civilización. —Introdujo una mano en la colosal palma del luchador, y trató de forzarle a recular—. Ya podemos irnos —sugirió—, se me ha ocurrido una idea que te gustará. ¿Por qué no retrocedemos al episodio en que Fizban hizo bajar del cielo el puente dorado?

Pero el hombretón se desprendió de él y siguió adelante, con torpeza a causa de su dislocada rodilla. Apesadumbrado, hizo una nueva pausa y preguntó, rebosante su acento de miedo:

—Entonces, ¿qué es esto?

Mordisqueando las puntas de su suelto cabello, testarudo, el kender indagó a su vez:

—¿Qué es qué?

El guerrero señaló un punto concreto.

—Un terreno desbrozado —rezongó Tasslehoff, remiso a interpretar lo que su amigo pretendía demostrarle—. Concedido, aquí hubo algo. Quizás un alto edificio, pero, dado que ya no existe, ¿por qué preocuparse? Atiende, Caramon... ¡Caramon!

El motivo de su alarido fue que, mientras hablaban, flaqueó la lastimada pierna de su interlocutor y, de no ser por la rápida intervención del hombrecillo, aquél se habría desplomado. Con su ayuda, Caramon alcanzó el tocón del que había sido un majestuoso vallenwood, situado en un extremo del retazo de tierra removida. Apoyándose en él, lívida la tez y sudoroso, se frotó la magullada pierna.

—¿Qué puedo hacer por ti? —inquirió el kender—. ¡Ya lo tengo! Improvisaré una muleta. Debe de haber montones de ramas rotas en los alrededores; buscaré una adecuada y te la traeré.

El herido nada repuso, tan sólo asintió con una inclinación de cabeza.

Tasslehoff inició presto la tarea, registrando con su aguda visión el cenagoso suelo y, en el fondo, satisfecho por haber hallado algo útil en que ocuparse en lugar de desentrañar absurdos dilemas acerca de una parcela destinada a construir una casa que se había volatilizado. Pronto halló lo que precisaba, el extremo de una tabla que sobresalía en el lodazal. La asió e intentó tirar de ella, pero sus manos resbalaron en el barro que la cubría y salió despedido hacia atrás. Se incorporó, contempló disgustado el fango adherido a sus llamativos calzones, que quiso sacudir sin éxito, y volvió a la carga. Esta vez notó que la incrustada estaca se movía un poco.

— ¡Ya casi es mía, Caramon! —informó—. Sólo me falta...

Una exclamación desgarrada, totalmente impropia de un kender, rasgó el aire. El guerrero alzó los ojos alarmado, justo a tiempo para constatar cómo su amigo se precipitaba en un vasto agujero que, al parecer, se había abierto bajo sus pies.

—¡Voy a socorrerte, Tas! ¡Resiste! —animó al accidentado y, renqueante, se encaminó hacia él.

Antes de que llegara, el hombrecillo logró encaramarse de nuevo por la pared de la oquedad. Su rostro no era comparable a ningún otro que el luchador hubiera tenido

ocasión de examinar: estaba macilento, los labios blancos y los ojos, en general vivaces, se habían ensombrecido.

—No te acerques, Caramon —susurró Tasslehoff, acompañando su ruego con un gesto de la mano—. ¡Te lo suplico, manténte apartado!

Demasiado tarde, el humano se había aproximado al borde y clavado su mirada en lo que contenía la fosa. El kender se acurrucó a su lado, sumido en un llanto plañidero.

—Están todos muertos —afirmó entre desgarradores sollozos.

Y, hundido el rostro entre las manos, comenzó a balancearse en violentos espasmos.

En el fondo del agujero, que la capa de barro había sellado piadosamente, yacía un enjambre de cuerpos, de cadáveres de hombres, mujeres y niños. Preservados del corrosivo azote de los elementos, algunos de ellos aún eran reconocibles o así, al menos, lo imaginó Caramon en su febril escrutinio. Voló su memoria a la última tumba colectiva que había visto, la de la aldea asolada por la epidemia que descubriera Crysania, y recordó también la ferocidad teñida de pesar que había demudado a Raistlin. Evocó el sortilegio que formulara el nigromante, el hechizo que creó relámpagos, fuego, que calcinó el pueblo hasta reducirlo a cenizas.

Rechinando los dientes, se obligó a sí mismo a sobreponerse y estudiar los cadáveres para tratar de distinguir, entre los restos, una ondulada melena pelirroja.

No halló tal. Con un tembloroso suspiro, se volvió y emprendió una desenfadada carrera hacia el emplazamiento de «El Último Hogar», a pesar de su cojera.

— ¡Tika! —vociferó una y otra vez durante el trayecto.

Tas alzó la cabeza y se puso en pie de un salto. Quiso lanzarse en persecución de su compañero, pero tropezó con un saliente rocoso y cayó en un charco.

— ¡Tika! —se obstinaba en gritar el guerrero, una llamada angustiada que los rugidos del viento y los distantes truenos no consiguieron mitigar.

Olvidado el dolor que le infligía la rodilla, continuó la marcha hasta arribar a un tramo despejado, libre de árboles, donde se adivinaban los lindes de una trocha. «La senda que discurría junto a la posada», reconoció el kender desde su postrada postura y, enderezándose, aceleró el paso detrás de Caramon quien avanzaba rápido, ajeno a sus propios bamboleos. Guiado por la aprensión y la esperanza, el inveterado luchador se había investido de una energía impensable unos minutos antes.

Tasslehoff lo perdió de vista entre los cercenados bosques de vallenwoods, pero ni un solo segundo dejó de oír su voz invocando el nombre de Tika. Consciente de hacia dónde se dirigía, caminó con más lentitud, porque, víctima ya de una terrible migraña provocada por el calor y los hediondos vapores que saturaban el lugar, vino a sumarse a su zozobra el horror de la escena que había presenciado. Levantando como pudo sus embarradas botas, más semejantes a la consistencia del plomo en cada zancada, el hombrecillo continuó.

Al fin divisó al huido, de pie en un espacio yermo próximo a un tocón de considerable diámetro. Sostenía algo en una mano y lo contemplaba con la expresión de quien, pese a su denodado empeño, ha sido derrotado.

Bañado en légamo, enturbiados su cuerpo y su alma, Tas se afianzó frente al entrañable grandullón.

—¿Qué es eso? —preguntó con la boca pequeña, estirando el índice hacia el objeto cuyo hallazgo tanto había afectado a su amigo.

—Un martillo —especificó el otro con evidente ansiedad—. Temo que el mío.

El kender inspeccionó la herramienta. De acuerdo, era un martillo o, por lo

menos, lo fue. El mango de madera se había quemado en tres cuartas partes, no quedaban sino una chamuscada porción y la cabeza metálica, negra tras lamerla las llamas pero incólume.

—¿Qué pruebas tienes de que es en realidad el que tú utilizabas? —inquirió aún incrédulo.

—Una prueba irrevocable —murmuró Caramon con creciente amargura—. Fíjate en el encaje, todo baila al tocarlo. —A guisa de demostración, hizo girar el engarce, y el instrumento casi se desmembró—. Lo confeccioné cuando me hallaba en estado de perpetua ebriedad, por eso quedó defectuoso. Siempre que me ponía a trabajar, se soltaba el metal y tenía que ensamblarlo aunque, para ser francos, tampoco me aplicaba en exceso, porque no me importaba.

Debilitado por el esfuerzo, su tullida pierna volvió a quebrarse. Esta vez, sin embargo, no intentó mantener el equilibrio y se desmoronó, resignado, en el cieno. Sentado en el desbroce que fuera su vivienda, aferró el martillo y estalló en llanto.

Tas respetó su desahogo. Incluso desvió los ojos, por considerar que la consternación de su amigo era demasiado sagrada, demasiada íntima, para que él se entrometiera testimoniándola. Ignoró el hombrecillo sus propias lágrimas, que formaban riachuelos en los pómulos, y procuró distraerse en el examen de su malhadado entorno. Nunca antes se había sentido tan desvalido, tan solo. ¿Qué había sucedido? ¿Qué había fallado? Tenía que haber una clave, una respuesta.

—Si no me necesitas daré un paseo —avisó al guerrero, quien ni siquiera le oyó.

Se alejó despacio, con dificultad. Ahora sabía, sin ningún género de dudas, dónde habían ido a parar, ya no podía apoyarse en su obstinación. La casa de Caramon, cuando aún se erguía en el valle, estaba en el centro del burgo, cerca de la posada, y la ruta que eligió el kender fue la calzada que unía ambas construcciones y que, en un tiempo, fue una calle flanqueada por sendas hileras de habitáculos. Aunque nada confirmaba que allí hubiera prosperado una ciudad, ni avenida, ni hogares, ni los vallenwoods que les servían de soporte, recordaba la exacta localización de todo. Hubiera deseado que no fuera así, pero aquellas ramas que se abrían paso en el barrizal le traían nostálgicas asociaciones de las que le habría gustado zafarse. No se discernían puntos de referencia, edificaciones sólidas, salvo...

—¡Caramon! —El nombre de su compañero brotó de su garganta con un timbre exultante, fruto de la alegría que le inspiraba tener ante sí algo que merecía la pena rastrear y que, así lo esperaba, arrancararía al luchador de su ensimismamiento—. Caramon, creo que deberías venir a ver esto.

El interpelado no le prestó atención, de manera que Tasslehoff tuvo que acercarse sin él al hallazgo que acababa de hacer. Al final de la calle, en lo que fuera un pequeño jardín, se elevaba un obelisco de piedra. El parquecillo le era más que familiar, y estaba seguro de que nunca hubo un monolito en su recinto. Cuando abandonó Solace, sólo había allí plantas y flores.

Alto, toscamente tallado, el monumento había sobrevivido al acoso de las llamas, los vientos y las tormentas. Su superficie, al igual que todo lo demás, había sufrido menoscabo, pero ello no obstaba para que pudiera leerse la leyenda esculpida en la pared frontal, o así se lo pareció al kender, en cuanto hubiese limpiado el hollín y el moho.

Realizada esta operación, libres las letras de los últimos restos de suciedad, Tas las escudriñó largamente y, al fin, llamó de nuevo a Caramon.

Aunque ahora no emitió sino un quedo susurro, la extraña nota en la que fue pronunciado penetró la aureola de desaliento tras la que se parapetaba el hombretón. Vislumbrando el singular obelisco, y percatándose de la repentina seriedad de Tas, el

guerrero se izó como mejor pudo y acudió a su lado.

—¿Qué es esto? —le consultó.

El kender fue incapaz de responder; tuvo que conformarse con menear la cabeza y señalar la mole.

Erecto, quieto, Caramon obedeció a la muda indicación de su acompañante y revisó las líneas que, en lengua común, se ordenaban frente a él en una especie de epitafio.

A Tika Waylan Majere,

Heroína de la Lanza.

Fallecida en el año 358.

El árbol de tu vida fue precozmente talado.

Temo que en mis manos el hacha se encuentre.

—Estoy desolado —acertó a titubear Tas, deslizando una mano entre los entumecidos, flácidos dedos de Caramon.

Éste bajó la cabeza y, posando la palma en el obelisco, acarició la fría y empapada roca que tan luctuoso mensaje le transmitía. Mecidas por la pertinaz brisa, las gotas de lluvia se estrellaban contra la inscripción.

—Murió sola —gimió y, trocado en furia su pesar, en indignación contra sí mismo, cerró el puño y propinó al desgastado muro un golpe que surcó su carne de arañazos—. ¡La dejé a sus auspicios, me fui y ni siquiera la velé en tan temible trance! Debería haberme quedado. ¡Maldita sea, hice mal en partir!

Se estremecieron sus hombros al ritmo del llanto. El kender, al advertir que los nubarrones no cejaban en su avance y que pronto les alcanzarían, estrechó la manaza del guerrero y ensayó una arenga.

—No podrías haberla ayudado de haber estado junto a ella, Caramon...

Se interrumpió, de modo tan brusco que casi se mordió la lengua. Retirando la mano con la que sujetaba al guerrero, un movimiento en el que éste ni siquiera reparó, se arrodilló en el viscoso suelo. Con su aguda vista, había detectado un fulgor, como si algo compacto reverberase bajo los enfermizos rayos del sol. Estiró el brazo en actitud incierta y, a toda prisa, comenzó a apartar los blandos terrones que escondían el destellante objeto.

—¡En nombre de los dioses! —renegó, abrumado por el asombro—. Caramon, no te atormentes más. ¡Estuviste aquí!

—¿Cómo? —rugió el otro.

El kender le conminó a mirar y el guerrero, receloso, obedeció. A sus pies, yacía su propio cadáver.

3

Un error de cálculo

Al menos, aquel cadáver se asemejaba a la figura de Caramon. Vestía la armadura adquirida en Solamnia, la que había lucido en las guerras de Dwarfgate y cuando Tasslehoff y él salieron catapultados de la fortaleza de Zhaman. La armadura con la que ahora se cubría.

Por lo demás, no había nada específico que permitiera identificarlo. A diferencia de los cuerpos que descubriera el kender, preservados gracias al fango de las

inclemencias del tiempo, sus restos se hallaban sepultados relativamente cerca de la superficie y, debido a tal circunstancia, se habían descompuesto. No quedaba en la base del obelisco sino el esqueleto del que fuera un humano colosal. Una de sus manos, apretada en torno a un cincel, reposaba debajo del pétreo monumento, como si su postrera acción hubiera sido tallar las frases del epitafio.

No había rastro susceptible de ilustrarles sobre la causa de su repentina muerte.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió Tas con voz entrecortada—. Si de verdad eres tú y has perecido, ¿cómo puedes estar aquí ahora mismo? ¡Oh, no! —exclamó, víctima de una idea tan súbita como poco halagüeña—. A lo peor quien se yergue ante mí no eres tú, sino una réplica fraguada por mi imaginación. —Agarró las hebras colgantes de su cabello y empezó a ensortijarlas en sus dedos—. ¿Te he concebido yo? Nunca creí poseer una fantasía tan exacerbada, tu aspecto no puede ser más real. —Alargó una mano a fin de tocar a su amigo, y agregó—: La textura de tu piel parece auténtica y, disculpa mi impertinencia, tus efluvios todavía más. Caramon, voy a volverme loco —se desesperó—. Si continúo desvariando, no tardaré en asemejarme a los enanos oscuros de Thorbardin.

—Cálmate, Tas —le suplicó el hombretón—. Todo esto es verdadero; yo diría que demasiado. —Miró de hito en hito al corrompido yacente y al monumento, que comenzaba a desdibujarse en la exigua luz del atardecer—. Y, por otra parte, presiento que estoy a punto de desentrañar el enigma. Si pudiera... —Hizo una pausa, durante la cual escrutó el monolito—. ¡Claro, ya lo entiendo! Fíjate en esa fecha.

Con reticencia, el kender levantó la vista.

—358 —leyó con monótono acento—. ¿358? —repitió, desorbitados ahora sus ojos—. ¡Caramon, corría el año 356 cuando partimos de Solace!

—En efecto —corroboró el guerrero—. Nos hemos extralimitado en nuestro viaje. Nos hallamos en el futuro.

Las nubes, que se habían arremolinado en el horizonte cual un ejército que se reorganizara para el ataque, iniciaron su arremetida justo antes del crepúsculo, camuflando en un alarde de benignidad los últimos momentos de existencia del vencido sol.

La tempestad se desató con una furia indescriptible. Una ráfaga de aire caliente, la avanzadilla, elevó a Tas hacia las alturas e, incapaz de arrastrar también al más pesado Caramon, lo lanzó contra el obelisco. Irrumpió luego en escena la lluvia, la caballería. Una cortina de gruesas gotas que, similares a lenguas de plomo, tamborilearon sobre los cráneos de las dos criaturas. Y escoltó al aguacero una descarga de granizo, de sólidas armas arrojadas dispuestas a magullar la carne de quienes a ellas se expusieran.

No obstante, más inmisericordes que la turbonada de gases y agua eran los abigarrados relámpagos, letales sierras que saltaban del mullido manto a la tierra y fulminaban los ya devastados tocones, transformándolos en columnas de llamas visibles desde la lejanía. El estentóreo retumbar de los truenos era constante, ensordecía la tierra y embotaba los sentidos.

Tras buscar a la desesperada un refugio donde fuera más fácil resistir la conflagración, los sitiados divisaron un vallenwood caído y lograron acuclillarse bajo su tronco, en un hoyo que escarbó el guerrero en el gris, exudado cieno. Desde tan insuficiente cobijo, ambos personajes asistieron incrédulos a los destructivos afanes de la tormenta, que había decidido ensañarse en una tierra muerta de antemano. En las laderas montañosas se declaraban incendios dispersos, el olor a madera quemada se

adhirió a las vías olfativas de los observadores mientras los rayos, al cerrar filas, hacían explotar los troncos vecinos y les arrancaban ascuas incandescentes. También de la tierra brotaban proyectiles en forma de terrones voladores, tan próximos que salpicaban sus atuendos. Y, en cuanto a los truenos, su ensordecedora algarabía amenazaba con neutralizar sus tímpanos.

Sólo una bendición ofrecía aquella borrasca: el agua de lluvia. Caramon no desaprovechó la oportunidad de invertir su yelmo y sacarlo a la intemperie, con tal fortuna que recogió de inmediato bastante líquido para saciar su sed. Su sabor era espantoso, semejante al de los huevos podridos, según Tasslehoff, quien, sabedor de que no debía desperdiciarlo, puso los dedos en tenaza sobre su nariz mientras bebía.

Ninguno mencionó, pese a que ambos lo pensaron, que no tenían donde almacenar algunos litros ni estaban provistos, tampoco, de alimento.

Sintiéndose más reconfortado ahora que había determinado su paradero y el período de la historia al que se habían desplazado, aunque no por qué ni cómo estaban allí, el kender incluso disfrutó del espectáculo durante la primera hora.

—Nunca había visto un relámpago de este color —comentó alborozado, contemplando el fenómeno con sumo interés—. ¡Es maravilloso, como los trucos de los ilusionistas callejeros!

Pero su entusiasmo no tardó en ceder al tedio.

—Hasta el abatimiento de un árbol, por esplendoroso que sea —aseveró al rato—, pierde una parte de su embrujo cuando se ha presenciado cincuenta veces. Si no te opones, Caramon —sugirió entre bostezos—, voy a dar una cabezada. Monta guardia ahora, luego te reemplazaré y podrás dormir. ¿De acuerdo?

En el instante en que el hombretón iba a expresar su asentimiento, le sobresaltó un ruido sibilante. Un ancho tocón, situado a escasos metros, había desaparecido en medio de una flamígera aura de tonos verdosos.

«Podríamos haber sido nosotros —recapacitó, puestos los ojos en los ardientes rescoldos y taponada su nariz por los vapores del azufre—. Quizá seamos los siguientes.»

Le asaltó un salvaje deseo de huir, un ansia tan intensa, que se crisparon sus músculos y tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para refrenarse.

«Si me aventuro en campo abierto me espera una muerte segura —continuó barruntando—. En este agujero, al menos, estamos debajo de la superficie.»

Sin embargo, un suceso dismanteló sus argumentos. Mientras se daba ánimos, un relámpago horadó en el suelo un gigantesco boquete, lo que le hizo comprender que no se hallarían a salvo en ningún lugar. No le quedaba sino aguardar y confiar en los dioses.

Giró el rostro hacia Tas, persuadido de que estaría asustado y con la intención de prodigarle unas palabras de consuelo. Pero estas palabras murieron en sus labios, y se sintetizaron en un suspiro. Había cosas que nunca cambiarían, entre ellas la increíble valentía, o insensatez, de los kenders. Hecho una bola, totalmente ajeno a los horrores que les acechaban, el hombrecillo se había sumido en un plácido sopor.

El guerrero se agazapó en el fondo de la oquedad, fijos sus sentidos en los nubarrones que los rayos enlazaban en una siniestra pasamanería. Para conjurar el miedo, trató de concentrarse en dilucidar por qué se hallaban en semejante apuro y en un tiempo equivocado. Al entornar los párpados y, así, aislarse de las fuerzas desencadenadas, se perfiló una vez más en su memoria la efigie de Raistlin erguido ante el Portal. Oyó su voz apelando a los cinco dragones que lo custodiaban para que, atentos a su reclamo, le franquearan el acceso al reino de las tinieblas y visualizó, asimismo, a Crysania —la sacerdotisa de Paladine— en el acto de orar a su dios, extraviada en el

éxtasis de la fe y ciega a la perversidad del hechicero.

En una vivida secuencia, desfilaron frente a Caramon los recientes intercambios habidos con su gemelo, aureolados por el discurso, la confesión, de que le hiciera partícipe el archimago.

«La eclesiástica entrará en el Abismo conmigo. Caminará delante de mí y libraré mis batallas, se enfrentará en mi lugar a clérigos oscuros, a nigromantes despiadados, a los espíritus de los muertos condenados a vagar por esos inhóspitos parajes y, en definitiva, a los inverosímiles tormentos que le depare mi Reina. Tantos avatares lastimarán su cuerpo, devorarán su mente y desgajarán su alma. Al fin, cuando se agote su resistencia, se derrumbará en el suelo, a mis pies, sangrante y moribunda.

»Con sus últimas energías, me tenderá la mano, buscará mi consuelo. No pediré que la rescate; es demasiado fuerte para eso. Sacrificaré su vida gustosa, feliz, y no solicitaré sino que permanezca a su lado mientras expira.

»Pero yo, Caramon, pasaré sobre ella sin detenerme. La dejaré tendida e indefensa, no le dedicaré una frase amable ni me molestaré en mirarla. ¿Por qué? Porque ya no la necesitaré.»

Fue al escuchar tan aborrecibles manifestaciones cuando el hombretón tomó plena conciencia de que su hermano era irredimible. Y se desentendió de él.

«Que se hunda en las simas del Mal si es eso lo que quiere —había resuelto—. Desafiaré a la Reina de la Oscuridad, quizá hasta se convierta en una de las divinidades, pero en cualquier caso no es asunto de mi incumbencia lo que pueda acontecerle a partir de ahora. Me he liberado de su influjo, de la misma forma que él se ha desvinculado de las ligaduras que le ataban a mí.»

Activó junto a Tas el ingenio arcano, recitando las rimas que le enseñase Par-Salian. Las rocas comenzaron a crujir, como lo hicieran en las anteriores ocasiones en las que, en su presencia, entró en acción el artilugio.

No obstante, algo se había alterado en el momento cumbre. Ahora que se hallaba en disposición de meditar, recordó que antes de iniciar el viaje se había preguntado, en un arrebato de pánico, si había cometido algún error, pues el desarrollo de los portentos se le antojó distinto. Era inútil devanarse los sesos; nunca lograría averiguarlo.

«Tampoco habría podido hacer nada para modificar el curso de los acontecimientos —reconoció con amargura—. La magia siempre escapó a mi inteligencia y, además, es un arte que no me inspira confianza. »

Otro relámpago surcó el espacio en las cercanías y su virulencia deshizo la concentración del fornido humano, al mismo tiempo que provocaba un respingo en el kender. El durmiente se tapó los ojos con las manos y, cual un topo apretujado en su madriguera, se sumió de nuevo en el letargo que le acunaba.

En un alarde de determinación, el guerrero vació su cerebro de conceptos tales como tormentas y lirones, con el fin de retomar el hilo de sus evocaciones, de retroceder al instante en el que se había operado el hechizo en los subterráneos de Zhaman.

«Tuve la sensación de que tiraban de mí —rememoró—, de que desgarraban mis articulaciones dos entes en conflicto, que pretendían arrastrarme a sus opuestas esferas. ¿Qué hacía Raistlin mientras tanto?»

Luchó en su fuero interno por esclarecer los hechos, y el vago contorno del mago tomó cuerpo en las brumas del recuerdo. Su faz reflejaba terror, observaba el Portal con espasmos delirantes, y Crysania, por su parte, todavía en el marco del acceso, había cesado de rezar. También su figura se retorció, sus pupilas destilaban un pavor sobrenatural.

Caramon se estremeció y se humedeció los labios. El agua que antes bebiera le había dejado un desagradable sabor, un gusto similar al que queda en la boca después de

introducir un clavo oxidado, como los que sujetaba entre sus dientes cuando edificaba el refugio para el hechicero. Escupió, se secó las comisuras de los labios y apoyó la espalda en la terrosa pared.

Otro estallido le sobresaltó, al igual que la atronadora respuesta, que no por esperada resultaba menos apabullante.

Su gemelo había fracasado. Le había ocurrido lo mismo que a Fistandantilus, había perdido el control de sus facultades en la hora decisiva. El campo magnético del artilugio de Par-Salian se había interpuesto en su sortilegio. Ésta era la única explicación plausible.

El hombretón frunció el ceño. No, era evidente que Raistlin había previsto y descartado tal contingencia, ya que, de otro modo, el miedo a sufrir interferencias le habría impulsado a tomar precauciones. Conocedor de los secretos de su arte, si hubiera abrigado la más mínima sospecha, les habría impedido utilizar el ingenio, les habría matado como hiciera con el gnomo, el amigo de Tas. «Pero entonces, si no fue ésa la causa del desastre, ¿qué pudo motivarlo?»

Meneando la cabeza para desembarazarse de tan confusas conjeturas, empezó de nuevo. Dio vueltas y más vueltas al problema, trató de descifrarlo desde todos los ángulos, como hacía con los odiosos ejercicios que, de niño, solía plantearle su madre. Por un prodigio ignoto, el campo magnético se había desarticulado y los había teleportado demasiado lejos en el tiempo, hacia el futuro en lugar del presente.

«Lo que significa —recapituló— que lo único que he de hacer es calibrar el cetro de manera que nos retraiga al Solace que anhelábamos visitar, a casa, a Tika.»

Abrió los ojos para examinar su entorno. ¿Se enfrentarían igualmente a aquella devastación al retornar? Ignoraba cuándo se había iniciado.

Al contemplar la realidad, despertando de sus ensoñaciones, se percató de que todo él tiritaba. No era extraño. La torrencial lluvia lo había calado hasta los huesos. Pero, aunque la noche se anunciaba glacial, no era esta perspectiva lo que lo acongojaba, sino otra más lacerante, más cruel. Sabía lo que entrañaba vivir con la conciencia de lo que había de acaecer, sin la tabla salvadora de la esperanza. ¿Cómo enfrentarse a su esposa, a los compañeros, ahora que había visto lo que les aguardaba? Pensó en el cadáver que yacía bajo el monumento, en su propio destino, y se sintió aún más incapaz de regresar al presente y llevar una existencia normal. Aquella imagen de su podredumbre le obsesionaría, modificaría sus costumbres y su talento.

Todo ello, claro está, en el supuesto de que aquellos despojos fueran los suyos. Evocó la última conversación sostenida con su hermano. Según Raistlin, Tas había cambiado la historia. Dado que los kenders, los enanos y los gnomos eran razas creadas por accidente, no por designio expreso de los hacedores, no se hallaban inmersos en el fluir del tiempo como los humanos, los elfos y los ogros. Así, las criaturas inferiores tenían prohibido desplazarse en tal dimensión pues, de hacerlo, podían tergiversar los eventos de mayor trascendencia.

En efecto, si Tasslehoff se había trasladado a la remota Istar fue porque, transgrediendo todas las leyes, se internó en el círculo mágico creado por Par-Salian, máximo dignatario de la Torre de la Alta Hechicería, cuando éste formulaba un encantamiento que sólo debía afectar a Caramon y Crysania. Siguiendo esta premisa, el archimago, al descubrirlo, intuyó que se le ofrecía la oportunidad de no sucumbir al sino de Fistandantilus. Habida cuenta del poder del hombrecillo para instaurar un nuevo orden, existía la posibilidad de evitar el fatal desenlace que auguraban las *Crónicas*. Allí donde su predecesor había perecido, Raistlin quizá sobreviviría.

Hundidos los hombros, el guerrero advirtió que un repentino mareo se había apoderado de él. ¿Cómo hallar un sentido a aquel galimatías? ¿Qué hacía en el valle,

sepultado al pie del obelisco y a la vez resguardado del aguacero en un hoyo excavado por él mismo? Si el kender había ejercido una influencia sobre los acontecimientos, el cadáver hallado bajo el monolito bien podía pertenecer a otro. En el vórtice del huracán, una pregunta se imponía a todas las demás: ¿qué había pasado en Solace?

—¿Es mi gemelo el responsable de esta hecatombe? —murmuró en voz baja, con el propósito de escuchar el timbre de su propia voz en la barahúnda—. ¿Es la tempestad una prueba de que ha sido derrotado? ¿Guardan alguna relación sus propósitos y el atolladero en el que nos hemos metido?

Contuvo el resuello. A su lado, Tas se agitó y comenzó a proferir alaridos.

—Es sólo una pesadilla —le aseguró, y en el mismo impulso dio unas ausentes palmadas en su costado—. Tranquilízate, amigo —insistió, al notar que el cuerpo del hombrecillo se contorsionaba bajo su mano—. Descansa.

El aludido, aunque inconsciente, dio media vuelta y se acurrucó contra el humano sin apartar las manos de sus ojos.

Caramon continuó acariciándolo, deseoso también de que sus sinsabores fueran fruto de un mal sueño. Habría renunciado a años enteros de su existencia a cambio de despertar en su cama, fatigado su corazón debido a los excesos de la víspera en la taberna. ¡Qué no habría dado por oír el estrépito de platos rotos en la cocina, la regañina de Tika acusándolo de ser un holgazán y un borrachín mientras le preparaba su desayuno favorito! Ansiaba aferrarse a su perenne ebriedad, un estado de aturdimiento que lo conduciría a la muerte en la más perfecta ignorancia.

—¡Ojalá fuera todo esto el efecto de una curda! —suplicó, a la vez que reclinaba la cabeza en las rodillas y dejaba que unas acerbos lágrimas afluyeran entre sus pestañas.

Permaneció durante un largo intervalo en esta postura, indiferente a la borrasca y aplastado bajo el peso de sus dilemas, de sus elucubraciones. Tas suspiró y tembló, pero siguió durmiendo. Inmóvil, el hombretón intentó imitarlo. No puedo. Se había introducido ya en un universo de sopores ficticios, zambullido en una alucinación que espeluznaba, precisamente, por su verismo. Sólo le faltaba un detalle para confirmar el conocimiento de lo que, en el fondo de sus entrañas, sabía que no necesitaba verificar.

La tormenta amainó de manera gradual, poniendo rumbo sur. Caramon la oyó partir, percibió casi el caminar de los truenos sobre la tierra como si fueran pies de gigantes y, cuando se hubo alejado, el silencio retumbó en sus tímpanos con mayor apremio que los fragores de los elementos. El cielo se hallaba despejado, y así seguiría hasta el próximo advenimiento de nubes perturbadoras. Ahora podría ver las lunas, las estrellas.

No tenía más que alzar el rostro hacia el firmamento, el claro manto celeste, y se cercioraría.

Pasó unos momentos más sentado, ansiando que el aroma de las patatas especiadas de Otik invadiera su olfato, que la risa de Tika conjurara la quietud, que una migraña etílica sustituyera al irresistible dolor de su corazón.

Pero nada vino a aliviarlo. Tan sólo recibió la callada resonancia que envolvía aquella tierra yerma, sin más intromisión que unos lejanos zumbidos incorpóreos, a caballo de la remitente turbonada.

Con una exhalación, apenas audible incluso para él, el guerrero levantó la vista y escudriñó las alturas.

Tragó saliva, el agrio licor que envenenaba su boca, y casi se asfixió. Refrenó el llanto que afloraba a sus lagrimales. Nada debía entelar sus ojos en la búsqueda.

Leyó en el espectáculo nocturno el mensaje del destino, comprobó que, por desgracia, sus aprensiones no eran infundadas.

Una nueva constelación había aparecido entre las otras. Tenía la forma de un reloj de arena.

—¿Qué significa? —inquirió Tas, frotándose los ojos y contemplando, todavía somnoliento, las estrellas.

—Que Raistlin ha salido victorioso —contestó Caramon con un tono que era una explosiva mezcla de miedo, pesadumbre y orgullo—. El cielo nos revela que ha entrado en el Abismo, desafiado a la Reina de la Oscuridad y triunfado en la lid.

—Yo no lo interpreto así —aventuró el kender, extendiendo el índice hacia un punto determinado—. La constelación de Takhisis ha cambiado de emplazamiento, pero sigue allí arriba. Fíjate en Paladine. No acierto a dilucidar si ha intervenido en el altercado. Pobre Fizban —se lamentó—, espero que no se haya visto obligado a luchar contra tu hermano. No creo que le haya complacido hacerlo. Siempre tuve la sensación de que comprendía al archimago mejor que cualquiera de nosotros.

—Quizá la batalla todavía se esté librando —apostilló el guerrero—, y ésa sea la razón de que tengamos tormenta.

Guardó unos momentos de silencio, durante los cuales estudió el parpadeante reloj de arena. Visualizó en su memoria las pupilas de su hermano tal como las exhibía al emerger, muchos años atrás, de la terrible Prueba en la Torre de la Alta Hechicería. Metamorfosados sus órganos visuales en sendos artilugios para medir el tiempo, Par-Salian le había dirigido una arenga aleccionadora al relatarle el motivo de tal transformación. No recordaba exactamente sus palabras, pero había expresado su esperanza de que, presenciando de antemano los estragos que obraban los avatares de la vida en las criaturas, aprendería a compadecer a quienes le rodeaban.

No fue así.

—Raistlin ha ganado la contienda —afirmó Caramon—. Ahora se han cumplido sus más íntimas aspiraciones, aniquilar a la soberana de la malignidad e instituirse en dios. Pero gobierna un mundo muerto.

—¿Un mundo muerto? —repitió, alarmado, su compañero—. ¿Insinúas que todo Krynn ha sido reducido a cenizas, que Palanthas, Haven y Qualinesti no son sino ciénagas calcinadas? ¿Y también K... Kendermore?

—Mira a tu alrededor —le conminó el guerrero— y dame tu sincera opinión. ¿Has visto a algún otro ser vivo desde nuestra llegada? —Ondeó la mano, poco ostensible bajo la tenue luz de Solinari, que, al desaparecer las nubes, brillaba en el cielo y observaba, ojo avizor, a los insignificantes mortales—. Ambos hemos sido testigos de los incendios en las laderas y los relámpagos vengadores prosiguen su viaje hacia el horizonte. Por el este se avecina otro núcleo borrascoso —añadió, señalando en aquella dirección—. Desengáñate, Tas, nadie aguanta tantos ataques sin sucumbir. Nosotros mismos seremos desintegrados dentro de poco.

—O algo peor —presagió el hombrecillo—. Te confieso que no me encuentro bien, amigo. O me ha sentado mal el agua de lluvia o estoy sufriendo una recaída y, como sabes, la peste no perdona.

—Desencajadas las facciones por el dolor, se llevó una mano al estómago—. Se me revuelven las tripas. Se diría que he engullido una serpiente.

—En ese caso, es el agua —dictaminó su interlocutor con una mueca—. A mí me sucede algo similar. Quizá las nubes destilen líquido emponzoñado.

—¿Vamos a morir de inmediato, Caramon? —le consultó Tasslehoff tras unos

minutos de reflexión—. Porque, si es así, me agradecería tenderme junto al obelisco de Tika. A menos que te cause algún inconveniente, por supuesto. Verás, sería una manera de sentirme como en casa antes de volar al árbol de Flint.

—Resignado a su suerte, recostó la cabeza en el musculoso brazo del luchador y comentó—: ¡Le podré contar un sinfín de peripecias a ese gruñón! Le hablaré del Cataclismo, de la montaña ígnea, de mi oportuna irrupción en la emboscada de Zhaman, que te salvó la vida, y de las confabulaciones de Raistlin para convertirse en un dios. Él no querrá creerlo, sobre todo esta última parte, pero si tú estás a mi lado intercederás en mi favor, podrás garantizarle que no exagero ni un ápice.

—Morir sería fácil —repuso el que fuera un aguerrido general, lanzando un vistazo de soslayo al monolito.

Lunitari, hasta entonces ausente, inició su ascensión hacia el cenit. El halo sanguinolento que irradiaba se fundió con los blancos, mortíferos rayos de Solinari para proyectar una luz fantasmal sobre el maltratado paraje. La pétrea superficie del monumento, saturada de lluvia, reverberó en el claro de luna y la leyenda, esculpida en bajorrelieve, adquirió realce merced al contraste de los trazos en el liso muro.

—Sería fácil acabar con todo —persistió Caramon, más para sí mismo que para ser escuchado—. Sería sencillo acostarme y dejar que me absorbiesen las tinieblas. Resulta curioso que Raist me interrogase, en una ocasión, sobre si sería capaz de seguirle a su universo de oscuridad —agregó, a la vez que desenvainaba la espada y comenzaba a cortar una de las ramas del vallenwood donde se habían refugiado.

—¿Qué haces? —preguntó el kender, sorprendido, consciente de que, a medida que hablaba, se había obrado una sutil evolución en la actitud de su amigo.

El guerrero nada dijo. Absorto en su labor, continuó arrancando astillas de la rama que pretendía desgajar del colosal tronco.

—¡Vas a confeccionarte una muleta! —exclamó Tasslehoff, y dio un brinco que denotaba extrema inquietud—. ¡Adivino tus intenciones! ¡Y es una locura! Me acuerdo muy bien de ese episodio, y más aún de cómo reaccionó el mago cuando aseguraste que partirías tras él sin vacilar. Declaró que no sobrevivirías, Caramon, que tu hercúlea fuerza de nada había de servirte.

El aludido se encerró en su mutismo. La húmeda madera se astillaba bajo sus poderosos mandobles. Una vez hendida, el hombretón se dedicó a aserrar con la hoja la parte central. Hizo algunas pausas esporádicas para examinar el nuevo frente de nubes que se aproximaba, eclipsando las constelaciones y fluyendo hacia los satélites.

—Hazme caso, te lo suplico —le exhortó Tas y, a fin de llamar su atención, lo zarandeó por el brazo que sostenía la espada—. Aunque viajaras al... allí —no consiguió reunir el coraje suficiente para pronunciar el nombre—, ¿qué harías?

—Lo que debería haber hecho hace tiempo —sentenció Caramon con resolución.

Viaje en el futuro

—Has decidido ir a su encuentro, ¿no es verdad? —vociferó Tas, tan excitado que dio un nuevo salto y se puso frente a los ojos de Caramon, atareado en cortar la rama—. ¡Es un perfecto desatino! ¿Cómo te las arreglarás para llegar junto a él, dondequiera que esté? Exacto —se reafirmó—, ni siquiera conoces su paradero.

—Tengo un medio infalible —le atajó el hombretón al mismo tiempo que, sin inmutarse, devolvía la espada a su vaina. Agarró acto seguido la zona trabajada con sus manazas y, doblándola y torciéndola, consiguió al fin romperla—. Préstame tu cuchillo —le pidió al kender.

El hombrecillo obedeció y quiso reanudar sus protestas mientras el compañero eliminaba las protuberancias del leño, sus marchitas ramificaciones, pero éste no le

permitió iniciar su discurso.

—Conservo el ingenio arcano —se ratificó Caramon—, que me transportará a donde desee. ¡Y sabes dónde está el archimago tan bien como yo! —le reprendió a su amigo.

—¿El abismo? —preguntó Tasslehoff, tímido, quebrada su voz.

Un sordo trueno les incitó a espiar, temerosos, a los heraldos de la tempestad. El guerrero volvió a su tarea con renovado ímpetu y el hombrecillo, por su parte, expuso sus argumentos.

—El artilugio mágico nos sacó, a Gnimsh y a mí, del reino de la noche, pero estoy persuadido de que no te introducirá en él. Si lo activas, sufrirás una decepción, aunque será aún peor en el caso de que acate tu mandato. ¡Es un paraje escalofriante!

—No te precipites en tus conjeturas; soy consciente de que el cetro podría negarse a conducirme al Abismo —le sermonó el corpulento humano, y le hizo una seña para que se aproximara—. De momento, comprobemos si mi muleta responde. Vamos a la tum..., al obelisco de Tika, antes de que se desate otra turbonada.

Haciendo jirones el repulgo de su empapada capa, el hombretón la anudó en torno al extremo superior de la rama, encajó ésta en su axila y, a guisa de experimento, apoyó su humanidad sobre la estaca. El tosco soporte se hundió varios centímetros en el fango, pero él lo arrancó y dio una segunda zancada. El resultado fue idéntico, lo que no le impidió avanzar a ritmo lento y liberar de su peso la rodilla herida. Tas le ayudó a caminar y así, a trompicones, se abrieron camino en el encharcado terreno.

«¿Adonde nos dirigimos?», deseaba preguntar el kender, pero le asustaba la respuesta, de modo que, por una vez, no tuvo dificultad en callar. Sin embargo, Caramon pareció oír sus cavilaciones, pues, a los pocos instantes, le comunicó su plan.

—Es posible que el ingenio no me catapulte a las esferas de la Reina Oscura, pero hay alguien que sí posee la facultad de hacerlo —dijo, con el resuello alterado por el esfuerzo—. Accionaré este portentoso instrumento y me personaré ante él.

—¿Quién? —inquirió el otro, impregnado el tono de su voz de resquemor.

—Par-Salian. Nos referirá lo sucedido y me enviará donde tenga que ir.

—¿Par-Salian? —Tasslehoff se alarmó tanto como si el guerrero hubiera mencionado a la misma Takhisis— ¡Cometes una insensatez todavía mayor!

Trató de proseguir, pero una violenta náusea taponó la boca de su estómago y hubo de desistir. Se detuvo para vomitar y Caramon le aguardó, enfermizo su semblante bajo las luces de las lunas.

Convencido de haberse vaciado desde el copete hasta las botas, el kender se sintió un poco mejor.

Indicó con un ademán al grandullón que ya había pasado el ataque, demasiado exhausto aún para hablar, y le alcanzó con paso bamboleante.

Vadeando en el fango, arribaron al obelisco y se apoyaron en él en busca de apoyo, agotados, como si en lugar de haber recorrido unos pocos metros hubieran atravesado medio Krynn. Caldeó la atmósfera un viento asfixiante, similar al que había acompañado la batalla. Los truenos, sus ecos, aumentaron de volumen de forma patente en su veloz recorrido a través de los planos superiores.

Bañado el rostro en sudor, los labios violáceos, Tas esbozó una sonrisa que pretendía ser ingenua y abordó al fornido, aunque ahora debilitado, humano.

—¿Sugerías hace unos momentos que visitásemos a Par-Salian? —le interrogó con aire casual, mientras se enjugaba las sienes—. Yo te lo desaconsejaría. No estás en condiciones de emprender la larga aventura que supone llegar hasta allí y, sin agua ni alimento, sería doblemente duro.

—No me has entendido —se disgustó Caramon—. Con el artilugio no tenemos

necesidad de someternos a ninguna vicisitud. Bastará recitar la fórmula.

Y, extrayendo de su bolsillo el colgante, desarrolló el proceso que había de metamorfosearlo en un hermoso, enjoyado símbolo de poder. Observando sus movimientos, el kender tragó saliva y concibió nuevas argucias para instarle a renunciar.

—Imagino que el anciano debe de estar muy ocupado —apuntó, contrayendo la boca en una mueca—, demasiado para recibirnos. Este caos le exige sin duda una febril actividad, así que sería más conveniente no molestarlo y retroceder a una época divertida. ¿Por qué no revivimos la escena en la que Raistlin hechizó a Bupu y la enana se enamoró de él? ¡Fue fantástico! Aún veo a esa achaparrada mujer siguiéndole a todas partes.

Su oyente, si es que le prestó alguna atención, no lo demostró. Temeroso de perder la partida, el hombrecillo se estrujó el cerebro a la búsqueda de otro razonamiento disuasorio.

—Ha muerto —afirmó al fin, y exhaló un pesaroso suspiro—. Pobre Par-Salian, sus días se han acabado. Después de todo, era ya muy viejo cuando nos separamos de él en el año 356 y su aspecto no era, ya entonces, el de una criatura sana. Le habrá causado un tremendo impacto que tu hermano se erija en una divinidad. Lo más probable es que su corazón, al no haberlo podido resistir, haya cesado de latir, acaso de manera instantánea.

Consultó al guerrero con la mirada. Una leve sonrisa animaba la expresión de su acompañante, aunque éste, mudo como una lápida, continuó ajustando y armando las piezas del colgante. El súbito resplandor de un rayo interrumpió su quehacer. Alzó la vista al cielo y asumió, de nuevo, la seriedad que le había caracterizado durante las últimas horas.

—¡Seguro que la Torre de la Alta Hechicería ya no se encuentra en su antiguo emplazamiento! —gritó Tasslehoff a la desesperada—. Si has acertado y todo el mundo se ha reducido a esto —ondeó la mano en un movimiento circular, en el instante mismo en que empezaba a caer la insalubre lluvia—, la mole debió de ser una de las primeras que se desmoronaron. Era más alta que la mayoría de los árboles que poblaban el país. Fue un objetivo fácil para los relámpagos.

—La Torre se mantiene en pie —le espetó Caramon, tan tajante que el kender cejó en su idea.

Hizo los últimos engarces en el artilugio, lo sostuvo en alto y, al reflejarse en las gemas la luz de Solinari, éstas refulgieron como si tuvieran vida propia. Pero los nubarrones se interpusieron pronto, ocultando la luna y creando una intensa penumbra que tan sólo rasgaban los aserrados, magníficos y letales relámpagos.

Apretando los dientes para aliviar el dolor de su lisiada pierna, el hombretón asió la muleta y se incorporó. Tas le imitó más despacio, puestos en su amigo unos ojos que destilaban tristeza.

—En todo este tiempo, he aprendido a conocer a Raistlin —dictaminó el guerrero, consciente del abatimiento del hombrecillo, aunque fingió ignorarlo—. Me ha costado mucho, quizá demasiado, pero ahora ninguno de sus sentimientos se me escapa. Detestaba la Torre y también a sus moradores, por el suplicio al que le sometieron entre sus paredes. Sin embargo, su odio se confunde con un amor ilimitado porque, pese al sufrimiento que ha padecido, ese edificio constituye el emblema de su arte. Y tal arte, la magia, significa más para mi gemelo que la existencia misma. No, la Torre de la Alta Hechicería no ha sido derruida.

Exhibió el inefable objeto a los elementos y, sin más preámbulos, acometió el cántico:

—Tu tiempo te pertenece, aunque viajes por él...

—¡Detente, Caramon! —le ordenó Tasslehoff, aunque su acento imperativo era fruto del pánico y no de la voluntad de imponerse—. ¡No puedes llevarme a presencia de Par-Salian! Me infligirá un castigo terrible, me transformará en..., en un murciélago, por ejemplo. Aunque sería una experiencia interesante, no sé si lograré acostumbrarme a dormir en posición invertida, con la cabeza colgando. Me gusta ser un kender. No me apetece encarnarme en un animal.

—¿Qué jerigonza es ésta? —se encolerizó su interlocutor, más aún porque sentía sobre su piel el embate del incipiente granizo.

—Me inmiscuí en su sortilegio —se explicó el hombrecillo, tan frenético que apenas podía ordenar sus ideas—. Hice un viaje que estaba vedado a los de mi raza, desoyendo el mandato del insigne anciano, y por si eso fuera poco ro..., me apropié de un anillo con virtudes esotéricas que alguien había dejado olvidado y me lo ceñí al dedo. ¡Perpetré dos delitos que los magos juzgan imperdonables! Luego, ya en Istar, rompí el ingenio —prosiguió, dispuesto a enumerar todas sus faltas—. No fui yo el responsable de aquel accidente, sino Raistlin. Pero una persona estricta podría sacar la conclusión de que si no me hubiera atrevido a tocarlo, no habría sucedido nada. Y Par-Salian es, a mi entender, una criatura de conceptos rígidos. Cuando encargué a Gnimsh que recompusiera los fragmentos, no le restituyó exactamente sus facultades originales, lo que tampoco suscitará los elogios del dignatario.

—Tas —rezongó el guerrero, mareado por tan vehemente parrafada—, haz el favor de callarte.

—Sí, Caramon —accedió el otro con inusitada docilidad.

El enorme humano examinó a aquella pequeña figura que, compungida, se recortaba en la claridad de la tormenta, y trató de ofrecerle consuelo.

—Te prometo, amigo, que no permitiré que Par-Salian te haga ningún daño. Antes tendrá que convertirme en murciélago.

—¿De verdad? —se esperanzó el aludido.

—Empeño en ello mi palabra —insistió el colosal luchador y, oteando su entorno, le indicó—: Ahora, dame la mano y partamos sin demora.

—De acuerdo —se avino el kender y, jubiloso, deslizó una mano en la incommensurable palma que le tendía su compañero.

—He de hacerte una última recomendación —declaró el portador del arcano objeto.

—¿Cuál?

—Esta vez, todos tus pensamientos han de confluir en la Torre de la Alta Hechicería. ¡Nada de lunas ni de divagaciones!

—Descuida —garantizó el errabundo hombrecillo.

Comenzó de nuevo el guerrero a entonar las rimas y, mientras lo hacía, Tasslehoff no pudo sustraerse a una fugaz idea, que descartó de inmediato.

«Me pregunto qué apariencia ofrecería este gigante si se metamorfoseara en un mamífero volador —se dijo—. ¡Su aleteo sería imponente!»

Los dos personajes se materializaron en el lindero de un bosque.

—No ha sido culpa mía —se apresuró a defenderse el kender—. He puesto alma y vida en desechar cualquier imagen que no fuera la de la Torre. Tengo la total certeza de no haber evocado ninguna espesura.

Caramon estudió el panorama con suma atención. Era todavía de noche, pero se vislumbraba una misteriosa claridad a pesar de las nubes que se perfilaban en el

horizonte. Lunitari derramaba su tamizada luz de sangre sobre la tierra mientras que Solinari, perturbado su recorrido, se eclipsaba tras un frente borrascoso. Encima de ambas, se divisaba el reloj de arena formado por ristras de estrellas.

—Estamos en el período adecuado —masculló el hombretón— pero, en nombre de los dioses, ¿dónde hemos ido a parar? —Apoyóse en la muleta y clavó en el ingenio una mirada acusadora, antes de inspeccionar los sombríos árboles cercanos, los troncos iluminados por las lunas. De pronto, se ensacharon sus contraídos rasgos—. ¡No ocurre nada. Tas! —exclamó, alborozado—. ¿No lo reconoces? Es el Bosque de Wayreth, el paraje mágico que custodia el edificio.

—¿Estás seguro? —quiso cerciorarse Tasslehoff—. La última vez que anduve por aquí, me enfrenté a un paisaje muy distinto, una maraña de árboles que me acechaban como si una fuerza ignota los hubiera dotado de vida y que, al tratar de adentrarme, me atacaron. Más tarde, cuando pretendí alejarme, tampoco me lo permitieron.

—Así era, en efecto —subrayó el guerrero, doblando el cetro hasta devolverle la forma de un colgante común.

—Entonces, ¿a qué se debe esta mutación?

—A las mismas causas que han alterado la apariencia de todo nuestro mundo —repuso Caramon mientras, cuidadoso, guardaba el artilugio en un saquillo de cuero.

El kender rememoró el episodio de su anterior visita a la mágica arboleda. Concebida para proteger la Torre de los intrusos, era un lugar de pesadilla, porque, fiel al carácter sobrenatural que le habían conferido quienes la engendraron, era ella la que encontraba a las personas y no al revés, como mandaban los cánones. La primera vez que sorprendió al luchador y a Tas fue poco después de que Soth, el caballero espectral, envolviera a Crysania en un encantamiento destinado a matarla. El hombrecillo se había despertado de un profundo sueño y descubierto, perplejo, que se elevaba un bosque donde nada había la víspera.

Los troncos, las ramas, estaban desnudos y torturados, una gélida bruma surgía de las cortezas. En el interior moraban entes oscuros, espíritus condenados a vagar toda la eternidad. No tardó el kender en comprobar que, en aquel ambiente de ultratumba, también los árboles poseían el don de la existencia y tenían la costumbre de seguir a los mortales. Recordaba que siempre que había intentado apartarse, en cualquier dirección que tomase, volvía a topar con aquel hervidero de prodigios.

Esta mera circunstancia era ya bastante abrumadora, pero cuando el hombretón traspasó sus límites, se produjo un hecho todavía más espeluznante. Los árboles, en una dramática farsa, empezaron a crecer y moldearse hasta trocarse en vallenwoods. La espesura, antes cubil de muerte, lóbrega y cargada de malos presagios, se transformó en un bosque hermoso, teñido de los verdes y los ocre de las estaciones, de la vida. Los pájaros trinaban felices en las ramas, invitándolos a participar de la belleza.

Ahora había sufrido una nueva mutación. Tasslehoff lo contempló anonadado, porque, si bien halló en sus contornos reminiscencias de las dos versiones que conocía, lo cierto era que no se asemejaba a ninguna. Los troncos parecían vegetales muertos, sus lisas superficies, reseca por la podredumbre, no exhibían síntomas de que nada pudiera medrar. Y, no obstante, al mirarlo, vislumbró unas señales de movimiento que sugerían la presencia de un hálito vibrante. Las ramas se proyectaban como tentáculos atenzadores.

Volviendo la espalda al embrujado Bosque de Wayreth, el hombrecillo escrutó el llano que se extendía en las cercanías. La escena era idéntica a la de Solace. No había vegetación ninguna, ni viva ni muerta. Le circundaban tocones negruzcos e informes, que, dispersos, se arraigaban con sus postreras energías a una ciénaga escurridiza. En

todo el perímetro que abarcaba su visión, no había sino tramos uniformes de lo que podía definirse como un desierto de cenizas.

—¡Caramon! —gritó de pronto, estirando el índice.

El aludido desvió el rostro en la dirección que señalaba. Junto a uno de los troncos yacía una figura, recogida sobre sí misma.

—¡Una persona! —se excitó el kender—. ¡Hay alguien más aquí!

—¡Tas!

Aquella llamada era un aviso del guerrero, para prevenirlo contra un posible espejismo; pero antes de que acertara a actuar, el hombrecillo había echado a correr.

—¡Hola! —saludó a la inerte forma—. ¿Duermes? Por favor, despierta.

Se inclinó sobre el bulto y lo zarandeó. Pero sólo consiguió que la criatura rodara sobre su espalda. Boca arriba, tensa y rígida, pudo contemplarla.

—¡Oh! —se asombró Tasslehoff, a la vez que refulaba unos pasos—. ¡Es Bupu!

Hubo un tiempo en el que Raistlin trabó amistad con la enana gully, con aquel despojo que ahora oteaba el estrellado cielo con ojos extraviados, hundidos en las cuencas. Cubrían su enflaquecido cuerpo unos harapos mugrientos, raídos hasta lo impensable, y en su rostro tumefacto se evidenciaban las huellas de la devastación. Se ceñía a su cuello una correa de cuero y, atada a su extremo, como una siniestra alhaja, había una lagartija disecada. Aferraba en una mano una rata en iguales condiciones y en la otra mano, una pata de pollo. Tas comprendió, decaído, que, al acosarla la muerte, la diminuta mujer había recurrido a toda la magia que atesoraba. Pero a juzgar por las consecuencias, no había tenido éxito.

—No hace mucho que falleció —murmuró Caramon, caminando hasta ellos y arrodillándose para observar a la infortunada—. Fue sin duda el hambre lo que acabó con ella —diagnosticó, mientras entornaba caritativamente los párpados—. ¿Cómo pudo sobrevivir tanto tiempo a la catástrofe? Los habitantes de Solace llevaban muertos varios meses.

—Quizá Raistlin la socorrió —sugirió el kender.

—No, es una simple coincidencia —opuso el guerrero con áspero acento—. Los enanos gully son capaces de resistir las peores penurias. Imagino que fueron los últimos en expirar y que Bupu, más avispada que sus congéneres, aguantó durante un período mayor que los otros. Mas, al fin, incluso alguien de su fortaleza pereció en esta tierra maldita. Ayúdame a levantarme —rogó a su amigo, encogiéndose de hombros.

—¿Qué vamos a hacer con sus restos? —preguntó éste—. No podemos dejarla aquí.

—¿Por qué no? —replicó Caramon, malhumorado. El espectáculo de la enana y la proximidad del Bosque habían traído a su mente una oleada de penosos recuerdos.—¿Te agradaría a ti que te sepultaran en el fango? Además, no podemos perder ni un minuto.

Le inspiró esta decisión el hecho de que los nubarrones, con su séquito de relámpagos y rugientes truenos, se habían situado prácticamente sobre sus cabezas. Al advertir que Tasslehoff se empeñaba en atender a la yaciente y que un velado reproche teñía sus pupilas, Caramon endureció su expresión.

—No queda nadie vivo susceptible de mancillarla, Tas —reconvino, irritado, al kender, aunque para satisfacer a su alicaído compañero, se quitó la capa y cubrió el cadáver—. Vámonos —ordenó.

—Adiós, Bupu —se despidió Tas de aquella desdichada que no podía oírle.

Al dar una cariñosa palmada en la exánime mano que asía al roedor, y estirar la improvisada mortaja sobre ella, vislumbró un resplandor bajo la luz rojiza de Lunitari. Contuvo el aliento, convencido de que identificaba el origen del resplandor y, con

extrema suavidad, separó los acartonados dedos. Cayó la rata y, junto a ésta, una esmeralda.

Se hizo con la gema y, conocedor de sus asociaciones, se zambulló en el recuerdo de un remoto suceso. ¿Dónde fue, en Xak Tsaroth? Sí, su grupo se había escondido de las tropas draconianas en un fétido subterráneo y tenía que jalonar una tubería. Al nigromante le sobrevino un espasmo de tos...

«Bupu le miró preocupada y, metiendo su pequeña mano en la bolsa, revolvió unos segundos y sacó un objeto, que sostuvo bajo la luz. Lo miró, suspiró y negó con la cabeza.

»—Esto no ser lo que quería —musitó.

«Tasslehoff, al ver un reflejo de brillantes colores, se acercó a ella.

»—¿Qué es eso? —preguntó, aunque conocía la respuesta. Raistlin también observaba el objeto con ojos brillantes.

»Bupu se encogió de hombros.

»—Piedra bonita —dijo sin interés, volviendo a rebuscar en la bolsa.

»—¡Una esmeralda! —exclamó Raistlin.

»Bupu levantó la mirada.

»—¿Tú gustar?

»—¡Mucho!

»—Tú guardar.

»Bupu depositó la joya en las manos del mago y, con un grito de triunfo, sacó lo que había estado buscando. Tas, acercándose a ver la nueva maravilla, se apartó asqueado. Era una lagartija muerta, absolutamente muerta. Alrededor de la cola tiesa de la lagartija había atado un cordón de cuero. Bupu se lo acercó a Raistlin.

»—Llevarlo alrededor del cuello —le dijo—. Cura tos.»

—El archimago ha estado aquí recientemente —concluyó el kender—. Nadie sino él pudo entregarle esto, pero ¿por qué? ¿Fue un obsequio, acaso un amuleto protector? Caramon, escucha...

No terminó la frase, pues el robusto guerrero se hallaba abstraído en la contemplación del Bosque de Wayreth y, al reparar en su lívida tez, el hombrecillo intuyó que volaba a la grupa de nostálgicas, a la vez que pavorosas, ensoñaciones.

En silencio, Tasslehoff metió la esmeralda dentro de su bolsillo.

La arcana espesura parecía tan estéril y desolada como el resto del mundo. Mas, para Caramon, bullía de recuerdos. Estudió, nervioso, los singulares árboles, los mojados troncos y las retorcidas ramas, que, por el influjo de Lunitari, rezumaban un líquido similar a la sangre.

—Pasé miedo la primera vez que visité este bosque —masculló, cerrando los dedos en torno a la empuñadura de la espada—. No me habría aventurado de no ser por Raistlin. La segunda ocasión, cuando transportamos a Crysania para que los magos la sanasen, mi pánico fue en aumento; tampoco me habría adentrado si no me hubieran hechizado las aves con sus seductores gorjeos. «Serenos el bosque, serenas sus perfectas mansiones donde crecemos en lugar de marchitarnos», rezaba su estribillo. Yo vi en sus palabras la promesa de una respuesta a todas mis elucubraciones, pero hasta ahora no he desentrañado el mensaje de muerte que transmitían. Sí, de muerte, ella es la única

mansión perfecta, la eterna residencia donde nuestra alma se engrandece y cesan de corrompernos las influencias externas.

Sin apartar los ojos de la arboleda, el guerrero tuvo un escalofrío a pesar del calor sofocante que derretía hasta el aire. «Hoy me asalta un temor todavía más insondable que en aquellas dos situaciones —se confesó para sí mismo—. Algo terrible anida ahí dentro.»

Una sierra luminosa alumbró la bóveda celeste, el plano inferior donde se hallaba el humano, con tanta intensidad como si fuera de día. Fue sucedido por un sordo estruendo y por el chapaleo de la lluvia en los pómulos de éste.

—Al menos los troncos se sostienen en pie —susurró—. Deben de estar dotados de una magia tremendamente poderosa para soportar la arremetida de las tempestades. —Sus tripas se revolviéron reclamando alimento y, como no podía proporcionárselo, ni siquiera engullir aquel líquido malsano que manaba del cielo, se contentó con humedecerse los labios—. Sereno el bosque... —recitó de nuevo.

—¿Qué decías? —inquirió Tas, situándose a su lado.

—Que, en el fondo, da lo mismo sucumbir de un modo u otro —contestó el hombretón con cierta indiferencia.

—Yo he muerto tres veces —explicó el kender—. La primera fue en Tarsis, cuando los dragones derribaron un edificio sobre mí. Luego vino el accidente de Neraka, donde el mecanismo de una trampa envenenó mi sangre y Raistlin me salvó y, por último, fui catapultado al más allá tras la hecatombe de Istar. Tengo, pues, suficiente materia de juicio para corroborar tu dictamen: una muerte no difiere en exceso de otra. Sin embargo, existen matices, ventajas e inconvenientes, en cada modalidad. La ponzoña era dolorosa pero de efectos rápidos, mientras que la casa que me cayó encima...

—Resérvate algo para narrárselo a Flint —le atajó Caramon y, desenvainando su espada, le consultó—: ¿Estás preparado?

—Lo estoy —le aseguró el otro en postura marcial—. «Guárdate lo mejor para el final», solía comentar mi padre. Claro que —hizo una pausa— citaba este sabio proverbio en relación con la cena, no con el destino. No importa —caviló—, el significado es válido en ambos contextos.

Enarboló su pequeño cuchillo y siguió al guerrero hacia las entrañas del embrujado Bosque de Wayreth.

5

El Bosque de Wayreth

Los engulló la negrura. Ni la luz de la única luna que brillaba en el cielo, ni tampoco la de las estrellas, podía penetrar la noche del Bosque de Wayreth. En el lóbrego ambiente, incluso los fulgores de los relámpagos pasaban inadvertidos. Y, aunque se oían las resonancias de los truenos, parecían unos empobrecidos ecos de sí mismos. En los tímpanos de Caramon repiqueteaban los tamborileos de la lluvia y el granizo. Pero la espesura estaba seca y tan sólo los árboles del lindero habían recibido la rociada.

— ¡Qué alivio! —se alegró Tas—. Si nos alumbrase alguna luz...

Apagó su voz un gorgoteo, síntoma inequívoco de ahogo. El guerrero detectó un ruido sordo y el crepitar de la madera, sucedido por el sonido que emitiría un cuerpo al ser arrastrado.

—Tasslehoff, ¿estás bien? —indagó, alarmado.

— ¡No, Caramon! —contestó éste—. Me ha atrapado uno de estos horribles

vegetales. ¡Socórreme, te lo suplico!

—No me estarás gastando una broma, ¿verdad, amigo? —quiso cerciorarse el hombretón—. Porque, si es así, no tiene ninguna gracia.

— ¡Claro que no! —aulló el kender—. Me ha aprisionado y me lleva hacia algún lugar.

—¿Dónde? ¿En qué dirección? —demandó el luchador—. ¡No veo nada en estas tinieblas!

— ¡Aquí! —trató de orientarle el cautivo—. ¡Me ha agarrado por el pie y está dispuesto a partirme en dos!

— ¡No dejes de gritar, Tas! —le urgió Caramon, que deambulaba a trompicones en la susurrante maraña—. Creo que ando cerca.

Una enorme rama azotó al guerrero en el pecho, tan contundente que le arrojó al suelo y le privó del resuello. Mientras, estirado cuan largo era, intentaba inhalar aire, percibió un crujido a su derecha. Arremetió a ciegas con su espada, a la vez que se decantaba hacia un lado, justo a tiempo para evitar un tronco que, en vez de aplastarlo, se estrelló donde yaciera segundos antes. Se incorporó torpemente, pero otra rama le golpeó la parte inferior de la espalda y lo lanzó de bruces sobre el duro terreno.

La rama le flageló los riñones, causándole un agudo dolor. Luchó para erguirse de nuevo, pero la rodilla le palpitaba en una suerte de agonía y la cabeza le daba vueltas. Había cesado de oír a Tasslehoff. No era consciente sino del restallar de los látigos arbóreos y de su avance implacable. El enemigo cerró filas a su alrededor, uno de sus tentáculos le arañó el brazo y, sensible a su proximidad, el humano reculó fuera de su alcance. De poco le sirvió. Algo se enroscó en torno a su tobillo y, pese a que una ágil estocada hizo saltar astillas sobre su pierna, no lastimó al atacante.

La fuerza de innumerables siglos anidaba en las macizas ramificaciones de los moradores del Bosque; su magia les infundía raciocinio y voluntad propias. Caramon había traspasado las fronteras del territorio que guardaban, una región vedada a los intrusos y, lo sabía bien, iban a matarle.

Otra rama más se enredó en su poderoso muslo, unos leños semejantes a lianas buscaron un asimiento firme en sus extremidades. Pronto le despedazarían, como quizás habían empezado a hacer con el hombrecillo, que, en una nebulosa, profería alaridos desgarrados.

Alzando la voz, el atezado luchador proclamó:

— ¡Soy Caramon Majere, hermano de Raistlin! Debo hablar con Par-Salian o con el actual Señor de la Torre, sea quien fuere.

Hubo un momento de silencio, de titubeo. El improvisado orador notó que flaqueaba la determinación de los árboles y que aflojaban su presa.

—Par-Salian, ¿estás ahí? —insistió—. Par-Salian, has de conocerme. ¡Soy su gemelo, y tu única esperanza!

—¿Caramon? —le invocó alguien con acento inseguro.

—Calla, Tas —siseó el aludido a su amigo, pues era él quien le requería.

La quietud se hizo tan densa como la oscuridad. Transcurrido un breve lapso, los aprehensores soltaron al humano y los quiebrores disonantes, siniestros, que antes anunciaran su vecindad flanquearon ahora su retroceso. Con un suspiro, con una debilidad hija del miedo, el sufrimiento y el creciente mareo, el guerrero apoyó la cabeza en un brazo hasta que se hubo normalizado su ritmo respiratorio.

—Tas, ¿cómo te encuentras? —le preguntó al kender.

—Mejor —contestó su compañero a muy escasa distancia, tanto que el hombretón no tuvo más que estirar el brazo para tocarlo y atraerlo hacia sí.

Aunque oía la agitación que reinaba entre sus adversarios al replegarse, a

Caramon no le cabía la menor duda de que vigilaban todos sus movimientos, de que registraban cada palabra surgida de sus labios. Cauteloso, envainó la espada.

—Te agradezco sinceramente que revelaras quién eres a Par-Salian —murmuró Tasslehoff, aún jadeante—. No imagino cómo podría relatarle a Flint que fui asesinado por un árbol. Ignoro si está permitido reír en el universo de ultratumba, pero el enano habría estallado en jocosos aspavientos al enterarse.

—Chitón —conminó el otro.

Obediente, el hombrecillo calló. No duró mucho, sin embargo, su silencio.

—¿Cómo estás tú? —se interesó, procurando mantener un volumen de voz moderado.

—Bien, sólo necesito recuperar el aliento. Pero he perdido la muleta.

—Está aquí, he tropezado con ella. —Tas se alejó unos pasos, y regresó al punto con la pesada vara—. Toma —se la ofreció, y le ayudó a enderezarse.

—Caramon —preguntó tras una corta pausa—, ¿cuánto tiempo calculas que tardaremos en llegar a la Torre? Tengo muchísima sed y, aunque mis tripas se han aposentado después de desalojarlas, ha sustituido al cólico un fastidioso ronroneo.

—No podría precisarlo —confesó el interpelado—. No vislumbro nada en las sombras que me indique adonde vamos, que me oriente en la dirección correcta o que me prevenga contra los posibles escollos.

Volvieron a iniciarse los crujidos de forma súbita, como si un huracán nacido en las entrañas mismas de la espesura balanceara a su capricho las copas de los árboles. Caramon se puso tenso. Tas se alarmó al advertir que el retirado ejército reanudaba su acercamiento. Quietos, desvalidos, dejaron que los temibles vegetales les circundasen, sintiendo el contacto de las cortezas sobre su piel, la infame caricia de las hojas muertas en su cabello, el susurro de las extrañas frases que vertían en sus tímpanos. El guerrero, en un gesto instintivo, aferró la empuñadura de su arma, pese a conocer su inutilidad en tan graves circunstancias. Pero cuando los agresivos soldados de las huestes arbóreas hubieron estrechado su círculo, cesó todo signo de actividad. Una vez más, reinó la calma.

Extendiendo la mano, el corpulento luchador palpó sólidos troncos a derecha e izquierda y, también, una apretada formación a su espalda. Inspirado por una repentina idea, hizo lo mismo hacia adelante y, tras otear el panorama, se confirmaron sus sospechas: estaba despejado.

—No te separes de mí, Tas —ordenó y, por una curiosa y bienaventurada excepción, el kender acató su mandato sin rechistar.

Juntos, echaron a andar por el camino que delimitaban aquellas prodigiosas criaturas. Al principio, su marcha fue lenta, ya que no resultaba nada halagüeña la perspectiva de topar con una abultada raíz, enredarse en un matorral o precipitarse en un hoyo. Pero apresuraron el paso de manera gradual, al constatar que el suelo era llano, libre de obstáculos y sotobosque. No sabían adonde se dirigían, las perpetuas tinieblas les obligaban a seguir la irreversible trocha que creaba su espectral escolta al apartarse a su paso y cerrarse tras ellos. Cualquier desviación en la ruta preestablecida les conducía a una pared de troncos revestidos de un intrincado ramaje.

El calor era sofocante. No soplaba la brisa, no caía la lluvia. La sed, mitigada antes por el pánico, les inundó cual una epidemia. Secándose el sudor de la frente, Caramon buscó una explicación a aquella atmósfera opresiva que era mucho más agobiante dentro que fuera del paraje. Se diría que la generaba la misma espesura. Se le antojó que la animaba una vida más intensa que en las dos anteriores ocasiones en que la había recorrido y, desde luego, concluyó que el palpito era allí mucho más ostensible que en el mundo exterior. En medio del murmullo de los árboles se distinguían, o a él

así se lo pareció, el deambular de animales terrestres, el aleteo de las aves e incluso columbró varios pares de ojos que, brillantes, le espiaban desde los arbustos. Pero el hecho de hallarse entre seres vivientes no apaciguó su ánimo; al contrario, el odio y la ira que éstos destilaban tuvieron el don de alterar sus nervios. ¿Quién era el destinatario de aquel resentimiento, de la cólera que rezumaban los pobladores del Bosque? Comprendió que no convergían en su persona, sino en la esencia mágica del entorno.

Y, de pronto, oyó de nuevo los trinos de los pájaros, tal como sonaron en el último periplo que realizó allí. Agudas, dulces y puras, elevándose por encima de la muerte, la negrura y la derrota, retumbaron las notas de la alondra. Se detuvo a escuchar, llenos sus ojos de lágrimas frente a la belleza de aquel canto que tonificaba su herido corazón.

La luz en el horizonte oriental,
es perenne y matutina.
Renueva el aire con su hálito vital.
La fe, el anhelo aglutina.

Como ángeles las alondras emprenden su vuelo,
como ángeles las alondras ascienden
de la hierba soleada hacia el benigno cielo;
mas fúlgidas que alhajas el aire encienden.

Pero al mismo tiempo que la tonada, el bálsamo del ave diurna, relajaba sus vísceras, un abrupto chasquido le estremeció. Alas negras revolotearon en su derredor y su alma se colmó de sombras.

La tenue luz del este
arranca de la oscuridad
la maquinaria del fulgor celeste,
de la alondra la prístina ingenuidad.
Pero los cuervos en la noche abundan,
y las brumas que emergen de poniente,
en sus corazones soterrados alumbran
un nido de maldad rugiente.

—¿Qué significa, Caramon? —le interrogó Tas mientras continuaban avanzando en la arboleda, guiados por la furibunda vegetación.

Le respondió no su amigo, sino un coro de otras voces que hondas, melodiosas, impregnadas de tristeza, delataban la añeja sabiduría de la lechuza.

A través de la noche, en la penumbra,
cabalgan las estaciones,
se rinden los años a la cambiante luz
de las esferas, y en el alba o crepúsculo vacuas
se tornan las emociones, en la abstracción de las luchas postreras.

Pues siempre hay vestigios de muerte
en el verde prado,
y estrellas fugaces sobre el cruel matadero,

siempre, aunque sombríos sus copas y trazado,
en los vallewood reverbera la luz del día venidero.

—Significa que las fuerzas arcanas están en conflicto, que han escapado al control de sus hacedores —dictaminó el guerrero—. La energía que debe gobernar al Bosque apenas conserva su integridad. ¿Qué vamos a encontrar en la Torre?

—Si logramos alcanzarla —apostilló el kender—. ¿Qué pruebas tenemos de que estos viejos, escalofriantes árboles no nos empujarán a una sima?

Caramon impuso un descanso, incapaz de respirar en la tórrida oleada que transportaba el viento. La burda muleta se le clavaba en la axila y, ahora que la había descargado de su peso, la rodilla herida había empezado a embotarse. Tenía la pierna inflamada y tumefacta. Era evidente que su resistencia se agotaba por momentos. También él había sido víctima de la náusea; al expulsar el veneno, se había paliado el malestar de su estómago; pero la sed se había convertido en una tortura y, para colmo de males, como Tasslehoff había señalado, ignoraban las intenciones de los moradores del Bosque respecto a ellos. Ningún indicio le permitía adivinar hacia dónde les guiaban.

En una nueva intentona de comunicarse con el anciano dignatario de la mole volvió a imprecarle, indiferente a la irritación de su garganta:

—Par-Salian, contéstame o rehusaré seguir adelante. ¡Háblame!

Un clamor inarticulado se propagó por la arboleda. Las ramas se agitaron y retorcieron como si soplara un auténtico tifón, a pesar de que, por desgracia, ningún soplo vino a refrescar a los dos personajes. Los gorjeos de los pájaros se mezclaron en una desagradable cacofonía, replicándose unos a otros y tergiversando sus estribillos hasta diluirlos en una batahola que, en la confusión, se impregnó de augurios maléficos.

Incluso Tas sufrió un cierto sobresalto y se arrimó a su acompañante —por si necesitaba que le reconfortase, naturalmente—, pero el guerrero se plantó con los brazos en jarras, resuelto su ademán, y contempló las inefables brumas sin prestar atención al torbellino.

— ¡Par-Salian! —vociferó.

Y, al fin, obtuvo respuesta: un aullido proferido en tono chillón, casi tan inconexo como los desvirtuados cánticos.

Al percibir aquel absurdo sonido, a Caramon se le puso la piel de gallina. Había desgarrado el manto de oscuridad y de calor, alzándose sobre la barahúnda y ahogando el entrechocar de los miembros arbóreos. El humano tuvo la impresión de que todo el pavor, la agonía del mundo en declive se cristalizaba y se definía en aquel grito.

— ¡En nombre de los dioses! —renegó el kender asiéndose a la mano del luchador, según él, por si se había asustado—. ¿Qué sucede?

El guerrero nada repuso. Su despierta mente caviló que la furia del Bosque se había recrudecido, ribeteada ahora de un miedo y una pesadumbre indescriptible. Los árboles les azuzaban, se arracimaban en torno a sus cuerpos para apremiarles en su viaje. Se prolongaron los lamentos el tiempo que tardaría un hombre en inhalar una bocanada de aire, se interrumpieron durante el mismo intervalo de tiempo y volvieron a comenzar. El sudor se heló en las sienes del sobrecogido Caramon.

Reanudó la marcha, llevando a Tas a su lado. Hacían pocos progresos, una circunstancia que empeoraba el hecho de que no sabían cuál era su punto de destino y ni siquiera les quedaba el recurso de discutir el rumbo. La única brújula que orientaba sus pasos hacia la Torre, o así cabía esperarlo, era aquel plañido inhumano.

A empellones, exhaustos, anduvieron sin norte y, aunque el kender hizo cuanto pudo para sostenerle, Caramon se creía a punto de desfallecer a cada nueva zancada. El

dolor de su tullida pierna se enseñoreó de él, obsesionándole hasta tal extremo que perdió la noción del tiempo. Olvidó por qué habían venido, cuál era su objetivo; dar un paso y otro en la negrura, unas tinieblas que habían socavado su espíritu, era lo único a lo que aspiraba.

Caminó sin tregua, sin aliento, como un autómeta. Y, durante la odisea, matraqueaba en su cerebro aquel aullido pavoroso de una criatura que parecía morir en vida.

—¡Caramon!

Esta llamada penetró en su aturrido, abotargado cerebro. Le asaltó la sensación de que hacía ya un rato que se repetía por encima de los estertores. Pero si era así, no había conseguido atravesar la maléfica niebla que le aislaba cual una mortaja.

—¿Cómo? —farfulló, y tomó conciencia de que unas manos le agarraban, le vapuleaban—. ¿Cómo?—volvió a preguntar, esforzándose en regresar al universo real—. ¿Eres tú, Tas?

— ¡Mira, Caramon!

La voz del kender le llegó como una abstracción y, frenético, meneó la cabeza, para dispersar las brumas interiores. Reparó entonces en que podía ver, que la luna se exponía a sus ojos en un nítido cerco. Tras pestañear, inspeccionó el panorama.

—¿Y el Bosque? —indagó.

—Detrás de nosotros —le informó Tasslehoff en tono confidencial, como si la mera mención de la arboleda fuera a abalanzarla sobre ellos—. Nos ha traído hasta aquí, aunque no identifico el lugar. Echa un vistazo al paraje y dime si lo recuerdas.

El guerrero obedeció. Las sombras se habían disipado, se hallaban en un claro que a hurtadillas, temeroso, procedió a examinar.

Ante él se insinuaba un precipicio y, a su espalda, la espesura aguardaba. No necesitaba volverse para comprobarlo. Presentía su vecindad y, también, que no podían entrar en ella sin sucumbir a sus horrores. Les había conducido hasta allí, su misión estaba cumplida. ¿Dónde se encontraban? Detrás les acechaban los árboles, delante no había sino un vasto, tenebroso vacío. Quizá Tas acertó al apuntar que quedarían acorralados en el borde de un risco.

Unas nubes de tormenta ensombrecían el horizonte. Pero, de momento, no les amenazaba ninguna descarga. Muy lejos, en la bóveda celeste, brillaban las lunas y las constelaciones. Lunitari ardía en llamas incandescentes y el otro satélite, el argénteo, se había liberado de su algodónada prisión y vertía unos fulgores que Caramon nunca había observado. Y ahora, quizá debido al contraste que ofrecía la luz de los astros sobrepuesta al negro, divisó a Nuitari, aquel redondel que tan sólo se exhibía a las pupilas de su hermano. Alrededor de las tres lunas evolucionaban las destellantes estrellas, ninguna tan ostensible como las que configuraban el extraño reloj de arena.

Los únicos ecos que alteraban la paz eran los enfurecidos pero amortiguados cuchicheos del Bosque y, en lontananza, el incorpóreo gemido que no había cesado de acompañarles.

«No tenemos alternativa —reflexionó Caramon. No podemos retroceder. Nuestra fantasmal escolta no lo permitirá. Además, ¿qué es la muerte sino el final del sufrimiento, la sed y la opresión que me desgarran las entrañas?»

—Aguarda aquí —ordenó al kender mientras trataba de desembarazarse de su zarpa, presto a internarse en el pozo—. Quiero explorar los contornos.

— ¡No irás a ninguna parte sin mí! —se opuso el aludido y, en vez de soltarle, se afianzó todavía más—. Cuando estabas solo, en las guerras de los enanos, te tropezaste con un sinfín de problemas —denunció, estrangulada su garganta—. Lo primero, o casi, que hice al catapultarme a tu lado fue salvarte la vida. —Oteó el mar de

penumbras que ondulaba a sus pies antes de, rechinantes sus mandíbulas, clavar en su amigo unos ojos que delataban su firme resolución—. Te seguiré, no me seduce la idea de viajar en solitario al plano de ultratumba y, por añadidura, imagino los insultos de Flint: «¿Qué has hecho ahora, botarate? Se te ha escapado esa bola de sebo, ya me figuraba yo que no se puede confiar en un atolondrado de tu calibre. Supongo que, dadas las circunstancias, tendré que abandonar mi cómoda morada bajo el árbol y partir en busca de ese saco de músculo sin raciocinio. Nunca supiste tomar precauciones ni tampoco guarecerte de la lluvia de contratiempos...»

—De acuerdo, Tas —se rindió Caramon sonriente, mirando al gruñón enano—. No seré yo quien perturbe el reposo de nuestro viejo amigo. Su reprimenda sería interminable, no la resistiría.

—Y, por otra parte —argumentó el hombrecillo—, carece de sentido que el Bosque nos haya guiado hasta aquí para arrojarnos a la nada.

—Cierto.

Sin pensarlo dos veces, el valeroso humano se armó con la muleta y empezó a avanzar hacia el oscuro panorama que se desplegaba frente a ellos.

—A menos —concluyó e] kender tragando saliva— que Par-Salian pretenda castigarme así por mi osadía.

6

Las Crónicas y el fin del mundo

La Torre de la Alta Hechicería se perfilaba a la luz de las lunas y las estrellas, convertida en un objeto de negrura que parecía haber sido creado a partir de la noche. Durante siglos, se erigió en estandarte de la magia, en depositaria de los libros y artilugios del arte arcano que se habían ido recopilando a través de los años.

Aquí se refugiaron los magos cuando fueron expulsados de la mole hermana de Palanthas por el Príncipe de los Sacerdotes. Entre sus muros salvaron las más valiosas pertenencias de la Orden de las turbas enardecidas. Los hechiceros vivieron en paz en su inexpugnable recinto, merced al escudo protector que les brindaba el Bosque de Wayreth. En sus cámaras se sometían los jóvenes aprendices a la Prueba que entrañaba la muerte para quien fracasara.

Raistlin cruzó las tapias y, antes de investirse la túnica negra, vendió el alma a Fistantilus. Caramon, en una de sus lóbregas dependencias, hubo de presenciar cómo el aspirante asesinaba a una ilusoria réplica de su gemelo, de él mismo.

También a este edificio regresaron el guerrero y Tas junto a Bupu, la enana gully, transportando el comatoso cuerpo de Crysania, y asistieron a un cónclave de los exponentes de las tres Túnicas, la Blanca, la Roja y la Negra. En la asamblea, descubrieron la ambición de Raistlin de desafiar a la Reina, conocieron a Dalamar, acólito del nigromante y espía de sus rivales.

En otra de sus habitaciones, Par-Salian, el gran archimago, formuló el hechizo

que había de trasladar a Caramon y la sacerdotisa a Istar, a una época previa al Cataclismo. Y, por último, en aquella misma sala había irrumpido Tasslehoff mientras se desarrollaba el encantamiento. Así fue como la presencia de un kender, prohibida explícitamente en las leyes que regían a la comunidad, posibilitó que el tiempo se alterase.

Ahora, el hombretón y su pequeño amigo habían regresado. ¿Qué encontrarían en su interior?

Con el corazón encogido, el humano contempló la Torre, víctima de unas aprensiones que enturbiaban su coraje. No hallaba ánimos para entrar, no en tanto perdurase aquella sórdida resonancia en su oído. Era preferible recular, enfrentarse a un destino más rápido en el Bosque. Además, había olvidado las puertas que, imponentes, de oro y de plata, solían obstruir el acceso. Se presentaban delgadas, quebradizas cual una telaraña, cual un entramado de hebras pintado sobre el fondo del cielo que fuera a desmoronarse bajo el más leve contacto; sin embargo, los esotéricos sortilegios que las sellaban habrían detenido a un ejército de ogros provistos de arietes. Su fragilidad era una falacia.

Los alaridos resonaban muy cerca, tanto que resultaba obvia su procedencia. El guerrero dio un paso al frente, unido el entrecejo en una rugosa línea, y las puertas se expusieron a su vista. Le fue entonces revelada la fuente de aquellos gritos que se le antojaban los de un agonizante.

Las hojas ya no estaban atrancadas, ni siquiera cerradas. Una permanecía ajustada, sujeta a la magia, pero la otra se había resquebrajado y ahora colgaba de un gozne, meciéndose en el tórrido viento. En el incesante vaivén, chirriaba estrepitosamente, como si la brisa le arrancara plañidos de dolor.

—No hay candado —dijo Tas con honda decepción.

Sus manos ya habían emprendido la infructuosa búsqueda de las herramientas que tanto le gustaba manipular, y que le fueron arrebatadas junto a sus saquillos.

—No —corroboró su compañero, prendida la mirada del crujiente gozne—. Ésa es la voz que escuchamos, la de un metal oxidado —declaró; y aunque este hecho debería haberle tranquilizado, sólo contribuyó a magnificar el misterio—. Si no fue Par-Salian ni otro morador de la Torre quien nos ayudó a salir ilesos del Bosque —recapacitó—, ¿qué ente enigmático obró el prodigio?

—Quizá nadie —sugirió Tasslehoff—. ¿Por qué no nos vamos? Es evidente que el lugar está deshabitado.

—Discrepo —se obstinó el luchador—. Alguien, o algo, ordenó a los árboles que nos dejaran pasar.

El kender suspiró, ladeando la cabeza. Caramon advirtió, en el claro de luna, que tenía la tez pálida y demacrada. Unos cercos negruzcos ceñían sus ojos, le temblaba el labio inferior y una lágrima discurría por su achatada nariz.

—Espera un poco más —le rogó con amabilidad—. ¿Podrás aguantar, mi querido amigo?

Alzando la vista, tragando aquellas traidoras lágrimas, que goteaban sobre la cuarteada boca, Tas ensayó una sonrisa jovial.

—¡Naturalmente! —aseguró y ni siquiera la sequedad de su garganta, la imperiosa necesidad de saciar la sed, le impidieron agregar—: Me conoces bien, siempre estoy a punto para la aventura. La mole debe de encerrar innumerables artilugios mágicos, maravillas que nunca renunciaría a examinar. Es posible que algunas de ellas no sean echadas en falta si me las llevo, ¿no opinas tú igual? Prometo no tocar las sortijas. He acabado con ellas después de que una me catapultase a un castillo donde anidaba un demonio cruel, perverso, y otra me transformara en ratón. He decidido que...

El hombretón dejó que su acompañante continuara con su parloteo, satisfecho de que hubiera vuelto a la normalidad, y puso una mano sobre la puerta oscilante para empujarla. Recibió una sorpresa mayúscula cuando la hoja se rompió, al ceder el gozne a su liviana presión. La puerta se derrumbó sobre el adoquinado, cayendo de manera tan estruendosa que ambos se sobresaltaron. El estampido retumbó en las lisas paredes de la Torre, se propagó en la calurosa atmósfera y rasgó el silencio.

—Ahora ya están informados de nuestra presencia —comentó Tasslehoff.

Una vez más, Caramon aferró la empuñadura de su espada. Pero no tuvo que desenvainarla. Los ecos se diluyeron y reinó de nuevo la quietud. Nada ocurrió, nadie vino, ninguna voz les habló.

—Por lo menos ya no nos molestará más ese estridente crujido —se alegró el kender, que acudió presto a auxiliar al guerrero—. Admito que empezaba a desequilibrar mis nervios, ya que en ningún momento lo asocié con una puerta. Más se asemejaba, o así me lo pareció, a...

—A un aullido articulado, como éste —susurró el hercúleo humano.

Un lamento surcó el aire, lo hendió, haciendo añicos las cristalinas capas que fluctuaban en la noche. Había palabras en aquel quiebro, frases que se adivinaban pese a la imposibilidad de descifrarlas.

Caramon, en un gesto involuntario, desvió su atención hacia la hoja. Como intuía, yacía sobre la roca muda, inmóvil.

—Ha surgido de dentro —indicó Tas, atemorizado—, de alguna de las estancias del edificio.

—Ya es suficiente —se quejó Par-Salian—. Acabemos con este tormento. No me fuerces a soportarlo.

—¿Cuánto me forzaste tú a soportar, gran mandatario de los Túnicas Blancas? —parafraseó una voz socarrona y sibilina en la mente del mago. El anciano se convulsionó, pero su oponente persistió tenaz, inflexible, azotando su alma como una plaga—. Me convocaste en la Torre para entregarme a Fistandantilus, te regodeaste mientras mi antecesor succionaba mi energía vital, me vaciaba de mis esencias a fin de reencarnarse y descender a este plano.

—Tú pactaste con él —recriminó el hechicero a su verdugo, y su agudo timbre se derramó por las vacías estancias—. Pudiste rechazar su ofrecimiento.

—¿Y qué suerte habría corrido? ¿Morir honorablemente? —se burló el invisible adversario—. No me quedó otra opción que aceptar el trato. Quería vivir y crecer en mi arte. Lo logré, superé la Prueba y tú, en tu actitud, incorporaste a mis pupilas unos relojes de arena que sólo atisbaban podredumbre. Mira a tu alrededor, Par-Salian. ¿Qué se graba en tu retina? Destrucción, decadencia. Ahora estamos en paz.

El aludido gimio pero prosiguió inclemente, despiadado:

—Sí, en paz. Voy a pulverizarte, Par-Salian, y el mejor modo de hacerlo es que seas testigo de mi triunfo. Mi constelación ocupa su lugar en el firmamento, la Reina parpadea y no tardará en difuminarse. Mi último enemigo, Paladine, me espía. Siento que se acerca, pero no constituye una amenaza, pues se ha transformado en un viejo decrepito, su rostro se ha teñido de una pesadumbre que le hace vulnerable. Está debilitado, herido más allá de lo que puede sanarse, como Crysania, su desdichada sacerdotisa, que murió en las arremolinadas esferas del Abismo. Dejaré que te revuelques en el sufrimiento que ha de infligirte su derrota y, cuando concluya la contienda, cuando el Dragón de Platino se precipite desde el cielo y se extinga la luz de Solinari, cuando te hayas doblegado al poder de la luna negra y homenajado al nuevo

único dios, a mí, te concederé la libertad para que busques en la muerte el solaz que haya de brindarte.

Astinus de Palanthas registró esta alocución con el mismo celo con el que reprodujo los gritos de Par-Salian, escribiendo los caracteres de manera pausada en letra gótica, negra y primorosa al igual que el resto de las *Crónicas*. Se hallaba sentado frente al gran Portal en la Torre de la Alta Hechicería, observando sus profundidades y, en ellas, a una figura más sombría que el ambiente que la circundaba. Lo único que distinguía al historiador eran un par de ojos dorados, moldeados como sendos relojes de arena, que le devolvían la mirada y, atrapado en su proximidad, al mago de Túnica Blanca.

Par-Salian era, así, un cautivo en su antiguo hogar. De cintura para arriba, conservaba sus atributos humanos, su cabello cano caía en cascada en torno a los hombros y su atuendo cubría un cuerpo flaco y descarnado. Las escenas que se desplegaban ante él eran escalofriantes, tanto que en más de una ocasión habían nublado su lucidez y, temeroso de que aquellas alucinaciones acabasen de aniquilarle, intentó apartar la vista. No pudo hacerlo porque, aunque una mitad de su persona estaba viva, la inferior se había metamorfoseado en un pilar de mármol. Bajo el maleficio de Raistlin, hubo de quedar petrificado en la sala más alta de la Torre y asistir al ocaso del mundo.

A pocos metros estaba Astinus, historiador de Krynn, afanado en redactar el último capítulo de su breve y esplendoroso devenir. La hermosa Palanthas, donde residiera el cronista y se erigiera la Gran Biblioteca, se había reducido a un montón de cenizas y cadáveres chamuscados. Se había personado el narrador en este postrer reducto de vida a fin de dar testimonio de las terroríficas horas de un universo condenado. Una vez concluida su labor, partiría con el libro cerrado y lo depositaría en el altar de Gilean, dios de la Neutralidad. Ése sería el desenlace definitivo, inapelable.

Sintiendo que desde el Portal, restituido a su primitivo emplazamiento por una serie de azares, la enlutada figura le escrutaba sin un parpadeo, Astinus anotó la sentencia que había escuchado y se enfrentó a sus encendidos iris.

—Fuiste el primero, Astinus —declaró el ente de las tinieblas—, y te corresponde también ser el último. Cuando hayas relatado mi victoria incontestable, el epílogo, quedará clausurada tu minuciosa recapitulación y gobernaré a mi antojo.

—Cierto, a tu antojo —repuso el escriba—, pero ejercerás tu poder sobre un mundo muerto, arrasado por la misma magia que te otorgara la supremacía. Reinarás solo y solo estarás en un vacío eterno.

Par-Salian, a su lado, masculló un gemido y se mesó la alba melena, pero Astinus, imperturbable, apuntó sus propias frases fiel a su misión de no omitir ningún detalle. Estaba tan concentrado en su oscuro interlocutor, que apretó los puños al exclamar:

—¡Eso es mentira, viejo amigo! Crearé, concebiré nuevas existencias que me pertenecerán. Inventaré pueblos enteros, razas ahora ignotas que me venerarán como su hacedor.

—El Mal no puede crear —persistió el cronista—, únicamente destruir. Se vuelve contra sí mismo y se despedaza. En este instante, mientras platicamos, eres consciente de su mordedura y del efecto que produce en tu alma. Estudia la faz de Paladine, Raistlin, examínala a fondo como hiciste una vez en las llanuras de Dergoth, después de que te hiriese mortalmente la daga del enano y Crysania posara en ti su mano curativa. Entonces supiste interpretar el infinito abatimiento de la divinidad, parangonable con el que hoy trasluce. Supiste, y sigues sabiéndolo aunque te niegues a admitirlo, que la consternación de Paladine no es por él mismo, sino por ti.

»Para nosotros será fácil acogernos a un letargo sin sueños. Tú, en cambio, no

dormirás. Vivirás en un interminable duermevela, aguzarás sin descanso tu oído en busca de sonidos que nunca han de vibrar, te asomará a un vacío infinito que no contiene luz ni penumbra y proferirás órdenes, quejas, que nadie recibirá, tejiendo planes que no darán fruto mientras, como un carrusel, giras en un círculo del que no has de salir. Al fin, enloquecido, asirás la cola de tu propia entidad y, como una serpiente hambrienta, te devorarás en un esfuerzo por hallar alimento espiritual.

»Será vano tu empeño, te toparás con la nada absoluta. Continuarás para toda la eternidad suspendido de esos hilos intangibles y te consumirás sin perecer, como un punto ingrátido que, al succionar su entorno, jamás logrará saciar su apetito.

El Portal comenzó a oscilar y Astinus, que escribía a la par que vaticinaba tan terrible futuro, levantó los ojos al notar que flaqueaba la voluntad sintetizada en los radiantes relojes. Penetrando los espejos de su superficie, vio confirmados, en una fracción de segundo, el suplicio y la tortura que había descrito. Discernió un alma asustada, prisionera en su propia trampa, ansiosa por escapar, y entonces nació en sus entrañas un sentimiento que nunca antes había experimentado: la piedad. Conmovido, hizo ademán de incorporarse con una mano apoyada en el vetusto ejemplar y la otra extendida hacia el Portal.

Interrumpió su movimiento una risa fantasmal, escarnecedora y acerba, unas carcajadas que no iban dirigidas a él, sino a quien inició la burla, a su fuente. La figura del acceso se desvaneció.

El cronista se acomodó de nuevo en su asiento. Al mismo tiempo, un relámpago convocado por la magia surcó el umbral y dio un respingo que le desestabilizó. Respondió a la descarga un haz fulminante, blanco, y Astinus comprendió que se había desencadenado la batalla decisiva entre Paladine y el joven que, tras vencer a la Reina de la Oscuridad, había ocupado su puesto.

También en el exterior se sucedían los centelleos de los rayos, que cegaron con su brillo a los escasos pobladores de Krynn. Rugió el trueno, las piedras de la Torre se desencajaron desde los cimientos, la ventolera arreció y, en su furia, ahogó los aullidos de Par-Salian.

Ladeando su rostro macilento, el viejo archimago miró las ventanas con expresión de terror.

—Éste es el fin —murmuró, a la vez que arañaba el aire con sus huesudas manos—. La hecatombe ha llegado.

—Sí —corroboró el historiador.

Frunció el ceño, disgustado, porque un repentino bamboleo del edificio le obligó a cometer un error. Sujetó el libro con mayor firmeza y, prendidas sus pupilas del Portal, relató la contienda mientras ocurría.

El conflicto tardó poco en zanjarse. El aura blanca destello en un espectro multicolor, tan hermosa como una aurora boreal, y se extinguió. En el acceso arcano se hizo la negrura.

Par-Salian prorrumpió en llanto. Sus lágrimas cayeron sobre el suelo y, al permear la roca, ésta se estremeció cual un ser vivo. Se diría que la mole presentía su destino y se convulsionaba en un arrebato de terror.

Ignorando el derrumbamiento y el estrépito que le rodeaban, Astinus grabó en el pergamino los últimos trazos.

En el cuarto día del mes quinto, año 358, el mundo expira.

Con una honda inhalación, empezó el atemporal humano a cerrar el volumen. De pronto, una mano se introdujo entre las páginas para evitar que las sellara.

—No, todavía no has terminado —bramó una voz cavernosa.

Pillado por sorpresa, Astinus soltó la pluma y la tinta se desparramó sobre el papel, emborronando algunas palabras.

— ¡Caramon Majere! —reconoció Par-Salian al recién llegado, y se inclinó hacia él como si quisiera palparlo—. ¡Fue a ti a quien oí en el Bosque!

—¿Lo dudabas? —rezongó el guerrero.

Aunque impresionado por el espectáculo que presentaba el anciano, por su lamentable estado, no pudo compadecerse de su suerte. Al examinar al reo y el bloque de mármol que encerraba sus miembros inferiores recordó, con punzante claridad, el tormento que sufriera su gemelo en la Torre, el suyo antes de ser enviado a Istar junto a Crysania.

—Adiviné que eras tú —le explicó el archimago—, pero al detectar tu presencia creí haber perdido el último vestigio de cordura. ¿No lo entiendes? Me parecía imposible que hubieras regresado y, sobre todo, que sobrevivieras a las pugnas que obraron esta devastación.

—No lo hizo —comentó Astinus que, recuperada la compostura, depositó el libro abierto en el suelo y se enderezó. Espiando a Caramon, le señaló con dedo acusador y le interrogó—: ¿Qué clase de artimaña es ésta? ¡Sé que has sucumbido! ¿Qué significa...?

Sin despegar los labios, el imprecado arrastró a Tasslehoff a un lugar visible. Privado del refugio que le brindaba la ancha espalda de su amigo, perplejo ante la solemnidad de la ocasión, el kender se acurrucó en el costado del luchador y clavó una mirada de súplica en Par-Salian.

—¿Quieres que intervenga, Caramon? —consultó al humano con la boca pequeña, tan retraído e indeciso que los truenos distorsionaron la pregunta—.

Considero un deber informar al dignatario de los motivos que me llevaron a interferir en el hechizo para viajar en el tiempo —añadió, ya más seguro—, y de cómo Raistlin me dio mal las instrucciones hasta hacerme romper el ingenio, aunque supongo que tuve una parte de culpa. Deseo que conozcan mi aventura en el Abismo, mi encuentro con Gnimsh y el abyecto asesinato del nigromante.

—Estoy al corriente de todas esas historias —atajó el cronista al hombrecillo, más interesado en su corpulento compañero—. Has podido llegar hasta aquí gracias al kender —constató—. ¿Qué te propones, Caramon Majere? Nuestro tiempo se agota.

En vez de contestar, el interpelado centró su atención en Par-Salian.

—No te profeso ningún cariño, mago —le espetó—. En ese aspecto, coincido con mi gemelo. Quizá te movieron razones de peso al someterme a mí y a la sacerdotisa a tan dura prueba en Istar. Si es así —alzó la mano para imponer silencio a su interlocutor, que había hecho ademán de hablar—, si es así puedes guardártelas, prefiero ignorarlas. Lo importante ahora es que he adquirido la facultad de alterar los acontecimientos. Raistlin me reveló que, a través de Tasslehoff, existe la posibilidad de que modifiquemos lo sucedido.

»Dime qué circunstancias desencadenaron esta catástrofe y, con el artilugio arcano, viajaré hasta su origen a fin de impedirla.

Desvió los ojos hacia Astinus, pero el historiador meneó la cabeza negativamente.

—No recurras a mí, Caramon Majere. Yo soy neutral en todo cuanto acontece y no puedo ayudarte. Permíteme, sin embargo, que te haga una advertencia: quizá vayas al pasado y no consigas nada. Lo más probable es que tus acciones no sean más eficaces que las de un guijarro al saltar al lecho de un caudaloso río con la pretensión de rectificar su curso.

—En el caso de que aciertes —replicó el otro—, al menos moriré tranquilo por haber tratado de paliar mi fracaso.

El cronista sometió al guerrero a un ávido escrutinio.

—¿A qué fracaso te refieres? —indagó—. Arriesgaste la vida al seguir a tu hermano, hiciste cuanto estuvo en tu mano para convencerle de que la senda que había elegido le conduciría a su propia perdición. ¿Has oído nuestro intercambio? ¿Eres consciente de lo que afronta?

El fornido luchador asintió en silencio, con la angustia reflejada en el rostro.

—Vamos, cuéntame en qué fallaste —le apremió, intrigado, el historiador.

La Torre se tambaleó. El vendaval azotó las paredes, los relámpagos transformaron la languideciente noche del mundo en un día deslumbrador. La desnuda cámara en la que se hallaban tembló, víctima de violentas sacudidas y, aunque estaban solos en el recinto, Caramon creyó percibir sollozos. Dedujo que eran las rocas las que lloraban y observó su entorno.

—Como antes decía, disponemos de poco tiempo —continuó Astinus a la vez que, sentándose, recogía el grueso ejemplar—. No obstante, los minutos que restan serán suficientes. ¿En qué fallaste? —repitió.

El hombretón inhaló aire y, encolerizado, se volvió hacia Par-Salian.

—Fue todo una estratagema, ¿no es verdad? —denunció—. Urdisteis una hábil patraña para que yo hiciera lo que vosotros, los egregios magos, no estabais en situación de lograr: frustrar las ambiciones de Raistlin. Pero no surtió efecto. Mandasteis a Cysania a la muerte porque la temíais, sin intuir que su amor podía alcanzar una magnitud insospechada. La sacerdotisa vivió y, cegada por sus sentimientos y por sus propias aspiraciones, se precipitó en el Abismo tras el nigromante. No comprendo qué impulsó a Paladine a concederle su gracia, a escuchar sus plegarias y ayudarla a traspasar el portentoso umbral.

—No eres quién para poner en tela de juicio las decisiones de los dioses —le reprendió Astinus—. Sus caminos son inescrutables, aunque no descarto que, también ellos, se equivoquen de vez en cuando. O acaso es que arriesgan lo que tienen con la esperanza de mejorarlo.

—Sea como fuere —prosiguió Caramon, preocupado, contraídas sus facciones— los hechiceros dieron a mi gemelo, al entregarle a la sacerdotisa, la llave que había de abrirle el Portal. Todos fracasamos, los magos, los hacedores y yo mismo.

»Creí que disuadiría a Raistlin con palabras, que le incitaría a desechar sus mortíferos proyectos. Fui un estúpido —sonrió, cruel frente a su propia infatuación—. ¿Qué consejos míos le afectaron nunca en lo más mínimo? Cuando se erguía delante del acceso preparándose para entrar en el universo de ultratumba, me hizo partícipe de sus intenciones. ¿Cómo reaccioné? Le abandoné. Era lo más fácil, así que le volví la espalda y me alejé.

—¡Sandeces! —le amonestó el cronista—. ¿Qué otra cosa podías hacer? El archimago se hallaba entonces en la plenitud de sus energías, era más poderoso de lo que nosotros seríamos capaces de imaginar. Mantuvo íntegro el campo magnético con la fuerza sublime de sus dotes, no existía criatura en Krynn capaz de detenerle. Aunque hubieras atentado contra él, de nada te habría servido.

—Cierto —admitió el guerrero, dejando de observar a los presentes para posar la vista en la demoledora tempestad—, pero podría haber corrido en su busca y adentrarme en el reino de las tinieblas. Existía la eventualidad de que este proceder me acarrearía el peor de los destinos, aunque algo habría ganado al demostrarle que estaba resuelto a sacrificar en aras de la solidaridad lo que él inmolaba a su arte. Me habría granjeado su respeto —sentenció, y su mirada se prendió de nuevo de sus oyentes—. Quizás así

habría accedido a desistir. Y, ahora, quiero enmendar mi conducta, aventurarme en el Abismo y cumplir mi cometido —concluyó, indiferente al espanto que su discurso había inspirado a Tasslehoff.

—Ignoras lo que entrañaría tu misión —se opuso Par-Salian con voz entrecortada, febril.

Un relámpago se introdujo en la estancia y se descompuso en un estallido que, estentóreo a la par que luminoso, arrojó a sus ocupantes contra los muros. Nadie percibió nada mientras el trueno retumbaba sobre sus cabezas, pero, antes de que se mitigase el caos, un alarido se elevó en la asfixiante atmósfera.

Apabullado por aquel gemido, que rebosaba un dolor sin límites, Caramon abrió los párpados y, al instante, deseó que se entornaran para toda la eternidad antes de tener que contemplar una escena tan espeluznante.

Par-Salian, incrustado en su pilar de mármol, veía sumado el fuego a su pétreo patíbulo. ¡Pronto sería una tea humana! Desvalido a causa del sortilegio de Raistlin, no tenía otra opción que vociferar mientras las llamas se encaramaban, despacio, hacia su inmóvil cuerpo.

Apenas consciente, Tas enterró el rostro entre las manos y se aisló en un rincón, presa de incontenibles espasmos. Astinus se levantó de donde le había postrado el ataque de los elementos y estiró el brazo hacia el libro, que todavía sujetaba. Intentó escribir, pero su mano cayó aplomada y la pluma se deslizó de los inertes dedos. Una vez más, empezó a cerrar el libro.

— ¡No! —exclamó el luchador y, abalanzándose, interpuso las manos entre las páginas.

El historiador le escrutó. El guerrero vaciló bajo el influjo de aquellos iris, que parecían estar más allá de la muerte. Las manos le temblaban, pero no dejaron de aprisionar el blanco pergamino. Entretanto, el archimago se contorsionaba, al borde del colapso.

Astinus soltó el volumen, sin sellarlo.

—Sostenlo —ordenó Caramon a Tasslehoff, alargándole el valioso manuscrito.

El kender obedeció. Todavía mareado, rodeó con sus brazos la encuadernación de piel de aquella gigantesca obra que era casi de su tamaño y, agazapado en su esquina, aguardó instrucciones del hombretón. En aquel mismo instante, su amigo cruzaba la sala para abordar al moribundo hechicero.

— ¡No te acerques a mí! —le imploró Par-Salian.

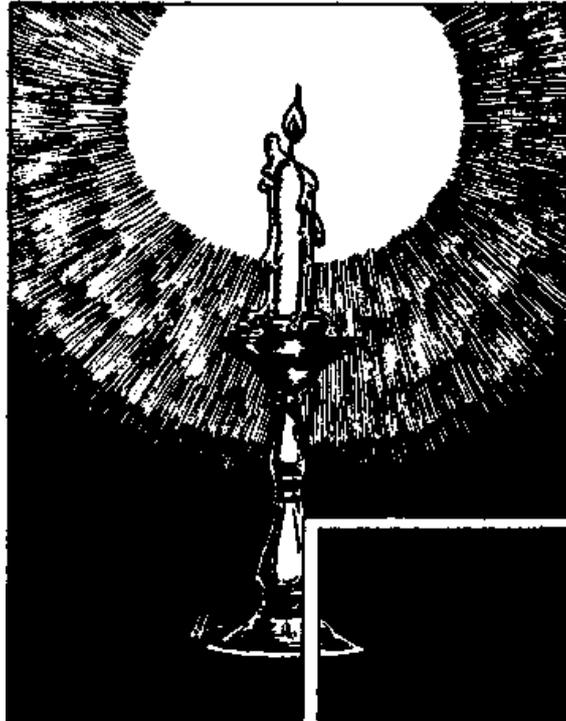
Su fluctuante cabellera, la lengua barba danzaban y crujían, su piel se abultaba en dolorosas ampollas y, en definitiva, el agridulce olor de la carne quemada se entremezclaba con la nauseabunda fetidez del azufre.

— ¡Revélamelo! —le exhortó Caramon, alzado el brazo a modo de escudo contra el calor y tan próximo al mago como le era posible—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo evitaré que sobrevenga esta segunda versión del Cataclismo?

Los ojos del anciano se disolvieron, la boca pasó a ser un inmenso agujero en la masa informe que sustituía ahora al semblante. Sin embargo, pese a haber perdido su entidad, las palabras que pronunció atravesaron la mente del guerrero con la virulencia del relámpago, imprimiéndose en su memoria como la marca de un hierro candente.

— ¡No permitas que Raistlin abandone el Abismo!

LIBRO II



El Caballero de la Rosa Negra

Soth, el ente espectral, se hallaba sentado en el ruinoso y ennegrecido trono que se erguía cual una pila de escombros en uno de los salones que, en su día, labraran la fama del alcázar de Dargaard. Sus flamígeros ojos ardían en cuencas invisibles, únicos exponentes de la vida que bullía bajo la gastada armadura de Caballero de Solamnia.

Estaba solo. Había despachado a sus sirvientes, caballeros como él que le rindieron pleitesía en vida y fueron condenados a honrarle también después de muerto. Se había desembarazado asimismo de los espíritus femeninos, las mujeres elfas que desempeñaran un papel en su declive y, ahora, permanecían ligadas a su señor por un vínculo irrenunciable. Durante siglos, desde la terrible noche de su fallecimiento, Soth exigía a aquellas desheredadas que revivieran la historia de su destino. Todas las veladas se arrellenaba en el trono y las obligaba a relatar, en una macabra serenata, su desgracia y la de ellas mismas.

Aquel cántico causaba un hondo dolor al caballero, pero se recreaba en el sufrimiento, porque, después de todo, era infinitamente mejor que el vacío que presidía su ingrata existencia en las demás ocasiones. Hoy, sin embargo, en lugar de escuchar la

tonada de costumbre, prestaba oídos a otra voz, la del viento que, ululando entre los aleros de la fortaleza, transportaba reminiscencias de un pasado lejano. En primera persona, la brisa pasó revista a los momentos cumbres de su vida real, tanto los felices como los desdichados.

«Una vez, hace ya mucho tiempo, fui un respetable Caballero de Solamnia. Entonces lo tenía todo: apostura, encanto, arrojo y una esposa rica, aunque no hermosa. Mis seguidores me profesaban respeto y fidelidad y los demás me envidiaban. Sentían celos de mi fortuna, de mi condición privilegiada como amo de Dargaard.

»En la primavera anterior al Cataclismo, abandoné mi amurallado hogar y, con un nutrido séquito, cabalgué hacia Palanthas. El motivo de mi viaje era que se había convocado un consejo y se requería mi presencia. Tal fue, al menos, mi excusa oficial, pues lo cierto era que poco me importaban las reuniones, los conciliábulos sobre cuestiones insignificantes, que se prolongarían hasta lo impensable si lo que había de debatirse era alguna modificación en el Código y la Medida de nuestra hermandad. Lo que, en realidad, me atraía era la abundancia de bebida, la atmósfera de camaradería que solía haber en tales acontecimientos y las fabulosas narraciones de batallas y aventuras de mis compañeros. Aquello sí merecía la pena.

«Avanzamos sin prisas, tomándonos el tiempo necesario y prevaleciendo en nuestras jornadas el buen humor, los cánticos y las chanzas. Pernoctábamos en posadas o donde podíamos, al raso si aquéllas estaban llenas o el crepúsculo nos sorprendía en un despoblado. La temperatura era benigna. Disfrutábamos de una espléndida primavera aquel año. El sol nos calentaba de día y la refrescante brisa nocturna relajaba nuestros cuerpos. Yo acababa de cumplir treinta y dos años. En mi vida reinaba un perfecto equilibrio y, a decir verdad, no recuerdo haber disfrutado de otra época más venturosa.

»Una noche, maldita sea por siempre la luna de plata que la alumbraba, estábamos acampados en un lugar agreste cuando, de pronto, un grito rasgó la penumbra y nos despertó de nuestro sueño. Era una mujer. Sucedieron a este primero una retahíla de alaridos también femeninos, entremezclados con los toscos reniegos de unos ogros.

«Blandiendo nuestras armas, nos enzarzamos en una cruenta lucha contra los agresores y obtuvimos la victoria sin dificultad, ya que se trataba de una cuadrilla de ladrones nómadas. La mayoría se dio a la fuga al vernos. Pero el cabecilla, más bravío o más ebrio que el resto, defendió a ultranza su botín. Personalmente, no pude reprochárselo: había capturado a una adorable doncella elfa. Su belleza se adivinaba radiante en el claro de luna y el pánico no hacía sino realzar su poderoso embrujo. Desafié a su aprehensor en combate singular, salí triunfador y me concedí la recompensa —¡dulce y amarga recompensa!— de llevar en volandas a la desmayada muchacha junto a sus compañeras.

«Todavía veo, en mis frecuentes ensoñaciones, su cabello, que vaporoso, tejido de hebras de oro, reverberaba en los rayos del satélite. Recuerdo sus ojos cuando se abrieron para contemplarme, el amanecer del amor en sus pupilas mientras ella leía, en las mías, una admiración que no acerté a ocultar. Mi esposa, mi honor, mi castillo, todas las nociones de la que antes me enorgulleciera se desvanecieron como el humo al competir con aquellos maravillosos rasgos.

«Agradeció mi gesto con delicioso recato y la restituí a su grupo, formado por varias sacerdotisas que habían organizado una peregrinación de su tierra a Istar, pasando por Palanthas. Ella no era más que una acólita, que en el curso de aquel periplo había de ser elevada a la categoría de Hija Venerable de Paladine. Las dejé, recuperadas ya del susto, para regresar al lado de mis hombres. Una vez en el campamento, intenté dormir, pero la delicada figura de la etérea doncella, su talle sinuoso, parecía mecerse aún en mis brazos. Nunca me había consumido una pasión amorosa hasta tal extremo.

«Cuando al fin me sumí en un breve letargo, mi mente se llenó de imágenes, que se me antojaron un embriagador suplicio; y, al abrir los párpados, la idea de que debíamos separarnos me traspasó el corazón cual una daga. Me levanté temprano, me encaminé al paraje donde se hallaban congregadas las mujeres elfas y, elaborando una sutil patraña sobre los numerosos salteadores goblins que merodeaban entre aquel punto y Palanthas, las convencí para que se dejaran custodiar por nosotros. Mis seguidores no se mostraron contrarios a tan agradable compañía, así que reemprendimos la marcha sin más complicaciones. Este hecho, lejos de apaciguar mi desazón, la intensificó. Día tras día, la espiaba mientras cabalgaba a mi lado, próxima pero no lo bastante, y al llegar la noche me acostaba solo, revuelta mi cabeza en un torbellino.

»La deseaba más de lo que nunca ambicioné poseer en el mundo y, por otro lado, no cesaba de repetirme que era un caballero, que me había comprometido a través de un estricto voto a respetar el Código y la Medida y que había jurado, en el más sagrado momento de mi ceremonia nupcial, guardar fidelidad a mi esposa. También me inquietaba la traición que haría a mi séquito si incurría en una veleidad, ya que cuando fui investido, prometí solemnemente guiar a cuantos estuvieran bajo mi mando hacia la senda del honor. Luché contra mí mismo y, después de múltiples escaramuzas, creí haber vencido sobre mi flaqueza. "Mañana me iré", resolví, colmado de una prematura paz interior.

«Empleo el término "prematura" a conciencia, ya que los acontecimientos discurrieron por otros derroteros, pero he de puntualizar que mi propósito era firme. Tenía la intención de partir cuanto antes. Los hados quisieron que, en la jornada de nuestra despedida, participara en una cacería en el bosque y topara con ella en un punto alejado del campamento, donde la habían enviado a buscar plantas medicinales.

»Ella estaba sola, yo también. No había rastro de nuestros respectivos acompañantes en los alrededores. El amor naciente que había descubierto en sus pupilas brillaba aún en su fúlgida aureola y, como una gracia añadida a las múltiples que atesoraba, se había soltado la cabellera y ésta se derramaba, semejante a una nube de oro, hasta rozarle casi los pies. Mi arrogancia, mi determinación se disolvieron en un instante, abrasadas por la llama pasional que prendió en mis entrañas. Fue sencillo seducirla pobre pequeña. Un beso, luego otro, al mismo tiempo que la reclinaba en la fresca hierba y, acariciándola con mis manos, aplicando mis labios a los suyos a fin de sellar sus protestas, la hice mía. Más tarde, consumada nuestra unión, sorbí sus lágrimas con tiernos besos.

«Aquella noche, me visitó en mi tienda y, transportado por el éxtasis de nuestro nuevo encuentro, le di mi palabra de que la desposaría. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al principio, lo reconozco, ni siquiera consideré tal posibilidad, ya que estaba casado y, además, con una dama acaudalada que sufragaba mis cuantiosos dispendios. Sin embargo una madrugada, cuando tenía a la candorosa elfa en mis brazos, comprendí que nunca podría abandonarla. Entonces fragüé ciertos planes para deshacerme de mi cónyuge para siempre.

»Proseguimos viaje. Las sacerdotisas abrigaban sospechas respecto a nosotros, y no podía ser de otro modo. Nos costaba un gran esfuerzo disimular las sonrisas veladas que intercambiábamos de día, desdeñar las oportunidades que la penumbra nos ofrecía.

»Tuvimos que separarnos al llegar a Palanthas. Las mujeres se hospedaron en una de las suntuosas mansiones que solía utilizar el Príncipe de los Sacerdotes durante sus largas estancias en la ciudad y mi grupo se instaló en unos aposentos reservados a los miembros de nuestra hermandad. No obstante, confiaba en que mi amante hallaría el medio de reunirse conmigo, porque, desgraciadamente, yo no podía ausentarme sin levantar suspicacias. Pasó la primera noche y, aunque no tuve noticias, no me preocupé

demasiado. Pero transcurrieron la segunda, la tercera, y mi bella elfa no aparecía.

»Por fin, alguien llamó a mi puerta. No era ella, la esperada, sino el máximo dignatario de los Caballeros de Solamnia con una escolta de pésimo augurio, los adalides de las tres Órdenes en que nuestra entidad se divide. Supe, en cuanto les vi, que mi amada les había revelado nuestro prohibido romance, poniéndome en un grave apuro.

»Averigüé después que no era ella quien me había colocado en tan embarazosa situación, sino las mujeres elfas. La muchacha cayó enferma y, al tratar de identificar los síntomas de su dolencia, la hallaron encinta de un hijo mío. Ella no se lo había contado a nadie, incluso yo lo ignoraba. Sus celosas guardianas le informaron de la existencia de mi esposa y, peor todavía, circuló por Palanthas el rumor de que esta última había desaparecido en circunstancias misteriosas.

»Fui arrestado, me llevaron entre cadenas por las calles para humillarme públicamente y tuve que soportar la picaresca de la plebe, que, en casos como el que se me imputaba, siempre hace gala de un ingenio escarnecedor. No hay nada que produzca al villano mayor placer que ver a un caballero de rango rebajado a su nivel. Juré que, algún día, me vengaría de tan crueles criaturas y su urbe. No obstante, no abrigaba esperanzas de desquitarme. El juicio fue rápido. Me declararon culpable de alta traición a los valores eternos de mi Orden y me condenaron a muerte: tras despojarme de mi hacienda y de mis títulos, sería decapitado con mi propia espada. Acepté la sentencia, incluso la deseaba, persuadido como estaba de que mi elfa me había repudiado.

»Pero la víspera de la ejecución, mis hombres, que me profesaban inviolable lealtad, me libertaron. Ella se encontraba en el grupo y me relató toda la historia, incluida la del niño que habíamos engendrado.

«Afirmó que las sacerdotisas la habían perdonado y, aunque no podía convertirse en una Hija Venerable de Paladine, le estaba permitido vivir junto a su pueblo si se resignaba a ocupar el lugar que su desgracia exigía. Estaba dispuesta a cargar con el peso de su culpa el resto de su vida, mas no sin antes entrevistarse conmigo. Era evidente que me amaba, tanto que no resistía los relatos que se habían propagado sobre mí y prefería decirme adiós para siempre.

«Urdí un embuste cualquiera acerca de mi esposa, y ella me creyó. De habérmelo propuesto, la habría convencido de que la noche era día. Renacido su ánimo, accedió a fugarse conmigo y, sin plantearme que a eso había venido, que tal era su proyecto desde el principio, iniciamos la huida hacia el alcázar de Dargaard en compañía de mi séquito.

»Fue toda una odisea burlar la vigilancia de los otros caballeros, la persecución de los que se lanzaron en pos de nosotros, pero al fin llegamos y nos atrincheramos en el castillo. Era fácil defender la fortaleza, encaramada como estaba en un risco escarpado, vertical. Disponíamos de provisiones y podríamos aguantar todo el invierno, que se anunciaba en las cumbres nevadas y en los gélidos vientos que comenzaban a soplar.

«Debería haberme sentido satisfecho de mí mismo, de la vida, de mi nueva esposa, a pesar de que la ceremonia de nuestro enlace fue una parodia. Pero me atormentaba la conciencia de mis crímenes y, sobre todo, la de haber perdido el honor. Me di cuenta demasiado tarde de que había escapado de una prisión para encerrarme en otra, que nadie sino yo había elegido. Me había salvado de un ajusticiamiento digno para morir lentamente, ahogándome en una existencia oscura y desdichada. Mi talante se tornó mudable, taciturno y el peor defecto que siempre tuve, la propensión a encolerizarme y entrar en pendencia por cualquier nimiedad, se acentuó hasta extremos inverosímiles. La servidumbre abandonó el alcázar después de que golpeará a algunos de ellos y mis hombres de confianza procuraban esquivarme. Una noche, víctima de uno

de mis raptos, abofeteé a mi mujer, a la única persona en el mundo capaz de brindarme apoyo y consuelo.

»Al verme reflejado en sus ojos bañados de lágrimas, me percaté de que me había transformado en un monstruo. Estreché a la agraviada elfa entre mis brazos, supliqué su clemencia y, arropado en el cálido manto de sus cabellos, percibí los movimientos de mi vástago en sus entrañas. Arrodillándonos allí mismo, oramos juntos a Paladine. Prometí ante el dios que haría lo que estuviera en mi mano con tal de recuperar la honorabilidad, le imploré que mi hijo no naciera si así había de evitar que conociese mi vergüenza.

»El hacedor respondió. Me habló del Príncipe de los Sacerdotes, de las exigencias que aquel hombre infatuado pretendía presentar a las divinidades. Me comunicó que, a consecuencia de tales demandas, todo Krynn sería sometido a la ira de los dioses, a menos que alguien, como hiciera Huma, se sacrificara voluntariamente para redimir a los culpables y preservar a los inocentes.

»La luz de Paladine alumbró mi mente, inundó mi alma y la llenó de sosiego. Se me antojó una liviana empresa inmolarme en aras de la felicidad de mi progenie y la salvación del mundo. Cabalgué hacia Istar, resuelto a detener al mayor representante de la Iglesia y sabedor de que Paladine estaba a mi lado.

«Pero alguien más, alguien que no había sido invitado, viajó conmigo en tan trascendental ocasión: la Reina de la Oscuridad. Así mantiene encendida, en los espíritus que se recrea en sojuzgar, la llama de la guerra. ¿De quién se valió para derrotarme? De las mujeres elfas, de las sacerdotisas del dios que me había encomendado tan apremiante misión.

»Por paradójico que parezca, aquellas sacerdotisas habían olvidado tiempo atrás el nombre de Paladine. Al igual que el Príncipe, se escudaban en su proba rectitud y nada vislumbraban a través de sus velos de perfección. Obediente a mi propia complacencia, al orgullo que me inspiraba mi generosidad de héroe, las puse en antecedentes de mi empeño. Grande fue su temor y, tras interminables deliberaciones, concluyeron que los hacedores no castigarían a sus siervos. Algunas incluso explicaron sus sueños premonitorios acerca de un día en el que, aniquilada la perversidad, sólo los seres bondadosos —los elfos, según ellas— habitarían Krynn.

»Tenían que impedir que cumpliera mis designios. Elaboraron una argucia y su éxito fue rotundo.

»La Reina poseía una extensa sapiencia, los recovecos del corazón humano no constituían un misterio para ella. Yo habría desmantelado un ejército si se hubiera interpuesto en mi camino, pero las palabras de aquellas féminas emponzoñaron mi sangre sin que, en mi ingenuidad, lo advirtiera. ¡Cuan hábil había sido la doncella al desembarazarse de mí poco después de la boda!, comentaron. Ahora era la dueña de mi castillo, de mi riqueza, todo le pertenecía en exclusiva y, a cambio, no tenía que soportar los inconvenientes de un esposo humano. ¿Estaba seguro de que el hijo era mío? La habían visto a menudo en compañía de uno de mis apuestos soldados. Nadie podía garantizar que se recluyese en su refugio tras abandonar mi tienda a altas horas de la madrugada.

«Naturalmente no lo expresaron en estos términos, no incurrieron en la torpeza de insultarla mediante alusiones directas. Sembraron la duda lanzando al aire preguntas que me corroyeron el alma, que me incitaron a recordar incidentes, miradas, susurros. Yo mismo hallé una respuesta: había sido traicionado y debía pillarles desprevenidos, en pleno delito. ¡A él lo mataría, a la esposa infiel la haría sufrir un tormento digno de su iniquidad!

«Volví la espalda a Istar.

«Al arribar a casa, a punto estuve de derribar las inmensas puertas. La joven elfa, alarmada, corrió a recibirme con el recién nacido vástago en sus brazos. Tenía los rasgos desencajados, su rostro denotaba una zozobra que yo tomé por una muda confesión de culpabilidad. La maldije, a ella y al niño. En el instante en que profería mis imprecaciones, la montaña ígnea se desplomó sobre Ansalon.

«Las estrellas se desprendieron de la bóveda celeste, el suelo se resquebrajó entre indescriptibles sacudidas y una lámpara de araña, iluminada mediante un centenar de velas, cayó del techo. Mi mujer fue engullida por un cerco flamígero. Pero antes, consciente de que iba a morir, me entregó al pequeño para que lo rescatara del fuego que a ella la consumía. Titubeé unos segundos y, presa aún de mi injustificado arranque de celos, rehusé atenderla.

«Con su último aliento, descargó sobre mí la cólera de las divinidades. "Sucumbirás al incendio, como nuestro hijo y como yo —vaticinó—. Pero, a diferencia de nosotros, pervivirás en una eterna negrura donde, para expiar el vano derramamiento de sangre que tu mezquina obsesión ha desencadenado esta noche, revivirás una existencia completa por cada una de las que has agostado." Y expiró.

«Las llamas se enseñorearon y mi castillo no tardó en arder cual una pira funeraria. Ninguno de los métodos que ensayamos extinguió, controló al menos, aquella hoguera, que, dada su singular naturaleza, socarraba hasta las piedras. Mis hombres quisieron huir, pero, ante mis horrorizados ojos, también ellos fueron acorralados por el ígneo enemigo y disueltos en siniestras antorchas. Sólo yo quedaba vivo en la fortaleza, enhiesto en el vestíbulo y con un círculo de fuego a mi alrededor, que no se atrevía a tocarme. No obstante, comprendí que antes o después lamería mis miembros, que su avance era inevitable.

«Mi muerte fue lenta, mi agonía espeluznante y, cuando al fin sobrevino el tránsito, no me aportó ningún alivio. Cerré los ojos para volver a abrirlos frente a un universo vacuo, una esfera de desesperanza y perenne suplicio. A lo largo de innumerables años, me he sentado en este trono todas las veladas y escuchado mi epopeya en boca de las mujeres elfas.

«Pero esta situación ha cambiado. Tú has acabado con ella, Kitiara.

«Al invocarme la Reina de la Oscuridad para que la respaldara en la guerra, accedí, con una única condición: que me pusiera al servicio de una criatura aguerrida, capaz de pernoctar en el alcázar de Dargaard sin salir despavorida en pleno sueño. Sólo uno de los Señores de los Dragones cumplió tal requisito. Fuiste tú, mi bella niña, tú, querida Kitiara. Te admiré por tu valor, por tu destreza, por esa férrea voluntad que no repara en medios. Vi en ti mi propio reflejo, la evidencia de lo que podría haber sido.

«Mi concurso te fue decisivo una vez concluida la contienda. Sin mí, te habría resultado imposible asesinar a los otros mandatarios en la desbandada general que sucedió a la derrota de Neraka. Volé a Sanction a tu lado, y allí te ayudé a restaurar tu predominio en el continente. También tomé parte activa cuando pretendiste frustrar los planes de Raistlin, tu hermanastro, empecinado en retar y suplantar luego a la Reina de la Oscuridad. No, no me extrañó que el mago, más sabio y taimado, diera al traste con nuestro proyecto. De todos los seres vivientes que he conocido, es a él a quien más temo.

«Incluso me han divertido tus devaneos amorosos, Kitiara. Los espíritus errantes somos ajenos a la lujuria, una pasión de la sangre que mal puede subsistir en unas venas glaciales, estériles, vacías de savia. Presencí cómo trastornabas los sentidos de Tanis el Semielfo, un simple títere que manejaste a tu capricho, y confieso que gocé del juego más todavía que tú misma.

«Pero ahora, Kitiara, ¿qué ha sido de ti? El ama y señora se ha convertido en

esclava. ¡Y por un maldito elfo! He observado cómo destellaban tus ojos al mencionar su nombre, cómo temblaban las cartas en tus ahora frágiles manos. Piensas en él durante los momentos en las que deberías organizar la estrategia bélica. Ni siquiera tus generales logran retener tu atención.

«Repito que los espectros ignoramos qué es la lujuria. A fuerza de no experimentarla, la hemos olvidado. Pero no ocurre lo mismo con el odio, la envidia, los celos o el ansia de posesión. Tales emociones permanecen tan vigentes como en nuestro período vital.

«Podría matar a Dalmar, ese elfo oscuro que, si bien es un excelente aprendiz, no constituye un adversario digno de mis facultades. Su maestro, Raistlin, es ya otro cantar.

»Mi soberana, tú que moras en el Abismo, ¡guárdate del nigromante! Él personifica el más grave desafío que jamás irrumpió en tu gloriosa órbita y, al fin, deberás afrontarlo en solitario. Nada puedo hacer en tu plano astral, Oscura Majestad; pero quizá esté en mi mano asistirte en el mío.

«Sí, Dalamar, podría aniquilarte. Pero la muerte es en sí misma algo mezquino, infame, precedido por un sufrimiento que pronto pasa y no deja huella. El verdadero dolor reside en perdurar suspendido entre dos mundos, atisbar a los vivos, oler sus cálidos efluvios, acariciar su carne con la conciencia de que nunca hemos de recuperar el hálito que, también, nos alimentó un día. ¡Ah, elfo oscuro, pronto averiguarás lo que tales sensaciones significan!

»En cuanto a ti, Kitiara, has de saber que antes me avendría a padecer durante una centuria los horrores propios de estas regiones de ultratumba que consentir que otro hombre vivo te estreche entre sus brazos.»

El fantasmal caballero caviló y maquinó, retorciéndose su cerebro como las espinosas ramas de las rosas negras que, en una jungla casi impenetrable, invadían su castillo. Los cadavéricos guerreros hacían su ronda en las almenas, cada uno próximo al lugar donde el fuego segara su existencia, mientras las mujeres elfas frotaban sus manos descarnadas y elevaban gemidos a las alturas, melodías impregnadas de pesar frente a su trágico sino.

Soth nada oyó, nada le interesaba. Siguió sentado en el ennegrecido trono, fijas sus pupilas, aunque al mismo tiempo extraviadas, en un contorno que se dibujaba en el rocoso suelo, una mancha que había intentado borrar en incontables ocasiones con su magia. Aquella sombra representaba un cuerpo femenino, simbolizaba su penitencia.

Tras un prolongado intervalo de silencio, el espectro esbozó una sonrisa, invisible, pero tácita como sus labios, y las llamas anaranjadas de sus ojos se avivaron en una noche insondable.

—Tú, Kitiara —declaró—, serás mía para siempre.

1
Cita en Palanthas

El carruaje se detuvo bruscamente. Los caballos piafaron haciendo tintinear los arneses, pateando las lisas piedras del adoquinado con los cascos como si, mediante tales movimientos, pretendieran dar por terminado el viaje y regresar a sus acogedoras cuadras.

Desde el exterior, una cabeza se recortó en la ventanilla del vehículo.

—Buenos días, señor, sed bienvenido a Palanthas. Os ruego que os identifiquéis y expongáis el asunto que os trae.

Enunció tan formal solicitud un joven oficial, de voz diáfana y cortés, que poco antes había entrado de servicio. Al inspeccionar el interior del carruaje, pestañeó, en un intento de ajustar sus ojos a las frescas sombras que lo velaban. El sol primaveral brillaba con un fulgor similar al rostro del soldado, probablemente porque también él acababa de comenzar su ronda.

—Me llamo Tanis el Semielfo —se presentó el recién llegado—, y he venido por invitación de Elistan, Hijo Venerable de Paladine. Avalo mis afirmaciones con una misiva. Si aguardas un momento, te la mostraré.

—¡El insigne Tanis! —exclamó el oficial. La faz enmarcada en el cristal del

carruaje se tiñó de púrpura, de una tonalidad a juego con el ridículo uniforme que, repleto de alamares, estaba coronado por sendas charreteras distintivas de su rango—. Os pido mil perdones, señor. No os he reconocido o, mejor dicho, no he podido veros bien, pues, de haberlo hecho, no habría dejado de...

— ¡Maldita sea! —se encolerizó el semielfo—. No te disculpes por cumplir con tu deber, soldado. Aquí tienes la carta.

—No volveré a hacerlo, señor. Me refiero a excusarme, no a desempeñar mis funciones —se azoró el reprendido—. Lo lamento de veras, señor. ¿La carta? No será necesaria. Podéis pasar.

El centinela ensayó un marcial saludo, se golpeó la cabeza contra uno de los salientes que adornaban la ventana, se le enredó en la portezuela la manga de la camisa, se cuadró de nuevo y, al fin, se retiró a su puesto tan bamboleante como si se hubiera enfrentado a una horda de goblins.

Sonriendo para sus adentros, aunque más era una mueca de enojo que una manifestación de jocosidad, Tanis se apoyó en el respaldo de su asiento mientras traspasaba el acceso de la Ciudad Vieja. La idea de apostar guardianes había sido suya. Había precisado de todas sus dotes persuasivas para convencer a Amothus de Palanthas de que la muralla debía permanecer no sólo cerrada, sino también custodiada a todas horas.

—Pero entonces los visitantes podrían sentirse rechazados y ofenderse —había protestado el dignatario—. Después de todo, la guerra ha concluido.

El semielfo suspiró. ¿Cuándo aprenderían? Nunca, supuso alicaído, a la vez que contemplaba aquella urbe que simbolizaba, como ninguna otra en el continente de Ansalon, la complacencia a la que se había abandonado el mundo después de la Guerra de la Lanza. Aquella primavera se cumplirían dos años desde el final del conflicto.

Tal pensamiento le arrancó otro suspiro. ¡Había olvidado la fiesta conmemorativa de la paz! Se celebraría dentro de dos o tres semanas, no atinó con la fecha exacta, y tendría que ponerse aquel absurdo disfraz mezcla de la armadura de gala de los Caballeros de Solamnia, los regios emblemas elfos y los arreos enaniles. Se organizarían ágapes fastuosos, que le mantendrían despierto media noche, se pronunciarían discursos que le incitarían al sueño después de la cena, y Laurana...

Contuvo un reniego. ¡Laurana sí se había acordado! ¿Cómo pudo ser tan cándido? Habían vuelto a su hogar de Solanthus, tras asistir a las exequias fúnebres por Solostaran en Qualinesti, y él había realizado un infructuoso viaje a Solace en busca de la sacerdotisa Crysania, cuando llegó un mensaje para Laurana. Estaba escrito en el fluido trazo de los elfos y su contenido era un breve pero explícito apremio: «Se requiere urgentemente tu presencia en Silvanesti.»

—Tardaré unas cuatro semanas, querido —le anunció su amada cónyuge, besándole cariñosa, aunque sus pupilas, aquellas adorables pupilas, reían con picardía.

¡Había desertado, le había cedido el «honor» de presidir los tediosos festejos! Mientras, ella prolongaría un poco más de lo debido la estancia en su patria, que, aunque se hallase inmersa en una lucha denodada para escapar de los horrores que le infligiera la pesadilla de Lorac, era siempre preferible a una velada en compañía de Amothus, máximo mandatario de la ciudad.

Sin perder el hilo de tales cavilaciones, en la mente de Tanis se dibujó una imagen de Silvanesti con sus torturados árboles rezumando sangre, con los informes semblantes de los guerreros elfos, muertos tiempo atrás, agazapados en las sombras. A título comparativo, invocó una secuencia de los festines de Amothus... y estalló en carcajadas. Cualquier día llevaría a los espectros a una de aquellas reuniones.

En cuanto a Laurana, no podía reprocharle que hubiera ingeniado semejante

estratagema. Las ceremonias constituían un ahogo para él y adivinaba hasta qué extremo debía hallarlas agobiantes su esposa, el orgullo de los palanthianos, el Áureo General que salvara la hermosa urbe de los estragos de la guerra. No había nada que no fueran capaces de hacer por ella, salvo respetar su intimidad. En la última Fiesta de la Paz, Tanis había tenido que llevarla a casa en brazos, más exhausta que después de tres días ininterrumpidos de acciones bélicas.

La imaginó en Silvanesti, replantando las flores, para dulcificar los sueños de los tortuosos troncos y, despacio, mediante sus pródigos cuidados, devolverlos a la vida, o visitando a Alhana Starbreeze, ahora su cuñada, que seguramente había regresado también sin Porthios, su nuevo marido. El suyo era un matrimonio de conveniencia y el semielfo se preguntó, por un breve instante, si Alhana no se refugiaba en aquellas tierras deseosa, a su vez, de eludir las conmemoraciones. La evocación del final de la contienda debía llenarla de recuerdos de Sturm Brightblade, el caballero que conquistó su corazón y que, sepultado en la Torre de los Sumos Sacerdotes, despertó asimismo la añoranza de Tanis. No se detuvo el semielfo en su recto amigo; el recuerdo de éste arrastró los de tantos otros compañeros y, sin apenas intervalo, los de sus adversarios.

Invocada al parecer por los arremolinados recuerdos, una sombra oscureció las proximidades del carruaje. El ocupante estiró el cuello por la ventanilla y, al fondo de una calleja angosta, larga y desierta, vislumbró una mancha de negrura: el Robledal de Shoikan, el bosque tras el que se escudaba de los intrusos la Torre de la Alta Hechicería, propiedad de Raistlin.

Incluso a tanta distancia, Tanis sintió la gélida brisa que surgía de aquellos árboles, un frío que congelaba el alma. Fijó la mirada en la Torre, que se erguía sobre los bellos edificios de Palanthas como una lanza de hierro forjado que hubieran clavado en el albo pecho de la metrópoli.

En su inconexo deambular, las cábalas de Tanis discurrieron hacia la carta que había motivado su presencia en Palanthas. Como aún la sostenía en la mano, se apresuró a releerla:

«Tanis el Semielfo:

»Es preciso que nos entrevistemos. Se trata de una cuestión de suma importancia. Nos veremos en el Templo de Paladine, hora Postvigilia subiendo hacia el 12, cuarto día, año 356.»

Aquello era todo. No había firma, ni aclaración sobre el asunto que obligaba a concertar tan inesperado encuentro. Lo único que el destinatario sabía era que se hallaba en el cuarto día y que, al recibir el mensaje la vigilia misma, hubo de recorrer el trayecto sin descanso para llegar a tiempo. La nota estaba escrita en elfo. Nada le revelaba este detalle, pues Elistan estaba rodeado de clérigos de aquella raza, por lo que nada tenía de particular que uno de ellos se hubiera encargado de transcribir sus palabras. Lo extraño era que no hubiera estampado su firma, si era él quien le mandaba la misiva. Claro que, bien pensado, ¿qué otra persona podía permitirse el lujo de citarlo libremente en el Templo de Paladine?

Encogiéndose de hombros, diciéndose que ya se había planteado en más de una ocasión tales interrogantes sin haber extraído conclusiones satisfactorias, el semielfo metió el pergamino en su bolsa y, sin proponérselo, estudió de nuevo la arcana Torre.

—Presumo que guarda alguna relación contigo, viejo amigo —murmuró, frunciendo el entrecejo y centrando sus meditaciones en Crysania y las singulares circunstancias en las que desapareció.

El vehículo volvió a detenerse, arrancando al héroe de su ensimismamiento. Atisbo el Templo, majestuoso y sugerente, en las cercanías, pero se conminó a sí mismo

a esperar hasta que el lacayo le abriese la portezuela. Sonrió en su fuero interno al recordar la época en que Laurana, sentada frente a él, solía retarlo con los ojos a que osara tocar el tirador. Tardó varios meses en corregir su antiguo e impulsivo hábito de abrir la puerta de un empellón, apartar al criado y seguir su camino sin hacer el más mínimo caso del cochero, los caballos ni ninguna otra contingencia.

Ahora se había convertido en una broma secreta, que ambos compartían. A Tanis le encantaba observar cómo su esposa arrugaba el entrecejo con fingido susto mientras él extendía el brazo en dirección al tirador. Sin embargo, consideró que no era momento de revivir tales episodios porque, si no los descartaba, sólo lograría sumirse en la melancolía. ¡La echaba tanto de menos!

¿Dónde se había metido el lacayo? Juró por los dioses que, si estaba solo, saldría a su manera e introduciría un agradable cambio en la rutina. Hubo suerte, porque, aunque la puerta giró sobre sus goznes, el servidor se enzarzó en una inusitada lucha contra el escalón que, rebelde, se negaba a desplegarse para facilitar el descenso.

—Olvídalo —le espetó Tanis, y se apeó de un salto.

Ignorando la expresión de sensibilidad ultrajada que adoptó el criado, el semielfo inhaló aire, contento por haber podido escapar, al fin, de los viciados confines del carruaje.

Escrutó su entorno, dejó que la espléndida aureola de placidez y bienestar que irradiaba del Templo de Paladine arrullara su espíritu. Ningún bosque protegía el sagrado recinto. Un vasto césped, verde y mullido cual el terciopelo, invitaba al viajero a pisarlo, sentarse, reposar. Numerosos parterres de flores multicolores deleitaban las pupilas, embriagando el aire con su fragancia, y en algunos parajes apartados unos setos meticulosamente podados proporcionaban cobijo a quienes no resistían la potente luz solar. En las fuentes, borboteaban chorros de agua fresca, pura. Los clérigos, ataviados de blanco, iban y venían en pequeños grupos a través de los jardines, juntando las cabezas en solemnes discusiones teológicas.

Entre los floridos retazos, los umbríos rincones y la alfombra de hierba, se alzaba el edificio, reverberante a los rayos del astro diurno. Construido de mármol níveo, su estructura lisa y sin ornamentos magnificaba la impresión de beatitud, de paz, que prevalecía en sus contornos.

Había puertas, pero no centinelas. Cualquiera era bienvenido y, frente a tal prueba de confianza, eran innumerables las criaturas que entraban. Aquel santo lugar era un puerto seguro para los que sufrían, los desheredados y quienes padecían privaciones o carencias de toda índole. Cuando Tanis inició su andadura por el acogedor prado, vio a numerosas personas sentadas o tendidas, que, por los rictus de abatimiento que mostraban en sus semblantes, no debían gozar a menudo de tan apacible recreo.

Tras avanzar algunas zancadas, Tanis hubo de hacer un alto, al percatarse de que no había impartido instrucciones al cochero. Pero, en el instante en que se disponía a ordenarle que aguardara, una figura surgió de una tupida pared vegetal, lindante con la mole del Templo, e inquirió:

—¿Tanis el Semielfo?

Al exponerse quien así lo interpelaba a la luminosidad, el viajero dio un respingo. Se cubría aquel ente con negras vestiduras, un sinfín de saquillos y artilugios mágicos pendían de su cinto, sendas ristras de runas bordadas en hebras de plata festoneaban mangas y capucha. «¡Raistlin!», aventuró Tanis, que había tenido al archimago presente en sus disquisiciones, unos minutos antes.

No, no lo era. El semielfo respiró al comprobar que aquel nigromante sobrepasaba por lo menos en una cabeza la estatura de su antiguo compañero. Exhibía un talle esbelto y bien formado, unos hombros musculosos y un paso juvenil, pleno de

vigor. Además, ahora que le prestaba atención, reparó en que su voz destilaba firmeza, seguridad, en nada se asemejaba al ambiguo siseo de Raistlin. Y, aunque se le antojaba imposible, creyó detectar el acento propio de su raza en el timbre del desconocido.

—Soy Tanis el Semielfo, en efecto —admitió, remiso.

Aunque no distinguía los rasgos de la figura, oculta como estaba por los pliegues de su embozo, intuyó que sonreía.

—Estaba seguro de haberte reconocido; me han descrito tu aspecto infinidad de veces —explicó el hechicero—. Puedes despedir a tus criados. No precisarás del vehículo durante algunos días, acaso semanas. Tu estancia en Palanthas será larga.

¡Aquel individuo le estaba hablando en el idioma elfo, en el dialecto de Silvanesti! Al principio, Tanis quedó tan anonadado que tan sólo acertó a espiar a su oponente, mudo, incapaz de reaccionar. El cochero se aclaró la garganta. Había realizado un agotador viaje y en la ciudad abundaban las tabernas donde servían una cerveza que había dado pábulo a toda suerte de leyendas a lo largo y ancho de Ansalon. Una sílaba de su señor y sería libre de degustarla.

Pero el héroe no iba a despachar a sus lacayos y medios de transporte sólo porque así se lo sugería un Túnica Negra. Despegó los labios para interrogarlo, pero el intrigante personaje extrajo las manos de las bocamangas, donde las había mantenido enlazadas, e hizo un movimiento negativo, rotundo, con una mientras le invitaba a seguirlo con la otra.

—¿No quieres caminar a mi lado? —se anticipó a proponerle—. Ambos nos dirigimos al mismo sitio. Elistan nos espera.

«¡Nos!», repitió Tanis mentalmente, navegando en un océano de confusión. ¿Desde cuándo convocaba el poderoso clérigo a los nigromantes en el santuario de sus dios y desde cuándo accedían éstos de forma voluntaria a penetrar en la morada de su rival?

Si de verdad deseaba averiguarlo, no tenía otra opción que acompañar a aquella enigmática criatura y reservar todas las preguntas para la intimidad. Así pues, todavía perplejo, el semielfo indicó a sus servidores que les mandaría aviso más adelante. El hechicero permaneció silencioso a su lado y, una vez hubo partido el carruaje, escuchó atento su solicitud.

—Tienes ventaja sobre mí —insinuó el viajero en alto silvanesti, una lengua elfa más pura que la que le habían enseñado en Qualinesti durante su infancia.

No tuvo que extenderse. El desconocido comprendió y, tras retirar la capucha para que la luz diurna bañara sus facciones, dijo:

—Me llamo Dalamar.

Después de proferir tan escueta frase, recogió de nuevo las manos bajo las mangas de su túnica, ya que pocos eran los habitantes de Krynn que estrechaban la mano de un ente consagrado a la nigromancia.

— ¡Un elfo oscuro! —se asombró Tanis, que, debido precisamente a su pasmo, actuó de modo espontáneo, sin previa reflexión—. Lo siento —hubo de rectificar—, nunca me había tropezado con nadie...

—¿De mi especie? —terminó el otro por él, iluminado su rostro, de hermosos rasgos, aunque frío y desapasionado, en un curioso halo de cordialidad que ensanchaba sus labios—. No, es lógico que así sea, puesto que nosotros, «los que vivimos privados del tibio sol» —parafraseó, burlón, el estigma que les habían impuesto—, no solemos aventurarnos en los planos de la existencia donde brilla el astro. —Su mueca ganó, de pronto, calidez, y a su interlocutor no le pasó inadvertida la mirada de nostalgia que lanzaba al verde seto donde se había agazapado—. En ocasiones, incluso nosotros anhelamos volver al hogar.

El semielfo inspeccionó, a su vez, la vegetación que crecía junto a un álamo, el árbol más apreciado por los de su raza. La proximidad de su ramaje, mecido en la brisa, tuvo el don de diluir su agarrotamiento. Ya más relajado, recapacitó que él también se había internado en sendas diabólicas y que, en su ofuscación, había estado a punto de arrojarse algunos precipicios sin salida. No había de resultarle difícil entender.

—Se acerca la hora de mi entrevista —señaló— y, por lo que me has insinuado, lo que he de tratar en ella te concierne tanto como a mí. Quizá deberíamos proceder.

—Naturalmente.

Dalamar se encerró en su mutismo y, sin vacilaciones, inició detrás de Tanis la travesía del ondeante mar de hierba. No obstante, el semielfo se volvió de forma casual para comprobar si le seguía y quedó boquiabierto al descubrir el espasmo de dolor que contraía los delicados rasgos del mago, y que le arrancaba violentas convulsiones.

—¿Qué sucede? —indagó, deteniéndose de inmediato—. ¿Puedo socorrerte?

—No, semielfo —repuso el interpelado, en un frustrado intento de trocar el sufrimiento por una sonrisa—. No hay nada que puedas hacer ni, de hecho, me aqueja ninguna dolencia que no sea transitoria. Peor aspecto tendrías tú si pisaras tan sólo el Robledal de Shoikan, la arboleda que custodia mi residencia.

El héroe asintió en señal de comprensión y, casi sin quererlo, oteó la lóbrega Torre que despuntaba en la distancia sobre las otras edificaciones de Palanthas. Se apoderó de él un vago desasosiego, que fue en aumento cuando, llevado de un instinto que obedecía a un mandato interior, posó la vista en el blanco Templo para examinar, de hito en hito, las dos moles. Al escrutarlas al unísono, cual imágenes superpuestas en rápida secuencia, ambas se le antojaron más completas, más acabadas, que en las distintas circunstancias en que las ojeara por separado. ¿Acaso se complementaban? Fue una impresión fugaz, que ni siquiera consideró más tarde y menos ahora, en que vino a turbarlo una inquietud más acuciante.

—¿Vives allí? ¿Con Rai... con él?

Necesitaba cerciorarse. Pero como, por mucho que se esforzara, no podía pronunciar el nombre de Raistlin sin enfurecerse, prefirió omitirlo.

—Es mi *shalafi* —contestó Dalamar, con acento tenso, a causa de la prueba a la que le estaban sometiendo.

—De modo que eres su aprendiz —apuntó Tanis, quien, pese a que ahora dialogaban en común, conocía el vocablo elfo equivalente a «maestro»—. ¿Qué haces en este lugar? ¿Te ha enviado tu señor?

«Si es así —pensó—, partiré sin demora aun a costa de tener que cubrir a pie la ruta de Solanthus.»

—No —le tranquilizó el elfo oscuro, desnuda su tez de los rosados colores de la vida—. Pero el archimago será el protagonista de nuestra conferencia. —Se echó el embozo sobre la cabeza y, con visible angustia, agregó—: Y, ahora, debo suplicarte que te apresures. El talismán que me ha otorgado Elistan para resistir hasta que entre en el santuario no palia del todo el acoso de mis enemigos. Así que deseo acortar la epopeya.

¿Elistan entregaba escudos protectores a los Túnicas Negras? ¿Aquel individuo era acólito de Raistlin? Desbordado por tanta incongruencia, Tanis se alegró de poder acelerar la marcha.

—¡Mi querido Tanis!

Elistan, clérigo de Paladine y patriarca de la Iglesia en el continente de Ansalon, le tendió la mano al semielfo, mientras le brindaba una calurosa acogida. Tanis le estrechó la mano con vehemencia, tratando de ignorar cuan débil y marchita estaba la

otrora fuerte garra del sacerdote. El visitante se esmeró también en controlar su expresión, temeroso de que trasluciera el impacto, el sentimiento de lástima que le inspiraba aquella figura que frágil, casi esquelética, descansaba en el lecho sobre altas almohadas.

—Elistan —empezó a decir con ternura. Uno de los eclesiásticos de blanco hábito que deambulaban afanosos en torno al mandatario alzó sus pupilas y, al percibir su actitud reprobatoria, el recién llegado rectificó—: Hijo Venerable, me complace encontrarte en tan buen estado.

—Pues a mí, Tanis el Semielfo, no me complace que te hayas degenerado hasta convertirte en un embustero —le amonestó el anciano, aunque su tono nada tenía de amargo. Lo único que le entristecía era el mal rato que estaba pasando su amigo al creerse forzado a disimular el efecto que le había causado su irreversible declive.

Con sus dedos flacos, tumefactos, dio unas palmadas en el dorso de la curtida mano del héroe y reanudó la regañina:

—Haz el favor de no invocarme por mi título ni todas esas memeces que exige el protocolo. Ya sé que es lo propio y correcto, Garad —se adelantó a las protestas del subordinado que había inducido al semielfo a utilizar el tratamiento—, pero este joven me conoció cuando yo trabajaba como esclavo en las minas de Fax Tharkas. Todos vosotros —ordenó a los atareados presentes—, traed cuanto sea preciso para obsequiar a nuestros huéspedes.

Espió al elfo oscuro, desplomado en una butaca junto al fuego, que, ahora, caldeaba de manera perenne el aposento privado del dignatario.

—Dalamar —murmuró amablemente—, este viaje debe de haberte extenuado. Estoy en deuda contigo por haber accedido a realizarlo, aun a sabiendas de lo mucho que había de afectarte. Pero en estas cámaras hallarás alivio. ¿Qué te apetece tomar?

—Vino —consiguió balbucear el mago a través de unas mandíbulas rígidas, cenicientas, a la vez que sus manos temblaban sobre el brazo del asiento, un detalle que no escapó a la observación de Tanis.

—Servid a nuestros invitados alimento y licor —apremió el sacerdote a su cohorte de seguidores, que, obedientes, comenzaron a desfilar hacia el exterior de la estancia, sin poder reprimir muecas reprobatorias al pasar junto al hechicero de negros ropajes—. Escoltad a Astinus hasta aquí en cuanto haga acto de presencia, y procurad que nadie nos moleste.

—¿Astinus? —repitió el semielfo—. ¿Te refieres al cronista?

—¿A quién si no? —corroboró el anciano—. La vecindad de la muerte nos inviste de una excelencia especial: «Formarán cola para tributo rendirte quienes en vida optaron por eludirte», sentenció el poeta. Ya ves, incluso Astinus se digna desplazarse hasta el Templo. Ahora que se ha despejado el panorama, mi buen Tanis, seamos sinceros —le conminó—. Mi tiempo se agota, dentro de unos días, semanas a lo sumo, se extinguirá la llama de mi existencia. ¿Qué significa esa consternación que leo en tu semblante? —le recriminó—. No es la primera vez que asistes a un hombre próximo a expirar y, además, te garantizo que pueden aplicarse a mi caso las sabias palabras del Señor del Bosque Oscuro. ¿Cómo decían? Vamos, ayúdame, tú mismo me las recitaste: «No lamentemos la pérdida de aquellos que mueren alcanzando su destino». He cumplido ese requisito. A lo largo de mi vida he realizado las empresas que me han sido encomendadas, unas tareas tan enriquecedoras que yo nunca habría osado concebirlas por no pecar de arrogante.

Calló y desvió los ojos hacia la ventana, hacia el espacioso césped, los jardines en floración y, en lontananza, la sombría Torre de la Alta Hechicería.

—Me fue concedido el privilegio de devolver la esperanza al mundo, semielfo

—recordó con una mezcla de orgullo y gratitud—. Y se me transmitieron dotes curativas para el cuerpo y el alma. No pretendo alardear, pero ¿quién puede afirmar otro tanto de su propia experiencia? Me voy en el conocimiento de que la Iglesia ha sido firmemente instaurada, de que la configuran clérigos de todas las razas. Sí, incluso kenders. —Sonriente, retiró de su frente un mechón de cabello cano y, suspirando, confesó—: ¡Aquél fue un período de prueba, que hizo que se bamboleara mi fe! Todavía no hemos evaluado la cantidad exacta de objetos desaparecidos, ni su valor, si bien hay que admitir que son criaturas de corazón puro, voluntariosas y amenas, esta última una cualidad apreciable. Siempre que sentía languidecer mi paciencia durante su aprendizaje, me figuraba qué haría Fizban o Paladine según se nos reveló a nosotros y en especial a Tasslehoff, tu pequeño amigo, a quien profesaba una estima muy particular. Así hallaba soluciones a todos los conflictos.

El rostro del héroe se ensombreció cuando el anciano mencionó al entrañable kender. Le pareció que Dalamar levantaba un instante la cabeza desde las profundidades de la butaca, donde, abstraído, contemplaba las candentes brasas. Pero si lo hizo, a Elistan le pasó inadvertido.

—Lo que más me preocupa es no dejar a un sucesor en mi puesto, a alguien que perpetúe mi misión —gimió el moribundo, pero aún sereno, clérigo—. Garad es un hombre bondadoso, quizá demasiado. Posee las virtudes de un Príncipe de los Sacerdotes, pero al igual que nuestros ancestros en el cargo, no comprende que hay que mantener el equilibrio y contar con la aportación de todos para que el mundo no sucumba. ¿No opinas lo mismo, Dalamar? —consultó al elfo oscuro.

Con gran sorpresa de Tanis, el aludido significó su asentimiento mediante una leve inclinación de la barbilla. Se había desprendido del embozo para beber con más comodidad unos sorbos del vino tinto que los servidores le habían ofrecido. Tenía los pómulos sonrosados y las extremidades ya no le temblaban.

—Eres prudente, Elistan —ensalzó al dignatario—. Ojalá otros gozaran de tu clarividencia, de tu erudición.

—Más lo primero que lo segundo —puntualizó el sacerdote—. No se trata de atesorar cultura, sino de juzgar los asuntos desde todos los ángulos, en lugar de ceñirse a prejuicios que estrechan los ángulos de mira. Y tú, Tanis —abordó a su otro oyente—, ¿has aprovechado para explorar tu entorno, para analizar el paisaje y detectar ciertas irregularidades?

Señaló con el índice hacia el ventanal, en cuyo marco se perfilaba, nítida sobre el intenso azul del cielo, la Torre de la Alta Hechicería.

—No estoy seguro de haber captado tu mensaje —se excusó el semielfo, quien, dado su pudoroso talante, detestaba manifestar sus emociones, rehuía compartirlas.

—No te muestres esquivo —le reconvino su interlocutor, con una energía insólita en un enfermo—. Pasaste revista a la estructura de la Torre, luego a la del Templo, y decidiste que era muy adecuado que se irguieran una frente a otro. Fueron muchos los que se opusieron a construir el santuario en este lugar; a Garad le pareció un emplazamiento desafortunado y, ¡cómo no!, también a Crysania.

Al oír aquel nombre, Dalamar, parco hasta entonces en palabras y ademanes, se atragantó, sufrió un repentino ataque de tos y se vio obligado a posar la copa en la mesa auxiliar a fin de no derramar su contenido. Tanis, por su parte, comenzó a caminar desazonado de un lado a otro del aposento, según su arraigada costumbre, hasta que cayó en la cuenta de que podía importunar al yaciente y volvió a sentarse, moviéndose luego, inquieto, en tan opresiva postura.

—¿Se han recibido noticias de la Hija Venerable? —inquirió en voz baja.

—Perdóname, Tanis —se disculpó Elistan—, no era mi intención trastornarte.

Te aconsejo que deseches esos reproches con los que tú mismo te atormentas. Lo que hizo Crysania fue seguir los dictados de su albedrío y, si te sirve de consuelo, agregaré que ni siquiera yo podría haber influido en su determinación. Nunca la habrías detenido, ni tampoco rescatado de lo que su sino le haya deparado. No, no han llegado hasta mí nuevas acerca de su paradero.

—Pero hasta mí sí —se interpuso el mago, tan contundente e impersonal que, al instante, captó la atención de sus dos contertulios—. Ése es uno de los motivos por los que os he congregado hoy aquí.

—¿Cómo? —vociferó el semielfo, a la vez que se ponía de nuevo en pie—. ¿Eres tú quien nos ha convocado? Estaba persuadido de que la iniciativa fue de Elistan. ¿Se oculta tu *shalafi* detrás de todo esto? ¿Es él el responsable de la desaparición de la dama? —Avanzó un paso, sonrojada la faz detrás de la barba pelirroja. Dalamar se incorporó, mostrando un peligroso centelleo en los iris de sus ojos y deslizando la mano de modo casi imperceptible hacia una de las bolsas que colgaban de su cinto—. Porque, si le ha hecho el menor daño, pongo a los dioses por testigos de que le retorceré su dorado cuello.

—Astinus de Palanthas —anunció un clérigo, muy oportunamente, desde el umbral.

El historiador se situó en el marco de la puerta. Su rostro atemporal no exhibió ninguna expresión mientras sus ojos estudiaban la alcoba y registraban los pormenores de muebles y seres vivos para, después de clasificarlos, registrarlos en el libro que regía su existencia. En sus sensibles retinas se grabaron el semblante enrojecido, iracundo de Tanis, la altivez y el desafío que alteraban las cinceladas facciones del elfo oscuro, los surcos dejados por el agotamiento en el rostro del moribundo eclesiástico.

—Dejad que adivine —pidió a los presentes al mismo tiempo que, imperturbable, penetraba en la sala.

Una vez en el centro de la estancia, depositó el enorme ejemplar que siempre llevaba consigo sobre una mesa escritorio, tomó asiento, abrió el tomo por una página en blanco, sacó una pluma de un adornado estuche, inspeccionó la punta y, alzando la vista, ordenó al clérigo que le había acompañado que le trajese tinta. Éste, sobresaltado, no atinó a moverse hasta que Elistan le hizo una señal, momento en el que abandonó a toda prisa la habitación.

—Dejad que adivine —repitió el cronista su original preámbulo—. Estabais discutiendo sobre Raistlin Majere.

—Es verdad —proclamó Dalamar— que soy yo quien os ha reunido en el Templo.

El acólito se instaló de nuevo ante la chimenea y Tanis, todavía renegando, lo hizo en la cabecera del paciente. Garad, el sacerdote encargado de proporcionar tinta al historiador, regresó con ella y preguntó si requerían sus servicios, antes de, al obtener una respuesta negativa, recordar a los visitantes que no debían cansar a su superior. Su recomendación fue severa y estaba justificada; pero no pareció merecer la atención de los tres invitados. Así que dio media vuelta y se alejó, enfurruñado.

—Mi llamada os habrá acarreado algunos inconvenientes —continuó el nigromante, sin dejar de observar a Tanis—; pero serán livianos comparados con lo que a mí me espera. Al igual que todos mis hermanos de credo, el hecho de pisar este recinto sagrado entraña un castigo inenarrable, que habré de aceptar. Sin embargo, era urgente que os hablara a los tres. Elistan no podía acudir hasta mí, y supuse que el semielfo rehusaría hacerlo. En consecuencia, no me quedó otra alternativa.

—¿No podrías entrar en materia? —exigió, más que pedirlo, Astinus—. El universo evoluciona, la vida transcurre mientras estamos aquí encerrados. Ya has explicado que debías reunirnos a todos. ¿Por qué razón?

El hechicero guardó un corto silencio, otra vez con las pupilas fijas en las llamas. Cuando hizo su gran revelación, no varió su cabizbaja postura.

—Nuestros temores más acendrados se hacen realidad. Él ha cumplido su propósito.

2

Raistlin y Crysania llegan al Abismo

«Ven a casa.»

Aquella voz se dilataba en su memoria. Alguien se había arrodillado junto a la acuosa laguna de su mente y vertía las palabras sobre su tranquila, transparente superficie. Los rizos de la conciencia le perturbaban, le despertaban de un sueño pacífico y reparador.

«Ven a casa, hijo mío, ven a casa.»

Al entreabrir los párpados, Raistlin se topó con la cara de su madre, quien, sonriente, extendió una mano y acarició las finas hebras de cabello que se esparcían indómitas sobre su frente.

—Mi desdichado pequeño —dijo la mujer, ahora con tanta nitidez que su proximidad se hizo tangible—, he visto todo lo que te han hecho. ¡He pasado tanto tiempo a la expectativa! He sollozado —afirmó, y sus pupilas humedecidas confirmaron este aserto—. Sí, hijo mío, los muertos también lloramos y, a qué engañarnos, es el único consuelo que tenemos. Pero la pesadilla ha concluido. Estás a mi lado y puedes descansar.

El archimago forcejeó contra su propia flaqueza para incorporarse. Al examinar su cuerpo, comprobó, horrorizado, que lo cubría un manto de sangre, pero no sentía dolor ni descubrió ninguna herida. Jadeaba y, cuando quiso respirar, apenas pudo inhalar una bocanada de aire.

—Yo te auxiliaré —ofreció su madre.

Comenzó a aflojar el cordón de seda que ceñía la cintura del nigromante, el fajín del que se hallaban suspendidos sus saquillos y los valiosos ingredientes de sus sortilegios. En un impulso reflejo, Raistlin apartó aquella mano intrusa y, mitigando un poco su ahogo, observó el paraje.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estoy? —indagó.

En medio del caos que le rodeaba, se destacaron los recuerdos de su infancia, ¡de dos infancias distintas! La suya e, inexplicablemente ligada, la de otro. Miró a su progenitura, y se le antojó al mismo tiempo la mujer que le había dado la vida y una perfecta desconocida.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió, irritado, luchando con los recuerdos, que amenazaban con arrebatarse el último resquicio de lucidez.

—Has muerto, hijo —le descubrió su fantasmal acompañante—. Has entrado en el seno del más allá. Ahora nadie podrá separarnos.

Raistlin quedó estupefacto, incapaz de reaccionar. Al rato, sucedida la laxitud por el frenesí, rebuscó entre las evocaciones que antes había intentado conjurar y, despacio, ordenó el rompecabezas. Algo falló, y había estado al borde de perecer. ¿En qué pudo equivocarse? Se llevó la mano a las sienes, palpó carne, hueso, calor, y entonces se hizo la luz. ¡El Portal!

—¡No! —se rebeló, clavando en su madre unos ojos que irradiaban chispas—. Es imposible.

—Perdiste el control de la magia —susurró ella, paciente, alargando de nuevo los dedos para tocarlo. El hechicero eludió su contacto y la aparecida, con la triste sonrisa que le era peculiar y que Raistlin tan bien conocía, dejó caer la mano en el regazo—. El campo magnético se deshizo, las fuerzas enfrentadas te despedazaron. Se produjo una terrible explosión, que mudó la faz de las llanuras de Dergoth, y la fortaleza de Zhaman se vino abajo. Fue una agonía tener que presenciar el espectáculo de tu sufrimiento.

—Sí, conservo una vaga noción del dolor —corroboró el nigromante—. Pero hay algo más.

¿Qué era? Revivió en su mente la escena en que, circundado por los brillantes estallidos de luces multicolores, invadió su alma un éxtasis exultante. Más tarde, las cabezas de dragón que guardaban el Portal bramaron enfurecidas y él envolvió a Crysania en un abrazo protector.

Se enderezó, para ampliar su campo de visión. Se encontraba en un terreno liso y regular, una especie de desierto. En lontananza, se insinuaban unas montañas, unas cumbres de aserrado perfil, que creyó identificar. ¡Claro, era el reino de Thorbardin! Ladeó el rostro y divisó las ruinas del alcázar, desfigurado en una calavera que parecía engullir la planicie a través del eterno rictus de su boca. Dedujo que estaba en las llanuras de Dergoth. El paisaje era inconfundible. No obstante, al mismo tiempo que lo reconocía, detectaba algo en él que lo hacía nuevo, diferente, acaso el aura rojiza que lo teñía todo y que le sugirió la idea de estar espionando aquellos rincones familiares con los ojos inyectados en sangre. Así, aunque los objetos conservaban sus formas originarias, el púrpuro tamiz les confería una entidad distinta, opuesta incluso a la que se imprimía en su retina.

Estaba seguro de haber visto la Calavera durante la Guerra de la Lanza, una vez asumida su actual apariencia de montaña, y desde luego no tenía el rictus de obscenidad que había ahora en sus pétreos labios. También la cordillera del fondo marcaba un pronunciado relieve, más sobresaliente del habitual, al definirse sus líneas sobre el cielo. ¡El cielo! Al contemplar el contraste, Raistlin tragó saliva. ¡El firmamento era un inmenso espacio vacío! Giró la cabeza en todas direcciones y comprobó que, pese a la ausencia de sol, no era de noche. No se veían lunas ni estrellas y el color indescriptible de la bóveda celeste, entre rosáceo y carmesí, se asemejaba al reflejo del crepúsculo.

Bajó la mirada hacia la mujer que, frente a él, continuaba arrodillada en el suelo. Endureció los rasgos, indescifrables sus emociones, y declaró en un acento que denotaba firmeza, confianza:

—No he muerto. He vencido. Ésta es una prueba fehaciente de mi triunfo. No he olvidado los relatos del kender cuando, tras salvarse del abismo, se personó en aquel campamento y fue mi prisionero en Zhaman. Dijo que el reino de las tinieblas era una extensión monótona, similar a todos los lugares que había visitado pero igual a ninguno. He traspasado el Portal y accedido al plano de la inmortalidad.

Inclinándose hacia adelante, el mago agarró a la mujer por el brazo y la obligó a ponerse en pie.

—¡Fantasma ilusorio! —la imprecó—. ¿Dónde está Crysania? Confiesa, quienquiera que seas, o haré caer sobre ti la ira de los dioses.

— ¡Raistlin, basta ya! Me estás lastimando.

El aludido se inmovilizó. Aquel timbre era el de la sacerdotisa y, al aguzar la vista para cerciorarse, advirtió que era su brazo el que oprimía. Avergonzado, redujo al instante la presión; pero recobró la compostura en un santiamén y atrajo aquel cuerpo hacia sí, inmovible frente a sus intentos de liberarse.

—¿Crysania? —la interrogó, examinándola con suma atención.

—Por supuesto —titubeó la mujer, sin saber a qué atenerse—. Algo anda mal. Te suplico que me expliques de qué se trata. Desde hace unos minutos, no oigo más que desatinos.

El archimago oprimió de nuevo el brazo de su presa, que emitió un grito. El dolor que distorsionaba sus facciones era real, su miedo también. Satisfecho de la prueba, el humano la estrechó contra su pecho y se dejó embriagar por la tibieza de su carne, su aroma, el palpito de su corazón y, en definitiva, la vida que emanaba de ella.

— ¡Oh, Raistlin! —gimió la sacerdotisa, acurrucada en el cálido nido—. El pánico se apoderó de mí al crearme sola en esta desolación.

La mano del hechicero se enredó en la negra melena. La suavidad y la fragancia de aquella criatura le intoxicaban, le incitaban a una pasión irrefrenable, y su embrujo no hizo sino intensificarse al arquear ella la cintura y echar la cabeza hacia atrás. Sus labios eran sensuales, ansiaban el placer del beso. Raistlin asió su mentón a fin de admirar el exquisito rostro, y se encontró con unas cuencas oculares en las que ardían infernales llamas.

— ¡Al fin has venido a casa, mago! Unas carcajadas estentóreas, acordes con la inflamada mirada, abrasaron sus entrañas, al mismo tiempo que la esbelta figura femenina se contorsionaba y se desvanecía hasta que se halló unido al cuello de un dragón de cinco cabezas. Las comisuras despedían ácidos corrosivos sobre él, el fuego rugía en su derredor, le asfixiaban vapores sulfurosos. Serpenteante, el monstruo puso la cabeza a su altura y se aprestó al ataque.

Desesperado, el archimago invocó su arte. Pero, mientras se ordenaban en su mente los versículos que componían el hechizo defensivo, le fustigó la punzada de la duda. ¡Quizá su magia no surtiría efecto! «Estoy débil, el viaje a través del Portal ha mermado mi energía.» El pavor, cortante cual una daga, penetró en su espíritu, y las frases del sortilegio se diluyeron en la nada. «¡Es la Reina quien me tiende esta emboscada! —comprendió—. *Ast takar ist...* ¡No, he cometido un error!»

Resonaron en sus tímpanos nuevas risotadas. Era el modo con el que la soberana exteriorizaba su victoria. Cegó al cautivo una luz blanca, radiante, y se precipitó en una espiral interminable, que llevaba de la oscuridad al día.

Al abrir los párpados, Raistlin distinguió el rostro de Crysania.

Era, en efecto, su semblante, pero no el que él recordaba. Estaba avejentado, el sello de la muerte había marchitado los últimos vestigios de juventud. Aferraba en su

palma el Medallón de Platino de Paladine, cuyos prístinos destellos refulgían en el fantasmagórico ambiente.

El archimago cerró los ojos para ocultar la visión de aquel rostro en pleno ocaso. Y ayudó a su fantasía con ensoñaciones, en las que se lo representaba delicado, hermoso, iluminado por el amor que él le inspiraba y provisto de sus anteriores atributos.

—Poco ha faltado para que te perdiera.

Fue la mujer quien profirió esta frase, con tono frío y sosegado. El nigromante, a tientas porque le aterrorizaba la idea de afrontar unos hechos que intuía, la agarró por los brazos y, zarandeándola, preguntó bruscamente:

—¿Cuál es ahora mi apariencia? Se ha obrado en mí una mutación, ¿no es cierto?

—Eres igual que cuando nos entrevistamos por vez primera en la Gran Biblioteca —repuso Crysania, correcta y medida, quizá en demasía, ya que la tensión se hacía aún más ostensible bajo la gélida capa de su aplomo.

«Me lo temía —se dijo Raistlin—. Eso significa que he regresado al presente.»

Tomó conciencia de su antigua fragilidad, del perenne malestar de sus pulmones y, con él, de la ronquera que provocaban los espasmos de la tos, como si unas puntiagudas agujas tejieran una telaraña en sus vías respiratorias. No tenía más que hacer acopio de valor, salir de su voluntaria ceguera y, frente a un espejo, contemplar la tez dorada, el cabello cano, las pupilas en forma de relojes de arena...

Apartando de un empujón a la Hija Venerable, se arrojó al suelo y se revolcó sobre su estómago, sin cesar de propinar puntapiés y abandonado a un delirio en el que los arranques de cólera se sumaban a los plañidos de desaliento.

—¿Qué sucede? —inquirió la sacerdotisa, asustada, sin molestarse ya en fingir—. ¿Dónde hemos venido a parar, Raistlin? ¿Hemos fracasado?

—No, hemos triunfado —rectificó él—. Estamos en el Abismo. Todo se ha cumplido según mis designios —apostilló, aunque su actitud anunciaba perspectivas menos halagüeñas.

Crysania se alarmó, tanto por los resquemores que suscitaba el equívoco comentario como por la forma en que el mago la observaba. Ella ignoraba que la veía en un proceso senil, de degeneración. Tras un momento de balbuceo, no obstante, se impuso la confianza, y la sacerdotisa despegó los labios para manifestarla. Pero antes de que acertara a hablar, el hechicero se le anticipó.

—Mi magia se ha evaporado.

Sobresaltada por tan asombrosa revelación, la sacerdotisa nada dijo. Tuvieron que pasar unos segundos para que, algo recuperada, pidiera a su compañero una aclaración.

—No entiendo a qué te refieres.

—Es muy sencillo. ¡Mis poderes se han desvanecido! ¡Estoy tan indefenso como cualquier mortal! —le espetó el archimago, como si fuera ella la culpable de semejante catástrofe—. Soy un hombrecillo vulnerable, en un reino de gigantes.

Se percató de pronto de que su adversaria podía estar escuchando, espionando, regodeándose, y entonces enmudeció. Sus voces se extinguieron en el esputo que, espumeante y sanguinolento, afloró a su boca.

—Sin embargo —murmuró—, todavía no me ha derrotado.

Cerró los dedos en torno al Bastón de Mago, que yacía a su lado, y se apoyó en él para incorporarse. Crysania corrió a prestarle el soporte de su brazo, ya que el bastón se le antojó insuficiente.

—No me engañarás, no ha de serme difícil averiguar dónde te agazapas —retó

Raistlin a Su Oscura Majestad, mientras, con la mirada, recorría la vasta planicie y el no menos inconmensurable cielo—. Ahora adivino tu paradero. Estás en la Morada de los Dioses y, gracias a las errabundas divagaciones del Kender, conozco el terreno en el que me muevo. Las esferas inferiores reflejan cual un espejo los planos de arriba. Así que emprenderé tu búsqueda, aunque el viaje sea prolongado y traicionero.

»Sí —prosiguió, acechante—, noto cómo hurgas en mi cerebro, cómo interpretas mis intenciones y prevés todos mis actos, mis expresiones verbales. Estás convencida de que abatirme será un juego de niños. Pero también yo poseo una cierta dosis de perspicacia, que me permite evaluar tu honda confusión. Me acompaña alguien cuya mente no puedes sondear, alguien que me protegerá de ti. ¿No es verdad, Crysania?

—Así ha de ser —ratificó la mujer, leal a su ídolo.

El nigromante dio un paso al frente, luego otro, respaldado por el cayado y por la sacerdotisa. Cada paso le costaba un gran esfuerzo, cada inhalación quemaba sus órganos y, al contemplar el universo, no hallaba sino vacuidad, una vacuidad que se aposentó en su alma ahora que el arte arcano le había abandonado.

Raistlin tropezó. Para evitar su caída, la sacerdotisa le sujetó con fuerza, anegados los ojos en lágrimas.

Las carcajadas se alejaban en punzantes ecos. Y era tan insufrible oír las, que Raistlin estuvo tentado de desistir. «Me siento cansado —meditó, deprimido—, exhausto. ¿Qué soy sin mi magia? Nada, un insecto torpe y desvalido.»

3

Maquinaciones al descubierto

Después de que Dalamar condujera los prolegómenos, un largo silencio se estableció en el aposento. Tan sólo lo perturbaba el ágil garabatear de la pluma sobre el pergamino del volumen donde Astinus copiaba las frases del elfo oscuro.

—No nos resta sino encomendarla a la clemencia de Paladine —invocó Elistan—. ¿Está el archimago con ella?

— ¡Naturalmente! —le espetó el aprendiz, delatando un nerviosismo que las ardidés de su arte no lograron camuflar—. ¿De qué otro modo podría haber alcanzado su propósito? El Portal es inaccesible a todos salvo a las fuerzas combinadas de un Túnica Negra tan dotado como él y una sacerdotisa de blanco hábito, en este caso Crysania, intachable en su fe.

Tanis les miró de hito en hito y, antes de que se enzarzaran en una discusión ininteligible, declaró:

—No entiendo una palabra de lo que aquí se está debatiendo. ¿Qué sucede? ¿Habláis quizá de Raistlin? ¿Qué ha hecho? ¿Qué relación mantiene con Crysania? ¿Por qué nadie alude a Caramon? Al fin y al cabo, también él parece haber sido borrado de la faz de Krynn, al igual que Tas.

—Procura contener los arranques de impaciencia, ese exponente de la mitad humana de tu ser —le aconsejó Astinus sin dejar por ello de escribir con su caligrafía esmerada, puntillosa—. Y tú, elfo, inicia tu relato por el comienzo, en lugar de referirte a un pasaje intermedio.

—O, dadas las circunstancias, al desenlace —apuntó el yaciente en tono quedo.

Humedeciéndose los labios con el vino, Dalamar, prendidas sus pupilas en el fuego, narró las singulares peripecias que, hasta entonces, Tanis sólo conocía en parte. Algunos eventos habría podido deducirlos, otros le sorprendieron, los más le escandalizaron.

—La Hija Venerable fue cautivada por Raistlin y, con franqueza, añadiré que la

atracción fue recíproca, aunque, tratándose del archimago, sólo caben conjeturas. El agua de un glaciar en deshielo es demasiado caliente para circular a través de sus venas. Así que sería prolija cualquier tentativa de ahondar en sus emociones. ¿Quién podría determinar cuándo concibió esto o soñó aquello otro? Sea como fuere, ultimó los preparativos y me puso al corriente de sus planes: viajar al pasado en busca de Fistandantilus, su precursor en la saga arcana, y apoderarse de su vasta sapiencia.

»Le tendió una trampa a Cysania, deseoso de embaucarla para que retrocediera en el tiempo junto a él, e hizo algo análogo con su gemelo...

—¿Con Caramon? —preguntó el héroe, perplejo. Dalamar le ignoró y continuó, como si la interrupción no se hubiera producido.

—Pero ocurrió algo imprevisto. Kitiara, hermanastra del *shalafi* y Señora del Dragón...

La sangre se agolpó en las venas de Tanis, enturbiando su vista y su oído. Sintió un palpito similar en los pómulos e intuyó que su tez abrasaba al tacto, tan encendido debía de ser su sonrojo.

¡Kitiara! La figura de la mujer que había amado se dibujó en su memoria con los ojos destellantes, el crespo cabello arremolinado en torno al rostro, los labios separados en aquella hechicera, ambigua sonrisa, y una seductora silueta que resaltaba, más todavía, la ceñida armadura.

La dama de su espejismo le estudió desde la grupa de un reptil azul flanqueada por sus esbirros, altiva, regia, especialmente bella en su crueldad para, sin transición, rendirse a su abrazo con tierna languidez.

El semielfo notó, aunque no pudo percibirla, la expresión de simpatía que había adoptado Elistan al adivinar su zozobra, y eludió la censura que, así lo creyó, contraía los rasgos del omnisciente cronista. Abrumado por el peso de su propia culpa, no reparó en que Dalamar, a su vez, libraba una batalla con sus traicioneras mejillas, las cuales, más que subir de color, habían quedado exangües. No se percató del quiebro que rompió la voz del acólito al pronunciar el nombre de la bella mujer.

Pasados unos segundos, Tanis recuperó la compostura y pudo seguir escuchando. No obstante, le fue imposible sustraerse al dolor que atenazaba su corazón y que estaba persuadido de haber curado definitivamente. Era feliz junto a Laurana, la amaba con más entrega de la que nunca había creído atesorar antes de desposarla. Gozaba de paz interior, su vida discurría enriquecedora, colmada de venturas. Quizá fue ésta la causa de que el mundo se le viniera abajo al descubrir que la negrura aún anidaba en él, un pozo de pasiones inconfesables que en su día creyó haber desterrado para siempre.

—Por orden de Kitiara —reanudó su relato el narrador—, Soth, el Caballero de la Muerte, sumió a Cysania en un encantamiento destinado a matarla. Pero Paladine intercedió. Guió el alma de la sacerdotisa a su morada celestial, a fin de hacerle un lugar entre sus siervos y dejó tendida en el suelo el despojo de su cuerpo. Yo creí que el *shalafi* había sufrido un revés irreversible. Pero grande fue mi sorpresa al comprobar que me había precipitado y que Raistlin, en su infinita astucia, hacía que repercutiera en su beneficio la conjura de sus rivales. Su hermano Caramon y Tasslehoff, el kender, llevaron a la maltrecha sacerdotisa a la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth, en la confianza de que sus arcanos habitantes la sanarían. Éstos no pudieron ayudarla, como el nigromante bien sabía, y entonces decidieron enviarla al único período de la historia de Krynn en el que vivió un Príncipe de los Sacerdotes lo bastante poderoso para reclamar el concurso de Paladine, para inducirle a devolver a aquella devastada forma terrenal el soplo del espíritu. Era eso, desde luego, lo que quería mi maestro. ¡Previne a los magos! —exclamó, apretando el puño—. Avisé a esos necios de que le estaban

allanando el terreno.

—¿Les avisaste? —repitió Tanis, que se había integrado ya a la realidad inmediata—. ¿Actuaste contra tu *shalafi*? —insistió, incrédulo frente a un hecho tan inverosímil.

—Participo en un juego peligroso, semielfo —fue la lacónica respuesta. El aprendiz clavó las pupilas en su interlocutor y éste se estremeció al observar que estaban iluminadas desde dentro, como las ascuas de un fogata. Tras una corta pausa, Dalamar amplió su explicación—: Soy un espía al servicio del cónclave de hechiceros, encargado de vigilar todos los movimientos de Raistlin. ¿Te quedas boquiabierto? No te lo reprocho. Un ser ajeno a la Orden no puede estar al corriente de nuestras intrigas. Mis superiores le temen, y no sólo los defensores del Bien y la Neutralidad, sino, y muy específicamente, los Túnicas Negras, ya que estamos enterados de cuál será nuestro destino si se alza con el predominio de las esferas.

Viendo que había cautivado el interés de su oyente, el oscuro mago levantó la mano y, parsimonioso, abrió el pectoral de su atuendo para mostrarle el pecho desnudo. Cinco heridas purulentas llagaban la que, de otro modo, hubiera sido tersa piel.

—La marca de su mano —dijo con acento anodino—, una recompensa digna de mi insidia.

Tanis imaginó a Raistlin en el acto de depositar sus flexibles dorados dedos sobre el torso de aquel joven, se representó su rostro desapasionado, sin malicia, ensañamiento ni ningún otro resquicio de humanidad mientras infligía el castigo. Casi olfateó el olor de la carne socarrada y, mareado, se hundió en su asiento y permaneció allí cabizbajo, mudo.

—Pero aquellos insensatos, en su terquedad, desoyeron mi advertencia —retomó Dalamar el hilo de su historia—. Se aferraron a un clavo ardiendo, corrieron el riesgo de mandar a Crysania a una época previa al Cataclismo, porque ella encarnaba, a la vez que sus mayores miedos, su única esperanza. El nigromante así lo había preconizado. De nuevo se satisfacían sus aspiraciones. La versión formal, la que expusieron ante Caramon para asegurarse de que no les abandonaría, fue que el Príncipe de Istar auxiliaría a la sacerdotisa. No obstante, su auténtico objetivo era que muriera o, al menos, desapareciera, como hicieron los otros clérigos poco antes de la hecatombe. Si se esfumaba, Raistlin habría de prescindir de ella y nunca atravesaría el Portal, aunque existía el peligro de que la rescatase a tiempo, de ahí la ambivalencia del plan. También barajaron la posibilidad de que Caramon, al catapultarse al pasado y averiguar la verdad sobre su hermano, a saber, que había succionado la esencia de Fistandantilus, atentara contra su vida.

—¿Caramon? —El semielfo rió de mala gana, entre el sarcasmo y la cólera—. ¿Cómo pudieron incurrir en un error de tal calibre? El guerrero es ahora un enfermo. Lo único que está en situación de matar es un barril de aguardiente enanil. De alguna manera su gemelo ya le ha destruido. ¿Por qué no...?

Objeto del escrutinio inquisitivo de Astinus, optó por callar. Su cabeza giraba en un torbellino enloquecido. Nada de aquello tenía sentido. Consultó a Elistan con los ojos y concluyó que el anciano debía de estar en antecedentes de buena parte del relato, pues no se reflejó en su semblante un asomo de sorpresa, de disgusto, al mencionar Dalamar que los magos habían dispuesto la muerte de Crysania. Sólo un profundo pesar desencajaba sus marchitas facciones.

—Tasslehoff Burrfoot, el kender —prosiguió el acólito—, se entrometió en el hechizo de Par-Salian y, accidentalmente, se desplazó al pasado con Caramon. La introducción de un miembro de su raza en el fluir de las eras propiciaba que se alterasen los sucesos, lo que revestía una capital importancia. Lo que sucedió en Istar sólo

podemos presumirlo. Pero en mi mano está afirmar que Crysania no pereció, Caramon no eliminó a su hermano y éste recopiló para su acervo la ingente erudición de Fistandantilus. Acompañado del guerrero y la sacerdotisa, Raistlin avanzó hasta una época en la que, al preservar a la dama, se convertía en dueño y señor del único clérigo verdadero en todo el país. Minucioso en sus cálculos, viajó al momento de la historia en el que la Reina de la Oscuridad había de presentarle menos réplica y, vulnerable, fracasaría si se empeñaba en detenerlo.

«Como hiciera antes Fistandantilus, el archimago influyó de manera decisiva en el estallido de las guerras de Dwarfgate y, así, obtuvo acceso al Portal, que se encontraba, por aquel entonces, en la fortaleza de Zhaman. Si se hubiera repetido el episodio que había protagonizado su ancestro, y que consta en las *Crónicas*, Raistlin habría sucumbido frente al portentoso umbral del más allá, ya que tal fue el final del llamado Ente Oscuro.

—Con eso contábamos —intervino Elistan, estirando débilmente el embozo del lecho—. Par-Salian nos garantizó que el nigromante no cambiaría el porvenir, que ni siquiera él poseía tales facultades.

—¡Maldito kender! —renegó Dalamar—. Par-Salian cometió una grave imprevisión. Es imperdonable que no tomara precauciones para evitar que el hombrecillo reaccionase de la forma más natural en uno de su tribu: ¡aprovechar la primera oportunidad que se le ofrecía de vivir una aventura! Debería haber atendido nuestro consejo y estrangular al pequeño intruso.

—Dime qué ha sido de Caramon y Tasslehoff —le atajó Tanis con frialdad—. Nada me importa la suerte de Raistlin ni, y te ruego que me disculpes, la de Elistan, ni la de Crysania. A la sacerdotisa la cegó su propia perfección, la drástica rigidez de su probidad. Lo siento por ella, pero rehusó quitarse la venda que la aislaba de la verdad. Mis amigos, en cambio, me inquietan. ¿Qué ha sido de ellos?

—No tengo la menor idea —respondió el aprendiz, y se encogió de hombros—. Pero, en tu lugar, descartaría cualquier ilusión de volver a verlos en esta vida. De poco deben de servirle ya al *shalafi*.

—Eso es todo cuanto necesitaba oír —declaró el semielfo y se puso en pie, teñido de furia el timbre de su voz—. Aunque sea lo último que haga, perseguiré a Raistlin sin concederle una tregua...

—Siéntate —le ordenó, de pronto, Dalamar.

El mago no levantó la voz, pero había en sus ojos una amenaza, un reto que impulsó al interpelado a tantear la empuñadura de su espada, sin recordar que, puesto que había sido invitado como huésped en el Templo de Paladine, resolvió no portarla. Más airado al palpar aire en lugar de su arma, dedicó sendas reverencias al patriarca y a Astinus y echó a andar hacia la puerta.

—No tardará en interesarte el devenir de Raistlin, semielfo —le interceptó el sibilino acólito—, porque nos afecta a todos. De él dependemos nosotros y tú mismo. El futuro del mundo se halla en sus manos. ¿Son ciertas mis palabras, Hijo Venerable?

—Lo son —ratificó el aludido—. Me hago cargo de tus sentimientos, Tanis, pero debo conminarte a desecharlos.

El cronista no despegó los labios. Los sonidos propios de la escritura constituían la única evidencia de su presencia en la sala. El héroe cerró los puños y, con una agresividad que obligó incluso al impassible Astinus a alzar la cabeza, imprecó a Dalamar:

—De acuerdo, me reprimiré. ¿Qué más puede hacer tu envilecido maestro en su afán de lastimar, aniquilar y someter a inenarrables suplicios a quienes le rodean?

—Al comienzo de mi plática he anunciado que nuestros temores más acendrados

se hacen realidad —susurró el elfo oscuro, clavando sus pupilas almendradas en las de su oyente, que, debido a su mezcla racial poseía unos rasgos oblicuos más atenuados.

—Sí.

Más que una afirmación, lo que profirió Tanis fue un expresivo apremio.

El narrador hizo una pausa exagerada, teatral. Astinus, alerta, enarcó las grisáceas cejas.

—Pues bien, ahora lo subrayo. Raistlin ha entrado en el Abismo donde, junto a Crysania, desafiará a la Reina de la Oscuridad.

Tanis, en franca mofa del dramatismo que el joven nigromante había dado a sus palabras, estalló en carcajadas.

—No parece que debamos preocuparnos por ello —replicó—. Esa criatura se ha lanzado a su propio exterminio.

La risa del semielfo no fue bienvenida, no obtuvo el beneplácito de los reunidos. Dalamar le espió entre cínico y divertido, como si esperara tan incongruente actitud en alguien que era mitad humano; Astinus emitió un resoplido y se concentró en su quehacer; Elistan hundió en el lecho sus ya caídos hombros y, entornando los párpados, se reclinó en la almohada sobre la que se había incorporado.

—¡No podéis tomaros tan en serio la situación! —les regañó, dolido, el ahora habitante de Silvanesti—. ¡Por los dioses, la soberana de las tinieblas me ha recibido en audiencia! He sentido su poder, su majestad, cuando sólo había logrado asomarse parcialmente a nuestro plano —recalcó, y un escalofrío recorrió su espina dorsal al evocar los sucesos de Neraka—. No quiero ni pensar lo que ha de ser enfrentarse a ella en la plenitud de sus facultades, en su propia órbita.

—No has sido tú el único, Tanis —musitó el postrado anciano—, también yo he conversado con la Reina Oscura. ¿Te sorprende? No hay motivo. He tenido que superar tantas pruebas y tentaciones como cualquier otro hombre.

—Sólo en una ocasión me ha honrado con su visita. —Era Dalamar quien, llegado su turno, informaba de su experiencia, pero al hacerlo su tez palideció y el pánico ensombreció sus ojos—. Vino a referirme los hechos que acabo de transmitirte.

Astinus no participó en las confidencias, pero abandonó su tarea. De las paredes de roca emanaba más vivacidad que del semblante del historiador.

—Si has conocido a la soberana, Elistan —invocó Tanis al enfermo—, habrás vislumbrado la supremacía que ostenta sobre todas las cosas. ¿Cómo puedes creer que un archimago demente y una sacerdotisa que no es más que una infatuada solterona puedan causarle el menor daño?

Un relámpago de indignación cruzó por los ojos del clérigo, sus labios se tensaron en una estrecha línea y el semielfo supo que le había agraviado con su insulto. Ruborizándose, se rascó la barba y empezó a disculparse, aunque, persuadido de que iba a estropearlo aún más, selló su boca.

—Todo esto es una sinrazón —se limitó a farfullar, al mismo tiempo que regresaba a su silla y se derrumbaba en ella—. En nombre del Abismo, ¿cómo frustraremos sus ambiciones? —continuó; pero, al darse cuenta de la impropiedad de la fórmula que había elegido, su sonrojo fue en aumento—. Lo siento, mi juego de palabras no ha sido premeditado. Cada vez que intento decir algo, mi lengua corre más que mi mente. ¡Pero es que no entiendo nada! ¿Cuál es nuestro cometido? ¿Detener a Raistlin o alentarle?

—No puedes detenerle —interpuso fríamente Dalamar, en el instante en que Elistan se disponía a hablar—. Tan sólo los magos tenemos capacidad para hacerlo, y no hemos dejado de elaborar planes encaminados a tal efecto durante varias semanas, porque, desde el principio, vaticinamos este desastre. En cierto modo, semielfo, tus

presunciones son correctas. Raistlin no puede vencer a tan colosal rival en su propio mundo y, puesto que es consciente de su inferioridad, proyecta contrarrestarla. ¿Cómo? Engatusando a la soberana, induciéndola a atravesar el Portal y a plantarse en el universo de los vivos.

Tanis sintió que una invisible estocada ensartaba su estómago. Quedó sin resuello. Transcurrieron unos segundos antes de que, encrespadas las manos en el brazo de la butaca hasta el punto de que los nudillos se le tornaron blancos, atinara a protestar:

—Es una locura. En la Guerra de la Lanza la abatimos con penas y trabajos. Sobrevendrá una catástrofe si ese chiflado le franquea el acceso a Krynn.

—Es a mi Orden, como ya he indicado, a quien corresponde impedirlo —concretó el aprendiz.

—He comprendido cuál es tu deber, tu sagrada misión. Sin embargo, algo no encaja. ¿Por qué nos has convocado? ¿Qué papel desempeñamos en esta obra magna? ¿El de meros espectadores? —le interrogó el héroe, hiriente, ofensivo.

—¡Cálmate, Tanis! —le reconvino Elistan—. Estás nervioso y asustado. Pero, aunque todos compartimos tu desasosiego —«salvo ese cronista esculpido en granito», recapacitó el aludido—, nada ganarás dejándote llevar por tus impulsos. Apacigua tu fuego y apresta el oído, pues presiento que todavía ignoramos lo peor. ¿Me equivoco, Dalamar? —se dirigió al oscuro personaje, suavizando el tono de su voz.

—No, Hijo Venerable —confirmó el acólito, y el semielfo percibió un amago de emoción en las rasgadas pupilas de su, en cierta medida, congénere—. Me he enterado de que Kitiara, la Señora del Dragón —sufrió un repentino ahogo—, prepara un asalto a gran escala sobre Palanthas.

Tanis se sumió en sus cábalas. La primera oleada que se desató en su interior fue de rabia, de impotencia. «Te lo advertí, Amothus, y también a Porthios y a todos cuantos se empeñan en reptar hasta sus algodinosos y cálidos refugios para, allí recluidos, olvidarse de que hubo una guerra.» La segunda marea fue a la par más serena y lacerante, compuesta como estaba de recuerdos de la ciudad de Tarsis en llamas, el asedio infligido a Solace por los ejércitos draconianos, el sufrimiento y la muerte.

Elistan se demoraba en su discurso pero, en lugar de escucharle, el semielfo se zambulló en sus reflexiones. Dalamar había citado a Kitiara en su anterior relato, y pretendía capturar el contexto de su comentario que, esquivo, revoloteaba en los lindes de su memoria. En efecto, cuando el espía de Raistlin aludió a la dama, el nombre de ésta le había arrastrado como en un sortilegio y había dejado de lado las otras explicaciones. Las frases del aprendiz flotaban ahora en una bruma.

—¡Aguarda! —aulló, eufórico, al recordar y ajeno a la desconsideración en que quizá incurría—. Antes has asegurado que Kitiara denostaba las acciones de Raistlin tanto como nosotros, que le aterrorizaba la posibilidad de que la Reina se introdujera en el mundo y tal fue el motivo de que encargase al caballero Soth la muerte de Crysania. Si es así, ¿por qué se propone atacar Palanthas? ¡No tiene lógica! En Sanction se fortalece cada día que pasa, los Dragones del Mal se han congregado en esa urbe y, según los rumores que se propagan a lo largo del territorio, los draconianos que se diseminaron después del conflicto se están reagrupando bajo su mando.

No obstante, Sanction está lejos de esta metrópoli. Los Caballeros de Solamnia impedirán su marcha, los reptiles bondadosos se alzarán de su letargo en cuanto sus acérrimos enemigos se enseñoreen de los cielos. ¿Por qué arriesgarse a perder todo lo que ha conquistado? ¿Con qué objeto?

—Si mis datos no son erróneos, te une una vieja amistad a la Señora del Dragón —insinuó Dalamar, mordaz en su misma cortesía.

El héroe se atragantó, tosió y balbuceó unas sílabas entrecortadas.

—¿Cómo? —El elfo oscuro se hizo el sordo. Era evidente que se complacía en mortificarle.

—¡Sí!

La confesión surgió en un alarido. Al detectar la severa mirada de Elistan, Tanis se recogió en su asiento sin palparse la encendida epidermis.

—Tus apreciaciones son del todo exactas —le alabó el mago, con un acento socarrón que se reflejaba en las ligeras arrugas de sus facciones—. Al principio, a Kitiara le espantaron las maquinaciones de Raistlin. No por lo que al hechicero pudiera acontecerle, sino porque quizá su osadía le acarrearía consecuencias nefastas como oficial de rango de Su Oscura Majestad. No le seducía la perspectiva de que la soberana desahogara su cólera en ella. Pero eso fue —el narrador se encogió de hombros— mientras no le cupo ninguna duda de que el nigromante perdería en la pugna. Ahora, al parecer, le otorga una probabilidad de triunfo y, obediente a su carácter, trata de subirse al carro del vencedor. Sitiará Palanthas y dispensará a su hermanastro una calurosa acogida una vez emerja éste al otro lado del Portal, ofreciéndole el liderazgo de sus tropas. El poderío de Kit prosperará y Raistlin, si ha acumulado energías suficientes, no hallará dificultad en vincular a su causa a los antiguos aliados de la Reina Oscura.

—¿Kit? —observó el semielfo, satisfecho de pillar en falta a su oponente.

—No te extraña que emplee ese apelativo familiar —le defraudó el acólito, que permaneció impertérrito—. Me liga a esa dama la misma intimidad de la que un día gozaste tú.

No duró mucho su flema, que, en un proceso inconsciente, inevitable, se trocó en acidez. El elfo entrechocó las manos, se agitó preso de la furia y Tanis asintió en un signo de comprensión, de solidaridad con aquel individuo al que, paradójicamente, detestaba.

—Veo que te ha traicionado también a ti —aventuró, sin disimular aquel curioso sentimiento nacido en sus entrañas—. Te prometió respaldo, te juró incluso que se mantendría a tu lado y, cuando regresara Raistlin, lucharía en tu bando.

Dalamar echó a andar, y el borde de la túnica se le enredó en torno a los tobillos.

—Nunca confié en ella —masculló; les volvió la espalda y contempló testarudo el fuego, desviando el rostro por temor a delatarse—. Sabía qué enormidades era capaz de cometer. Su villanía no me pilla desprevenido.

Estaba enhiesto frente a la chimenea, y el héroe advirtió que se le agarrotaba la mano que tenía apoyada en la repisa. Comprensivo, respetó su dolor.

—¿De dónde has sacado esa información? —preguntó Astinus de forma abrupta. El semielfo dio un respingo, ya que el historiador se había borrado por completo de su mente—. A la soberana no le interesa la estrategia bélica. No ha podido ser ella.

—No. —El aprendiz estaba confundido. Resultaba ostensible que sus cavilaciones discurrían por otros derroteros. Suspiró y, encarándose con el inquisitivo cronista, le reveló—: Fue Soth, el caballero espectral, quien me puso al corriente de los designios de la mandataria.

Una vez más, Tanis tuvo la impresión de que se volvía loco. Era como si sus dedos aferrasen la tapia de un edificio —la realidad— y un ente ignoto le arrancase de su agarradero. Frenético, buscó en su interior un saliente de lucidez donde asirse. Se precipitaba en una sima poblada de alucinaciones: magos que espiaban a otros magos, clérigos de la luz alineados junto a hechiceros de las tinieblas, la oscuridad confraternizando con el Bien, en contra de sus propias huestes, una luminosidad que se fundía en las sombras...

Soth es un servidor incondicional de Kitiara —constató, para refrescar más su propia memoria que la de los otros—. ¿Por qué había de perjudicarla confabulando

contigo?

Dalamar se volvió. Se cruzaron las pupilas de los dos primos de raza y, durante el tiempo que se prolonga un palpito, se anudó un lazo entre los dos, el eslabón de una cadena que forjaban el mutuo entendimiento, las desventuras paralelas, un único suplicio y las pasiones derrochadas en un mismo cuerpo. Tanis adivinó lo que estaba sucediendo, y su alma se convulsionó.

—Le conviene que ella muera. Así podrá poseerla —aclaró el espía, aunque era ya innecesario.

4

Una infancia atormentada

Un muchacho caminaba por las calles de Solace. No era atractivo para sus vecinos, y lo sabía; a decir verdad, se conocía mejor a sí mismo, sus recursos y los entresijos de su mente, de lo que era habitual en un joven de sus años. Claro que pasaba mucho tiempo encerrado en su soledad, precisamente porque a nadie gustaba y todos rehuían a tan sapiente criatura.

Hoy, sin embargo, el introvertido joven no estaba solo. Le acompañaba Caramon, su hermano gemelo. Raistlin, que así se llamaba el muchacho, refunfuñó, avanzó arrastrando los pies por el polvo de la calleja y observó cómo éste se elevaba, en densas nubes, a su alrededor. No paseaba en solitario, pero en cierto sentido su aislamiento se hacía más patente cuando Caramon se hallaba a su lado. Todo el mundo dirigía amables saludos al simpático, apuesto muchachote; nadie le dedicaba a él una palabra. Los otros adolescentes le pedían a Caramon que se integrase en sus correrías, sin invitar jamás a Raistlin. Las muchachas solicitaban la atención de Caramon mediante picaras y soslayadas miradas, rebosantes de esa coquetería que únicamente las mujeres conocen; pero, pese a la proximidad del hermano, ninguna se percataba de su presencia.

—Caramon, ¿te apetece jugar a «reyes y castillos»? —propuso una voz.

—¿Qué opinas, Raist? —consultó el aludido a su acompañante, iluminado su rostro por el entusiasmo.

Fuerte y atlético, poseedor, aunque en embrión de las cualidades de un guerrero, el joven Caramon disfrutaba en aquellos simulacros de batallas feudales, donde reinaba la brutalidad y se exigía de los participantes cierta dosis de esfuerzo y resistencia. Ése era el motivo de que a Raistlin, de naturaleza endeble, no le interesase. No tardaría en fatigarse y, además, a la hora de formar los bandos, todos regañarían por su causa, porque nadie querría admitirle en su grupo.

—No, yo no estoy de humor —rehusó—. Pero eso no significa que no puedas ir tú. Vamos, únete a ellos —animó a su gemelo.

—Prefiero quedarme contigo —decidió Caramon. Aunque resignado, no pudo disimular su desencanto.

Raistlin notó que un nudo le aprisionaba la garganta y la boca del estómago.

—Estaré más tranquilo si juegas. Me entristece pensar que yo te privo de hacer tu voluntad —persistió.

—Me inquieta tu aspecto, Raist —se obstinó también Caramon—. Tengo la sensación de que te encuentras mal. Por otra parte, no creas que me emociona la perspectiva de perseguir a esos mequetrefes. ¿Por qué no me enseñas el truco de las monedas, el que antes practicabas?

—¡No me trates así! —se encolerizó el aprendiz de mago—. ¡No te necesito! ¡Deja de merodear a mi alrededor naciéndote el mártir! Diviértete junto a ese hatajo de atolondrados, al fin y al cabo eres igual que ellos. ¡Me repugnáis! ¡No os soporto!

Frente a semejante explosión, el corpulento mozo se desmoronó. Raistlin se sintió como si hubiera expulsado a puntapiés a un molesto perro, pero este hecho no hizo sino intensificar su ira. Se detuvo y se plantó de espaldas a su compungido hermano.

—Si tal es tu deseo, lo acataré —accedió éste.

Espiándole por encima del hombro, el susceptible joven constató que el muchachote corría al encuentro de los otros zagales y, ajeno, dentro de lo posible, a los gritos y las risas que compartían, se sentó en un rincón umbrío y se puso a estudiar. Pronto el embrujo del arte arcano eclipsó la polvareda, la algarabía y la dolida expresión de su gemelo. El neófito fue transportado a un país encantado donde gobernaba los elementos, encauzaba la realidad y la doblegaba a sus designios.

Pero tuvo que soltar el libro que leía, que fue a parar a sus pies. Sobresaltado por la brusquedad con que se lo habían arrebatado, alzó la vista y descubrió a dos adolescentes de edad similar a la suya. Uno de ellos sostenía una vara, una tosca rama que utilizó, tras apartar el libro con la punta, para azuzar a Raistlin en el pecho.

«Sois unas lombrices —insultó el agredido a aquellos fanfarrones, aunque en silencio—. Unos insignificantes parásitos que no sirven para nada.» Ignorando la punzada que hería su torso, y la vida insectívora que le acechaba, estiró la mano a fin de alcanzar el valioso tomo. El muchacho del bastón pisoteó sus dedos.

Espantado, sí, pero más aún furioso, el novicio se incorporó. Las manos eran su vida: con ellas manejaba los delicados ingredientes de hechicería, con ellas trazaba los esotéricos símbolos que anunciaban grandes maravillas y, algún día, con ellas liberaría las fuerzas ocultas del universo.

—Dejadme en paz —ordenó, desdeñoso, tranquilo, aunque el centelleo de sus ojos y una extraña resonancia en su voz hicieron recular a los provocadores.

Lamentablemente, se había formado un corrillo de curiosos. Los otros muchachos, frente a la promesa de una reyerta divertida, habían abandonado el juego para presenciar el enfrentamiento y, al saberse observado, el adolescente de la vara resolvió que no podía dejarse amilanar por aquel delgaducho, viscoso y serpenteante gusano.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Convertirme en sapo? —se burló de su adversario.

En medio de la algazara general, en la mente de Raistlin se formaron los versículos de una fórmula mágica. No era aquél un encantamiento adecuado para un no iniciado como él, ya que sólo debía utilizarse con fines destructivos y en casos de peligro extremo. Su maestro le daría una seria reprimenda al enterarse. Se esbozó en sus finos labios una aviesa, taimada sonrisa y el rival, que estaba desarmado, más sensible a la mueca y a la expresión de su rostro que su jactancioso amigo, se apartó unos pasos.

—Vámonos —aconsejó al compañero.

Pero el interpelado se mantuvo inmóvil en su puesto de combate, como si hubiera echado raíces. El aprendiz arcano distinguió entre el gentío, en segunda o tercera fila, la figura de su hermano, que exhibía una expresión de cólera. Indiferente, comenzó a entonar el cántico.

No había recitado media docena de palabras cuando se paralizó. ¡Algo iba mal!

No lograba recordar la continuación, y el sortilegio no produciría efecto a menos que lo invocara íntegramente. Las sílabas se combinaban a su antojo, en desorden y carentes de la imprescindible cadencia rítmica. Nada sucedió, salvo que los presentes le abuchearon y el muchacho de la vara la enarboló para clavársela en el estómago, derribarle y privarle del resuello.

A gatas, Raistlin trató de respirar. Alguien le propinó un puntapié, el bastón se partió en su espalda, le zarandearon y vapulearon hasta que rodó sobre sí mismo, revolcándose en el polvo y cubriéndose la cabeza con los brazos sin que éstos le brindaran, sin embargo, mucha protección. Era una lluvia de golpes lo que se había desencadenado.

—¡Caramon, ayúdame! —gimió a la desesperada.

—Si no me equivoco, antes afirmaste que no me necesitabas —repuso una voz firme, cavernosa.

Una piedra se estrelló contra su cráneo. Intuyó, pese a que no localizaba su posición, que era su gemelo quien la había arrojado. Estaba a punto de desmayarse, varios pares de manos le arrastraban por la calzada y, antes de que pudiera protestar, le descolgarían en un pozo negro, inescrutable y muy frío. Se precipitaría a través de una noche infinita, de perpetuo invierno, y nunca llegaría al fondo, porque, era consciente, no existía tal en aquel agujero.

Crysanía examinó su entorno. ¿Dónde estaba ella? ¿Dónde estaba Raistlin? Unos momentos antes, el mago se reclinaba extenuado en su brazo; pero, de pronto, se había evaporado y la había dejado sola, desamparada, en el centro de una enigmática aldea.

¿Era tan enigmática como suponía? La asaltó la vaga noción de haberla visitado en el pasado, ésta u otra muy similar. Circundaba a la sacerdotisa un bosque de vallenwoods, provistos de un frondoso ramaje donde se asentaban las casas. En uno de los árboles había una posada y, cerca de la enseña, un poste indicador donde leyó la palabra Solace.

«¡Esto sí que es raro!», se dijo, oteando de nuevo el panorama. De acuerdo, era la ciudad adonde recientemente la había conducido Tanis el Semielfo por residir allí Caramon. Sin embargo, algo había cambiado. Las construcciones poseían iguales características en su conjunto, pero una aureola rojiza teñía la atmósfera y los objetos hasta distorsionarlos. Habría querido frotarse los ojos para despejar su visión, como si fueran sus retinas las que deformaban el paisaje.

—¡Raistlin! —exclamó.

No obtuvo contestación y, aunque el paraje estaba habitado, aquellas gentes pasaban por su lado como si no la vieran ni oyesen. Llamó de nuevo al nigromante, cada vez con mayor vehemencia. ¿Qué había sido de él? ¿Cómo podía haber desaparecido de un modo tan repentino? ¿Acaso la Reina Oscura lo había transportado lejos de su influjo?

En un caos de incertidumbre, aturdida, creyó detectar los ecos de una conmoción. Vibró en sus tímpanos un griterío de voces jóvenes, casi de niños y, por encima de la batahola, surgió el timbre angustiado de alguien que pedía socorro.

Giró sobre sus talones y reparó, a escasa distancia, en un grupo de adolescentes apiñados en torno a un fardo de contorno humano. Decenas de puños surcaban el aire en busca del amasijo, los pies no les iban a la zaga y, en un momento dado, alguien alzó un bastón y asestó un despiadado golpe. Crysanía miró a derecha e izquierda, pero los habitantes de Solace no dieron muestras de inquietarse. Se diría que aquella violenta escena era un hecho cotidiano.

Tras recogerse con una mano la holgada falda del hábito, la sacerdotisa corrió

hacia el círculo de atacantes y, al aproximarse, comprobó que la figura que azotaban era también un muchacho. ¡Aquellos salvajes le estaban matando! Horrorizada, aceleró la marcha y asió por la nuca al primer chiquillo que se le puso a su alcance, con la intención de apartarlo. Su contacto hizo que la proyectada presa se volviese y la sacerdotisa, frente a la insólita apariencia que presentaba, retrocedió alarmada.

Tenía la faz blanquecina, cadavérica. La piel formaba una película tirante sobre los huesos, ribeteaba los labios el matiz violáceo de la muerte y, cuanto su oponente abrió la boca en un feroz gruñido, Crysania se enfrentó a sendas ristas de colmillos negros y putrefactos. Sedienta de sangre, aquella criatura engendrada por artes diabólicas extendió hacia la mujer sus garras retráctiles y sus uñas le arañaron la carne de tal manera que, cual si de una mordedura de ofidio se tratase, un agudo y paralizante dolor se difundió a través de sus venas. Jadeando, hubo de soltar al demonio. Éste, ensanchado su rostro en una perversa mueca de placer, reanudó su tarea de torturar al infeliz postrado.

Mientras la sacerdotisa inspeccionaba su herida, los estigmas rezumantes que el monstruo le había dejado en el brazo, un nuevo plañido del indefenso muchacho puso momentáneo freno al mareo que amenazaba con fulminarla.

—Paladine, auxíliame —oró, hondamente conmovida—. Infúndeme ánimos.

Reconfortada tras la breve comunión con su dios, Crysania atrapó a uno de los falsos muchachos y lo catapultó al espacio para, sin tregua, desembarazarse por idéntico método de todos cuantos obstaculizaban su paso. El círculo se fue despoblando hasta dejarle libre acceso al yaciente. Escudó entonces aquel cuerpo mutilado, inconsciente, con el suyo, alerta a las embestidas de los engendros que aún no había abatido.

Centenares de afiladas uñas rasgaron su epidermis. El veneno que le inyectaban fluía a raudales por sus entrañas o, al menos, así lo temió la sacerdotisa. No obstante, un poco más tarde se apercibió de que, una vez la habían tocado, los grotescos adolescentes retiraban la mano en un movimiento reflejo, como si ella también les impusiera un sufrimiento espasmódico. Al fin, desencajados sus rasgos de pesadilla, todos retrocedieron, dejándola —sola y sangrando— con el que fuera su víctima.

Con sumo cuidado, Crysania puso boca arriba al magullado muchacho. Acarició su fino cabello moreno, echó hacia atrás un mechón que le caía sobre la frente para examinar su semblante y, trémula la mano, se interrumpió. Los rasgos bien definidos, los frágiles huesos, la barbilla proyectada, todos aquellos detalles eran inconfundibles.

—¡Raistlin! —susurró y, reconociéndolos también, apretó sus dedos entre las palmas.

El muchacho abrió los ojos. Cuando se incorporó, era ya el hombre de enlutados ropajes.

La sacerdotisa le espío mientras él, deprimido, pasaba revista a la desvirtuada Solace.

—¿Qué sucede? —indagó, agitada por las convulsiones que la ponzoña arrancaba de su ser.

—Es su manera de debilitarme —musitó el nigromante, más para sus adentros que en respuesta a la pregunta de la mujer—. Su estrategia consiste en zaherirme, en ahondar donde más duele. Y no le es difícil hallar los puntos flacos. —Fijó los áureos ojos en Crysania y, sonriente, le reveló—: Te has debatido en mi lugar, y has salido victoriosa. Ahora debes descansar —agregó, al mismo tiempo que la arropaba en sus aterciopelados pliegues y la acunaba en su regazo—. Tu malestar es pasajero. Pronto estarás en condiciones de seguir viaje.

Todavía temblorosa, la sacerdotisa apoyó la cabeza en el pecho masculino. Inmersa en su calidez, oyó el disonante zumbido del aire en sus pulmones y olisqueó, embriagada,

aquella mixtura de fragancia de rosas y fetidez de muerte que exudaba por los poros.

5

La reticencia de Gunthar

—Éste es el resultado de sus valerosas promesas —murmuró Kitiara sin alzar la voz.

—¿Qué esperabas si no? —preguntó Soth.

Las palabras del caballero, coreadas por el tintineo de la añeja armadura, sonaron casuales y al mismo tiempo retóricas. Fueron dichas en un tono singular que impulsaron a la sacerdotisa a lanzar una penetrante mirada a su interlocutor. Al notar que los ojos anaranjados de él, relumbrando en sus vacías cuencas, se clavaban en su persona con nueva intensidad, la Señora del Dragón se ruborizó. Comprendió entonces que delataba más emociones de lo aconsejable y, encolerizada, desvió el rostro abruptamente.

Mientras recorría la estancia, amueblada con una pintoresca mezcla de armaduras, viejas armas, sábanas de seda perfumadas y gruesas alfombras de pieles de animales, Kitiara cruzó sobre sus senos ambos ribetes del escotado pectoral de su camisa de dormir, transparente y vaporosa, y se apercibió de que le temblaban las manos. Poco conseguía con aquel gesto en lo concerniente al recato y, además, ni siquiera acertaba a discernir los motivos que la habían impulsado a hacerlo. Nunca la había asaltado tal arrebató de pudor, y menos aún en compañía de una criatura que se había descompuesto en un montículo de cenizas trescientos años atrás. Pero lo cierto era que se había sentido incómoda frente al escrutinio de los ojos centelleantes de Soth, que la contemplaban desde un rostro inexistente. De pronto, se sintió desnuda y frágil.

—Nada en absoluto —contestó tardíamente al comentario del caballero.

—Después de todo, sólo es un elfo oscuro —prosiguió él en el tono monótono, casi de tedio, que le caracterizaba—. Nunca ha guardado en secreto que teme a tu hermano más que a la misma muerte. ¿Qué tiene de extraño que elija luchar en las filas de Raistlin en lugar de enrolarse en las de una caterva de magos seniles y débiles, que apenas se sostienen sobre sus botas?

—¡Pero era tanto lo que podía ganar! —argumentó la mujer, haciendo un esfuerzo para que su acento no desentonara del de su interlocutor y, a la vez, arrebuñándose en un pellejo que yacía extendido en su lecho a modo de colcha—. Los hechiceros le ofrecieron el liderazgo de los Túnica Negras, y él mismo me aseguró que nadie sería capaz de arrebatarse el puesto de Par-Salian como mandatario de cónclave, como cabeza suprema del arte arcano en Krynn.

«Habrías obtenido también otras recompensas, elfo oscuro» añadió en su pensamiento, y llenó su copa de vino tinto.

Luego agregó en voz alta:

—En cuanto haya derrotado a mi trastocado hermano, ¿quién quedará en el mundo capaz de detenernos? ¿Qué ha sido de nuestro proyecto de gobernar juntos, tú con la vara y yo con la espada? Sería magnífico obligar a hincar la rodilla a los Caballeros de Solamnia y expulsar de su patria, ¡tu patria!, a los elfos, de tal manera que regresaras triunfante y yo, querido, cabalgase a tu lado.

El tallado recipiente donde escanciara el licor se deslizó de su mano y, aunque intentó atraparlo, su movimiento fue demasiado precipitado y apretó más fuerte de lo debido. El frágil cristal se hizo añicos, que traspasaron su carne. La sangre se confundió con el vino al gotear sobre el mullido suelo.

Las cicatrices de guerra sembraban de recuerdos el cuerpo de Kitiara, tan abundantes como las intangibles huellas que dejaran sus amantes. Hasta ahora había soportado las heridas sin un pestañeo, pero el liviano incidente de la rotura de la copa convocó un torrente de lágrimas en sus pupilas, manifestaciones de un dolor que parecía insostenible.

Había en la sala una jofaina. La sacerdotisa introdujo la mano en el agua, sin cesar de morderse el labio para reprimir un inminente grito. El cristalino líquido se tornó rojo al instante.

— ¡Manda a buscar a uno de los clérigos! —ordenó a Soth, que, impertérrito, permanecía erguido en su proximidad y la estudiaba con las fluctuantes chispas de fuego que sustituían a los globos oculares.

Obediente, el caballero espectral llamó a un criado y le impartió instrucciones. Éste abandonó la escena sin tardanza y Kitiara, profiriendo maldiciones y parpadeando para contener su llanto, se hizo con un retazo de lino y se vendó la mano lastimada. Cuando al fin llegó el clérigo, a trompicones a causa de la prisa, el fino tejido estaba empapado y la tez de la mujer se adivinaba cenicienta bajo el perenne bronceado.

El medallón con el Dragón de las Cinco Cabezas que portaba el sacerdote rozó la palma de Kit al inclinarse éste sobre ella, absorto en musitar plegarias a la Reina de la Oscuridad. Unos segundos más tarde, se contuvo la hemorragia y la carne se cerró, unida por unos invisibles puntos de sutura.

—Los cortes no eran hondos. Las molestias desaparecerán pronto —dictaminó el clérigo con afabilidad.

—¡Más te vale! —le amenazó la dignataria, que aún se debatía contra el irrazonable desmayo que la arrastraba a otras esferas—. Es la mano de la espada.

—Blandirás el acero con la facilidad y destreza acostumbradas, señora —le garantizó el mágico curandero—. ¿Hay algo más que pueda...?

—No, sal de mi alcoba.

—Como quieras —se sometió el aludido con una reverencia—. Adiós —saludó también a Soth y, humilde, partió.

Reticente a la idea de enfrentarse al flamígero examen de su acompañante, la dama mantuvo la cabeza ladeada mientras refunfuñaba contra la Orden que representaba aquella criatura en retirada, aquel sacerdote de negro hábito inmerso en el crujir de sus ropajes.

—¡Ineptos! Detesto que merodeen a mi alrededor —les insultó—. Sin embargo, en momentos excepcionales reconozco que resultan útiles —rectificó al observar su mano, que, aunque resentida, estaba completamente curada—. Y bien —se dirigió a su fantasmal esbirro—, ¿qué propones que haga con el elfo oscuro?

Antes de que el espectro respondiera, Kitiara se incorporó y reclamó la presencia

de un sirviente.

—Recoge los fragmentos y arregla un poco este desorden —ordenó cuando el criado se hubo presentado—. Luego tráeme otra copa —agregó, propinando una sonora bofetada al amilanado personaje—, una de oro. ¡Te he repetido un sinfín de veces que aborrezco estas bagatelas de factura elfa! ¡Quita todo el juego de mi vista, tíralo!

—¡Tíralo! —se aventuró a protestar el subordinado—. Estas piezas son muy valiosas, señora, proceden de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas y fueron obsequiadas por...

—¡He dicho que las destruyas! O, mejor todavía, lo haré yo.

Tomada esta resolución, la impulsiva mujer agarró las copas una tras otra y las arrojó contra la pared del dormitorio. El criado esquivó los proyectiles que, tras sobrevolar su cráneo, se estrellaban en la piedra, y aguardó hasta que hubo concluido la dignataria, la cual, desahogado su ímpetu, se desplomó en una silla situada en un rincón y cayó en un obstinado mutismo.

El sirviente se apresuró a recoger los cristales rotos, vaciar la jofaina y renovar el agua. Se ausentó unos minutos y, cuando volvió con más vino y los recipientes que solicitara la Dama Oscura, ni ésta ni Soth habían mudado sus posturas. El Caballero de la Muerte continuaba enhiesto en el centro de la habitación, refulgentes sus iris en la creciente penumbra que convocaba el crepúsculo.

—¿Enciende los candelabros, señora? —inquirió el discreto camarero, mientras depositaba la bandeja en una mesita destinada a tal efecto.

—Vete —lo despachó Kitiara con la boca reseca.

Retiróse raudo aquel infeliz, cerrando la puerta tras él. Con pasos inaudibles, el caballero atravesó la alcoba y, tras detenerse junto a la extraviada mujer, posó la mano en su hombro. Ella, pese a flotar en sus divagaciones, se encogió al recibir el contacto de aquellos dedos, cuyo frío congelaba las entrañas. Pero no reuló ni hizo ademán de evitarlo.

—Y bien —consultó de nuevo al fantasma, estudiando el entorno que, ahora, sólo iluminaban sus flamígeros ojos—, ¿cómo interceptaremos a esos insensatos de Dalamar y Raistlin? ¿De qué forma impediremos que la Reina nos aniquile a todos?

—Debes atacar Palanthas —le recomendó Soth.

—Creo que puede hacerse —masculló Kitiara, tamborileando con la empuñadura de la daga sobre su muslo.

—Tu plan es realmente ingenioso, señora —la felicitó el primer oficial de sus tropas, impregnada su voz de una admiración que no trató de disimular.

Aquel individuo, un humano entrado en la cuarentena, había escalado los peldaños de la carrera militar hasta ocupar su actual dignidad sin reparar en intrigas, traiciones y asesinatos para lograrlo. Así, tenaz y poco escrupuloso a la hora de plasmar sus ambiciones, se había ganado el nombramiento de general del ejército de los Dragones. Encorvado, carente de apostura y desfigurado por una cicatriz que le surcaba el rostro, nunca había degustado los favores que su adalid prodigaba entre sus capitanes más apuestos, pero no había perdido la esperanza. Al espiar la reacción que producía su halago, advirtió que en la habitualmente fría y severa faz de la dama prendía la luz de la complacencia. Incluso se dignó sonreírle y separar los labios en aquella ambigua mueca que tan bien sabía utilizar y que hizo que se acelerase el pulso masculino.

—Me alegra comprobar que la falta de práctica no ha anquilosado ese sexto sentido —la alabó también Soth, y su voz incorpórea se difundió en mil ecos por la sala de cartografía.

El oficial se estremeció. A pesar de haber combatido junto al Caballero de la Muerte y sus guerreros de ultratumba en defensa de la Reina Oscura, de haber librado innumerables batallas en el mismo bando, era incapaz de mostrarse indiferente ante la gélida aureola de eternidad que le circundaba, que le envolvía, tan amorosa como la capa guardaba la abollada armadura donde se dibujaba el emblema de su hermandad.

«¿Cómo le resiste ella? —se escandalizó para sus adentros—. Se rumorea que hasta tiene libre entrada en sus aposentos privados.» Tal ocurrencia tuvo el don de normalizar los latidos de su corazón. Quizá, después de todo, las mujeres esclavas no eran tan terribles. Al menos, cuando uno estaba solo con ellas en la noche poseía la certeza de que nadie le acechaba.

—¡Claro que no! —se revolvió Kitiara contra la observación de Soth, tan furiosa que el humano se agitó turbado, ansioso por encontrar una excusa que le permitiera dejarles.

Las circunstancias le favorecían. Dado que la ciudad entera de Sanction se preparaba para entrar en liza, no era demasiado difícil inventar un pretexto verosímil.

—Si no me necesitas, señora —se despidió, con una reverencia en señal de respeto—, debo controlar los trabajos de aprovisionamiento en la armería. Hay mucho que hacer, y el tiempo apremia.

—Cumple con tu deber —le autorizó Kitiara, ausente, puesta la vista en el enorme mapa que, grabado en las losetas, se extendía en el suelo bajo sus pies.

Dando media vuelta, el militar comenzó a alejarse entre el repiqueteo de su espadón contra las piezas metálicas de su atuendo guerrero. No obstante, antes de que cruzara el umbral, le detuvo la voz de su jefe.

—¿General?

—¿Sí, señora? —indagó, solícito, y se volvió hacia ella.

La dama vaciló, como si buscara las palabras adecuadas; luego formuló su invitación:

—Quizá te apeteciera cenar hoy conmigo. Soy consciente de que es un poco tarde. Ya habrás concertado alguna otra cita.

El aludido, confundido, titubeó y notó que sus palmas se humedecían con un sudor frío.

—Si he de serte sincero, confesaré que, en efecto, he adquirido un compromiso previo —mintió—. Pero podría aplazarlo.

—De ningún modo —rehusó Kit, y un suspiro de alivio mal disimulado ensanchó su faz—. No hay razón para ello. Quedas disculpado. Otra vez será.

El hombre, aún desconcertado, giró de nuevo sobre sus talones y se dispuso a abandonar la sala, pero, antes de desaparecer, vislumbró los ojos ígneos del caballero espectral, que se habían fijado en un punto insondable.

Recapacitó que, si era a él a quien escrutaban, debía organizar una auténtica velada íntima a fin de no levantar suspicacias. Mientras caminaba por el largo corredor, decidió ordenar que condujeran a su alcoba a una de las muchachas esclavas, a su favorita.

—Creo que te conviene relajarte. ¿Por qué no te concedes una noche de placer? —sugirió Soth a Kitiara en cuanto las pisadas del oficial se hubieron alejado en el pasillo del cuartel general de la dignataria.

—Como bien ha apuntado nuestro amigo —aludió la mujer al esbirro que acababa de irse—, la tarea es dura y el plazo breve.

Se concentró por completo en el estudio del documento cartográfico. Se hallaba erguida sobre el lugar designado como Sanction, y revisó la senda hasta el extremo noroccidental de la estancia donde, señalada en el seno del nido protector que le

proporcionaban sus colinas, figuraba Palanthas.

Siguiendo su mirada, el descarnado fantasma recorrió la distancia entre ambas urbes. Hizo un único alto, en la representación de un paso montañoso señalado con el nombre de Torre del Sumo Sacerdote.

—Los Caballeros de Solamnia intentarán obstaculizar tu marcha en este lugar —anunció—, el mismo donde te opusieron resistencia en la Guerra de la Lanza.

La mandataria ensayó una torcida sonrisa, sacudió su rizada melena y echó a andar hacia Soth, sinuoso su contoneo como no lo había sido semanas atrás.

—Ya me imagino el espectáculo —se mofó— de todos los aguerridos soldaditos formados en filas perfectas. —De pronto, recobrada de las tribulaciones que la acosaron hasta unos minutos antes, estalló en carcajadas—. Su expresión cuando vean la sorpresa que les deparamos merecerá todos los sinsabores que hayamos podido sufrir en la campaña.

De pie sobre la Torre, la aplastó con el talón y, avanzando unos pasos más, se plantó en los aledaños de Palanthas, su objetivo.

—Al fin —siseó, serena y cruel—, la bella y majestuosa dama saboreará la amarga humillación de ser traspasada en lo más tierno de su carne por el acero. —Complacida, se encaró de nuevo con el Caballero de la Muerte—. Lo he pensado mejor, quiero que el general comparta mi cena. Envíale aviso de que le espero.

Soth expresó su aquiescencia con una inclinación de la translúcida cabeza y su divertida complicidad con unos destellos en las órbitas oculares.

—Tenemos que discutir ciertas estrategias militares —concluyó la mujer, y empezó a desabrocharse las hebillas de su armadura—. Hemos de hablar sobre flancos desprotegidos, grietas en los muros...

—Procura calmarte, Tanis —rogó el caballero Gunthar con la mejor de las intenciones—. Estás sobreexcitado.

Tanis el Semielfo, pues no era otro al que el antiguo comandante, hoy coronel, exhortaba a la tranquilidad, farfulló algo.

—¿Qué gruñido ha sido ése? —interrogó el caballero, a la vez que daba media vuelta y tendía a su nervioso interlocutor una jarra de rica cerveza, la más sabrosa de la región (extraída del barril que se hallaba junto a la escalera de la bodega).

—Decía que tienes razón, que no hay manera de apaciguar mis alterados ánimos —repuso el semielfo.

No habían sido aquéllas sus palabras, pero era innegable que resultaban más adecuadas en una entrevista con el adalid de la Orden solámnica que las que en realidad susurró.

El coronel Gunthar uth Wistan se atusó los largos mostachos, símbolo ancestral de su hermandad y últimamente muy en boga entre sus miembros, a fin de ocultar su sonrisa. Había oído los velados reniegos de Tanis, cosa inevitable dada su proximidad, y meneó la cabeza. ¿Por qué no se había expuesto semejante asunto a la milicia? Ahora, además de prepararse para sofocar el que había de ser un frustrado levantamiento de una parte de las facciones enemigas, se vería obligado a tratar con un aprendiz de nigromante, un clérigo de albo hábito, un héroe desquiciado y un bibliotecario. Suspiró, meditabundo, sin dejar de atusarse los extremos del bigote.

—Siéntate, ponte cómodo —ofreció en voz alta a su visitante—. Caliéntate junto al fuego. Has hecho un prolongado viaje y el aire es glacial para la estación. Los navegantes comentan la fuerza desusada de los vientos de poniente u otro tecnicismo similar. Confío en que tu periplo haya sido placentero a pesar de esas huracanadas

ráfagas. No me importa admitir que prefiero los grifos a los dragones.

—No he volado, eminente Gunthar —intervino Tanis, tenso, sin moverse—, hasta Sanscrit para conversar acerca de los elementos o las ventajas de unos animales de monta sobre otros. Estamos en grave peligro, no sólo en Palanthas sino en el resto de nuestro mundo. Si Raistlin sale victorioso de su empeño... —Apretó el puño, falto de expresiones verbales con las que exteriorizar sus sentimientos.

Tras llenar su propia jarra del pequeño tonel que Wills, su viejo criado, subiera de las cavas subterráneas, Gunthar se acercó al huésped y, apoyándole una mano en un hombro, le obligó a girarse hacia él.

—Sturm Brightblade solía referirse a ti en términos laudatorios —rememoró—. Junto con tu esposa Laurana, os consideraba sus más íntimos amigos.

El semielfo, cabizbajo, desvió la mirada. Hacía ya más de dos años de la muerte de Sturm, pero no podía pensar en la pérdida de tan querido compañero sin apenarse.

—Te habría brindado mi afecto tan sólo a tenor de esa recomendación, ya que siempre profesé al valiente caballero una estima equiparable a la que me inspiran mis propios hijos —continuó el mandatario—, de no haber llegado a admirarte por mi propia iniciativa, joven Tanis. Tu bravía conducta en la batalla es un hecho incuestionable, tu honor y nobleza te hacen digno de pertenecer a nuestra estirpe. —El aludido frunció el entrecejo frente a aquel discurso sobre las virtudes sagradas que se le atribuían, pero Gunthar no se percató—. Los homenajes que te fueron rendidos al concluir la contienda los merecías de sobra, mientras que el trabajo que has realizado en el período de paz debe tildarse de sobresaliente. Laurana y tú habéis forjado la alianza de naciones que llevaban varios siglos divididas, Porthios ha firmado el tratado y, en cuanto los enanos de Thorbardin elijan a su nuevo rey, también ellos estamparán su rúbrica.

—Me abruman tantos elogios, mi generoso anfitrión —le agradeció el semielfo, con la jarra de cerveza intacta en la mano y la vista fija en el hogar—. Ojalá me los hubiera ganado. De todos modos, te quedaré muy reconocido si me revelas en qué río ha de desembocar este afluyente de miel y de mirlos, como reza el proverbio.

—Compruebo que la naturaleza humana de tu ser prevalece sobre la otra —apuntó el caballero con una sonrisa, ahora franca—. De acuerdo, pasaré por alto las amenidades elfas e iré directamente al meollo de la cuestión. Creo que las experiencias que habéis vivido han exacerbado vuestras aprensiones, las tuyas y las de Elistan. Seamos honestos amigo mío: no eres un auténtico guerrero, nunca fuiste adiestrado en las artes marciales y, si participaste en la guerra, fue un accidente el que te involucró. Deseo mostrarte algo. Ven conmigo.

Frente a tan imperiosa demanda, Tanis apoyó su colmada jarra en la repisa de la chimenea y dejó que le guiase la firme mano del coronel. Atravesaron la sala, amueblada según los requisitos de la Orden, a saber, mediante piezas austeras pero confortables. Era ésta la estancia donde se celebraban los consejos bélicos, y tal era el motivo de que adornasen las paredes escudos y armas, así como banderas que exhibían los emblemas de los tres grupos de la hermandad, la Rosa, la Espada y la Corona. Numerosos trofeos ganados en las esporádicas justas que se convocaban en las ocasiones muy especiales refulgían en las vitrinas, que los preservaban de los estragos del tiempo. En un lugar destacado, ocupando toda la longitud del muro, había una Dragonlance, la primera que fraguara Theros Ironfeld. A su alrededor se podía observar una variopinta colección de dagas de goblins, la aserrada hoja de un acero draconiano, un enorme espadón de doble filo conquistado a un ogro y los restos del arma que, en su día, blandiera el malogrado caballero Derek Crownguard.

Constituía aquél un impresionante despliegue, que atestiguaba los servicios

prestados a Krynn por múltiples generaciones de paladines solámnicos. No obstante, Gunthar cruzó sin dedicarle una ojeada y se encaminó hacia un rincón, donde se recortaba una mesa de notorias dimensiones. Debajo de la vetusta tabla, en unas casillas dispuestas a tal electo y con su correspondiente etiqueta, se hacinaban distintos mapas primorosamente enrollados y, a pesar del atiborramiento, en aceptables condiciones. Tras estudiar unos instantes los compartimientos, Gunthar se agachó, extrajo un documento y lo extendió encima de la superficie del mueble. Hizo a Tanis un gesto para que se aproximara y éste, rascándose la barba e intentando parecer interesado, obedeció.

El dignatario de los caballeros se frotó, satisfecho, las manos. Era evidente que se encontraba a gusto en su propio terreno.

—Utilicemos la lógica, mi querido huésped —propuso—, la lógica desnuda, pura y sencilla. Los ejércitos de la Señora del Dragón están en Sanction —señaló el punto—, arracimados y concentrados, sin refuerzos en otros enclaves. Admito que su cabecilla es una mujer poderosa y que la respaldan hordas de draconianos, goblins y mercenarios que estarían encantados de desencadenar una segunda catástrofe. Acepto también, puesto que así me lo han comunicado nuestros espías, que en las últimas semanas ha aumentado la actividad en esos confines y, por consiguiente, que la Dama Oscura trama algo. ¡Pero de ahí a atacar Palanthis! En nombre del Abismo, Tanis, observa la magnitud del territorio que tendría que cubrir, bajo la jurisdicción en su mayor parte de mis hombres. Aunque poseyera tropas suficientes para abrirse paso entre nuestros expertos luchadores, sus caravanas de abastecimiento habrían de seguir una ruta en exceso larga, necesitaría un contingente tan nutrido como sus propias fuerzas de combate a fin de guardarla. Cortaríamos el suministro en una docena de sitios, y sin la menor dificultad.

Una vez más, se retorció las puntas de los mostachos e hizo un alto antes de proseguir, en estos términos:

—Si algún conductor de nuestros adversarios se granjeó mi respeto durante la conflagración anterior fue Kitiara, mi buen Tanis. Es despiadada y ambiciosa, pero también inteligente y, en consecuencia, poco proclive a correr riesgos fortuitos. Ha esperado dos años, en los que ha congregado a sus dispersos partidarios y fortificado sus defensas donde no osamos agredirla, algo de lo que es consciente. Es mucho lo que ha conseguido para tirarlo todo por la borda en un plan tan desatinado como el que sugieres.

—Quizá no es ésa la línea de actuación que se ha trazado —aventuró el semielfo.

—¿Acaso existe otra? —preguntó Gunthar, con la paciencia del anciano frente al niño testarudo.

—¡Lo ignoro! —se violentó el interrogado—. Afirmas respetarla, aunque quizá no es bastante. ¿La temes? ¿Intuyes siquiera de lo que es capaz? Yo la conozco, y tengo la sensación de que una idea maquiavélica ha cruzado por su retorcida mente.

Se quebró su acento al mencionar tan repetidamente a su antigua amante, y tuvo que refugiarse en la contemplación del mapa. El caballero guardó silencio, ya que había oído extraños rumores sobre aquel joven y la llamada Kitiara y, aunque nunca les dio crédito, juzgó oportuno no profundizar en el grado de intimidad que alcanzó su huésped con la mujer.

—No crees una palabra, ¿verdad? —le abordó Tanis de forma abrupta.

Turbado, pillado por sorpresa, Gunthar se alisó los hirsutos bigotes e, inclinándose, empezó a enrollar el mapa con un celo antinatural.

—Tanis, hijo, sabes que te has hecho acreedor a mi más sincero elogio...

—Sí, ya hemos discutido antes mis merecimientos.

—Y que —continuó el coronel sin hacer caso de la interrupción— no hay nadie en Krynn a quien reverencie tanto como a Elistan. Pero me colocas en una situación espinosa al presentarte aquí y relatarme la historia que, a su vez, te ha narrado a ti un Túnica Negra, y de la raza elfa por añadidura, acerca de Raistlin, de su proyecto de penetrar en el Abismo y desafiar a la Reina de la Oscuridad. No, peor todavía —rectificó—, pretendes convencerme de que ese inefable hechicero ha puesto en práctica con éxito tan desmesurada empresa. Ya no soy joven, en ningún aspecto, y te aseguro que he asistido a singulares fenómenos a lo largo de mi existencia. No obstante, las nuevas que me has transmitido se asemejan sospechosamente a esos cuentos que tanto gustan a los niños cuando el sueño se muestra esquivo.

—Eso mismo dijeron de los dragones —persistió su interlocutor, sonrojado su rostro bajo la barba. Mantuvo unos momentos la cabeza baja antes de explicar, mesándose la pelirroja maraña que cubría su mentón y con la mirada clavada en el mandatario—: Mi venerado señor, he viajado junto a Raistlin, me he debatido con él y en su contra, he presenciado cómo crecían sus dotes y su malignidad. ¡No hay límites que no esté dispuesto a transgredir para incrementar su ya vasta soberanía en el universo arcano! Si mi consejo no te basta, acata al menos el de Elistan —le invocó, y zarandeó su brazo—. ¡Te necesitamos, Gunthar, a ti y a tus caballeros! Debes ampliar la guarnición en la Torre del Sumo Sacerdote. El plazo se agota, pues, según Dalamar, en las esferas de la Reina Oscura no existen los conceptos temporales. De modo que, aunque Raistlin se enfrente a la soberana durante meses o años, en nuestro plano sólo transcurrirán días. El elfo oscuro se halla persuadido de que el retorno de su maestro es inminente. Yo no pongo en duda ninguna de sus revelaciones, ni tampoco el anciano eclesiástico. ¿Por qué? Porque el aprendiz está asustado. Siente miedo, y nos lo ha contagiado a nosotros.

»Tus espías te han referido el inusitado ajeteo que conmueve la ciudad de Sanction. ¿Qué más evidencias precisas? Confía en mí, señor. Kitiara ayudará a su hermano, ansiosa de obtener la recompensa que él debe haberle prometido. Si triunfan, Raistlin, convertido en dios, entronizará a la dama y dejará que gobierne el mundo. A ella siempre le atrajo el juego, apostaría su propia vida a cambio de tan apetecible premio. Te lo suplico, Gunthar —exclamó, ferviente, perentorio—, si no quieres escucharme, acompáñame a Palanthas y entrevístate con Elistan.

El caballero examinó a la porfiada criatura, mezcla de elfo y humano, que tanta vehemencia imprimía a sus alocuciones. Si Gunthar había ascendido a su rango como adalid de la Orden era debido, básicamente, a su honradez y ecuanimidad. Era asimismo un buen observador del carácter ajeno. Desde que le presentaran a Tanis, después de finalizar la Guerra de la Lanza, el semielfo había despertado sus simpatías. Aunque en seguida captó que algo les separaba. Aquel que ahora recibía en calidad de huésped se recluía en una aureola de reserva, de aislamiento, tras una barrera invisible que nadie podía franquear.

Al escrutarle ahora, sin embargo, se sintió más cerca del misterioso joven de lo que nunca soñó. Evaluó la sapiencia que reflejaban sus almendrados ojos, una prudente erudición que había adquirido a través del dolor, de suplicios interiores. Leyó temor en aquel libro abierto, el temor propio de quien, poseedor de un arrojo intrínseco, no oculta su desasosiego. Adivinó en su porte al cabecilla nato, no al que esgrime una espada y organiza la carga de la batalla, sino al que se impone de manera pausada, serena, arrancando lo mejor de los demás y alentándoles hasta suscitar en ellos virtudes en embrión, que nunca imaginaron atesorar.

Comprendió Gunthar, en definitiva, algo que siempre se le antojó oscuro y desentrañable, las motivaciones que impulsaron a Sturm Brightblade, cuyo linaje se

remontaba impoluto a antepasados caídos en el olvido por su antigüedad, a seguir a aquel semielfo bastardo, fruto de una brutal violación al decir del siempre entrometido populacho. Entendió la causa de que la Laurana, Princesa elfa y una de las mujeres más fuertes y hermosas que jamás conoció, se declarase dispuesta a sacrificarlo todo en aras del amor de aquel hombre.

—Me avengo, Tanis —murmuró el coronel y se relajaron sus facciones, una nota de tibieza enriqueció el acento fríamente correcto que antes presidiera su diálogo—. Iré a Palanthas contigo, movilizaré a los Caballeros de Solamnia y reforzaremos la Torre del Sumo Sacerdote para prevenirnos contra posibles incursiones. Como antes he indicado, nuestros espías anuncian que algo desacostumbrado bulle en Sanction. En cualquier caso, aunque se trate de una falsa alarma, a mis seguidores no les vendrá mal ejercitarse después de tan larga tregua. Todos se beneficiarán de un período de prácticas al aire libre.

Tomada su decisión, Gunthar procedió a organizar un pequeño caos doméstico. Llamó a gritos a Wills, su sirviente personal, y ordenó en una batahola arrolladora que le bruñesen la armadura y afilaran su espada, mientras, en el patio, los caballeros preparaban el grifo. Pronto corrieron de un lado a otro los afanosos criados y el ama que siempre había residido en la mansión entró, resignada, en la sala, para insistir en que se arropase en su capa forrada de piel, pese a la vecindad de las Fiestas de Primavera, dada la inestabilidad climatológica.

Aturdido en medio de la confusión, Tanis volvió junto a la chimenea, recogió su jarra de cerveza y tomó asiento para saborearla mejor. Pero, después de todo, no la degustó, apenas se mojó los labios. Al contemplar las llamas, vislumbró, una vez más, una sonrisa embrujadora, ambigua, enmarcada en unos tirabuzones de oscuro cabello, no menos irresistibles.

6
El maestro

Crysanía no tenía idea de cuánto tiempo llevaban Raistlin y ella recorriendo las tierras distorsionadas, bañadas en matizaciones rojizas que configuraban el Abismo. El transcurso de las horas se había convertido en un concepto trivial, intrascendente, ya que en ocasiones le asaltaba la impresión de haber permanecido en aquellos parajes unos breves segundos y poco después quedaba convencida de que su odisea a través del monótono y, a la vez, mudable territorio se había prolongado años enteros, sin que esta circunstancia alterase nada. Se había curado de los efectos del veneno, pero se sentía débil, exhausta, y los arañazos que tenía en los brazos no le cicatrizaban. Cada mañana, si así podía llamarse a la ligera intensificación de la claridad, renovaba las vendas, para hallarlas al anochecer saturadas de sangre.

Estaba hambrienta. Pero su apetito no era tanto la necesidad de alimentos sólidos para conservar la vida como un ansia de saborear una fresa, o un bocado de pan recién horneado o, también, una rama de menta. No la acuciaba la sed, pero soñaba a menudo en un manantial de agua nítida, en una copa de vino espumeante y en el aroma, tan difícil de percibir en el mundo onírico, del té aderezado con canela. En este país el líquido presentaba colores pardos y olía a putrefacción.

Avanzaban, o eso afirmaba Raistlin. El nigromante recobraba las fuerzas a medida que la sacerdotisa las perdía. Ahora, pues, era él quien ayudaba a su compañera a caminar en los tramos difíciles, quien encabezaba la marcha sin descanso, atravesando una ciudad tras otra y acercándose, según aseguraba a la languideciente mujer, a la Morada de los Dioses. Los pueblos, imágenes distorsionadas de la realidad, que surcaban la región se mezclaban confusos en la mente de Crysanía, que no acertaba a distinguir los refugios que-shu de Yak Tsaroth. Cruzaron el Mar Nuevo del Abismo, una singladura espeluznante en la que la dama, al asomarse a la superficie de las aguas, se enfrentó a los semblantes despavoridos de todos cuantos habían muerto en el Cataclismo.

Desembarcaron en un punto que Raistlin identificó como Sanction. La sacerdotisa notó que flaqueaban sus energías más que en ningún otro episodio de su itinerario y así se lo comunicó al mago, quien le explicó que era del todo normal puesto que se trataba del centro de culto por antonomasia de la Reina de la Oscuridad. Los seguidores de la diosa peregrinaban hasta la urbe desde recónditos confines para adorarla en los templos, construidos en los subterráneos de las montañas llamadas Señores de la Muerte. Durante la guerra, según el relato del hechicero, se realizaron en tales vericuetos los ritos que metamorfosearon a los incubados hijos de los Dragones del Bien en viles y aviesos draconianos.

Nada digno de mención ocurrió durante largo rato, o acaso habría que decir en unos instantes. Nadie se volvió a fin de examinar a Raistlin por segunda vez, nadie

reparó en Crysania ni siquiera una, como si fuera invisible. Jalonaron la ciudad de Sanction sin novedad, el archimago más firme y confiado a cada paso. Ya en las afueras, anunció a su acompañante que su objetivo estaba próximo, que la Morada de los Dioses se encontraba en una hondonada de las Montañas Khalkist, hacia el norte.

Cómo podía orientarse en aquellos desfigurados paisajes escapaba al entendimiento de la sacerdotisa, incapaz de discernir la dirección en que avanzaban sin la guía del sol, las lunas ni las estrellas. Nunca era del todo de noche ni tampoco de día, reinaba una luminosidad intermedia semejante, en su flamígera aureola, por igual al alba y al crepúsculo, con la única salvedad de los fugaces tránsitos a los que antes se ha aludido. Pensaba la mujer en tan fantasmales portentos, arrastrando los pies junto al mago y olvidada toda atención al trayecto dada la ausencia de hitos, cuando aquél se detuvo de forma repentina. Al oírle inhalar aire en un ronco suspiro, al tantear su brazo más cercano y hallarlo rígido, Crysania alzó la vista, alarmada.

Un hombre de mediana edad, ataviado con las albas vestiduras de un maestro, caminaba por la vereda hacia la pareja.

—Recitad las palabras después de mí, recordando que es importante darles la inflexión adecuada.

Despacio, pronunció las frases. También despacio, en fiel imitación de su ritmo, la clase las repitió. Todos excepto uno.

—¡Raistlin!

Se hizo el silencio entre los alumnos.

—¿Maestro?

Fueron tres sílabas, pero el aludido no se molestó en disfrazar el tono de mofa que las ribeteaba.

—No he observado el movimiento de tus labios.

—Quizá se deba a que no los he despegado —replicó el discípulo.

Si algún otro hubiera proferido tan desvergonzado comentario, los jóvenes estudiantes de hechicería habrían intercambiado risas de complicidad, pero todos sabían que Raistlin les profesaba idéntico desdén que al profesor y, en consecuencia, le espieron iracundos y se agitaron incómodos en sus pupitres.

—Conoces ya la fórmula del encantamiento, ¿verdad, aprendiz?

—Por supuesto que sí —le espetó el muchacho—, desde que tenía seis años. ¿Acaso a ti te la enseñaron anoche?

El maestro bramó, echando chispas por los ojos y con la faz purpúrea a causa de la rabia:

—¡Esta vez has ido demasiado lejos! No puedo consentir que adquieras el hábito de insultarme. El aula se desvaneció del campo de visión del joven, se disolvió en el vacío. Sólo el maestro se mantuvo inmutable, mientras, bajo su escrutinio, los blancos ropajes que le cubrían se transformaban en una túnica de nigromante. Aquellos rasgos flácidos, anodinos, de persona insípida se transformaron hasta investirse de la sutil malevolencia de la perversidad, al mismo tiempo que aparecía en derredor del cuello un talismán, un enorme rubí a guisa de colgante.

—Fistandantilus —lo reconoció Raistlin, demasiado asombrado para gritar.

—Volvemos a encontrarnos, aprendiz, aunque en una situación muy diferente. ¿Qué ha sido de tu magia?

El arcano personaje prorrumpió en carcajadas y acarició, con dedos marchitos, la alhaja que pendía sobre el terciopelo.

Un espasmo de pánico estremeció al alumno, restituido a su condición de

humano adulto. ¿Preguntaba el archimago por su magia? Se había evaporado. Consciente del peligro, trémulas sus manos, hizo un esfuerzo para invocar un sortilegio defensivo, pero los versículos giraban en un torbellino en su cerebro y se deslizaban hacia simas inexpugnables antes de que los atrapara en su zarpa. Una bola de fuego brotó de las llamas de su adversario, y ensayó un angustiado alarido.

«¡El Bastón de Mago!», se dijo de pronto. Sin duda los poderes del cayado no resultaron afectados al internarse en el abismo, así que lo alzó en el aire y, sosteniéndolo en alto, le exhortó a protegerle. De nada sirvió. El bastón empezó a ondularse y enroscarse sobre sí mismo.

—¡Obedece mi mandato! —le imprecó, con la premura que le dictaban a la par la furia y el terror.

Mientras formaba resbaladizos tirabuzones, el que fuera un objeto inanimado descendió por su brazo. No era ya un bastón sino una descomunal serpiente, que clavaba los colmillos en su carne.

Entre aullidos lastimeros, Raistlin cayó de rodillas y se debatió a la desesperada para eludir la emponzoñada mordedura del ofidio. Pero, en su lucha contra un enemigo, había olvidado al otro. Resonaron en sus tímpanos los intrincados cánticos de un hechizo y, al levantar la vista, constató que Fistandantilus se había esfumado y ocupaba su lugar un espectro, un elfo oscuro. Era aquella la criatura que hubo de derrotar en la fase definitiva de la Prueba.

No había reaccionado a la presencia del muerto viviente cuando éste, a su vez, fue reemplazado por Dalamar. Sin concederle una tregua, el acólito le lanzó un relámpago ígneo. El proyectil dio paso a una espada, que se incrustó en su vientre hecha daga, esgrimida por un enano barbilampiño.

Un incendio abrasador socarró su piel, el acero ensartó sus órganos, los colmillos perforaron sus sudorosos poros. Tuvo la sensación de zambullirse en la negrura, condenado sin remedio, pero en el último instante le deslumbró un haz de luz blanca, le envolvieron unos pliegues de igual color y le arropó un pecho blando, cálido. El mago sonrió, pues las convulsiones que castigaban aquel cuerpo que escudaba al suyo y los plañidos de dolor le revelaban que las armas lastimaban a su dueña, a la sacerdotisa, no a él.

El viejo colega

— ¡El caballero Gunthar, qué inesperado placer! —saludó Amothus, Señor de Palanthis, poniéndose en pie—. También me alegra mucho verte a ti, Tanis. Presumo que ambos habéis venido para dirigir los preparativos de las celebraciones que se avecinan, la Fiesta de la Paz. Me complace sobremanera que este año podamos iniciarlos con la suficiente antelación. Yo o, mejor dicho, el comité y yo pensamos...

—Te equivocas —le sacó Gunthar de su error, a la vez que recorría la sala de audiencias de la máxima autoridad de la urbe y la examinaba con ojo crítico, calculando ya mentalmente qué medidas se tomarían si se hacía imprescindible fortificarla—. El propósito de nuestra visita es discutir la defensa de tu ciudad.

Amothus observó con un pestañeo de perplejidad al adalid de la Orden solámnica, que se había acercado a la ventana.

—Demasiadas cristaleras —protestó el coronel al cabo de unos segundos, una aseveración que incrementó hasta tal extremo el asombro del mandatario que éste, como si fuera culpable, balbuceó una disculpa y se inmovilizó desconcertado en el centro de la estancia.

—¿Hemos sido atacados? —se aventuró a indagar, transcurridos unos minutos de inspección por parte del recién llegado.

Gunthar dirigió a Tanis una penetrante mirada. Con un suspiro, el semielfo recordó a Amothus en actitud de delicada cortesía la advertencia del elfo oscuro, Dalamar, acerca de los planes que había concebido Kitiara, la Señora del Dragón, de entrar en Palanthis a fin de ayudar a su hermano Raistlin, amo de la Torre de la Alta Hechicería, en su lucha contra la Reina de la Oscuridad.

Concluido tan complicado parlamento, que habría sumido en la confusión a cualquiera que no conociera de antemano sus maquinaciones, el digno oyente declaró:

—¡Ah, sí! Pero no creo que debáis preocuparos por Palanthis. —Y ondeó una mano displicente, cual si ahuyentara una mosca—. La Torre del Sumo Sacerdote, Gunthar...

—He dado orden de reforzar la guarnición —repuso el interpelado, en una brusca interrupción que denotaba su impaciencia—. He doblado el contingente de tropas en ese punto estratégico, ya que es allí donde más cruento será el asalto. No existe otro medio de alcanzar Palanthis salvo el mar, y ostentamos una absoluta supremacía en el elemento acuático. No, el adversario avanzará por tierra si bien, celoso de mi deber, he de tomar precauciones. Quiero estar seguro de que, en el caso improbable de que sufriéramos un revés o nos tendieran una trampa, Palanthis será capaz de salvaguardarse a sí misma.

Ahora que había tomado las riendas de la acción, Gunthar se lanzó a la carga. Saltando imaginariamente sobre el obstáculo que le oponía Amothus cuando insinuó, disgustado, la conveniencia de elaborar las tácticas con sus generales, arreció el galope y no tardó en dejar al mandatario civil asfixiado en la polvareda verbal de sus

disquisiciones acerca de la dispersión de los cuerpos de ejército, las requisas de abastos, las reservas secretas de material y otros tecnicismos similares. El Señor de la ciudad se dio por vencido, pero, temeroso de herir susceptibilidades, se sentó y aparentó interés en la arenga mientras, parapetado tras la máscara de los buenos modales, se abandonaba a otras reflexiones. Todo aquello era una insensatez; Palanthas nunca había sufrido los efectos de una contienda. Quien pretendiera acceder a ella debería franquear antes el obstáculo de la Torre del Sumo Sacerdote y nadie había logrado romper tal barrera, ni siquiera las fuerzas del Mal en la última guerra.

Tanis, discreto espectador de la escena, adivinó el distanciamiento mental de Amothus y sonrió. Empezaba a preguntarse cómo escaparía, también él, de la matanza por donde ahora discurría la inagotable verborrea del caballero, cuando se oyó el repicar de unos nudillos en una de las egregias, áureas y profusamente talladas puertas. El dignatario se incorporó con la expresión de quien escucha los clarines del rescate, pero antes de que atinara a pronunciar una palabra se abrió la puerta y penetró en la sala un anciano criado.

Charles, procedente de las remotas tribus de Sajonia, estaba al servicio de la casa real de Palanthas desde hacía más de medio siglo. No podían arreglárselas sin él, y era consciente de este hecho. Se hallaba al corriente de todo, del número exacto de barriles de vino que dormitaban en las bodegas, de dónde debía acomodarse a determinado elfo en un ágape protocolario, si al lado de una dama de su raza o mejor de una humana, como era el caso en los festines de confraternización, incluso de la fecha exacta en que se había ventilado la lencería por última vez. Aunque su conducta fue siempre deferente y respetuosa, algo en su manera de torcer el labio implicaba una exigencia de que el día de su muerte, lo mínimo que podía hacer el palacio entero era desmoronarse alrededor de su amo.

—Lamento molestaros, señor —se excusó.

—No te inquietes— le tranquilizó el otro, que no cabía en sí de gozo—. Estás dispensado, te lo garantizo en nombre de mis huéspedes y de...

—Pero traen un mensaje urgente para Tanis el Semielfo —terminó Charles, inflexible, con una mueca de reproche a su superior por perderse en vaguedades.

— ¡Oh! —exclamó Amothus, incapaz de ocultar su desencanto—. ¿Para Tanis el Semielfo? —se cercioró.

—Así es, señor —confirmó el servidor.

—¿No es para mí? —persistió el adalid palanthiano, viendo que la salvación desaparecía en el horizonte de sus anhelos.

—No, señor.

—De acuerdo. Gracias, Charles. —Amothus suspiró, y se dirigió al afortunado— Tanis, será mejor que acompañes...

Pero el semielfo ya había cruzado la sala.

—¿De qué se trata? —interrogó al criado—. ¿No serán noticias de Laurana?

—Os ruego que me sigáis, señoría —eludió el criado con su habitual prosopopeya, mientras que, extendida la mano, le invitaba a cruzar el umbral.

Una mirada del enigmático anciano recordó al héroe de la Lanza, cuando se aprestaba a salir, que debía volverse y saludar mediante una inclinación de cabeza a las dos autoridades presentes. El coronel Gunthar le sonrió y agitó la mano en señal de despedida, mientras que Amothus, la máxima dignidad civil de la ciudad, no pudo refrenar la envidia que delataban sus pupilas y tuvo que evitar todo gesto expresivo. Sin más que un leve ademán, el mandatario se hundió en su butaca y se preparó para escuchar una enumeración del equipo que precisaba el aceite hirviendo si había de producir las bajas deseadas.

Con sumo cuidado, Charles cerró la puerta una vez hubo pasado el huésped.

—¿Qué sucede? —le apremió éste, solos ya en el corredor—. ¿Te ha comunicado algo el emisario?

—Sí, señoría —se sinceró al fin Charles, mudándose su expresión hasta asumir la dulzura nostálgica del pesar—. No debía revelároslo a menos que fuera absolutamente indispensable para liberaros de vuestro compromiso. Elistan, el Hijo Venerable, está en trance de muerte. Quienes le asisten no le auguran más que unas horas. Sus ojos han visto ya el último amanecer.

El césped del Templo se mecía pacífico, sereno, en la brisa que preludiaba el ocaso. El sol se ponía no con fúlgido esplendor, sino con una luminosidad perlífera que invadía el cielo en un arco iris de suaves colores, un tornasol comparable a una concha marina. Tanis, que esperaba hallar en los aledaños a una muchedumbre ansiosa de nuevas mientras los clérigos de albo hábito corrían de un lado a otro, se sorprendió frente al orden y la calma reinantes. Algunos grupos descansaban sobre la hierba como de costumbre, los sacerdotes paseaban junto a los macizos de flores departiendo en tonos quedos o, si estaban solos, perdidos en silenciosas elucubraciones.

Quizá el emisario se había equivocado o había recibido una información inexacta, decidió el semielfo. Hubo de rectificar, no obstante, cuando pasó por su lado, mientras cruzaba el aterciopelado tramo de verdor, una joven novicia. La muchacha alzó el rostro y Tanis descubrió que tenía los ojos enrojecidos e hinchados a causa del llanto, lo que no le impidió sonreír, secar las huellas de su tribulación y seguir su camino.

De repente el visitante cayó en la cuenta de que ni Amothus, gobernante de Palanthas, ni Gunthar, paladín de los Caballeros de Solamnia, habían sido puestos en antecedentes. Entristecido, comprendió el motivo: Elistan moriría como había vivido, revestido de una callada sobriedad.

Un acólito, poco más que un adolescente, salió a su encuentro a la puerta del Templo.

—Bienvenido, Tanis el Semielfo —le susurró—. Aguardan tu llegada. Acompáñame, te lo suplico.

Unas sombras perturbadoras se cerraron sobre el huésped al percatarse de que, dentro del edificio, el duelo era patente. Un elfo tañía el arpa, arrancándole armoniosas melodías, y los clérigos formaban corrillos en los que, enlazados sus brazos, compartían cierto solaz en aquella hora de prueba. Sin que pudiera evitarlo, las lágrimas nublaron momentáneamente la visión de Tanis.

—Te agradecemos que hayas regresado a tiempo —continuó el neófito, que, diligente, guiaba al invitado hacia las entrañas del Templo—. Temimos que te fuera imposible. Difundimos la inminencia del suceso tan sólo entre quienes habían de guardar el secreto de nuestra consternación, en obediencia a la voluntad de Elistan de partir de este mundo con placidez.

El semielfo asintió de forma brusca, congratulándose de que la barba camuflara sus lágrimas de decaimiento. No se avergonzaba de sus sollozos: circulaba por sus venas sangre elfa y las criaturas de esta raza consideran la vida como el más sagrado don de los dioses, así que lamentar su pérdida o, de hecho, exteriorizar los sentimientos, es algo natural en ellos, al contrario de lo que les ocurre a los humanos. El motivo de que Tanis prefiriese encubrir su pesadumbre era el miedo a que tal despliegue abatiera a Elistan. Sabía la gran aflicción que causaba al bondadoso anciano el conocimiento de la amargura en que su fallecimiento había de sumir a quienes dejaba.

Entraron ambos personajes en una cámara interior donde estaban reunidos Garad

y otros Hijos Venerables de ambos sexos, cabizbajos y ocupados en dedicarse recíprocas frases de consuelo. Tras ellos se erguía una puerta cerrada, en la que confluían furtivos escrutinios. Tanis no abrigaba la menor duda acerca de quién era el ocupante de la alcoba que se hallaba al otro lado.

Al oír sus pisadas, Garad atravesó la cámara para saludarle.

—Es un alivio que hayas podido desatender tus obligaciones —dijo con acento cordial. Era un elfo Silvanesti, probablemente uno de los primeros conversos de su pueblo a la religión olvidada decenios atrás—. Nos inquietaba que contestaras a nuestro requerimiento demasiado tarde.

—La evolución de su enfermedad debe haberse precipitado —murmuró el visitante, incómodo al apercibirse de que, con las prisas, no se había desprendido de su espada y ahora ésta repiqueteaba en áspera barahúnda en medio del callado entorno.

—Sí, se puso muy grave la noche de tu partida —informó Garad—. Ignoro el contenido de vuestro postrer conciliábulo, pero Elistan recibió un gran impacto y no ha cesado de sufrir desde entonces. Nada de lo que hacíamos parecía ayudarle, hasta que se personó en el Templo Dalamar, el aprendiz del nigromante. —Al mencionar este nombre, el narrador frunció el entrecejo—. Traía consigo una poción susceptible, según aseveró, de mitigar el dolor. Cómo se enteró de los luctuosos eventos es para mí un misterio, aunque nada me sorprende proviniendo de un habitante de esa extraña mole.

Al proferir esta frase oteó, a través de la ventana, el perfil de la Torre. Su contorno se elevaba desafiante, cual una sombra fantasmal que negase a los congregados la brillante luz del sol.

—¿Le dejaste entrar? —preguntó Tanis, anonadado.

—Yo habría rehusado —afirmó el aludido—, pero Elistan dio órdenes concretas de que se le admitiera. Y he de reconocer que su pócima surtió efecto. En cuanto se la administró al agonizante, los ataques cedieron. Ahora el maestro gozará de su pleno derecho a morir con serenidad.

—¿Y Dalamar?

—En la alcoba. No se ha movido ni hablado desde que se instaló, se limita a ocupar un rincón y guardar silencio. No obstante —puntualizó el clérigo—, su presencia reconforta a Elistan y permitimos que se quede.

«Me gustaría verte en el trance de sugerirle que se vaya», pensó el semielfo.

Se abrió la puerta de la estancia vecina. Los eclesiásticos alzaron la vista asaltados por un mal presagio, pero era sólo el acólito. El joven novicio había llamado mediante un suave golpeteo y, tras entreabrirse la puerta, sostuvo una conferencia particular con quien había acudido desde el otro lado. A los pocos segundos, se volvió e indicó a Tanis que se acercase.

El semielfo se introdujo en el pequeño, apenas amueblado aposento con el propósito de no armar revuelo, de avanzar sigiloso como aquellos clérigos de hábitos susurrantes y acolchadas pantuflas. Fue inútil: su espada matraqueaba, las botas crujían y las hebillas tintineaban al entrechocar. Para sus propios oídos, el estruendo que provocaba en nada difería del de un ejército de enanos. Ardientes sus pómulos, trató de poner remedio caminando de puntillas. En aquel instante, Elistan giró la cabeza en la almohada y, pese a su ostensible debilidad, se carcajeó.

—Mi querido amigo, cualquiera que te viera deduciría que te has colado aquí para robarme —comentó el yaciente, al mismo tiempo que levantaba su mano y se la tendía en actitud afectuosa.

Tanis ensayó una sonrisa, una frustrada tentativa. Oyó cómo cerraban quedamente la puerta a su espalda y, de manera instintiva, fijó su atención en la tenebrosa figura que oscurecía una esquina. No la inspeccionó mucho rato. Prefirió

centrar su interés en aquella criatura que se hallaba postrada en su último lecho. Arrodillándose junto al anciano, junto al hombre al que había rescatado de las minas de Pax Tharkas y que, merced a su benéfica influencia, había desempeñado un papel tan importante en su vida y la de Laurana, el semielfo asió la mano que le ofrecía y la estrechó con fuerza.

—¡Cuánto desearía poder enfrentarme a este enemigo en tu lugar, Elistan! —exclamó, puesta su mirada en la mano flácida, blanquecina que encerraba la suya, firme y curtida.

—No es ningún adversario quien viene en mi busca, Tanis, sino un viejo colega. —El enfermo retiró, sin violencia, la mano para dar al semielfo unas palmadas en el hombro—. Ahora no eres capaz de entenderlo, pero te garantizo que algún día lo harás. De todos modos, mi objetivo al mandarte recado de mi situación no era abrumarte con una lastimera despedida, sino encomendarte una tarea.

Hizo un significativo gesto y el acólito, que estaba también en la habitación, dio unos pasos hacia ellos con un cofre de madera y se lo entregó a su superior. El ente de la esquina no pestañeó, se diría que se había convertido en estatua.

Tras izar la tapa del objeto, el moribundo extrajo de su interior un rollo de blanco pergamino. Alcanzó la palma de Tanis, posó el documento y cerró los dedos sobre él.

—Dale esto a Crysania —encargó a su atento oyente—. Si sobrevive, la sacerdotisa ha de ser mi sucesora como cabeza de la Iglesia. —Iba a enmudecer pero al ver la expresión dubitativa, reprobatoria que adoptó el semielfo, le aleccionó—: Amigo mío, tú mismo has recorrido las sendas de la noche. Nadie sabe de tus luchas y padecimientos más que yo, pues estuvimos a punto de perderte y esta perspectiva me apenaba inmensamente. Al fin te resististe a las tinieblas y volviste a disfrutar de la luminosidad diurna, enriquecido por el conocimiento de lo que habías ganado. En un desenlace análogo estriban mis esperanzas respecto a Crysania. Su fe es inquebrantable, su único defecto es, tú bien lo enjuiciaste, su carencia de calidez, de conmiseración y de humanidad. Tendría que aprender, presenciando la escena, las lecciones que nos ha enseñado la caída del Príncipe de los Sacerdotes. Era imprescindible infligirle heridas, Tanis, abrir en sus entrañas profundas llagas, antes de que reaccionase a los daños ajenos. Y, sobre todo, tenía que amar.

Entornó los párpados, lleno de angustia su rostro demacrado, estragado por el sufrimiento.

—De haber podido, amigo, habría elegido para ella un destino diferente —prosiguió—, la habría llevado por otros derroteros menos peligrosos. Sin embargo, ¿quién osa cuestionar los designios de los dioses? Yo no, desde luego. Aunque —admitió—, en ocasiones, me entran ganas de discrepar.

Abrió los ojos mientras así se expresaba y, al clavarlos en Tanis, éste detectó en ellos un amago de ira. El neófito se aproximó entonces con paso amortiguado. Las resonancias de su desplazamiento no pasaron inadvertidas al semielfo, pese a su sigilo y al hecho de que él estaba de espaldas.

—En cuanto creen que me excito —explicó Elistan— vienen prestos a interrumpir mi conversación. Les preocupa que los visitantes me cansen o alteren y lo cierto es que lo hacen, pero yo apuro mis energías porque pronto me repondré en un reposo eterno. —Cerró las pupilas, y sonrió—. Sí, eterno. Mi viejo colega me recogerá y andará a mi lado, guiará mi incierto deambular.

Poniéndose en pie, el semielfo consultó al acólito con un ademán. El joven meneó la cabeza y musitó:

—Ignoramos la identidad de ese «viejo colega» al que alude constantemente.

Incluso se nos ocurrió que podrías ser tú...

Le interceptó la voz del patriarca, cristalina a despecho de los quiebro que le imponía la edad.

—Adiós, Tanis el Semielfo. Transmite mi cariño a Laurana. Garad y los otros —apuntó a la puerta con la barbilla— están al corriente de mi dictamen en el asunto de la sucesión, y del cometido que te he confiado. Te prestarán su apoyo en todo cuanto les sea posible. Y, ahora, adiós de nuevo y para siempre. Que Paladine te colme de bendiciones.

El héroe de la Lanza no despegó los labios. Las palabras habrían sido una pálida representación de sus emociones. Se agachó, apretujó la mano del clérigo, asintió y, volviéndose abruptamente, atravesó la estancia sin examinar a la negra figura de la esquina y salió envuelto en un mar de lágrimas.

Garad acompañó al visitante hasta el pórtico principal del Templo.

—Conozco la misión de la que tú eres responsable —anunció el clérigo—, y puedes creerme cuando te digo que anhelo fervientemente que las aspiraciones de Elistan se hagan realidad. Según se me ha comunicado, la Hija Venerable Crysanía participa en un peregrinaje que acaso resulte azaroso.

—Más que eso —se atrevió a contestar el semielfo, sin extenderse en aclaraciones.

—Ojalá Paladine la acompañe —deseó Garad con un suspiro—. Todos rezamos por ella. Es una mujer fuerte y nuestra institución precisa de juventud y vitalidad si pretende crecer, propagarse. Cualquier tipo de ayuda que necesites, Tanis, no dudes en planteárnosla.

El interpelado, en su desolación, sólo atinó a interponer un cortés, escueto aserto de gratitud. Con una reverencia, Garad corrió junto al agonizante maestro mientras el semielfo hacía una pausa cerca del portalón, en un esfuerzo por recuperar el control antes de lanzarse a la calle. Se encontraba apoyado en el muro, reconsiderando las frases de Elistan, cuando llegó a sus oídos una reyerta que, habida cuenta de la intensidad sonora, tenía lugar en el mismo acceso.

—Lo siento, señor, no puedo consentir que penetren extraños en el Templo —declaró un acólito con determinación, aunque amable.

— ¡Un extraño! —se encolerizó la criatura a quien iba dirigido tal rechazo—. Pero no perdamos tiempo en argumentos banales. Tengo que ver a Elistan sin demora —exigió en un tono quejumbroso y desafinado que denunciaba un carácter excéntrico.

Tanis hubo de sujetarse a la pared para no desplomarse. Aquella voz le era familiar. Los recuerdos se agolparon en su cerebro en un embate tan poderoso que, durante unos segundos, no consiguió moverse ni articular una sílaba.

—Quizá si os presentarais debidamente, por vuestro nombre —propuso el neófito—, podría enviarle noticia...

—¿Mi nombre? —repitió el otro—. ¡Haber empezado por ahí! Me llamo... me llamo... —balbuceó un poco trastornado—. Te aseguro que ayer lo sabía.

Resonó en el ambiente el irritado tamborileo de un bastón sobre los peldaños de la escalinata, y el visitante persistió con timbre agudo, chirriante casi:

—Soy una persona muy importante, jovencito, y no estoy acostumbrado a que se me trate con semejante impertinencia. Apártate de mi camino antes de obligarme a hacer algo que haya de lamentar. Perdón, me he confundido —se corrigió—, serás tú quien lo lamente. ¿O acaso los dos? Sea como fuere, yo pasaré a la acción y alguien saldrá perjudicado.

—Os suplico que me disculpéis, señor —se impacientó el clérigo, a pesar de sus exquisitos modales—, pero sin una referencia clara no permitiré que os internéis en este recinto.

Un breve forcejeo inundó los tímpanos de Tanis, sucedido por el silencio y un murmullo auténticamente siniestro, el de las páginas de un libro hojeado a toda velocidad. Sonriendo entre sollozos, el semielfo se asomó al lugar del altercado, y al espiar la figura del recién llegado, distinguió a un anciano mago en los sobrios escalones del Templo. Ataviado con ropajes de tonalidades grisáceas, a punto su deformado y picudo sombrero de liberarse de la atadura de su cabeza, el vetusto viajero constituía un espectáculo que en nada favorecía su reputación. Había apoyado el sencillo bastón de madera que portaba contra un tabique e, indiferente al enrojecido e indignado acólito, revisaba su libro de encantamientos en absoluto desconcierto y farfullando:

—Bola de fuego... ¿Dónde se ha escondido ese dichoso sortilegio?

Tanis resolvió interceder. Posó la mano en el hombro del neófito, y corroboró:

—Es, en efecto, una persona importante. Puedes dejarle entrar, yo respondo por él.

—¿De verdad? —indagó el joven, todavía circunspecto, reacio. Al oír una tercera voz, el mago alzó la vista.

—¿Una persona importante? —recitó por inercia, pues sólo había reparado en esta parte de la alocución del semielfo—. ¿Quién es? ¿Vos, señor? —abordó a su fiador—. ¿Cómo estáis?

Comenzó a alargar la mano a la vez que, entusiasmado, daba un paso al frente. Pero se enredó en los pliegues de su sayo y el arcano volumen se estrelló contra su pie. Al inclinarse para asirlo, tropezó con el bastón, que salió rodando escaleras abajo en medio de un gran estrépito, y, por si tales desgracias fueran pocas, el sombrero echó a volar en una de las inconexas secuencias. Tanis y el clérigo tuvieron que aunar sus esfuerzos a fin de devolver al anciano la compostura.

—¡Me ha dado en el dedo más encallecido! —protestó el accidentado mientras le auxiliaban—. He perdido la noción de mi paradero. ¡Estúpido cayado! ¿Dónde ha ido a parar mi sombrero?

Pese a tamañas peripecias, quedó más o menos incólume. Embutió el tomo en una bolsa, que le servía de funda, y se caló el redondel de fieltro en el cráneo, no sin antes invertir el orden lógico de las operaciones y tener que empezar de nuevo. Por desgracia, su rebelde tocado rehusó acoplarse y el ala se deslizó hasta cubrirle los ojos.

—¡Los dioses me han castigado con la ceguera! —aventuró el hechicero, tanteando el aire con frenesí. Este percance pronto se solventó. El acólito, estudiando a Tanis con una creciente incertidumbre, agarró el sombrero y, gentil, lo retiró de manera que se encajara en el canoso cabello. Esta amabilidad enojó al veterano personaje, quien, tras censurar al joven a través de sus dilatadas pupilas, observó al semielfo y demandó:

—¿Persona importante? Sí, creo que lo eres. ¿No hemos coincidido ya en alguna ocasión?

—Naturalmente —repuso el otro—. Pero eres tú la criatura importante a la que me refería, Fizban.

—¿Yo? —El mago quedó unos momentos petrificado hasta que, dueño de nuevo de sí mismo, emitió un gruñido y se ensañó con el pobre novicio—. Claro, tú tienes la culpa de todo este embrollo. Deja ya de interponerte en mi camino. No permanezcas tieso como un pasmarote —le apremió.

Después de atravesar el umbral del Templo, el viejo examinó a Tanis desde

debajo del ala del andrajosos sombrero. Descansó la mano en el brazo del semielfo y, desvanecida la nota de atolondramiento de sus rasgos y su voz, le contempló sin un pestañeo y sentenció:

—Nunca antes afrontaste una hora tan negra como la que te aguarda, héroe de la Lanza. Hay esperanzas, pero debe triunfar el amor.

Dicho esto se alejó, a un ágil trotecillo que desentonaba con su añejo aspecto. Pero casi de inmediato, se equivocó en el rumbo y acabó en el interior de un estrecho gabinete. Dos sacerdotes corrieron a rescatarle y le hicieron de guías.

—¿Quién es? —preguntó el neófito, perplejo, al mismo tiempo que echaba a andar detrás del trío.

—Un amigo de Elistan —especificó Tanis—. Lo que podría denominarse un viejo colega.

Cuando partía del santuario, una nueva imprecación retumbó en las vías auditivas del semielfo:

—¡Que alguien me traiga el sombrero!

8
El juicio

—¿Crysanía?

No hubo más contestación que un tenue gemido.

—Serénate, tus heridas revisten cierta gravedad pero el enemigo ya se ha ido. Bebe este preparado para calmar el dolor.

Extrayendo varias hierbas de unos saquillos, Raistlin elaboró una mixtura en un cuenco de agua caliente y, tras incorporar a la sacerdotisa en el lecho de hojas ensangrentadas donde yacía, llevó el recipiente a sus labios. Cuando hubo sorbido el brebaje, la mujer abrió los ojos y sus contraídas facciones se ensancharon.

—Tenías razón —admitió, reclinada en su protector—. Me encuentro algo restablecida.

—Y ahora debes orar a Paladine para que te cure, Hija Venerable. Tenemos que seguir adelante.

—No sé, Raistlin —titubeó ella—. Flaquean mis energías, y la divinidad parece hallarse muy lejos de nosotros.

—¿Rezar a Paladine? —se interfirió una tercera voz, firme y cavernosa—. ¡Eres un blasfemo, Túnica Negra!

Molesto, pero más aún inquieto, el aludido levantó los ojos. Casi se le salieron de las órbitas.

— ¡Sturm! —exclamó sin resuello.

El caballero no le oyó, estaba demasiado absorto en la contemplación de Crysanía y las llagas de su cuerpo que, aunque no sanaron del todo, se secaron en unos segundos.

—¡Brujería! —la acusó el atónito observador, y desenvainó la espada.

—Nada de eso, buen caballero —le enmendó la sacerdotisa—. No soy una bruja, sino una sacerdotisa de Paladine, como podéis comprobarlo por mi Medallón.

— ¡Mientes! —replicó, furioso, Sturm—. Los clérigos desaparecieron antes del Cataclismo. Y, además, si lo fueras repudiarías la compañía de este engendro del Mal.

—Sturm, ¿no me reconoces? Soy yo, Raistlin. —Excitado, el archimago se puso en pie—. Mírame con atención. No puedes haberme olvidado.

El que fuera bravo guerrero se volvió hacia el que así lo interpelaba y le puso el filo de su acero en la garganta.

—Ignoro por qué medios esotéricos has averiguado mi nombre —le espetó—, pero si lo pronuncias una vez más habrás de atenerte a las consecuencias. En Solace empleamos sistemas expeditivos para desembarazarnos de los de tu calaña.

—Siendo un virtuoso caballero, ligado por votos de equidad y obediencia, invoco a tu sentido de la justicia —dijo Crysanía, al mismo tiempo que se enderezaba, con ayuda de Raistlin.

Se suavizó el semblante del aparecido quien, reverente, inclinó la cabeza y envainó la espada, no sin dirigir a Raistlin una mirada de soslayo.

—Es cierto lo que afirmas, señora —concedió—. Estoy vinculado a inviolables promesas. Te garantizo un comportamiento ecuánime.

Mientras hacía tan nobles comentarios, la alfombra de hojarasca se transformó en un suelo de madera, el cielo en techo, la senda en un pasillo entre dos hileras de bancos. «Estamos en una especie de tribunal», pensó Raistlin, aturdido por el cambio.

Doblado aún su brazo para que se apoyara la mujer, avanzaron a través de la nave y la ayudó a sentarse frente a una mesa colocada en el centro de la sala. Se erguía delante de ellos una plataforma y, al volver la vista atrás, el mago descubrió que la estancia estaba abarrotada de personas, todas rebosantes de gozo.

Examinó mejor a la concurrencia. ¡Conocía aquellas criaturas! Allí estaba Otik, propietario de la posada «El Último Hogar», devorando una fuente entera de patatas especiadas. Tika, a su lado, ondeaba los pelirrojos tirabuzones de su melena, a la vez que señalaba a Crysania y chismorreaba entre sonoras risotadas. ¡Y también Kitiara se hallaba presente! Recostada en actitud displicente en el marco de la puerta, ajena al acoso de una turba de admiradores, detuvo su mirada en Raistlin y le dedicó un guiño.

Pero el hechicero no hizo caso de tan insidiosa complicidad y, febril, siguió con su inspección. Su padre, un paupérrimo leñador, estaba sentado en un discreto rincón, hundidos los hombros y cruzado su rostro por los surcos perpetuos de la angustia y la infelicidad. Laurana se había acomodado en un lugar apartado, donde su belleza de elfa destacaba cual una estrella en la negra noche.

Junto a Raistlin, la sacerdotisa, que también se había girado, gritó:

— ¡Elistan, préstame tu respaldo!

Uniendo la acción a la palabra, la mujer abandonó su asiento y retrocedió unos pasos con la mano extendida. Pero el clérigo se limitó a mirarla entristecido y significarle su negativa mediante un gesto.

— Levantaos y honrad a su señoría.

Con más ajeteo y bullicio del deseable, el pleno de la sala se puso de pie. Un respetuoso silencio, no obstante, sucedió al crujir del entarimado cuando el juez se personó en el atestado tribunal. Vestía la indumentaria encarnada que correspondía a los servidores de Gilean, dios de la Neutralidad, y su porte le delataba como un ser joven, aunque en la penumbra el nigromante no logró verlo bien. Hasta que se acomodó en su butaca, detrás del estrado, no expuso sus rasgos de semielfo a la luz del sol que entraba por una ventana.

— ¡Tanis! —vociferó Raistlin, y dio una zancada en su dirección.

Pero el barbudo semielfo frunció el entrecejo, frente a tan insólita conducta, al mismo tiempo que un enano viejo y gruñón, el ujier, azuzaba al mago en el costado con el extremo romo de su hacha.

— Siéntate, brujo, y no hables hasta que se te autorice.

— ¿Flint? —inquirió el hechicero, y le zarandó por el brazo—. ¿No ves que soy Raistlin, tu antiguo compañero de infortunio?

— ¡No oses tocar a un funcionario de la justicia! —rugió el hombrecillo en la cumbre del enfado, apartando el brazo de un brusco tirón y, sin cesar de refunfuñar, ocupando su puesto en la plataforma—. No muestran la menor deferencia a una persona de mi veteranía y condición. Te tratan como un saco de harina que cualquiera tuviera derecho a manosear.

— No te exaltes, Flint, es suficiente —le atajó Tanis. Espiando receloso a la pareja de la mesa, inauguró la sesión—. ¿Quién presentará los cargos contra los inculcados?

— Yo lo haré —anunció un caballero enfundado en una reluciente armadura, y se incorporó en el banquillo.

— De acuerdo, Sturm Brightblade —asintió el juez—, en su momento podrás relatar al tribunal los crímenes que les atribuyes. ¿Quién será el defensor?

Raistlin quiso intervenir, pero le interrumpieron.

— ¡Yo! —propuso alguien, exultante de alegría—. Estoy aquí, Tanis... Perdón, señoría. Aguarda, al parecer me he hecho un lío.

Un estallido de risas conmovió el tribunal. La multitudinaria audiencia volcó su jocosidad en un kender que, cargado de libros, forcejeaba por traspasar el acceso. Kitiara, que estaba cerca, esbozó una mueca socarrona, aferró al personaje por el copete y le arrancó de su prisión, aunque con tal fuerza que éste cayó despatarrado, una postura poco adecuada al ceremonial de rigor, en el pasillo. Los libros se esparcieron en una contundente lluvia, y arreciaron las carcajadas. Impertérrito, el kender puso el cuerpo enhiesto, se sacudió el polvo y, sorteando la desparramada literatura, consiguió arribar a su destino.

—Me llamo Tasslehoff Burrfoot —saludó formalmente, y alargó la mano a Raistlin para que se la estrechara. El nigromante no hizo tal, no por descortesía sino porque se lo impedía la sorpresa. Así que el aspirante a letrado se encogió de hombros, miró su solitaria mano, suspiró y, situándose de perfil, se encaró con el juez—. Hola, mi nombre es Tasslehoff Burrfoot.

—¡Siéntate! —bramó el ujier—. No se emplea ese tono de familiaridad con personas de tan alto rango, botarate.

—¡Sandeces! —se rebeló el reprendido, inflamado de indignación—. ¿Por qué no hacerlo si a uno le apetece? Después de todo, no es un delito ser educado, aunque, como es natural, vosotros, los enanos, nada sabéis de modales. Brutos, eso...

— ¡Cállate! —se exasperó Flint. Ronco después de tan imperativo grito, para reforzar su autoridad el hombrecillo tuvo que golpear el suelo con el astil de su hacha.

Danzante el despeinado copete, Tas dio media vuelta y, dócil, se encaminó al banquillo donde se encontraba Raistlín. Pero, antes de tomar asiento, se plantó frente al público e imitó los aspavientos del enano, con tan buen acierto que el gentío se entregó a una verdadera algazara, cuya consecuencia directa fue, inevitablemente, que la víctima de la mofa se encolerizó todavía más. Esta vez intervino el juez.

—¡Basta de alboroto! —se impuso con tono perentorio, y se hizo el silencio en la sala.

El kender se arrellanó en la silla reservada al defensor, junto al reo. Al notar un ligero contacto en su cinto, el archimago clavó en el ficticio letrado una fulgurante mirada y le ordenó, abierta la palma de su mano:

— ¡Devuélveme eso!

—¿Cómo? ¡Ah, te refieres a este saquillo! Debe de haberse soltado sin que te percatases —apuntó y, con un aire de candor capaz de desarmar al más severo de los mortales, le entregó una bolsa que contenía ingredientes de hechizos—. Estaba en el suelo. Me he limitado a recogerlo.

Tras arrebatárselo a Tasslehoff, el nigromante volvió a atar el valioso saquillo al cordón de seda que lucía en su talle.

—Al menos podrías haberme dado las gracias —le reprochó el kender en un suspiro, que reprimió al advertir que el juez le estudiaba con aire severo.

—¿Cuáles son los cargos contra los acusados? —interrogó Tanis a Sturm Brightblade.

El aludido fue hasta el estrado y, ya a su pie, dejó libre curso a los aplausos de la audiencia. Debido a su estirpe, su código de honor y un cierto atisbo de melancolía que se adivinaba en su expresión, había adquirido una notoria popularidad entre la plebe.

—Hallé a esta pareja en la espesura, señoría —inició su alegato—. El Túnica Negra mencionó a Paladine —se oyeron murmullos recriminatorios en los bancos— y, estando yo a corta distancia, hirvió una infusión de ignotas virtudes y se la dio a la mujer. Cuando les vi, ella era presa de convulsiones. Exhibía heridas en todo su cuerpo, tenía el vestido manchado de sangre y su rostro aparecía quemado y plagado de cicatrices, como si hubiera ardido en un incendio. Sin embargo, al ingerir la pócima del

brujo se curó al instante.

—¡No! —se soliviantó Crysania, incorporándose en un estado de total inseguridad—. La interpretación del acusador es errónea; el elixir que me administró Raistlin tan sólo mitigó el dolor; si sanaron mis llagas fue gracias a mis oraciones. Soy una sacerdotisa de Paladine...

—Excusa a la dama, Ta... señorita —irrumpió Tas en el parlamento—, mi cliente no pretendía insinuar que es una genuina representante del dios del Bien. Concibieron una pantomima, eso fue todo, y ella encarnaba a una de esas extinguidas hijas de la Iglesia. Está nerviosa y no ha acertado a explicarlo —se reafirmó, con una astuta risita entre dientes que revelaba su satisfacción—. Se entretenían un rato a fin de amenizar el largo viaje. Es un juego que ambos practican a menudo.

Terminada su parrafada, el kender se tomó un breve respiro y amonestó a Crysania, pretendidamente en voz baja pero con tal vehemencia que su regañina fue escuchada por todos:

—¿Qué clase de imprudencias cometes? ¿Cómo puedo sacaros de este atolladero si te empeñas en decir la verdad? ¡No lo toleraré!

—Chitón —le ordenó el enano.

— ¡Y también me estoy hartando de ti, Flint! —se revolvió Tasslehoff—. O dejas ahora mismo de armar escándalo con esa hacha o te la enrosco alrededor del cuello —le amenazó, ya que el ujier había adquirido el vicio de utilizarla para patear el suelo. La sala se deshizo en vítores, e incluso el juez se hizo cómplice de la algarabía mediante una leve sonrisa. Crysania se desmoronó al lado de Raistlin, lívida su tez.

—¿Qué significa esta farsa? —le preguntó.

—No lo sé, pero voy a acabar con ella —la alentó el nigromante, y se puso de pie, para imponerse—. Callaos todos —exigió, y su sibilino timbre tuvo el don de sumir a la audiencia en absoluta quietud—. Esta mujer es una sagrada sacerdotisa de Paladine y yo un hechicero Túnica Negra, experto en el arte de la magia.

—¡Obra un prodigio! —le suplicó el kender, saltando de emoción—. Catapúltame a un estanque de patos o algo similar.

— ¡Siéntate y permanece quieto! —vociferó Flint.

— ¡Prende fuego a la barba del enano! —bromeó Tasslehoff.

Esta divertida sugerencia desencadenó una ronda de aplausos.

—Sí, haznos una demostración de tus facultades —coreó Tanis por encima de la ruidosa hilaridad del tribunal.

Tras un lapso de expectación, el populacho inició un cántico que, dadas las circunstancias, se asemejaba más a una condena:

—Despliega tus virtudes ante nosotros, mago, invoca un portentoso que nos convenza.

Hasta Kitiara, que se había mantenido al margen, clamó sobre los otros con timbre cristalino, ineludible:

—Vamos, ruina frágil y enfermiza, deléitanos si puedes mediante un sortilegio.

La lengua de Raistlin se adhirió a su paladar, mientras Crysania, con una mezcla de pavor y esperanza, le animaba a intentarlo. El hechicero asió el bastón arcano, que estaba a su alcance; pero recordó su anterior metamorfosis y no se atrevió a usarlo.

Atenazado por la impotencia, se recubrió de una capa de superioridad. Dirigió una desdeñosa, altiva mirada a las personas congregadas en la estancia y manifestó:

—No me rebajaré a ponerme a prueba frente a criaturas como vosotros.

—Yo opino que es una buena idea complacerles —masculló Tas, tirando de sus ropajes para incitarle a la reflexión.

—Ya lo habéis visto —se ratificó Sturm—. ¡El brujo no puede satisfaceros, es

un impostor! Solicito para ambos la pena capital.

— ¡A muerte, a muerte! —le secundó la multitud—. ¡Que ardan los cuerpos de los brujos! ¡Así se salvarán sus almas!

—Y bien, mago —insistió Tanis, deseoso de concederle una última oportunidad—, ¿puedes corroborar que eres quien afirmas?

Los versículos de un encantamiento afloraron a los labios del nigromante, pero se desintegraron antes de coordinarse en palabras. Crysania se aferraba a sus vestiduras, la batahola era ensordecedora y no podía pensar. Ansiaba estar solo, lejos de las humillantes risas y de aquellas pupilas llenas de terror.

—Yo...

La voz se le quebró y hundió la cabeza en el pecho.

—Quemadles en la hoguera.

Unas toscas manazas atraparon a Raistlin, al mismo tiempo que se desvanecía la sala del juicio. Forcejeó, pero fue inútil. El hombre que le inmovilizaba poseía unos músculos de acero, un tamaño descomunal y en su rostro se dibujaban las huellas de un talante que, originariamente jovial, se había tornado grave y huraño.

— ¡Caramon, hermano! —gritó el mago, retorciéndose en las enormes zarpas para encararse con su gemelo.

El aludido le ignoró. Sin aflojar un ápice su presa, arrastró al enjuto mago colina arriba. Durante el ascenso, el prisionero examinó el panorama y vislumbró, en la cumbre de la cuesta, dos altas estacas clavadas en la tierra. Al pie de cada una de ellas, los ciudadanos, sus amigos y vecinos se afanaban en acumular grandes brazadas de leña seca. Era su pira funeraria.

—¿Dónde está Crysania? —preguntó Raistlin al guerrero, persuadido de que la sacerdotisa había escapado y volvería para rescatarle.

Pero pronto se desengañó, al distinguir el blanco hábito de la mujer junto a una de las pértigas. Elistan se encargaba de anudar unas cuerdas en sus brazos y, aunque ella se debatía en una última intentona de fuga, los innumerables suplicios previos la habían debilitado y tuvo que desistir. Sollozando de miedo y desesperación, la sacerdotisa se abandonó. Habría caído desplomada de no sujetarla las ligaduras de las manos y los pies, estos últimos atados a la base del madero.

En la agitación del llanto, su negra melena se derramó sobre los hombros tersos, desnudos. Sus heridas se habían abierto y la sangre teñía de rojo su alba indumentaria. El hechicero creyó percibir que invocaba a Paladine, pero si en realidad lo hizo, la enfervorizada barahúnda que formaba la plebe le impidió entender el contenido de sus plegarias. Además, la fe de la mujer sufría un menoscabo proporcional al de su cuerpo.

Tanis avanzó hacia la convicta con una llameante antorcha en la mano. Antes de cumplir su cometido, se giró hacia Raistlin y le conminó:

—Presencia su destino y verás el tuyo.

—¡No! —El mago forcejeó con su aprehensor, pero Caramon no se inmutó.

Encorvando la espalda, el juez y verdugo arrojó la tea sobre la leña rociada con aceite. La combustión fue instantánea. El fuego se extendió rápidamente y prendió en el inflamable tejido del vestido femenino. Un alarido de la prisionera, más estentóreo que el crepitar de la fogata, hirió los tímpanos del mago. Al mismo tiempo, la ajusticiada estiró el cuello para dedicarle una postrera mirada. Al leer el dolor y el pánico en sus pupilas, al descubrir también el amor que le profesaba, el corazón de Raistlin se consumió en una hoguera más abrasadora que la que ningún mortal era capaz de encender.

—Si quieren magia se la brindaré, y a raudales —decidió el trastornado espectador.

Sin proyectar de antemano sus acciones, el hechicero apartó al perplejo hombretón y, ya libre, elevó los brazos al cielo. Fue un impulso instintivo; pero, en el mismo momento de darle rienda suelta, las frases arcanas penetraron en sus entrañas para no huir nunca más.

Un relámpago se formó en las yemas de sus dedos y, veloz, acometió contra las nubes que flotaban en el ahora rojizo cielo. Aquéllas respondieron con una descarga idéntica, fulminando el terreno a pocos pasos del hechicero.

En su afán por comprobar el efecto que, de rebote, podían haber producido otros proyectiles sobre la plebe, Raistlin se volvió. No había nadie. Sus conciudadanos habían desaparecido como si jamás hubieran existido.

— ¡Ah, mi Reina! —exclamó. Y las carcajadas salieron como burbujas de su boca.

El regocijo invadió su alma a medida que el éxtasis de su magia ensanchaba sus venas. Al fin comprendía su gran necedad y también, en una indisociable ilación, la maravillosa perspectiva que se le ofrecía.

Había vivido en una falacia, concebida por él mismo. Tas le dio en Zhaman la clave del enigma, pero él no se dignó recapacitar. Durante las fatigosas pláticas sostenidas en los calabozos de la fortaleza, el kender le había comentado que no tenía más que visualizar un paraje, auténtico o inventado, y sería transportado en un santiamén. O, mejor dicho, no podía garantizar si era su persona quien viajaba o a la inversa, su ensoñación la que volaba hacia el lugar invocado. En su vagabundeo, había recorrido, así, todas las ciudades que visitara en sus correrías; las reconocía y al mismo tiempo, le parecían distintas, nuevas.

«Comprendí, a raíz de estas declaraciones, que el Abismo era un reflejo del mundo, y emprendí mi deambular. Me equivoqué —admitió en su fuero interno—. No se contempla esta sima en el espejo del universo material, sino en el de mi cerebro, de tal manera que soy yo quien la forjo e, inevitablemente, la desvirtúo a través de mi visión peculiar. ¡Lo que he estado haciendo todo este tiempo ha sido internarme en las regiones más ocultas de mi pensamiento! »La Reina está en la Morada de los Dioses —se dijo— sólo porque mi voluntad la emplazó allí; ese lugar se aproximará o alejará a mi antojo. Mi magia no funcionaba debido a mi flaqueza, a las dudas que abrigaba sobre su eficacia, y no a consecuencia de una prohibición de la soberana. ¡He estado a punto de derrotarme a mí mismo, engañado por una absurda patraña! Pero ahora se ha iluminado mi entendimiento, Majestad, sé que puedo triunfar. La Morada de los Dioses constituye una etapa marginal y también un avance directo hacia el Portal, según yo lo determine.»

—Raistlin.

La voz que le llamaba era queda, la de una agonizante exhausta y vencida. El archimago giró la cabeza y, reanudando sus deliberaciones desde el punto de partida, constató que la turba se había evaporado en efecto, porque nunca existió. El pueblo, la comarca, el continente, todo cuanto había imaginado se desvaneció en etéreos vapores. Se erguía en una nada monótona, ondulante, en la que la bóveda celeste se hermanaba con la esfera terrenal al estar ambas envueltas en un halo fantasmagórico. La imprecisa línea del horizonte era equiparable al fino tajo de un cuchillo entre dos masas incandescentes.

Sin embargo, un objeto perduraba en aquel desierto vacío de ideas: la estaca de madera. Circundada de ascuas, se silueteaba contra el purpúreo firmamento cual una siniestra torre exenta, sin trabas que la vinculasen a ningún entorno ni episodio. Una

figura yacía en su base, una mujer que en su día debió de ataviarse de blanco, pero que ahora no vestía sino andrajos ennegrecidos. El olor a carne chamuscada que despedía era intenso.

El hechicero fue hacia ella y, arrodillándose junto a las todavía ígneas cenizas, examinó a la yaciente.

—¿Crysanía?

—¿Eres tú, Raistlin? —indagó la mujer en un plañido lastimero.

La sacerdotisa tenía la tez espantosamente llagada. Sus ojos giraban fuera de las órbitas, ciegos, de un lado a otro y también su mano, poco más que una pezuña informe, palpaba el aire en busca de un objeto por el que orientarse. Al notar los dedos de su compañero sobre la maltrecha a mano, lloró desconsolada:

— ¡Mi vista se ha empañado! No hay en mi derredor más que tinieblas. ¿Seguro que eres tú?

—Sí —confirmó él.

—Raistlin, he fracasado —siguió lamentándose la mujer.

—No, Crysanía —discrepó el mago con un tono frío, regular, que nada delataba—. Estoy intacto y mis poderes, entretanto, se han fortalecido. Lo cierto es que me siento más imbatible ahora que en ninguna de las experiencias que he afrontado en todas las eras de la historia: lucharé contra la Reina Oscura y la aniquilaré.

Los labios cuarteados, en carne viva, de la sacerdotisa se separaron en una sonrisa, mientras que la mano que sostenía Raistlin incrementaba su escasa presión.

—Mis ruegos han sido atendidos —balbuceó antes de atragantarse, convulsionado su cuerpo por un dolor espasmódico. Cuando al fin recuperó el aliento murmuró algo ininteligible que Raistlin no entendió hasta que se inclinó sobre ella—: Me estoy muriendo. Los tormentos a los que me han sometido sin tregua durante nuestro viaje han reducido mi capacidad de resistencia, la han extinguido. Paladine no tardará en llevarme a su seno. Quédate conmigo, Raistlin, asísteme en este trance.

El interpelado examinó los restos de la criatura que yacía bajo la pira. A causa, quizá, de las emociones que le transmitían sus delicados dedos, se dibujó en su memoria la figura femenina tal como se le presentara en el bosque de Caergoth, en aquella única ocasión en la que estuvo a punto de perder el control y hacerla suya, poseer su piel blanca, su sedoso cabello y sus refulgentes ojos. Rememoró el amor que destilaba, sus propias sensaciones al estrecharla en sus brazos y llenarla de besos.

Una tras otra, Raistlin consumió tales evocaciones. Las incendió con su arte y observó cómo se reducían a rescoldos y humo que el viento dispersaba.

Alargando una mano, se desembarazó de aquella otra mano que le estrujaba como si él fuera su tabla de salvación.

— ¡Raistlin! —suplicó la sacerdotisa, arañando el vacío aire en un ímpetu fruto del terror.

—Has servido mis propósitos, Hija Venerable —la desencantó el nigromante, tan glacial su acento, tan carente de matices, como la hoja de la argénteo daga que guardaba en su muñeca—. El tiempo apremia. Mientras yo me entretengo a tu lado, aquellos que se han aliado para detenerme se encaminan hacia el Portal de Palanthas. He de desafiar a la Reina, librar la última batalla contra sus esbirros y, una vez me alce con la victoria, traspasar el Portal antes de que alguien pueda interceptarme.

—¡Raistlin, no me dejes! —mendigó la mujer, sorda a sus explicaciones—. ¡No permitas que perezca sola en la negrura!

Reclinándose en el Bastón de Mago, cuyo pomo reverberaba ahora con una luz radiante, deslumbradora, el hechicero se puso de pie.

—Adiós, Hija Venerable —se despidió con un susurro quedo, siseante—. Ya no

te necesito.

Llegaron a los oídos de Crysania unos crujidos de tela, inconfundible síntoma de que Raistlin había partido. Al revoloteo del borde de su túnica se sumaron los acompasados baques del bastón, a la vez que en peculiar armonía con el asfixiante hedor, con los acres efluvios de carne socarrada, una fragancia de pétalos de rosa impregnaba las vías olfativas de la mujer.

Luego el silencio descendió como una losa, una quietud que atestiguaba la marcha de su ídolo. Estaba sola, la vida oscilaba en sus venas del mismo modo que sus más íntimas ilusiones parpadeaban en su mente para, despacio, apagarse.

Solostoran, el clérigo elfo, había pronunciado su augurio poco antes de la hecatombe de Istar, había profetizado que recuperaría la visión cuando la cegasen «unas tinieblas infinitas». La sacerdotisa habría roto en llanto al asaltarle tales recuerdos, pero el fuego había destruido sus lágrimas y la fuente de la que manaban.

—Tenía razón aquel eclesiástico, mis ojos se han abierto al cerrarse —dialogó con las brumas—. ¡Cuan clara es ahora mi percepción! Me he confeccionado mi propia fábula, y he sucumbido a ella. Nunca significué nada para Raistlin, tan sólo fui un peón que movía a su capricho en un inmenso tablero de juego. Y lo peor de todo es que también yo utilicé al nigromante —gimió—. Nuestros intercambios, sus promesas, exacerbaban mi orgullo, mis ambiciones. Mi oscuridad ensombrecía la suya y, en esta hora en la que me abandona, está perdido. Le he empujado a su perdición, porque, si elimina a la Reina, la reemplazará y se investirá de su infame poderío.

Vuelto el rostro hacia un cielo que le estaba negado contemplar, exhaló un aullido agónico:

— ¡He sido impía, Paladine! Me he pervertido a mí misma y he perjudicado al mundo. Pero ¡oh, mi dios!, ¿sobre quién caerán mis errores más que sobre él?

Postrada en la oscuridad eterna, su corazón lloró en sustitución de sus resecos lagrimales.

—Te amo, Raistlin —confesó—. Nunca pude revelártelo, pues ni yo misma aceptaba la evidencia. —Sacudió la cabeza, agarrotado su ser por un sufrimiento más desolador que el que le infligieran las llamas—. ¿Habría cambiado algo si hubiera tenido el valor suficiente para sincerarme?

Se amortiguó el acceso de dolor, al unísono con su conciencia. Se diría que Crysania se deslizaba hacia una órbita donde nada contaba, ni sus avatares ni su actual decadencia.

«Por suerte, voy a morir —se alegró mentalmente—. Acuda raudo el ocaso, termine mi amarga tortura.»

Concluida su oración, le llegó el momento de arrepentirse.

—Perdóname, Paladine. —No le quedaba aliento para recitar una letanía, así que respiró hondo y apostilló—: Perdóname, Raistlin.

CÁNTICO DE CRYSANIA

Agua que del polvo surge,
polvo que hacia el agua va,
que forma continentes, abstractos como el color
para los ojos ciegos, para el tacto de una mujer altiva,
Hija de Paladine, que sólo sabe de textura, de olor.
De las aguas un país nace,
una tierra imposible
cuando al principio en los rezos se imagina,
donde el sol es, como los mares y estrellas, invisible,
y la divinidad en el código del aire se difumina.

Polvo que del agua viene,
agua que el polvo invocará.
Y la túnica que en el blanco toda la gama resume,
en la memoria, en regiones ocultas, se imprimirá,
por si vuelve la luz, el arco iris, así se presume.
Un pozo abundante en lágrimas se esboza
en lontananza,
para alimentar el duro trabajo de nuestras manos,
en una esfera siempre fértil de anhelos,
de remembranza,
una esfera donde, redimidos, vivirán un día
los humanos.

Tanis se hallaba en el exterior del Templo, meditando sobre los vaticinios del extravagante mago: «Hay esperanzas, pero debe triunfar el amor».

Se enjugó las lágrimas y meneó la cabeza mientras se repetía, afligido, que en esta ocasión no se cumplirían los estimulantes presagios de Fizban. El amor nunca desempeñó un papel en aquel juego. Raistlin manipuló los nobles sentimientos de Caramon, succionó toda su esencia hasta aplastarle y reducirle a una masas de mantecosos rollos y aguardiente enanil. El mármol tenía más capacidad de albergar sentimientos que Crysania, la doncella estatua y, en cuanto a Kitiara, ¿acaso alguna vez buscó relaciones que no presidiera la lujuria?

Se reconvino a sí mismo por pensar en su antigua amante. No era su intención revivir su pasado juntos, su idilio, pero bastaba que se propusiese recluir los recuerdos en un inaccesible departamento de su alma para que una luz los enfocase y brillara esplendorosa sobre ellos. Sorprendió a su mente en el acto de remontarse a su primer encuentro en la espesura próxima a Solace, donde, al descubrir el semielfo a una mujer que defendía su vida contra unos goblins, corrió a rescatarla y la dama, airada, se revolvió frente a su salvador y le acusó de estropear su pasatiempo.

Tanis quedó cautivado. Hasta entonces sus únicos galanteos fueron los que había dedicado a Laurana, una delicada muchacha elfa, pero fue un romance que sólo podía calificarse de infantil. La joven y él habían crecido juntos, después de que el padre de la Princesa —tal era el título que ostentaba la deliciosa criatura— adoptara al bastardo semielfo, por razones caritativas, al morir su madre en el alumbramiento. Se debió, en parte, a la pueril infatuación de Laurana respecto a su pretendiente, un enlace que su progenitor nunca habría aprobado, la determinación de éste de abandonar su patria y lanzarse a viajar a través del mundo en compañía del viejo Flint, el enano herrero.

Evidentemente, en su plácida adolescencia, Tanis no había conocido a nadie como Kitiara, descarada, pependciera, embrujadora y sensual. No se esforzó la muchacha en disimular que el joven le atraía, pese a su inoportuna irrupción en lo que ella denominaba sus «pasatiempos». Una batalla lúdica entre ambos culminó en una noche de pasiones desatadas bajo las mantas de Kit y, tras este escarceo, gozaron de muchas horas en la intimidad, tanto en sus excursiones en solitario como cuando se desplazaban con sus amigos, Sturm Brightblade y los hermanastros de ella, Caramon y su frágil gemelo Raistlin.

Al oír, como si fuera ajeno, que un suspiro escapaba de su garganta, procuró contener sus ensoñaciones. Precipitó las imágenes en la celda de donde no deberían haber salido, cerrando y atrancando la puerta. Kitiara nunca le amó, no representó para aquella devoradora de hombres más que un simple entretenimiento. En cuanto se presentó la oportunidad de conseguir lo que de verdad la motivaba, el poder, le dejó sin la más leve vacilación. No obstante, y pese a nacerse todas estas reflexiones, Tanis no había terminado de girar en su cerradura la llave de su espíritu cuando, una vez más, la voz de la dignataria retumbó en sus entrañas. De nuevo profirió las frases que le dirigiera la noche en la que la Reina de la Oscuridad fue expulsada del mundo, la noche en la que la Señora del Dragón, infiel a su soberana, les había ayudado a evadirse a él y a Laurana: «Adiós... recuerda que sólo me guía el amor.»

Una lóbrega figura, que más se asemejaba a la encarnación de su propia sombra, apareció al lado del semielfo. Éste dio un respingo, causado por el repentino e irracional temor de que se tratase de una ilusión de su subconsciente. Pero se equivocaba. El supuesto fantasma que se había materializado de la nada le saludó lacónicamente y Tanis comprendió que era una persona, un ser de carne y hueso. Más todavía, le identificó como Dalamar. Expelió una bocanada de aire para relajarse. Le inquietaba la probabilidad de que el elfo oscuro se hubiera percatado de cuán abstraído se hallaba en

sus cábalas, que hubiera adivinado incluso el objeto de su agitación. Aclarándose una inoportuna ronquera, observó al nigromante y le consultó:

—¿Acaso Elistan...?

—¿Ha muerto? —concluyó el otro al advertir su angustia—. No, aún no. Pero he presentido la intromisión de alguien cuya presencia no iba a resultarme grata y, como mis servicios no eran requeridos, he optado por retirarme.

Deteniéndose sobre el césped, por el que había echada a andar, el semielfo sometió a su oponente a un prolongado escrutinio. Dalamar no se cubría con la capucha. Sus rasgos eran plenamente visibles en el sereno anochecer.

—¿Por qué lo has hecho? —le interrogó a bocajarro.

El hechicero se detuvo también sobre sus pasos y, mirando a su acompañante con una sonrisa indefinible, le invitó a concretar:

—¿Por qué he hecho qué?

—Acudir a la cabecera de Elistan, aliviar su dolor —le explicó Tanis, y señaló la hierba circundante—. Por lo que he podido comprobar, pisar este recinto equivale, en tu caso, a subir al patíbulo de los condenados. Además —agregó, y se endureció su expresión—, me cuesta creer que a un pupilo de Raistlin le preocupe el devenir de un congénere, ni siquiera su agonía.

—Cierto —parafraseó el mago—, a un alumno del *shalafi* le tiene sin cuidado lo que pueda sucederle al clérigo. Desde un punto de vista personal, me es indiferente, pero eso no implica que no posea mi propio código del honor. Me enseñaron a pagar mis deudas, porque la gratitud es una forma de dependencia que siempre rechacé. ¿Concuerda, a tu juicio, esta postura con la conducta habitual del maestro?

—Sí, pero... —quiso objetar el semielfo.

—Te repito que he saldado una cuenta, eso es todo —le atajó el aprendiz.

Mientras reanudaban su paseo por aquel tramo de verdor, el héroe atisbo una contracción en el semblante de su compañero. Era ostensible que el oscuro personaje ansiaba abandonar aquellos hostiles parajes, porque aceleró tanto la marcha que el antiguo aventurero hubo de forzar su paso para no quedarse rezagado.

—Verás —le desveló Dalamar el misterio—, Elistan visitó una vez la Torre de la Alta Hechicería para ayudar al *shalafi*.

—¿A Raistlin? —se aseguró Tanis, tan anonadado que hizo un alto.

Pero el acólito no le imitó, por lo que hubo de apresurarse para no perderse ningún detalle.

—Sí —estaba diciendo el narrador, concentrado en su historia y sin que al parecer le importase la audiencia—, es un secreto que nadie conoce, ni aun el mismo afectado. El maestro enfermó hace poco más de un año. Cayó en estado de coma, y me asusté. Como estaba solo y soy una perfecta nulidad en dolencias, mandé aviso a Elistan.

—¿El Hijo Venerable curó a esa criatura? —se asombró su interlocutor.

—No. —Acompañó la sucinta negativa confín gesto, y su larga melena negra se esparció alrededor de los hombros—. El mal que aqueja a Raistlin no tiene remedio. Es la secuela de un sacrificio que hizo a cambio de enriquecer su erudición arcana. Pero Elistan logró calmar la violencia de sus ataques y proporcionarle descanso. Y, ahora, yo me he librado de un deber.

—¿Tanta ley le tienes al archimago? —indagó, dubitativo, su oyente.

—No me vengas con monsergas —le reprochó Dalamar, en un exabrupto fruto de la impaciencia. Estaban en el límite del cuidado césped y las sombras del anochecer se alargaban cual dedos que, benéficos, hubieran de entornar los párpados de los infelices— Al igual que Raistlin, únicamente guardo fidelidad a nuestro arte y la

soberanía que otorga. Por adueñarme de sus misterios, renuncié a mi pueblo, a mi hogar y a mi herencia, me zambullí de manera voluntaria en el universo de las tinieblas. Él es mi *shalafi*, mi instructor, mi maestro, su sapiencia y habilidad no hallarían parangón aunque retrocediéramos a eras remotas —ensalzó al amo de la Torre—. Cuando me ofrecí como espía frente al cónclave, era consciente de que mi vida pendía de un hilo, pero se me antojó un precio irrisorio si en contrapartida podía instalarme en su morada y estudiar con tan dotado tutor. Su pérdida será algo irreparable. Siempre que pienso en lo que he de hacerle, en que la información que ha recabado y la experiencia que ha adquirido se perderán en el momento de su muerte, estoy tentado de...

—¿De qué? —le instó Tanis, hostigado por un súbito resquemor—. ¿De dejar que realice sus designios? Sé franco, Dalamar, y contesta a estas preguntas: ¿Estás en situación de impedir su regreso? ¿Quieres evitar que cruce el Portal?

Habían llegado al extremo de los jardines del Templo. Una agradable penumbra alfombraba el terreno, se anunciaba una velada cálida, fragante, perfumada por los brotes que precedían a las nuevas manifestaciones de vida. Entre los macizos del seto, en las ramas del álamo, algunos pájaros trinaban somnolientos, mientras que en la ciudad los farolillos ardían enmarcados en las ventanas para guiar el retorno a casa de los seres queridos. Solinari refulgía en el horizonte, cual si los dioses hubieran encendido su propio candil en su afán de eclipsar la oscuridad. Un retazo de gélida negrura en la benigna, aromática atmósfera atrajo a Tanis. Y supuso que allí estaba enclavada la Torre de la Alta hechicería, tétrica e imponente, sin acogedoras velas que oscilasen tras los cristales. Se preguntó quién o qué aguardaba al acólito en aquella lóbreguez.

—Permíteme que te hable de Portales —repuso Dalamar al rato, respetuoso hasta entonces del silencio, pero ajeno a la belleza que tanto solían valorar los de su raza—. Te ilustraré, tal como el *shalafi* hizo conmigo —propuso al semielfo a la vez que, por mimetismo, su vista se fijaba en la mole donde residía. Siguiendo ahora su propia iniciativa, desvió los ojos hacia la estancia de la cúspide e inició su exposición—. En el laboratorio del piso superior de ese edificio hay una puerta sin cerrojo ni pestillo. Cinco cabezas de dragones, todas ellas metálicas, adornan la arcada. Si te asomas al otro lado, no vislumbrarás más que un vacío insondable, mientras que las figuras reptilianas son frías al tacto, simples máscaras esculpidas, si das crédito a las apariencias. Acabo de describirte el Portal —recapituló, no sin cierta teatralidad—. Existe otro de características análogas en la Torre hermana de Wayreth y, en cuanto al tercero, el de Istar, todo indica que fue destruido en el Cataclismo. El de Palanthas fue trasladado a la fortaleza mágica de Zhaman a fin de protegerlo del populacho y del Príncipe de los Sacerdotes, que intentó instalarse en la mole hace ya algunas centurias. Al derrumbar Fistandantilus el alcázar de Zhaman, el arcano acceso fue restituido a su emplazamiento de origen, es decir, esta ciudad. Creado tiempo atrás bajo los auspicios de hechiceros que anhelaban disponer de vías rápidas de comunicación entre ellos, a la larga sobrepasó tan elementales proyectos. En sus exploraciones, un alocado miembro de la Orden viajó a otro plano.

—Al Abismo —intervino Tanis.

—En efecto —confirmó el aprendiz—. Era ya demasiado tarde cuando los hechiceros se dieron cuenta de los peligros que entrañaba el hallazgo, de su magnitud. Tras interminables asambleas, dedujeron que si alguien de nuestra órbita vital se infiltraba en el Abismo y volvía a través del Portal propiciaría la introducción en el mundo de la Reina de la Oscuridad, le abriría la brecha que ella acecha durante siglos. Así, con el concurso de los clérigos de Paladine los exponentes de las Tres Túnicas tomaron medidas, que juzgaron infalibles, para que nadie se catapultara a los dominios de la soberana. No estaba en su mano clausurar el paso. De modo que exigieron como

condición insoslayable que sólo un ente de arraigadas virtudes maléficas, que hubiera hipotecado su alma a tan temible señora, entrara en el secreto de los esotéricos encantamientos destinados a franquearle la entrada en el más allá. Y aún fueron más lejos en sus requerimientos. Decidieron que quien mantendría despejado el puente entre ambas esferas sería alguien puro en el Bien, capaz de confiar en su contrapunto perverso, pese a ser éste el único mortal que no merecía tal honor.

—Raistlin y Crysania —apuntó el otro.

—En su infinita sabiduría —prosiguió Dalamar esbozando una cínica sonrisa—, los magos y los clérigos pasaron por alto la posibilidad de que el amor, un sentimiento vulgar, diera al traste con sus magnos designios. Te he contado toda esta historia para convencerte, semielfo, de que estoy obligado a detener a Raistlin cuando intente volver al mundo, ya que la Reina de la Oscuridad estará en la retaguardia.

Ninguna de las plausibles aclaraciones del acólito, sin embargo, disipó las dudas de Tanis. Era evidente que el elfo oscuro estaba alerta y se hacía cargo del riesgo, que actuaba con plena serenidad, pero...

—¿Podrás imponerte a él? —insistió.

Prendió su mirada, sin premeditación, en el pecho de su interlocutor, donde había visto cinco estigmas grabados al fuego en la carne. Al reparar en el instintivo gesto del semielfo, el hechicero se llevó, también en un impulso reflejo, la mano al torso. Sus iris se ensombrecieron, como embrujados por una presencia que sólo él percibía.

—Semielfo —dijo, una invocación que prologaba una nueva parrafada—, voy a ser sincero contigo. Si mi *shalafi* conservara intactas, íntegras sus facultades en el instante de acometer el Portal, he de admitir que no, nada podría hacer para obstaculizar su avance. Ni yo ni nadie. Pero, no será ésa la circunstancia, dado que Raistlin habrá invertido una parte de sus energías en destruir a los esbirros de la Reina y en forzarla a ella a un combate singular. Estará débil, quizá malherido. Su única esperanza residirá en embaucar a su adversaria de tal modo que ella descienda a su plano. El nigromante hará entonces acopio de poder y la soberana, por el contrario, se encontrará en inferioridad. El maestro prevalecerá en la contienda. Pero a consecuencia del detrimento que habrá sufrido durante su odisea, yo tendré la oportunidad de vencerlo. Podré y querré hacerlo —subrayó.

Al detectar, todavía, un amago de incertidumbre en la expresión de Tanis, el aprendiz mudó su sonrisa en una mueca y planteó el argumento definitivo.

—Escúchame, semielfo —apostilló—, me han ofrecido lo suficiente para que ponga en tal misión todo mi empeño.

Y, concluida esta frase, murmuró la fórmula de un hechizo y desapareció. Pero, después incluso de esfumarse, su insinuante voz de elfo resonó en el apacible ambiente nocturno.

—Has contemplado el sol por vez postrera —sentenció—. Raistlin y Su Oscura Majestad se preparan. Ella reúne sus ejércitos espectrales, él la incita a la liza. Estalla el conflicto. No habrá un nuevo amanecer.

10

La última jugada

—Volvemos a encontrarnos, Raistlin.

—Así es, mi Reina.

- ¿Te inclinas ante mí, mago?
—Te rindo un último homenaje.
—También yo te saludo con respeto.
—Es un honor excesivo el que me concedes. Majestad.

—Al contrario. He observado tu juego con el más vivo placer y he constatado que respondías a cada uno de mis movimientos mediante otro igualmente certero. En más de una ocasión, has arriesgado todo cuanto poseías a cambio de cobrar una sola pieza. Has demostrado ser un contrincante habilidoso, y la partida me ha aportado un inesperado entretenimiento. Pero ahora, digno rival, ha llegado la hora del jaque. Te queda en el tablero el rey, remedo de tu persona, y en el lado opuesto se alinean mis peones, mis tropas, investidas de su máximo poder. Aunque mis legiones te superan, me satisface tu actuación y he resuelto concederte una gracia.

»Regresa junto a la sacerdotisa. Yace moribunda, sola, azotados su mente y su cuerpo por una tortura como las que nadie, sino yo, puede infligir. Vuelve a su lado, arrodíllate, tómalas en tus brazos y estréchala entre ellos. El manto del olvido se desplegará sobre ambos, os cubrirá con tanta dulzura que, arropado en él, te abandonarás al vacío y hallarás descanso eterno.

- Mi Señora...
—Niegas con la cabeza. ¿Rehusas acaso?

—Takhisis, Gran Soberana, agradezco tan generoso ofrecimiento. Pero participo en este juego, como tú lo llamas, para ganar. Llegaré hasta el final, sea cual fuere.

— ¡Uno muy cruel para ti, no lo dudes! Te he dado la oportunidad a la que te hacían acreedor tu sapiencia y tu osadía. ¿Te obstinas en despreciarla?

- Su Majestad es demasiado desprendida. No merezco tan delicada atención.

—¿Te burlas de mí, insensato? Adopta esa mueca, grotesca réplica de una sonrisa, mientras puedas, porque cuando cometas un desliz o incurras en un fallo, por leve que éste sea, me abalanzaré sobre ti. Hincaré las uñas en tu carne y, al sentir su contacto, mendigarás el alivio de la muerte. No lo obtendrás. Los días duran eones en mis dominios, Raistlin Majere, y no pasará uno solo en el que no venga a visitarte en tu mazmorra, la de tu propio pensamiento, para que sigas divirtiéndome como has hecho hasta ahora. Te atormentaré en materia y en espíritu. Y seré tan despiadada, que al concluir cada sesión perecerás a causa de los insoportables dolores; sin embargo, no llegará la noche infinita, porque te devolveré a la vida en el instante del tránsito. No conciliarás el sueño, guardarás vela en escalofriante anticipación de la próxima jornada. En cuanto claree, tras el intervalo de oscuridad que en nada ha de beneficiarte, será mi rostro lo primero que veas.

»Advierto que palideces, mago. Tu frágil cuerpo se estremece, tus manos tiemblan y tus ojos se dilatan de miedo. ¡Póstrate ante mí y suplica el perdón!

- Mi Reina...
—¿Cómo? ¿Aún no te has arrodillado?

—Mi Reina, te toca a ti jugar.

11

La ciudadela flotante

— ¡Cuan encapotado está el cielo! —refunfuñó Gunthar—. Si hemos de tener tormenta, ojalá se desate cuanto antes y acabemos de una vez.

«Vientos de pésimo augurio», barruntó Tanis. Pero prefirió no exteriorizar sus

pensamientos, como tampoco había comunicado a nadie su entrevista con Dalamar, sabedor de que el coronel no creería una palabra de lo explicado por el aprendiz.

El semielfo tenía los nervios de punta. Hallaba cierta dificultad en tratar con paciencia al caballero, quien, aunque protestaba por el tiempo, parecía en plena forma. Parte de su desazón se debía al extraño aspecto del cielo. Aquella mañana, según preconizara el hechicero, no despuntó mediante lo que cabe designar como un amanecer. En lugar del alba, tiñó la bóveda celeste un cúmulo de nubes entre el escarlata y el azul, que, salpicado de matices verdosos y el intermitente relumbrar de los relámpagos, bullía sobre sus cabezas en un multicolor vaivén. El viento que trajo tan densa borrasca se disipó en cuanto la hubo depositado y, al no caer una gota de lluvia, la atmósfera se enrareció hasta hacerse tórrida y agobiante. Mientras efectuaban su ronda a través de las almenas de la Torre del Sumo Sacerdote, los centinelas, enfundados en sus pesadas cotas de malla, se secaban el sudor de las sienes e intercambiaban reniegos contra las tempestades primaverales.

Sólo dos horas antes, Tanis estaba en Palanthas, dando incesantes vueltas entre las sedosas sábanas del lecho que presidía el aposento de huéspedes de la mansión de Amothus, mientras ponderaba los augurios de Dalamar. Había pasado despierto casi toda la noche, abstraído en tales meditaciones y con la mente puesta, también, en Elistan.

En efecto, poco después de la medianoche había llegado a palacio la noticia de que el clérigo de Paladine había dejado este mundo para volar a otro plano de existencia, incorpóreo e inundado de luz. Había expirado en paz, acunado por un afable pero estrafalario anciano, que, tras personarse en circunstancias misteriosas, se había evaporado de un modo no menos singular. Preocupado a causa de las advertencias del pupilo de Raistlin, diciéndose también que había visto perecer a demasiadas personas poseedoras de su estima, el semielfo fue víctima del insomnio.

Acababa de zambullirse en un exhausto sopor, ya de madrugada, cuando arribó un emisario a sus dependencias. El mensaje que portaba era conciso y apremiante. Rezaba así:

«Tu presencia es requerida de inmediato. Torre del Sumo Sacerdote.

«Caballero Gunthar uth Wistan.»

Tanis se refrescó mediante un somero aseo. Luego despidió a uno de los obsequiosos criados del Señor de la ciudad, que pretendía ajustar las hebillas de su pectoral, y se vistió él mismo. Dando tumbos, recorrió después los corredores del edificio, rehusando con la mayor cortesía posible el ofrecimiento de Charles de improvisarle un desayuno. En el exterior, le aguardaba un joven Dragón Broncíneo, que se presentó como ígneo Resplandor, aunque, entre los reptiles, su nombre secreto era Khirsah.

—Conozco a dos de tus amigos, Tanis el Semielfo —dijo el animal mientras sobrevolaban la dormida urbe, impulsados por sus membrudas alas—. Tuve el privilegio de participar en la batalla de las Montañas de Vingaard portando sobre mi grupa a Flint Fireforge, el enano, y al kender Tasslehoff Burrfoot.

—Flint murió —respondió el jinete con tono de tribulación, empañadas sus pupilas. Al evocar a su compañero, no pudo por menos que repetirse que había asistido a excesivas muertes, todas deplorables.

—Fui informado de tan triste suceso —corroboró el Dragón, respetuoso—, y me apené al enterarme. No obstante, el enano gozó de una vida rica en afectos y peripecias. Imagino que el ocaso debe de ser el último honor para una criatura como él.

«He aquí la filosofía del conformista —caviló Tanis—. Quizá sería aplicable al caso que se refiere, pero ¿y a Tasslehoff? El kender fue un ser jovial, ingenuo y bondadoso, que lo único que pedía a la existencia era alguna que otra aventura y un saquillo repleto de tesoros. Si es verdad, como Dalarnar me dio a entender, que Raistlin le eliminó, ¿qué tuvo su muerte de honorable? Y Caramon —prosiguió en una alusión inevitable—, infeliz borrachín, ¿vio en su horrible final a manos de su gemelo una gracia o la puñalada que coronaba sus miserias?»

Sumido en tales elucubraciones, en antiguas nostalgias, le venció el cansancio. Cayó, flácido, sobre el lomo de Khirsah y no salió de su letargo hasta que el reptil descendió sobre el patio de la Torre. Oteó entonces el recinto, y su ánimo no renació precisamente al recapacitar que había cabalgado con la muerte para descubrir, ya en su destino, que ésta aún le escoltaba. En el paraje estaba sepultado Sturm, otro «honroso» cadáver.

En tal estado de cosas, es superfluo mencionar que el semielfo no exhibía su mejor humor cuando le introdujeron en las cámaras privadas de Gunthar, situadas en uno de los elevados torreones que flanqueaban la mole. Desde aquella atalaya, se divisaba un espléndido panorama, tanto del cielo como de las tierras colindantes. Al asomarse a la ventana y contemplar las nubes, con la creciente sensación de que vaticinaban ominosos eventos, quedó tan impresionado que tardó unos segundos en percibir que el dignatario había entrado en la antecámara donde aguardaba y se dirigía a él.

—Disculpa, estaba distraído —se excusó, dando media vuelta hacia su anfitrión.

—¿Te apetece un té con canela? —le ofreció éste, al mismo tiempo que le tendía un cuenco donde borboteaba el sabroso brebaje.

—Te lo agradezco —aceptó Tanis sin remilgos y lo ingirió de una sentada. Estaba tan necesitado de un tónico que calentara su estómago, que ni siquiera se percató de que se había quemado la lengua.

Aproximándose a su huésped, fija la mirada en la conflagración meteorológica que se perfilaba en las alturas, Gunthar sorbió su té, con una calma que exasperó al semielfo hasta infundirle el deseo de arrancarle los mostachos.

—¿Por qué me has mandado llamar? —inquirió el visitante en tono perentorio, aunque sabía de sobra que el caballero no renunciaría a cumplir con la ancestral prosopopeya propia de su Orden antes de abordar la cuestión—. Elistan ha cesado de existir —rectificó, rendido a la evidencia.

—Sí, anoche enviaron una nota desde Palanthas —asintió el mandatario—. Mi hermandad celebrará unas exequias en su memoria, si nos es posible hacerlo.

Tanis tragó saliva, de forma tan precipitada que se atragantó. Sólo un acontecimiento podía impedir a los Caballeros de Solamnia consagrar una ceremonia fúnebre a un sacerdote de Paladine, su dios: la guerra.

—¿Permiten? —recalcó—. Si empleas semejante término, es porque algo muy grave está ocurriendo en Sanction. ¿Acaso los espías...?

—Nuestros espías han sido asesinados —le interrumpió Gunthar, desapasionado su acento, como si, por una paradoja nada infrecuente, ocultara una tremenda emoción.

— ¡No puede ser! —se horrorizó el héroe.

—Sus cuerpos mutilados fueron transportados por Dragones Negros a la fortaleza de Solanthus y arrojados sobre su patio —resumió el adalid humano—. Fue ayer por la tarde, antes de que cubriera el cielo este banco nuboso que constituye un perfecto escudo protector para los reptiles y...

Enmudeció, arrugando el entrecejo y ojeando la extensión de mullida textura que les oprimía.

—¿Y quién? —le instó su interlocutor, con el alma en vilo.

En su mente comenzaba a tomar cuerpo un presentimiento. Se sirvió un poco más de té, que derramó a causa de su vacilante pulso. Inseguro, depositó el tazón en la repisa interior de la ventana.

Gunthar se atusó los bigotes, a la vez que se hundían más todavía los surcos de su frente.

—Se han difundido por el territorio unos misteriosos rumores, procedentes primero de Solanthus y luego de Vingaard —manifestó.

—¿De qué clase? ¿Qué han visto en esos parajes?

—No se trata de lo que hayan visto, sino de lo que han oído —puntualizó Gunthar—. Al parecer, han cargado el ambiente unos curiosos sonidos originados en las nubes, quizás encima de ellas.

—¿Dragones? —indagó Tanis, rememorando la descripción que hiciera Riverwind del sitio de Kalaman.

Su contertulio meneó la cabeza negativamente, y trató de precisar:

—Más bien era una mezcla de voces, risas, puertas que se abrían y cerraban, ajeteo de pisadas, crujidos...

— ¡Estaba seguro! —rugió el semielfo, y descargó el puño sobre la repisa del ventanal—. ¡Sabía que Kitiara tenía un plan, no podía ser de otro modo! Ha puesto en movimiento una ciudadela flotante —dictaminó mientras, pesaroso, estudiaba la turbulencia climática.

A su lado, el coronel exhaló un prolongado suspiro y declaró:

—Te dije que respetaba a esa Señora del Dragón, Tanis, aunque como tú bien señalaste no la temía lo suficiente. Ha resuelto de un solo golpe sus problemas de maniobrabilidad y abastos, ya que transporta a las tropas sin interferencias y lleva todos los suministros que necesita, sin necesidad de recurrir a vulnerables caravanas. Además, esta Torre fue concebida como un bastión defensivo contra los ataques terrestres, pero ignoro su capacidad de resistencia al acoso de una de las ciudadelas. En Kalaman los draconianos se arrojaron desde la plataforma voladora y, gracias a sus flexibles alas, descendieron hasta las calles y sembraron la muerte. Grupos de nigromantes les reforzaron expeliendo bolas de fuego, a la vez que los reptiles del Mal prestaban su concurso a las huestes desplegadas.

»No intento insinuar —agregó con firmeza— que los miembros de mi Orden están desvalidos frente a un asedio desde el aire. Incluso les auguro la victoria, pero, a qué engañarnos, la lucha será mucho más ardua y trabajosa de lo que había previsto. He reajustado mi estrategia —explicó a su interesado oyente— apoyándome en el caso de Kalaman. Si aquella urbe sobrevivió a la arremetida de la ciudadela fue porque no se dejó dominar por el pánico y aguardó hasta que se hubieron lanzado la mayor parte de las tropas enemigas para, de manera organizada, enviar a sus hombres armados a lomos de los Dragones y asumir el control de la plataforma casi vacía. Nosotros distribuiremos el grueso de los caballeros en el recinto, con el fin de contener la embestida de los draconianos que caigan sobre la guarnición. Pero siguiendo la pauta de aquel otro enfrentamiento, he destacado a un centenar que, a la grupa de Dragones Broncíneos, emprenderán el vuelo en el momento oportuno y asaltarán la ciudadela.

Tanis admitió la prudencia de la estratagema. Riverwind le había relatado la batalla a la que aludía ahora su interlocutor, y era cierto que se había desarrollado tal como él la evocaba. Sin embargo, hubo en el desenlace una diferencia de matiz, pequeña pero de suma importancia. Los habitantes de Kalaman no retuvieron en su poder la ciudadela flotante; se limitaron a imponerle una rápida retirada. Al comprobar que sus adversarios tomaban la mole suspendida sobre sus cabezas, los draconianos

abandonaron la liza en tierra y, recuperando sin dificultad su mejor herramienta bélica, la condujeron de nuevo a Sanction y, bajo los auspicios de Kitiara, recompusieron sus desperfectos. Se disponía el semielfo a subrayar este hecho en voz alta cuando Gunthar, ajeno a sus cábalas, se le adelantó.

—Esperamos que la ciudadela haga su aparición en cualquier instante —aseveró, sereno, sin miedo—. No tardará en...

—¡Allí! —le atajó el otro, extendiendo el índice hacia un punto no muy lejano.

El mandatario fijó la vista donde le indicaban y, tras asentir, empezó a tomar medidas.

—¡Que suene la alarma! ¡Prevenid a todos los oficiales! —ordenó a la guardia.

Los clarines rasgaron el aire, secundados por el sordo retumbar de los tambores, y los caballeros ocuparon sus puestos en las almenas de la Torre del Sumo Sacerdote con ordenada eficiencia.

—Hemos permanecido alerta toda la noche —aclaró Gunthar innecesariamente.

Tan disciplinados eran los integrantes de la ancestral hermandad que nadie, con o sin rango, profirió un grito al atravesar la fortaleza voladora el esponjoso muro tras el que se parapetaba y exhibirse a los ojos de sus rivales. Los capitanes hicieron la ronda convenida, impartiendo instrucciones en tonos quedos y, en medio de los prístinos ecos musicales, Tanis oyó el metálico repiqueteo de algunas armaduras, las que vestían los más jóvenes y, por consiguiente, también los más nerviosos. Como prolongación del desafío que se respiraba en la Torre, resonó el batir de varios pares de alas al izarse en el cielo las escuadras de Dragones Broncíneos, que, bajo el caudillaje de Khirsah, formaron un ancho círculo en torno al edificio.

—Menos mal que seguí tu consejo de fortificar la Torre del Sumo Sacerdote, Tanis —agradeció el adalid a su visitante, hablando aún con una parsimonia tan elaborada que despertó el resquemor de éste—. Dada la premura, tan sólo pude congrega a los que estaban en condiciones de acudir sin previo aviso, pero, aun así, he conseguido reunir a unos dos mil. Estamos, por añadidura, bien pertrechados, y no abrigo la menor duda de que protegeremos la mole de la ciudadela —abundó en sus palabras de antes—. Kitiara no tiene espacio para más de un millar de hombres en ese artefacto.

El semielfo deseó fervientemente que su interlocutor no hubiera hecho tanto hincapié en sus posibilidades de éxito. Su insistencia delataba la necesidad de convencerse a sí mismo. Concentrado en el ingenio que se acercaba cual un ave siniestra, el héroe era sensible a una voz interior que, abstracta y reiterativa, le advertía en una cadencia agobiante que algo no encajaba.

Pese a lo urgente de tal mensaje, Tanis no podía moverse ni reflexionar. La ciudadela flotante se mostraba ya en toda su envergadura, distanciada del cúmulo que enmascarase su viaje hasta allí, y absorbía por entero su atención. Recordó el episodio de Kalaman cuando se ofreció a su examen el primer alcázar errabundo, el impacto de aquel espectáculo que, no sólo escalofriante, le llenó asimismo de un insondable sobrecogimiento. Entonces, al igual que ahora, no atinó sino a contemplarlo petrificado.

En las profundidades de los templos subterráneos de la ciudad de Sanction, y bajo la supervisión de Ariakas, conductor incontestable de los ejércitos de los Dragones, cuyo retorcido ingenio casi obró la victoria de la Reina de la Oscuridad, las legiones mancomunadas de magos de Túnica Negra y clérigos portadores del mismo y emblemático color arrancaron, mediante el arte arcano, un castillo de sus cimientos y lo catapultaron a las alturas. Una tras otra, las ciudadelas así engendradas se deslizaron a través del espacio y atacaron diversos burgos durante la Guerra de la Lanza, siendo el último Kalaman, en la etapa decisiva de la contienda. Casi desarbolaron las

guarniciones de una ciudad amurallada que, además, se había preparado de antemano para recibirlas.

Aureolado por una neblina sobrenatural, que era también su impulsora, con el carácter fantasmagórico que le confería su iluminación a base de relámpagos cegadores, el inefable objeto avanzaba sin pausa. En su imparable singladura, Tanis atisbo el resplandor de unas luces en las ventanas de sus tres torres, percibió ruidos que eran comunes en tierra firme pero, al provenir de la bóveda celeste, se volvían ominosos y desquiciantes: voces roncadas que dirigían improperios a los desobedientes u holgazanes, el estruendo de las armas y, sobre todo, unos ecos que siempre infundían desasosiego, los cánticos de los hechiceros mientras ensayaban sus sortilegios. De todos modos, no tenía la absoluta certeza de distinguir unos de otros. «Algo no encaja.»

Cuando se acertó más aún el trecho que les separaba, y dentro del corro que configuraban los reptiles maléficó en su perezoso aletear, el semielfo reparó en el ruinoso patio de la fortaleza. Era evidente que los muros se habían derribado al desarraigarse el edificio de su sólido emplazamiento.

Tanis observaba todos estos prodigios, en una suerte de fascinación, mientras entablaba una lucha dialéctica en su propia mente.

«Dos mil caballeros —argumentaba una intangible objetora—, convocados a última hora y por lo tanto sin adiestramiento conjunto. Y sólo unas pocas escuadras de Dragones. Aunque la Torre aguante, será a un alto precio.»

«La resistencia no habrá de ser larga —corregía la parte más optimista de sí mismo—. Durará unos días, hasta que Raistlin resulte derrotado. Entonces Kitiara desistirá de su proyecto, porque nada ha de ganar personalmente atacando Palanthas si su hermanastro ha dejado de existir y, además, en ese lapso de tiempo habrán llegado refuerzos, tanto de humanos como de monturas, al lugar. En el caso de que ella se muestre pertinaz, podrán abatirla de una vez para siempre.»

La dama había roto la inestable tregua que mediaba entre sus seguidores y el pueblo libre de Ansalon. Había abandonado su reducto en Sanction para exponerse a sus rivales, de manera que sería imperdonable —continuó cavilando su ser consciente— desaprovechar la oportunidad. La vencerían, quizá la capturarían. Sintió una opresión en el pecho, al comprender que Kitiara nunca permitiría que la apresaran viva. Sobre la empuñadura de la espada, cerróse la mano del que fuera amante de la mujer al mismo tiempo que se decía que él se hallaría presente en la intentona de los caballeros de rendirla y la exhortaría a claudicar. Más tarde se ocuparía de que la tratasen con justicia, como correspondía a un enemigo honorable.

¡La veía con tal nitidez en el momento supremo!

La dignataria se plantaría desafiante, circundada de adversarios, y por su postura les daría a entender que no estaba dispuesta a someterse sin derramar la sangre de un nutrido número de aprehensores. Al escrutar al apretado grupo le distinguiría a él; acaso entonces se suavizaría la mirada de sus centelleantes ojos y, en un raptó, soltaría el arma y le tendería las manos...

«¿Qué monstruosidades estoy concibiendo?», se recriminó el semielfo, y descartó aquellas ensoñaciones de adolescente lunático. Aun así, decidió que se uniría al batallón solámnico que había de acometer la ciudadela.

Una conmoción en las almenas le indujo a estirar el cuello, aunque conocía el motivo antes de verificarlo: el pánico. Más destructivo que una andanada de proyectiles, el pavor que siempre generasen los reptiles demoníacos se hacía sentir entre los caballeros, se intensificaba a medida que sus contornos negros, azulados, se recortaban más precisos contra el manto de nubes. Los veteranos de la Guerra de la Lanza mantuvieron sus posiciones, aferraron sus armas para combatir el terror que inundaba

sus corazones cual una marea; pero los jóvenes, aquellos que no se habían enfrentado en el pasado a semejante influencia, se acobardaron, incurriendo en el vergonzoso acto de gritar o velando a sus ojos la espeluznante escena.

Al ver que aquellos inexpertos luchadores se debatían contra una emoción tan irracional, el semielfo se esforzó en no seguir su ejemplo. Apretó los dientes, tensó los músculos... y tuvo que aceptar que era irremediable. También a él le bañó la oleada, en forma de una náusea en el estómago que le provocó espasmos y el afluir de la bilis a la boca. Espió a Gunthar, quien también experimentaba los efectos devastadores del embate, a juzgar por sus comprimidos, desencajados rasgos.

El héroe atisbo a los Dragones Broncíneos que servían a los Caballeros de Solamnia y que surcaban el aire en perfecta formación, a la expectativa, encima de la Torre. No atacarían hasta ser atacados, tal era el plan y, lo que era más importante, así lo establecía el pacto que suscribieron los animales de ambos bandos al concluir la guerra. Pero el espectador se percató de que Khirsah, el cabecilla de la facción amiga, sacudía la cabeza, orgulloso, y que sus zarpas, punzantes y duras, destellaban en las auras de los relámpagos. Era indudable que no vacilaría en intervenir en cuanto le instigaran.

La voz interior, la que le susurraba que «algo no encajaba», se hacía audible, apremiante por segundos. Todo parecía demasiado sencillo. Kitiara enseñaba sus cartas como nunca lo hiciera un estratega de su categoría.

La ciudadela se agrandaba en su lento navegar comparable no ya a un pájaro, sino a una colmena poblada por una colonia de venenosas abejas, o al menos así se la representó Tanis. Los draconianos cubrían la plataforma en un auténtico enjambre y, apiñados en cada cuadrícula de espacio disponible, desplegaban sus alas cortas y membranosas, o bien se suspendían de las paredes o de los cimientos, se encaramaban a las almenas o hacían piruetas para sostenerse en la cúspide de alguna de las torrelas. Sus rostros reptilianos, sus viscosos cuerpos, se enmarcaban en las ventanas o bajo los dinteles. El silencio ribeteado de angustia que reinaba en la Torre del Sumo Sacerdote era una quietud perfecta si no hubiera sido rota por el llanto de algún que otro caballero incapaz de refrenar sus aprensiones. Se percibían los zumbidos crepitantes que emitían los miembros aéreos de las hordas hostiles y, aún más sonoros, los estribillos de unas melodías en las que, ahora sí, Tanis reconoció el cantar concertado de los magos y los clérigos cuyos infernales poderes preservaban íntegro y a flote el espantoso ingenio. No ensayaban, pues, sus encantamientos guerreros. «Algo no encaja.»

Frente a la vecindad del alcázar volador, cundió la tensión entre los moradores de la Torre. Circularon órdenes en un cuchicheo y las espadas dejaron sus vainas, se equilibraron las lanzas, los arqueros aplicaron las flechas a las tirantes cuerdas, los soldados asignados a esta tarea colocaron cubos llenos de agua allí donde podía declararse fuego y, en definitiva, se ordenaron las divisiones en el patio para poner a raya a los draconianos que pronto lloverían del cielo.

Arriba, en el etéreo elemento, Khirsah alineó a sus Dragones en grupúsculos de dos y tres que, bien entrenados, al recibir la señal, se lanzarían en picado sobre el adversario cual rayos de bronce.

—Me necesitan mis hombres —constató Gunthar y, ajustándose el yelmo, cruzó la puerta de sus habitaciones privadas para encaminarse a la atalaya de vigilancia, seguido por un séquito de oficiales y ayudantes.

Tanis no partió tras la comitiva, ni siquiera respondió a la discreta invitación del caballero. La razón era que la voz de sus entrañas, la que trataba de prevenirle de un peligro, crecía en volumen. Deseoso de captar su mensaje, el semielfo cerró los ojos y se apartó de la ventana para aislarse del debilitante temor reptiliano y de la imagen de aquella fortaleza de muerte, que le impedían concentrarse.

Cuando hubo conseguido su propósito preguntó a la presencia invisible «qué era lo que no encajaba», y ésta contestó diáfana, inconfundible.

—¡En nombre de los dioses, no! —se lamentó—. ¡Cuan estúpidos hemos sido al prestarnos a su juego!

De pronto, comprendía el plan de Kitiara sin posible margen de error. Era casi como si ella estuviera en la estancia y se lo expusiera con todo lujo de detalles. Convulsionado su pecho, alzó los párpados y, situándose de un brinco frente a la ventana, la abrió y estampó su puño en el alféizar. En su arrebató se cortó la carne y el brazo volcó el cuenco de té, que se hizo añicos en el suelo; pero no notó ni la sangre que brotaba de su mano herida ni el brebaje derramado a sus pies. Clavadas las pupilas en el encapotado, irreal firmamento, estudió la marcha de la ciudadela.

Estaba al alcance de sus flechas, de sus lanzas. Alzando la vista, medio deslumbrado por los incesantes relámpagos, vislumbró, aunque no con detalle, las armaduras de los draconianos, las aviesas sonrisas de los humanos mercenarios que peleaban a su lado y las escamas de los Dragones peregrinos.

Como intuía el semielfo, la fortaleza pasó de largo sin detenerse.

No se había disparado un proyectil, ninguna bola mágica había socarrado a las tropas de la Torre. Khirsah y sus animales se incomodaron, ojearon enfurecidos a sus hermanos de raza y enconados rivales, pero su solemne juramento de no iniciar una trifulca sin ser hostigados creaba una ligadura más fuerte que el odio. Los caballeros casi se descoyuntaron en su afán de examinar aquel mecanismo inmenso, abrumador, que se desplazaba hacia lo desconocido, no infligiéndoles más daños que el desprendimiento de algunas piedras del torreón más alto al rozarlo su base desigual.

Profiriendo blasfemias entre dientes, Tanis echó a correr hacia la puerta y se tropezó con Gunthar en el instante en que el mandatario, con el rostro desfigurado, entraba en la cámara.

—Estoy estupefacto —venía diciendo el coronel a sus asistentes antes de que se produjera el choque—. ¿Por qué no nos ha atacado? ¿Qué se propone esa mujer?

—¡Sitiar la ciudad directamente! —le espetó el semielfo, rehecho del inesperado encontronazo y en un paroxismo tal que, sin darse cuenta, empezó a zarandear al coronel—. Eso era lo que Dalamar pronosticó. La misión de Kitiara consiste en reducir a los palanthianos, no va a perder tiempo y hombres con nosotros cuando no hay motivo para ello. Ha sobrevolado la Torre, y continúa hacia su objetivo.

Los ojos del dignatario, apenas visibles tras las rendijas del yelmo, se empequeñecieron al fruncir éste el entrecejo.

—Ella no cometería tamaña insensatez —discrepó, acariciándose pensativo el mostacho. Al fin, exasperado, se desembarazó de su huésped y también del casco—. En nombre de los dioses, Tanis, ¿qué clase de táctica militar es ésta? Ha dejado desprotegida la retaguardia de su ejército de tal modo que, aunque tome Palanthas, no podrá conservarla más que unas jornadas bajo su yugo. Ella misma se habrá atrapado entre nosotros y las murallas de la urbe. No, ha de desarticular nuestra guarnición y luego emprenderla contra la ciudad. De lo contrario —insistió— la destruiremos. ¡No le quedará ni una vía de escape! «Quizá —conjeturó, vuelta la mirada hacia su escolta personal—, no sea más que un ardid destinado a sorprendernos con la guardia baja. Reagrupémonos y vigilemos el horizonte. Temo que nos tienda una emboscada desde el otro lado...

— ¡Haz el favor de escucharme! —le conminó el semielfo, airado ante la ceguera del caballero—. No es ningún ardid. Kit va hacia Palanthas resuelta a someterla. Cuando tus tropas y tú lleguéis a la ciudad, su hermanastro habrá regresado a nuestro mundo a través del Portal, y ella le aguardará con la ciudad a sus pies.

— ¡Incongruencias! —le reprendió Gunthar—. Por muy poderosa que sea la dama, Palanthas no capitulará a tan corto plazo. Los Dragones del Bien presentarán batalla y, aunque los ciudadanos no sean luchadores avezados, sabrán cómo refrenar al enemigo gracias a su ventaja numérica. Mis oficiales marcharán enseguida. Estarán allí dentro de cuatro días.

—Olvidas algo —declaró Tanis, a la vez que, firme pero cortés, se abría paso entre los presentes—. Ni tú ni yo hemos pensado en el elemento que iguala las fuerzas en esta pugna: el espectro Soth.

12

Palanthas, simbolo roto de la paz

Impulsado por sus magníficos cuartos traseros, Khirsah dio un salto y surcó el aire, con grácil desenvoltura, sobre las tapias de la Torre del Sumo Sacerdote. El contundente batir de sus alas les permitió sobrepasar, a él y a su jinete, la lenta trayectoria de la ciudadela flotante mucho antes de que ésta cubriera la mitad del recorrido. «De todos modos —calculó Tanis, pues no era otra la cabalgadura—, la fortaleza se mueve lo bastante deprisa para plantarse en Palanthas, con toda probabilidad, mañana al amanecer.»

—No te acerques demasiado —ordenó, cauto, al reptil.

Un Dragón Negro hizo sobre ellos un indolente vuelo de reconocimiento, trazando círculos que derivaron en espirales. Se divisaba en la distancia a algunos de sus secuaces y, ahora que se hallaba a la altura del alcázar, el semielfo distinguió también a los animales de escamas azules, que, persistentes, dibujaban elipses regulares en torno a las torrelas del edificio. Posó sus ojos especialmente en uno al que identificó como Skie, la montura predilecta de Kitiara.

«¿Dónde estará Kit?», se preguntó, tratando sin éxito de espiar el interior del castillo a través de las ventanas rebosantes de draconianos, que, jocosos, le señalaban entre mofas. El repentino resquemor de que la dama le identificase, en el caso de que estuviera ojo avizor, le llevó a esconder el rostro bajo la capucha. Una vez tomada tal precaución, no obstante, fue él quien se burló de sí mismo y se mesó la barba, mientras se repetía que, aunque Kitiara le viese, no distinguiría sino a un solitario viajero a lomos de un dragón alado y deduciría que era un emisario de los caballeros.

Imaginó, como si lo estuviera viviendo, lo que ocurría dentro de la fortificación.

—Podríamos derribarle en el cielo, señora —sugeriría uno de los oficiales a la mandataria.

—No; dejemos que comunique la noticia a los palanthianos y que éstos averigüen qué les espera —respondería ella, emitiendo una risa taimada que casi resonó en los tímpanos del que la evocaba—. Así tendrán tiempo para sudar.

«Tiempo para sudar.» Tanis se enjugó la frente. A pesar de la brisa glacial que soplaba sobre las cumbres montañosas, la camisola que se ajustaba a su carne, oculta por el peto de cuero y la cota de malla, estaba húmeda y pegajosa. En un desagradable contraste, tiritaba sin pausa en el frío ambiental y hubo de arrojarse con la capa. Le dolían los músculos porque, acostumbrado a los carruajes y no a la grupa desnuda de un dragón, el esfuerzo físico le suponía una dificultad adicional. Iba a abandonarse al nostálgico recuerdo de su confortable vehículo cuando, enojado con su flaqueza, sacudió la cabeza para despejarse —tampoco iba a consentir que una noche en vela le afectara tanto— y desechó los problemas nimios para pensar en otros, mucho más espinosos, que tenía que solventar.

Khirsah hacía todo lo posible por ignorar a su congénere de piel oscura que, en aquel momento, se encontraba suspendido en la vecindad. El broncíneo animal imprimió mayor velocidad a sus miembros hasta que el rival, que tan sólo les acechaba porque le habían mandado observarles, dio media vuelta hacia la ciudadela. La mole había quedado rezagada. Se deslizaba sin dificultad sobre unos cerros escarpados que habrían obstaculizado el avance de un ejército de tierra.

El semielfo empezó a planificar su acción. Pero todo cuanto decidía hacer exigía unos preliminares tan largos e ineludibles que, al rato, se sintió como uno de aquellos ratones de feria que corrían sin cesar sobre una rueda y no llegaban a ninguna parte, a pesar del empeño que ponían. Gunthar, al menos, había intimidado, merced a sus arengas, a los generales de Amothus. Éste era un título honorífico que se concedía en Palanthas a quienes habían destacado en la comunidad, pero que en modo alguno significaba que tales «generales» hubieran participado jamás en una batalla. Gunther les había dirigido sus arengas con tal acierto, que los generales habían movilizado la milicia local. Lamentablemente, la mayoría de los habitantes de la ciudad sólo vieron en el cambio de rutina una excelente excusa para gozar de un período de asueto.

El caudillo solámnico y sus hombres habían presenciado, sin poder evitar la chanza, las torpes evoluciones de los soldados civiles. Concluidos los adiestramientos, Amothus pronunció un discurso de dos horas. Los voluntarios elegidos celebraron su hazaña bebiendo alcohol hasta la extenuación y, en conjunto, todos se divirtieron de lo lindo.

Al representarse en su mente las figuras rechonchas de los taberneros, los no menos orondos comerciantes, los aseados sastres y los forjadores, fuertes pero torpes, tropezando con sus armas y entre sí, obedeciendo instrucciones que no se habían dado mientras pasaban por alto otras manifestadas en tono perentorio, Tanis tuvo que reprimir el llanto. Era aquella caterva de incompetentes, reflexionó compungido, el adversario que había de interceptar al Caballero de la Muerte y sus legiones de guerreros espectrales en las puertas de Palanthas. Y no habían de perfeccionarse sus artes marciales, pues la confrontación era inminente.

—¿Dónde está Amothus? —preguntó Tanis, y cruzó las colosales puertas del palacio antes de que se abrieran oficialmente, con tanta energía que a punto estuvo de atropellar a un atónito lacayo.

—Duerme, señor —contestó éste—, es aún muy temprano.

—Despiértale. ¿Quién se halla a cargo de los caballeros?

El interpelado, desorbitadas las pupilas, solicitó una aclaración.

—¡Maldita sea! —se impacientó el semielfo—. Lo que quiero saber, cerebro de mosquito, es el nombre del caballero de mayor rango.

—El comandante Markham, señoría, apodado «el de la Rosa» —colaboró Charles, que, con su digna flema, acababa de salir de una antecámara—. ¿Envío a alguien en su busca?

—¡Sí! —bramó el visitante.

Al comprobar que todos cuantos se habían reunido en el vestíbulo de la mansión le miraban como si hubiera perdido el juicio, y razonar también que el pánico sólo había de favorecer en la liza al enemigo, Tanis se cubrió los ojos con una mano, inhaló una bocanada de aire y se exhortó a la serenidad.

—Sí —reiteró con voz pausada—, traed a Markham y a Dalamar, el mago.

Este último requerimiento pareció confundir incluso al imperturbable Charles. El criado meditó unos momentos y, con una expresión que denotaba tristeza, se aventuró a poner trabas.

—Lo siento muchísimo, señoría —se disculpó—, pero no dispongo de medios para mandar un mensaje a la Torre de la Alta Hechicería. Ningún ser viviente accedería a internarse en ese malhadado Robledal, ni siquiera un kender.

—¡No puede ser! —se revolvió el héroe frente al impedimento—. ¡Tengo que hablar con él! —Su mente, siempre activa, se convirtió en un hervidero de ideas, no todas practicables. Al fin se decidió a exponer una—: Recurriremos a uno de los prisioneros goblins de vuestros calabozos. Los de su raza pueden cruzar el Bosque sanos y salvos, o al menos eso creo, así que convencedle. Os autorizo a prometerle la libertad, dinero, medio reino o al mismísimo Amothus. No reparéis en ofrendas hasta motivarlo.

—Todo eso no será necesario, amigo mío —dijo alguien en un enigmático siseo, a la vez que una figura de negra indumentaria se materializaba en el zaguán y, al hacerlo, sobresaltaba a Tanis, aterrorizaba a los lacayos y, lo que era más insólito, causaba el momentáneo enarcamiento de las cejas de Charles.

—Me rindo ante tus poderes —le alabó el semielfo, aproximándose al aparecido, que era, como cabe adivinar, el elfo oscuro en persona—. Debemos conferenciar en privado. Te ruego que vengas conmigo —le instó, tras asegurarse de que el anciano servidor encargaba a uno de sus subordinados que alertase al Señor de la ciudad y a otro que localizara al caballero Markham.

Mientras caminaban hacia una dependencia vacía, Dalamar comentó a su guía:

—Me gustaría merecer tu cumplido. Pero ha sido mi sentido visual, no una

mágica lectura de tu mente, lo que me ha permitido discernir tu llegada. Divisé desde la ventana del laboratorio el aterrizaje del Dragón Broncíneo en el patio del palacio y, también, cómo desmontabas y atravesabas el umbral. Dado que era para mí de extrema urgencia que sostuviéramos una entrevista, acudí al instante. Imagino que ambos queremos tratar el mismo asunto.

—Rápido, antes de que se nos unan los otros —le apremió Tanis, cerrando la puerta de la estancia en la que le había introducido—. ¿Estás al corriente de la amenaza que se cierne sobre nosotros?

—Me enteré anoche —repuso el aprendiz—. Quise ponerme en contacto contigo, pero ya habías partido. —Su sonrisa se torció sinuosa, maligna, al añadir—: Mis espías vuelan sobre las alas del viento.

—Dudo que lo hagan sobre alas de ninguna clase, por inmateriales que éstas sean —gruñó su contertulio.

Suspiró, se atusó la barba en un gesto atávico y, levantando la cabeza, miró fijamente a Dalamar. El hechicero elfo estaba erguido frente a él, enlazadas las manos bajo las bocamangas de la negra túnica y en una actitud de sosiego, de paz. Su aspecto era el de alguien en quien podía confiarse para realizar un acto de frío valor en una situación de crisis. Lo único que quedaba por definir era qué bando elegiría en las presentes circunstancias.

Tanis se frotó las sienes, inmerso en un laberinto que le producía migraña. ¡Cuánto más fácil era todo en épocas pasadas! —pensaba como un anciano, pero no dejaría de ser franco consigo mismo—, cuando el Bien y el Mal estaban claramente delimitados y cada uno se enrolaba en unas y otras filas según el dictado de su conciencia. Ahora se había aliado con un hijo de la maldad para combatir al máximo exponente de lo demoníaco, a su criterio una pura contradicción. «El Mal se vuelve contra sí mismo», había leído Elistan en los Discos de Mishakal; quizás en esta frase se hallaba la clave. Sea como fuere, no podía malgastar su escaso tiempo en vacilaciones. Depositaría su fe en Dalamar, una criatura ambiciosa que tenía interés en ayudarles si deseaba ver cumplidas sus aspiraciones.

—¿Existe algún método para detener a Soth? —interrogó al acólito en tono confidencial.

—Eres ágil discurriendo, semielfo —admitió el aludido, y asintió—. ¿También tú opinas que el Caballero de la Muerte atacará Palanthas?

—Resulta evidente, ¿no? —le espetó Tanis—. Ese fantasma ha de formar parte de las maquinaciones de Kit. Él equilibra ambas facciones.

—No hay nada que pueda hacerse —negó el mago—. En cualquier caso, ahora todavía no.

—Y tú, ¿no serías tú capaz de interferirte en sus designios y desbaratarlos? —insistió el otro, remiso a ceder.

—No me atrevo a dejar mi puesto junto al Portal. He venido porque tengo la total constancia de que Raistlin está aún lejos —le reveló—, pero se acerca con cada exhalación. Ésta es mi última oportunidad de ausentarme de la Torre, y la he aprovechado para advertirte. El desenlace sobrevendrá muy pronto.

—Así que el nigromante va a vencer a la Reina de la Oscuridad —apuntó Tanis, incrédulo.

—Siempre lo infravaloraste —le reprochó Dalamar con una mueca sarcástica—. Su fuerza, como ya he recalcado, es grande, sus facultades han crecido hasta hacer de él el mago más poderoso que nunca alumbró Krynn. ¡Claro que se proclamará ganador! Sin embargo, será a un alto precio.

Una sombra de inquietud nubló las facciones del semielfo, al que desagradaba

profundamente la nota de orgullo que destilaba la voz de Dalamar cuando mencionaba a Raistlin. No era aquel sentimiento el que debía rezumar un aprendiz resuelto a matar a su *shalafi* si surgía tal necesidad.

—Volviendo a Soth —prosiguió el oscuro personaje, quien había adivinado en el rostro del héroe la zozobra que le agitaba, pese al afán que éste ponía en disimularla—, te contaré los pasos que he dado. Me percaté de que el espectro sacaría el mayor partido posible de la opción que le brindaba el plan de Kit de perpetrar su venganza contra una ciudad y unas gentes que habían suscitado su inquina siglos antes, si hemos de prestar oídos a las leyendas que circulan acerca de su caída. Apelé entonces a los moradores de la Torre de la Alta Hechicería sita en el Bosque de Wayreth.

—¡Por supuesto! —se regocijó su oyente—. Par-Salian y su cónclave podrían des...

—No obtuve respuesta a mi petición —le interrumpió Dalamar, indiferente a sus emociones—. Algo extraño sucede en ese lugar, aunque ignoro qué acontecimientos les han forzado a inhibirse. Mi emisario encontró el camino obstruido, lo que, en un ser de naturaleza ligera, etérea, constituye un fenómeno inusitado.

—Pero...

—Descuida —siguió el elfo, anticipándose a las recomendaciones de Tanis y encogiéndose de hombros—, no cejaré. Haré nuevas tentativas, aunque te prevengo que no podemos contar con ellos y que, por otro lado, son los únicos magos capaces de poner freno a los impulsos asesinos de un alma errante.

—¿Y los clérigos de Paladine? —propuso el semielfo.

—Su Orden, aunque antigua, ha sido rehabilitada hace poco tiempo. Sus dotes están en una fase inicial, balbuceante. En la era de Huma, los sacerdotes auténticos, así lo afirma el rumor, invocaban el concurso de su dios y, con unos versos santos, neutralizaban a tales apariciones. Si existió esta intimidación entre el hacedor y sus hijos preferidos, se ha perdido. Hoy en día no hay en todo el continente de Ansalon un eclesiástico que pueda jactarse de poseer semejantes virtudes.

Tras recapacitar unos minutos, Tanis inquirió:

—El destino de Kit será la Torre de la Alta Hechicería, ¿verdad? Allí coincidirá con su hermano y le respaldará en sus proyectos.

—Además de hacer cuanto esté en su mano para eliminarme —apostilló Dalamar, rígido su cuerpo.

—¿Salvará la Señora del Dragón la prueba del Robledal de Shoikan?

Aunque el aprendiz se encogió de hombros, a su acompañante no le pasó inadvertido que su semblante se demudaba, que su frialdad era fingida.

—La arboleda se halla bajo mi control y ha de permanecer inaccesible a cualquier intruso, vivo o muerto —sentenció, con una sonrisa tan forzada como su indiferencia—. Por cierto, tu goblin no habría durado ni cinco segundos. Sin embargo, Kitiara tenía el talismán que le obsequió Raistlin, de modo que, si todavía lo guarda y no le traiciona el coraje a la hora de utilizarlo, podría superar el escollo, más aún si Soth la escolta. Ahora bien, después de jalonar el Robledal, deberá hacer frente a los centinelas de la Torre, que, te lo garantizo, no son menos formidables que los del exterior. Pero yo soy el responsable de lo que suceda en mis dominios, no tú.

— ¡Eso es lo que me asusta, que te otorgues tantas atribuciones! —le recriminó el semielfo—. ¡Dame también a mí algún amuleto! Me introduciré en la Torre y me ocuparé de ella.

—Sí, de la misma manera que lo hiciste en vuestros anteriores intercambios —le humilló el mago—. Escucha, amigo mío, estarás demasiado atareado procurando que la ciudad no caiga en poder de las tropas hostiles como para pensar en imponerte a Kitiara.

Y, obsesionado con el Portal, has desestimado un factor muy importante: los propósitos, de Soth. Quiere a la dama muerta, anhela poseerla sin competidores. Naturalmente, ha de jugar su doble baza. Si consigue que ella perezca y desquitarse de la afrenta que, según su versión, le hizo Palanthis, habrá satisfecho dos grandes objetivos. Nada le importa menos que Raistlin y sus conjuras.

Impresionado en lo más recóndito de su ser, Tanis no contestó. Como había denunciado su interlocutor, se había borrado de su cerebro la meta que perseguía el espectro. Paralizado, tan sólo le animaban unos escalofríos mientras cavilaba que la lista de acciones infames de la Dama Oscura era interminable. Pero desde las múltiples criaturas que habían sucumbido a una orden suya, las que habían sufrido y aún sufrían por su causa, hasta el trágico final de Sturm en la punta de su lanza, no merecían un sino tan cruel. No se había hecho acreedora a llevar una vida eterna de tormentos y vacuidad, vinculada mediante el nexo de un matrimonio profano a un morador del Abismo.

Una cortina de negrura oscureció la visión del semielfo. Mareado, débil, se adentró en un espejismo en el que caminaba haciendo equilibrios por el borde de un precipicio y, de pronto, se despeñaba. Se zambulló en un universo acogedor, hecho de acariciantes urdimbres, y unas garras férreas le sostuvieron en su amortiguado descenso.

Después, lo engulló la nada.

El fresco reborde de un recipiente de cristal tocó los labios del desmayado Tanis. Un trago de coñac quemó su lengua y le entibió el gaznate. Alelado, alzó la mirada y descubrió a Charles inclinado sobre él, observándolo detenidamente.

—Has recorrido un largo trayecto sin comer ni beber, si he de atenerme a la información del hechicero.

Detrás del criado, se erguía la figura que había hablado, Amothus. Lívida su tez, abrigado en su túnica de irreal blancura, su apariencia apenas difería de la de un fantasma torturado que pululase por los contornos.

—Así es —ratificó el semielfo en un susurro, apartando la copa de licor y haciendo ademán de levantarse. No obstante, sintió que la sala se movía bajo sus pies y decidió que estaba mejor sentado—. Tienes razón, no he probado bocado desde ayer y me lo pide el organismo. ¿Dónde está Dalamar? —inquirió al explorar la estancia.

—¿Quién sabe, señoría? —intervino Charles, severo el talante—. Supongo que ha regresado a su enigmática morada. Nos aseguró que habíais terminado de debatir vuestro asunto y que ya nada le retenía. Con vuestro permiso —cambió de tema—, daré instrucciones al cocinero para que os prepare un buen desayuno.

Hizo una reverencia y se retiró, no sin antes anunciar la llegada del joven caballero Markham.

—¿Has almorzado ya, Markham? —le preguntó Amothus, dubitativo, inseguro sobre lo que sucedía a su alrededor y del todo anonadado por el hecho de que un mago, un elfo oscuro para más señas, se considerase libre de materializarse en su casa y desaparecer a su antojo—. ¿No? Entonces compartiremos la mesa con mi otro huésped. ¿Cómo prefieres los huevos?

—Quizá no es ésta una ocasión propicia para departir sobre gastronomía —insinuó el comandante, a la vez que dedicaba a Tanis una sonrisa.

El caballero observó al semielfo y, al comprobar que fruncía el entrecejo y que su desaliño y agotamiento presagiaban noticias adversas, aguardó en silencio que las expusiera. Amothus, por su parte, suspiró, resignado a no posponer más lo inevitable con conversaciones triviales. Consciente de que ambos habían centrado su atención en él, Tanis inició su relato.

—He regresado esta misma mañana de la Torre del Sumo Sacerdote.

—Ayer recibí una nota de Gunthar, mi superior —interrumpió Markham, al mismo tiempo que se acomodaba negligentemente en una butaca y se servía una moderada cantidad de coñac—. Decía que hoy se enzarzaría en una cruenta batalla con el enemigo. ¿Cómo se desarrolla el altercado?

El orador era un noble apuesto, gentil, despreocupado y rico que se había destacado en la Guerra de la Lanza, luchando bajo el liderazgo de Laurana. Como premio a su gallardía, se le había concedido un ascenso en su graduación y el honor de nombrarle Caballero de la Rosa, un privilegio que exhibía con tal donaire, que el emblema había pasado a formar parte de su apelativo. De todos modos, el semielfo recordó que su esposa, al enjuiciar al entonces capitán, le describió con los adjetivos «desenfadado, casual, incluso en sus aciertos, y poco fiable». («Siempre tuve la impresión —fueron sus palabras textuales— de que participaba en la contienda porque no se le había presentado una actividad más interesante.»)

Al evocar tales apreciaciones y percibir el tono del joven, jovial y revelador de un singular distanciamiento respecto a la grave situación, Tanis se hundió en el desánimo.

—No ha habido «altercado» —negó de forma abrupta, poniendo un énfasis especial al repetir el inadecuado término que había empleado su interlocutor.

Una expresión de esperanza y de alivio, rayana en lo cómico, iluminó el rostro de Amothus, y el semielfo estuvo tentado de reírse. Se contuvo a tiempo, temeroso de caer en la histeria, y atendió al caballero, que le consultaba sin salir de su pasmo:

—¿No hay confrontación? ¿Acaso el adversario no ha hecho acto de presencia?

—Desde luego que sí —le corrigió el narrador—. Ha acudido a su cita, aunque de un modo harto peculiar. Vino, pasó entre nosotros y se fue sin rozarnos siquiera.

—No comprendo —confesó el Señor de la ciudad.

—No viajaba por tierra, sino a bordo de una ciudadela flotante —le ilustró Tanis.

—¡En nombre del Abismo! —renegó Markham, el de la Rosa, y ribeteó su exclamación con un silbido. Estuvo pensativo unos instantes, durante los cuales se alisó el elegante atuendo de montar—. No han atacado la Torre —recapituló al fin—, y vuelan por encima de las montañas, lo que significa que...

—Planean arrojar todo su contingente de tropas sobre Palanthas —concluyó Tanis.

—Continúo en la oscuridad —insistió Amothus, tan elocuentes sus desencajadas facciones que no precisaba explicarse—. ¿Por qué no les detuvieron los nuestros?

—En nuestras actuales condiciones, habría sido vana toda intentona —se anticipó el comandante, pese a su ostensible desgana, al testigo de la escena—. No existe otro medio para asaltar con éxito esos castillos aéreos que enviar una escuadra de Dragones.

—Según se especifica en el tratado de rendición firmado después de la guerra —completó Tanis el discurso del caballero—, los reptiles benévolos no atacarán a menos que se les provoque. Además, en la Torre del Sumo Sacerdote sólo hay un destacamento de animales broncíneos, un número irrisorio contra una ciudadela sin el refuerzo de batallones áureos y plateados.

Arrellanándose desidioso en su silla, Markham barruntó.

—Hay algunos grupos en la zona —aseguró—, que alzarán el vuelo en cuanto se divise a los perversos; pero no basta. Quizá deberíamos mandar emisarios en busca de...

—La ciudadela no es el peor peligro que nos acecha —le atajó el semielfo, mientras, entornando los párpados, trataba de zafarse de las vertiginosas evoluciones de

la sala.

«¿Qué me pasa? Me hago viejo —se contestó él mismo—, demasiado para tantos avatares.»

—¿Cómo?

Amothus le instó a seguir, al borde del colapso ante este nuevo golpe, pero, fiel a su estirpe aristocrática, obstinado en no ceder a un vejatorio vahído.

—Todos los indicios señalan que Soth acompaña a Kitiara en esta expedición —fue la escueta, terrible respuesta.

— ¡Un Caballero de la Muerte! —murmuró Markham en lugar del máximo mandatario de la ciudad, que había quedado sin habla.

El inconsciente joven sonrió al reparar en Amothus. Tan pálido estaba el augusto noble, que Charles, que acababa de entrar cargado de platos humeantes, los dejó a toda prisa en el suelo y corrió junto a su amo.

—Gracias por socorrerme —titubeó éste con una voz sobrenatural, que se diría surgida de ultratumba—. Quizá un sorbo de coñac.

—Un litro sería más apropiado —bromeó el representante de la Orden de la Rosa, apurando el contenido de su copa—. En el fondo, ante el acoso de un espectro de esa índole, estar sobrio resulta perjudicial. La embriaguez incita a la chanza, a las alucinaciones, nos transporta a un mundo donde hasta una legión de fantasmas se nos antoja un grato espectáculo.

—Señores, haced una pausa y alimentaos —ordenó Charles a las tres autoridades, con esa superioridad doméstica de la que se revisten los criados de toda la vida.

Ofreció el elixir a Amothus, y una sombra de color tiñó sus blanquecinos pómulos. Tanis, por su parte, se dio cuenta de que estaba hambriento. Así que no protestó cuando el servidor, en medio del ajetreo que caracteriza a la persona diligente, trasladó una mesa y distribuyó vajilla y fuentes.

—¿Alguien podría ponerme al corriente, darme detalles sobre ese ente de las tinieblas? —solicitó el anfitrión, ya algo repuesto, a la vez que desplegabla servilleta en su regazo—. He oído historias, pues un ancestro mío por línea directa asistió al juicio al que Soth fue sometido en Palanthas. Ya muerto, si no me equivoco, fue él quien raptó a Laurana.

Calló para consultar con la mirada al esposo de la Princesa, pero éste se mostró taciturno y no despegó los labios.

—Sea como fuere —desistió el inquisitivo dignatario—, aunque sea capaz de horrendas fechorías ¿qué daño puede infligirle a una urbe?

Perduró el silencio, aunque fue lo bastante expresivo como para obviar los discursos. El noble espío de hito en hito al exhausto semielfo y al joven caballero, que sonreía con actitud, metódico, insertaba el cuchillo en los calados de los motivos florales que manos primorosas bordaran en el mantel. Se hizo la luz en su mente.

Sin probar el desayuno, tirando al suelo el paño que tenía sobre sus rodillas, Amothus se incorporó y cruzó la suntuosa sala de visitantes para dirigirse a una ventana de cristal tallada a mano, en un complicado diseño. En el centro de un gran óvalo se enmarcaba una vista de la bella ciudad. Aunque el cielo estaba cubierto por aquel encrespado océano de nubes en ebullición, la atmósfera tormentosa no hacía sino realzar la hermosura de las tranquilas calles. El personaje se detuvo durante varios minutos junto a la ventana, apoyando la mano en la cortina de satén y absorto en la contemplación del panorama. Era día de mercado y los habitantes pasaban por delante del palacio camino de la plaza entre el bullicio que armaban el traquetear de las carretas, las madres

al reprender a sus hijos o las chácharas que, hoy, versaban sobre la ominosa bóveda celeste.

—Sé qué clase de sentimientos te inspiran los palanthianos, Tanis —denunció Amothus al rato, quebrado el timbre de su voz—. Primero revives lo acaecido en Tarsis, Solace, Silvanesti y Kalaman, el fallecimiento de tu amigo en la Torre del Sumo Sacerdote y, junto a tales recuerdos, lamentas la suerte de los que intervinieron en la última guerra. Luego te viene a la memoria que, a pesar del caos, nuestros edificios se sostuvieron intactos, a salvo de las vicisitudes.

El interpelado no confirmó ni rechazó tales presunciones; se limitó a ingerir su ágape en un insondable mutismo.

—Tampoco desconozco tu actitud, Markham —reanudó su parrafada el dignatario—. La otra tarde te oí reír con tus hombres, y vuestra hilaridad se debía a la ocurrencia de uno, poco importa su nombre, quien imaginó a mis conciudadanos llevando sus sacos repletos de monedas a la batalla y pretendiendo derrotar al enemigo con una simple dádiva y al grito paternalista de «¡Idos, no molestéis!».

—Contra Soth, no es peor ese método que esgrimir las espadas.

Después de tan sarcástica réplica, el comandante levantó su copa para que Charles le echara más coñac.

Amothus reclinó la cabeza en el batiente de la ventana y se lamentó con amargura, ajeno a la ironía de su huésped:

—¡Nunca creímos que el azote de la guerra nos fustigaría a nosotros! A través de incontables generaciones, Palanthas se ha erigido como un lugar donde reinaban la concordancia, la luz y la armonía. Los dioses nos respetaron siempre, incluso cuando decretaron el Cataclismo nos dejaron al margen. Y ahora, cuando hay paz en el mundo, sobreviene esta catástrofe. —Se volvió hacia sus oyentes, demacrado por la angustia—. ¿Por qué ensañarse con un pueblo tranquilo, amistoso?

Apartando su plato a un lado, Tanis se desperezó para mitigar los calambres de sus músculos. «Me hago viejo —reflexionó—, y también blando. Resisto mal una noche en vela, desfallezco si me falta una sola comida, añoro el pasado y los compañeros que se fueron. ¡Y me pone enfermo ver morir a las personas en un enfrentamiento absurdo!» Frotóse los pesados párpados y, con los codos apoyados en la mesa, enterró el rostro entre las manos.

—Hace un momento has pronunciado la palabra «paz» —invocó al Señor de la Ciudad—. ¿A qué paz te referías? ¿Al simulacro de bienestar en el que nos movemos? Nos hemos comportado como un puñado de niños en una casa donde los padres han mantenido acaloradas discusiones durante varias semanas y, por una extraña tregua, se muestran civilizados. Sonreímos, exhibimos un fingido optimismo, engullimos la verdura como está mandado y andamos de puntillas, cuidando de no hacer ruido. ¿Cuál es el motivo de tal discreción? Sencillamente, la total seguridad de que, al más pequeño descuido, la trifulca estallará de nuevo. ¡A eso es a lo que llamamos «paz»! —repitió, con acento amargo—. Incorre en un insignificante desliz, amigo mío, y Porthios te echará encima a los elfos de Krynn. Acaríciate la barba de un modo distinto al que establece el protocolo, y los enanos atrancarán los francos accesos de la montaña.

Observó a Amothus y se ofreció a su examen un hombre alicaído, cabizbajo, que se enjugaba el mal controlado llanto y encorvaba los omóplatos. La ira del semielfo se encendió, aunque tuvo que preguntarse en quién debía proyectarla. ¿En el azar? ¿En el destino? ¿En los dioses quizá?

Enderezándose con ademán displicente, se situó junto al mandatario y escudriñó la pacífica, animada ciudad, que exultaba de vida sin presentir el naufragio.

—No puedo despejar tus incógnitas —reconoció—. Si tuviera tal clarividencia, a

estas alturas ya me habrían construido un templo y una cohorte de clérigos acataría mi mandato sin chistar. Lo único que estoy en posición de decir es que no debemos rendirnos.

—Otro poco más de coñac, Charles, haz el favor —pidió Markham al mismo tiempo que, una vez más, alargaba el brazo con el que sostenía el recipiente—. Propongo un brindis: por persistir, que rima con morir.

13

Tanis expone su plan

Alguien golpeó, quedamente, en la puerta con los nudillos. Absorto en su trabajo, Tanis dio un respingo.

—¿Quién es? —inquirió.

—Soy Charles, señoría —se anunció el criado y, asomándose al interior de la estancia, informó de su cometido—: Me ordenasteis que os llamara durante el cambio de guardia.

Ladeada la cabeza, Tanis aguzó la vista para atisbar el panorama al otro lado del ventanal. Lo había entreabierto en busca de aire, pero la brisa no soplaba en la cálida, incluso bochornosa, noche de primavera. El firmamento estaba oscuro salvo por unas zigzagueantes hebras de tonos rosados, los fantasmales relámpagos, que festoneaban las nubes y, al fijar su atención, el semielfo oyó las campanadas de la Hora de la Vigilia, las voces de los centinelas que relevaban al turno anterior y, al fin, el acompasado caminar

de los soldados que se retiraban a descansar.

Exiguo sería el lapso de vida que sucedería a su reposo.

—Gracias, Charles —susurró el digno invitado con tono cortés—. ¿Puedes entrar unos minutos? Prometo no retenerte.

—Será un placer servirlos, señoría.

El anciano avanzó unos pasos y, moderado en todas sus acciones, cerró la puerta tras de sí. Tanis leyó el texto que estaba redactando, y que se hallaba desplegado sobre el escritorio, antes de comprimir los labios y, resuelto, añadir un par de líneas con el delicado trazo elfo. Esparció arena encima de la tinta para secarla y procedió, de nuevo, a revisar la misiva. Pero, a pesar del empeño que puso, le falló la vista. Los caracteres se enturbiaron en una danzarina amalgama y, frente a tan insalvable contrariedad, se resignó a estampar su firma y enrollar el pergamino. Concluidas estas operaciones, aferró el documento y permaneció sentado, inmóvil cual una estatua, lo que incitó al servidor a indagar:

—Señoría, ¿seguro que os encontráis bien?

—Charles —empezó a hablar el interrogado, manoseando una sortija de acero y oro que se ceñía a su dedo—. Charles... —repitió, y su voz languideció.

—Decid, señoría —le urgió el otro, más alarmado a cada segundo.

—Ésta es una carta para mi esposa —continuó el semielfo en un murmullo apenas audible, desviando el rostro—. Encárgate de que se la entreguen en Silvanesti, donde la han reclamado sus obligaciones. La misiva debe salir de inmediato, antes de que sea tarde.

—Comprendido, así se hará —le garantizó el criado y, avanzando un paso, tomó posesión del mensaje que le confiaban.

—Soy consciente de que hay diligencias mucho más importantes —se disculpó Tanis, ruborizándose en actitud culpable— en un momento tan crítico, como despachos para los caballeros, solicitudes de refuerzos y avisos en general, pero...

—Tengo al emisario idóneo, señoría —desoyó el anciano su comentario para tranquilizarlo—. Es elfo, concretamente de Silvanesti, leal y, si he de ser honesto, confesaré que va a causarle un gran placer abandonar la ciudad en una misión honorable.

—Gracias de nuevo, Charles. —Tanis suspiró y se obstinó en justificarse—: Si sucediera lo irreparable, quiero que Laurana se entere de las causas por mi puño y letra. Además, hay ciertas cosas que deseaba comunicarle.

—Lo que es muy lógico y natural, señoría —le ayudó Charles—. No lo penséis más. Quizá os gustaría lacrar la nota con vuestro sello —sugirió.

— ¡Por supuesto! —asintió Tanis.

Quitándose el anillo, el semielfo lo aplicó sobre la cera caliente que vertía el servicial Charles en el pergamino e imprimió la sobria imagen de una hoja de álamo.

—Ha llegado el coronel Gunthar, señoría. Ahora mismo está entrevistándose con su delegado en Palanthas, el comandante Markham.

El criado le transmitió tal noticia de un modo repentino, casi abrupto para alguien de sus esmerados modales, pero este hecho no menguó el entusiasmo de Tanis. Desaparecidos los hondos surcos de su frente, exclamó:

— ¡Eso es excelente! ¿Debo...?

—Os suplican que os reunáis con ellos, señoría, si no hay inconveniente —se le adelantó el otro, tan ceremonioso como de costumbre.

—Al contrario, me encantará verles —declaró el semielfo, y se puso de pie—. Supongo que no se ha divisado la ciuda...

—Todavía no —contestó Charles—. Los caballeros os aguardan en el comedor

de verano, señoría, ahora cámara del consejo guerrero.

—De acuerdo, iré en su busca sin tardanza —decidió el huésped, perplejo por haber podido al fin completar una frase.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudaros?

—Eso es todo, mi gentil Charles. Conozco el cami...

—Siempre a vuestra disposición, señoría.

Tras esta nueva interrupción, inclinó respetuoso la cabeza y, misiva en mano, abrió la puerta para franquear el paso al insigne invitado y la cerró cuando éste hubo cruzado el umbral. Esperó aún unos instantes, por si a Tanis le asaltaba un antojo de última hora antes de alejarse, reverencioso.

Con el pensamiento puesto aún en la carta, arropado en la umbría quietud del mal iluminado pasillo, el semielfo se recreó durante un breve lapso en su soledad. Luego inició su firme andadura hacia el comedor de verano, donde pocos días antes se celebraban los ágapes de gala pero que, en efecto, se había transformado en cuartel general de la milicia.

Tanis tenía los dedos cerrados en torno al picaporte, y se disponía a internarse en la sala, cuando vislumbró por el rabillo del ojo señales de movimiento. Deteniéndose a inspeccionar, observó cómo se materializaba una tenebrosa figura al fondo del corredor.

—¿Dalamar? —intentó cerciorarse, y se apartó del acceso a la cámara para acercarse al acólito, en el caso de que fuera éste el aparecido.

—Sí, soy yo —se identificó el hechicero—. Me alegro de haber dado contigo tan fácilmente.

—¿Traes nuevas interesantes?

—Las que hay no te complacerían —fue la evasiva respuesta del aprendiz—. No puedo quedarme mucho rato; nuestro destino se balancea en el filo de una daga. Así que iré derecho al asunto. He venido para obsequiarte con algo.

Hurgó en el interior de una bolsa de terciopelo negro que colgaba de su costado, extrajo un brazalete y se lo alargó al semielfo. Éste lo asió y lo examinó, sin tratar de disimular su curiosidad. La joya medía unos diez centímetros de anchura y, confeccionada en plata maciza, su diámetro y peso correspondía a una muñeca masculina. Algo deslustrada, salpicaban su superficie unos ónices cuyas caras, talladas en numerosas facetas, refulgían bajo las oscilantes antorchas del pasillo. Procedía de la Torre de la Alta Hechicería, Tanis no abrigaba la menor duda al respecto.

—¿Es acaso...?

Por una parte ansiaba conocer los pormenores, pero por otra, prefería permanecer en la ignorancia.

—¿Una pulsera mágica? —adivinó Dalamar—. Sí.

—¿Pertenece a Raistlin?

El héroe había vencido su vacilación. Y una vez más, frunció el entrecejo al citar a su antiguo compañero.

—No —contestó el acólito; pero comprendiendo que el semielfo no había de conformarse con un monosílabo, se decidió a explicarle lo esencial—. El *shalafi* nunca recurriría a defensas tan rudimentarias en comparación con lo que sus facultades pueden obrar. Este brazalete forma parte de las colecciones atesoradas en la Torre y es una pieza muy antigua. Yo diría que data de la época de Huma.

—¿Qué virtudes encierra?

Mientras preguntaba, Tanis daba vueltas en la palma de la mano a aquel peculiar objeto que, no podía evitarlo, le inspiraba todo género de aprensiones.

—Aquel que lo luzca será inmune a los ataques arcanos —esclareció, lacónico, el oscuro personaje.

—¿Incluidos los del espectro Soth?

—En efecto. La alhaja protegerá a su portador de los hechizos que invoque el caballero a través de los términos «muerte», «pasma», «ceguera». También impedirá que le afecten los temores que infunde el halo del fantasma —siguió enumerando Dalamar—, así como los sortilegios formulados para generar fuego y hielo.

— ¡Es, en verdad, un regalo valioso! —se congratuló el semielfo, fascinado por tal cúmulo de propiedades—. Nos proporciona una opción de victoria, ni más ni menos.

—Agradece mi presente cuando regreses, si es que lo haces —atajó el aprendiz a su excitado contertulio, y enlazó las manos bajo las bocamangas de la túnica—. Incluso privado de su magia, Soth es un contrincante formidable, más todavía si recapitas que sus seguidores se han consagrado a su servicio mediante votos que ni siquiera la muerte pudo romper. Sí, amigo mío, guarda ese regocijo para tu regreso.

—¿Mi regreso? —puntualizó, atónito, el otro—. ¡Pero si yo no he blandido una espada desde hace más de dos años! —protestó. Miró al hechicero con detenimiento y, nacida la suspicacia, indagó—: ¿Por qué he de ser yo?

La sonrisa de Dalamar se ensanchó, sus almendrados ojos despidieron ominosos destellos cuando apuntó:

—Descubrirás el motivo haciendo una simple prueba, consistente en dar la pulsera a un Caballero de Solammia, el que tú designes, y rogarle que la sostenga. Recuerda que el talismán proviene del reino de la oscuridad. Sólo se acoplará a alguien que haya navegado por ella.

— ¡No te precipites! —bramó Tanis, agarrando el enlutado brazo del nigromante al percatarse de que se disponía a partir—. No te entretendré, pero antes has aludido a ciertas nuevas...

—No te conciernen.

Aunque tan hosca postura habría arredrado a cualquier otro, Tanis determinó que le obligaría a compartir el secreto.—Cuéntame de qué se trata —exigió.

El mago hizo una pausa, y se juntaron sus pobladas cejas frente a aquel retraso en sus planes. Pero bajo su impaciencia se ocultaba otro sentimiento. El semielfo notó que la mano que lo aprisionaba se ponía tensa y dedujo que se debía a un espasmo de miedo. Pero no tuvo tiempo de reflexionar, porque, antes de que esta intuición tomara cuerpo en su mente, el aprendiz recobró el control. Sus bellos rasgos, cincelados cual una escultura, se relajaron hasta asumir una perfecta calma.

—La sacerdotisa Crysania ha sido herida mortalmente —recitó frío, con desapego—. Sin embargo, consiguió salvaguardar a Raistlin quien, ileso, ha emprendido la búsqueda de la Reina para la confrontación definitiva. Así me lo ha relatado Su Oscura Majestad.

—¿Qué ha sido de la sacerdotisa? —A Tanis se le hizo un nudo en la garganta al formular esta pregunta—. ¿La ha abandonado tu maestro para que sucumba sin amparo?

—Claro —repuso el otro, sorprendido de que se planteara siquiera la cuestión—. Ha dejado de serle útil.

Sopesando el brazalete, el semielfo estuvo tentado de incrustarlo en la blanca dentadura de aquel ser sin entrañas. Por fortuna, caviló a tiempo que la cólera era un lujo fuera de su alcance y que, en una sinrazón como la que ahora vivían, debía abstenerse de juzgar verbalmente el proceder de otros. «¡Qué retahíla de contradicciones, de ingratitudes! —se escandalizó—. Elistan se desplaza a la Torre para socorrer al archimago, y éste se comporta cruelmente con la sucesora del clérigo.»

Girando sobre sus talones, Tanis echó a andar por el corredor en largas zancadas, que, resonando sobre la roca, exteriorizaban la furia que debía reprimir. Pero, aunque se sentía irritado, no soltó el brazalete que le había dado aquella criatura de las

tinieblas.

—La magia se activará en cuanto te lo pongas en la muñeca.

La precisión de Dalamar, enunciada en un tono sinuoso, flotó hasta el semielfo y traspasó el halo que formaba su rabia. Habría jurado que el acólito se reía de su mal humor.

—¿Qué ocurre, Tanis? —inquirió Gunthar cuando éste se hubo introducido en la cámara del consejo guerrero—. Mi querido colega, estás tan pálido como la misma muerte.

—Nada grave. Acaban de comunicarme unas noticias perturbadoras, pero no tardaré en reponerme. —El semielfo respiró hondo y, para atajar un posible interrogatorio, aventuró—: Tampoco vosotros tenéis buen aspecto.

—¿Brindamos por nuestras penurias? —ofreció Markham, levantando su panzuda copa de coñac.

El otro caballero le miró con expresión reprobatoria, severa. Pero el indisciplinado comandante le ignoró y engulló el licor de un solo trago.

—Se ha avistado la ciudadela cruzando las montañas —anunció el digno mandatario solámnico—. Arribará mañana, poco después del alba.

—Tal como me figuraba —asintió Tanis.

Se rascó la barba y, somnoliento, se frotó los párpados. Consideró la posibilidad de ingerir unos sorbos del elixir que tan pródigamente consumía el noble Markham. Pero lo contuvo el pensamiento de que podía ejercer una influencia contraria y embotarle todavía más.

—¿Qué llevas en la mano? —indagó Gunthar, quien, tras señalar la pulsera, alargó un brazo para tantearla—. ¿Una especie de amuleto elfo?

—Yo no tocaría esta joya —le recomendó su nuevo propietario, en el instante en que el otro apoyaba las yemas de los dedos en la empañada plata.

— ¡Maldición! —rugió Gunthar, a quien la advertencia le llegaba unos segundos tarde.

Retiró tan deprisa el brazo que el brazalete, en el impulso, cayó al suelo, yendo a parar sobre una alfombra tejida por hábiles artesanos. Gunthar se retorció por el dolor que sentía en la muñeca, mientras el semielfo se agachaba y recogía la alhaja bajo su atento, incrédulo escrutinio, todo ello con el telón de fondo que prestaba a la escena la risa sofocada de Markham.

—Nos la ha traído el mago Dalamar desde la Torre —refirió Tanis a la reducida concurrencia, ajeno al rictus de dolor de Gunthar—. Protege a su portador de las agresiones arcanas, lo que, sea quien fuere el escogido, le franqueará el acceso hasta el espectro Soth.

—¡Sea quien fuere! —gruñó el coronel a la vez que, enojado, observaba el enrojecimiento de su carne en los puntos de fricción con la joya—. Fijaos, dentro de unos minutos me saldrán las ampollas de las quemaduras y, por si eso fuera poco, he recibido una descarga que casi me ha provocado un fallo cardíaco. ¿Quién, en nombre del Abismo, puede lucir tan dañino ingenio?

—Yo mismo —terminó de desconcertarle el semielfo. «Proviene del reino de la oscuridad, sólo se acoplará a alguien que haya navegado por ella.» Incapaz de someterse a la vergüenza de citar las palabras del aprendiz, sonrojándose, mintió—: Si vosotros no resistís su contacto es porque, como Caballeros de Solamnia, hicisteis votos a Paladine en el acto de investidura.

— ¡Entiéralo! —le ordenó Gunthar, por completo impasible frente a sus

argumentos—. No necesitamos la ayuda que pueda proporcionarnos uno de esos Túnicas Negras.

—Yo opino que debemos aceptar el concurso de cualquiera, aunque nos disgusten sus métodos —discrepó Tanis—. Permíteme que te haga memoria sobre el hecho, no por peculiar menos auténtico, de que Dalamar y nosotros luchamos en el mismo bando. Y ahora, Markham, ten la bondad de revelarnos tus planes para la defensa de la ciudad.

Deslizando el brazalete en un saquillo y fingiendo no percatarse de la mirada fulgurante del dignatario, se dirigió hacia el otro caballero, el cual, pese a su sobresalto por tan repentina invocación, aportó su informe en auxilio del semielfo.

Las tropas solámnicas habían emprendido la marcha desde la Torre del Sumo Sacerdote, y pasarían varias jornadas antes de que alcanzasen Palanthas. El comandante, a su vez, había enviado un emisario para alertar a los Dragones del Bien. Pero no era probable que estos últimos se presentasen en la urbe con la antelación necesaria.

En vista de tales contratiempos, la ciudad misma se había puesto en guardia. Amothus había convocado a sus habitantes y, en un discurso de sencilla oratoria, les había advertido de lo que se avecinaba. Markham aseveró que no había cundido el pánico. Pero Gunther halló aquello inverosímil y obligó al narrador a admitir que había habido algunas deshonrosas excepciones entre los más ricos, quienes habían intentado persuadir a los capitanes de navío, mediante sustanciosas sumas, de que les transportasen a puertos más seguros. Sea como fuere, éstos no se habían dejado sobornar y, además, ninguno se habría hecho a la mar bajo la amenaza que representaban los tormentosos frentes de nubes. Naturalmente, se habían abierto las puertas de la antigua muralla para que el que deseara correr tal riesgo se refugiara en la espesura. Pero fueron pocos los que tomaron esa opción. Eran conscientes de que en Palanthas les protegerían, al menos, las recias fortificaciones y los adiestrados caballeros.

En su fuero interno, Tanis conjeturó que de haber conocido los ciudadanos el verdadero horror al que se enfrentaban, habrían huido, en el convencimiento de que cualquier avatar era más liviano que el ataque de la ciudadela. No obstante, tal como se desarrollaron los acontecimientos, todos colaboraron en la común tarea de protegerse. Las mujeres se despojaron de sus vestidos de brocado y llenaron innumerables recipientes con agua destinada a apagar los fuegos del combate. Los moradores de la Ciudad Nueva, que carecían de un recinto amurallado, fueron evacuados a la Vieja, cuyos muros y torreones se fortificaron lo mejor posible en el mínimo plazo del que disponían. Se alojó a los niños en las bodegas y los cobertizos para protegerlos de la lluvia; los mercaderes abrieron sus establecimientos para suministrar los enseres imprescindibles, mientras los armeros, por su parte, distribuían pertrechos y las fraguas se mantenían perennemente encendidas, incluso de madrugada, para templar espadas, armaduras y escudos.

Al pasear la vista por el lugar, el semielfo distinguió luces en la mayoría de los hogares, los candiles que alumbraban a otras tantas familias ocupadas en ultimar los preparativos para una conflagración que, así lo dictaba su propia experiencia, sobrepasaría todos los cálculos y previsiones.

Pensando en su carta a Laurana, inhalando aire como si así fuera a disiparse su amargura, resolvió lo que haría. Pero era consciente de que su determinación sería ampliamente debatida, de tal suerte que debía trabajar antes el terreno.

—¿Te has planteado qué estrategia empleará Kitiara? —preguntó a Gunthar, lo que entrañaba interrumpir al locuaz Markham.

—Dudo que se devane los sesos urdiendo estratagemas —apuntó el interrogado, y se atusó el mostacho—. Harán lo mismo que en Kalaman. Acercar su artefacto cuanto

puedan. Aunque conviene hacer hincapié en que allí no lograron situarse a su albedrío porque los dragones enemigos les pusieron a raya y en Palanthas, en cambio —se encogió de hombros—, no contamos más que con un limitado contingente reptiliano. Una vez se halle suspendida la ciudadela encima de nosotros, los draconianos saltarán de la plataforma y nos reducirán desde dentro, mientras los dragones hostiles, en un vuelo rasante, se enseñorearán del aire...

—Y Soth traspasará las puertas, quedando así cubiertos todos los flancos —concluyó Tanis.

—Confío en que los refuerzos de nuestras huestes lleguen a tiempo, por lo menos —intervino Markham, y vació de nuevo la copa— para impedir el pillaje y la profanación de los cadáveres.

—Kitiara —continuó especulando el semielfo— tiene que acceder a toda costa a la Torre de la Alta Hechicería. Según Dalamar, nadie sale vivo del Robledal de Shoikan, pero también me contó que Raistlin había entregado un talismán a la dama. Quizás aguarde a Soth para que la secunde. El respaldo de un espectro en tan sórdidos menesteres ha de ser inapreciable.

—Si la Torre es en realidad su objetivo —declaró Gunthar, con especial énfasis en el «si». Quedaba patente que la historia del nigromante y el Portal no le parecía creíble—. Partiendo del supuesto de que estás en lo cierto, imagino que utilizará la pugna como pantalla para sobrevolar los muros a lomos de su animal y posarse en un paraje próximo al edificio. Podríamos apostar en las inmediaciones de la arboleda a algunos caballeros y, así, impedirle el avance.

—Nunca estrecharían convenientemente el cerco —opuso Markham, y apostilló un tardío «amigo mío»—. El Robledal tiene la virtud de desestabilizar los nervios de todos cuantos se mueven en un radio de varias millas.

—Además —coreó Tanis— no podemos prescindir de un solo soldado. Hemos de reservarlos todos para la ofensiva contra Soth y sus legiones fantasmales.

—Hizo un alto y, tras reunir una buena provisión de valor, manifestó—: He concebido un plan. Si me autorizáis, os lo propondré.

—Estamos ansiosos por oírlo, semielfo —le invitaron ambos.

—Tú presumes que la ciudadela nos acometerá desde arriba y el Caballero de la Muerte entrará por la puerta principal, creando una diversión que dará a Kit la oportunidad de escabullirse hacia la Torre. ¿Voy bien?

—Lo has comprendido con exactitud —corroboró Gunthar.

—Entonces, sugiero que unos cuantos hombres monten sobre la grupa de los Dragones Broncíneos y se lancen a la batalla. Yo cabalgaré a Igneo Resplandor —prosiguió el aguerrido semielfo—. Dado que soy el único a quien la pulsera defiende de Soth, me comprometo a ocuparme de él mientras mi escuadra se concentra en los esbirros de ese engendro. Existe, de todos modos, cierta deuda entre nosotros que deseo zanjar —adujo al ver que el coronel hacía una mueca.

—Te lo prohíbo de manera rotunda —rechazó éste—. En la Guerra de la Lanza demostraste tu valía, pero nunca aprendiste artes marciales y no puedes derrotar a un Caballero de Solamnia...

—Aunque ese caballero esté ya muerto —intervino Markham, con una risita entre picara y divertida que delataba su incipiente ebriedad.

Los bigotes de Gunthar vibraron, rebotando como estaba de ira, pero acabó de hilvanar su razonamiento.

—Un individuo experto como Soth te aniquilará, con o sin amuletos.

—Debo señalar, sin embargo —volvió a la carga el responsable de la milicia palanthiana, y se obsequió con otra dosis de alcohol—, que la pericia en el manejo de la

espada de nada sirve en este caso sin el brazalete. Un adversario dotado para fulminarte mediante un simple vocablo posee una clara ventaja.

—Por favor, Gunthar, escúchame —insistió Tanis, fortalecido por aquellos comentarios que tanto le beneficiaban—. Admito que mi preparación formal ha sido escasa, casi nula, pero mis años de espadachín sobrepasan a los tuyos en una proporción de dos o tres a uno. Mi sangre elfa...

—El Abismo confunda tu sangre elfa —farfulló el caballero.

Examinó el coronel al incansable bebedor, que en aquel instante olisqueaba los vapores etílicos de la licorera, y le clavó unas pupilas destellantes que habrían paralizado a un regimiento. Markham, flemático o rebelde, hizo caso omiso de su superior y se escanció otra ración.

—Si no me dejas otra alternativa, apelaré a mi rango —desafió Tanis al mandatario, también sin inmutarse.

— ¡El tuyo fue un nombramiento honorífico! —objetó Gunthar, purpúreo su rostro.

—El Código no establece distinciones —le recordó el semielfo mostrando una gran sonrisa de triunfo—. Sea cual fuere la causa, la intención al rendirme homenaje, ahora soy un Caballero de la Rosa. Y mi edad, que supera la centuria, me confiere veteranía.

— ¡Por los dioses, Gunthar, permítele que muera! —le imprecó el comandante Markham, en medio de unas carcajadas a destiempo que denunciaban su embriaguez—. En el fondo, da igual sucumbir unas horas antes o después.

—Está borracho —le censuró el cabecilla de la Orden, tan exasperado que se desfiguraron sus rasgos.

—Es joven —le disculpó el semielfo—, y nuestro destino, poco halagüeño. Y bien, ¿tienes ya un veredicto? —apremió.

El aludido echaba chispas por los ojos, tal era su cólera. Se plantó a unos centímetros de su interlocutor y afloró a sus labios una dura reprimenda, que nunca se articuló en sonidos. El mandatario sabía que aquel que se atreviera a retar a la criatura espectral no coronaría su hazaña sino expirando en el acto, aunque le protegiese un talismán poderoso. Y había comprendido que el semielfo era tan cándido, o tan atolondrado, que no reconocía esta verdad. Pero ahora escrutó su sombrío semblante y vio que, una vez más, había errado al juzgarlo.

—Encárgate de que recupere la sobriedad —accedió, tragándose el originario impulso verbal con una tos ronca y extendiendo el índice hacia Markham—. En cuanto lo consigas, toma posiciones y adelante. Los caballeros esperarán tu señal.

—Gracias por transigir, amigo mío —murmuró el héroe, conmovido.

—No me resta sino rezar para que los dioses te guarden —añadió el coronel con una voz estrangulada por la angustia. Y, tras estrujar la mano de su interlocutor, dio media vuelta y abandonó la cámara.

El semielfo caminó unos pasos hacia el caudillo militar de la ciudad que, tras agotar el contenido de la botella de coñac, la contemplaba con alelada obstinación. No obstante, vio una mueca burlona en su boca, que despertó sus resquemores. «No está tan ido como aparenta —se dijo—, o acaso como querría.»

Alejándose del caballero, Tanis se asomó a la ventana y, contemplando la hermosa ciudad de Palanthas, aguardó los primeros albores del amanecer.

A Laurana

«Mi esposa querida:

«Cuando nos despedimos, hace ahora una semana, mal podíamos suponer que nuestra separación habría de prolongarse tanto tiempo. ¡Hemos pasado lejos el uno del otro durante períodos tan largos de nuestra vida! Sin embargo, admito que en las presentes circunstancias no lamento que así sea y que, incluso, me reconforta saber que estás a salvo; aunque si Raistlin logra realizar sus designios, temo que no quedarán reductos seguros en toda la extensión de Krynn.

»Debo ser honesto, amada mía. No abrigo ninguna esperanza de que sobrevivamos. Creo poder afirmarlo sin romper mi voto de sinceridad, que no me inspira miedo la perspectiva de morir. Pero me enfrento a mi destino con acerba furia. En la última guerra podía permitirme el lujo del valor, ya que nada poseía y nada tenía que perder. Ahora, al contrario, mi deseo de vivir es grande, porque me siento como un desheredado después de haberme arrullado en la dicha que ambos compartimos y no soporto la idea de que me arrebaten el futuro, nuestro futuro. Pienso en nuestros planes, en los hijos que anhelamos concebir y sobre todo en ti, mi adorada Laurana, en el dolor que ha de infligirte la noticia de mi muerte.

»Las lágrimas de la ira, del pesar, oscurecen mi visión. Sólo me queda rogarte que hagas tuyo el único consuelo que a mí me anima: esta despedida será la última. El mundo no volverá a distanciarnos. Te esperaré, mi Laurana, en ese reino donde hasta el

tiempo expira.

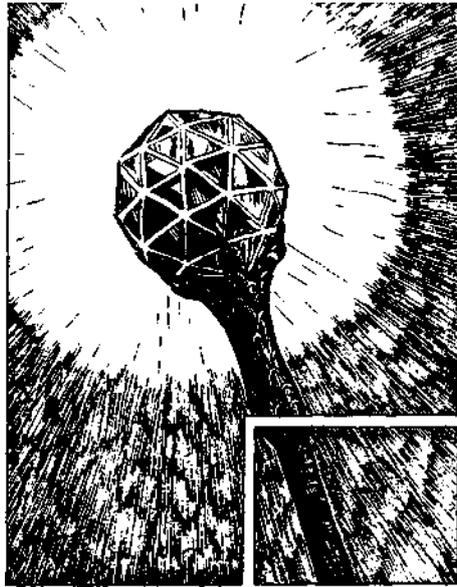
»Un atardecer, en las regiones de la eterna primavera, del perpetuo claroscuro, posaré mi mirada en la senda y distinguiré tu entrañable silueta caminando hacia mí. ¡Es tanta la nitidez con la que te imagino, dama de mis sueños! Los postreros rayos del sol poniente bañan tu áureo cabello, mientras ilumina tus ojos un amor que es reflejo del que yo mismo irradio.

«Vendrás a mí, te estrecharé entre mis brazos y, enlazados, nos abandonaremos a ensoñaciones de las que nunca habremos de despertar.

«Eternamente tuyo

Tanis.»

LIBRO III



El retorno

El guarda holgazaneaba en la penumbra de una garita, situada junto a la puerta de la Ciudad Vieja. Oía al otro lado, en el exterior, las voces de los centinelas, que, tensos por la excitación y el miedo, presumían de su coraje. Debía de haber una veintena de soldados, pensó el anciano en su refugio. Habían doblado la vigilancia nocturna y, además, aquellos que concluían su servicio preferían quedarse en lugar de aprovechar el relevo para retirarse. Sobre la cabeza del solitario personaje retumbaban las marciales, rítmicas pisadas de los Caballeros de Solamnia y mucho más arriba, en el aire, percibía el crujiente batir de alas de los dragones e incluso las conversaciones que sostenían los reptiles en su secreto lenguaje. Se trataba de los animales broncíneos que Gunthar había traído desde la Torre del Sumo Sacerdote y que, al igual que hacían los humanos en tierra, custodiaban el cielo ante la eventualidad de un ataque.

En los tímpanos del vigilante se entremezclaban los sonidos, que eran como los heraldos de un destino inminente. Sí, tal era la idea que rondaba por su cabeza, aunque, en honor a la verdad, no la formulaba en estos términos, ya que las palabras «destino» ni, menos aún, «inminente» formaban parte de su vocabulario. Sea como fuere, el

conocimiento de lo que se avecinaba estaba en esencia en su mente, y eso era lo importante. El viejo era un antiguo mercenario, había vivido infinidad de episodios semejantes en su juventud y, hay cosas que no cambian, también él se había vanagloriado de las proezas que realizaría al día siguiente, del mismo modo que ahora se jactaban los soldados detrás del acceso. Sin embargo, en su primera batalla, el pánico le había dominado hasta tal extremo que no recordaba de él ni el más nimio detalle.

Luego vinieron muchos otros combates, que amoldaron las aprensiones a su cuerpo como una segunda piel. El pavor no se vencía sino que pasaba a formar parte de uno, se blandía junto a la espada hasta que se convertía en algo inseparable. La representación de la batalla que ahora se anunciaba no era distinta. Llegaría la mañana y, para los afortunados, una nueva noche.

Un repentino bullicio de lanzas y voces, un alboroto general, sacó al anciano guarda de sus filosóficas reflexiones. A regañadientes, pero con un amago de emoción comparable a la de otros tiempos, asomó la cabeza por la entrada de la garita.

—¡He detectado algo! —alertó a sus superiores un soldado que, jadeante, se personó en las proximidades de la puerta—. ¡Era un tintineo de armaduras, como si se acercase una tropa completa!

Los otros guardianes espionaron las tinieblas, mientras los caballeros, interrumpiendo la ronda, escrutaban la ancha avenida de la Ciudad Nueva, que desembocaba en el portalón principal de la antigua. Se sumaron nuevas antorchas a las que ardían ya en los pedestales de tal modo que, entre todas, proyectaron un círculo de luz en el terreno adyacente. Pero la zona iluminada se terminaba a escasos metros y confería una nota todavía más oscura, más lóbrega, a la negrura del entorno. El mercenario oyó los ruidos que describiera el acalorado muchacho. Pero, lejos de espantarse, atendió al consejo de su propia veteranía y se dijo que cuando reinaba la incertidumbre, con el aditamento del terror y la nocturnidad, un solo hombre podía tomarse por un regimiento.

Salió de la garita y, ondeando ambas manos, ordenó a los desconcertados centinelas:

—Volved a vuestros puestos, los de dentro y los de fuera.

Los inexpertos soldados obedecieron. Una vez en las posiciones que les fueran asignadas, prepararon las armas. El viejo luchador, cerrando los dedos sobre la empuñadura de su espada, atravesó una trampilla lateral y en solitario, sin aceptar la ayuda de los más serenos oficiales, se plantó en medio de la calle y aguardó.

Como había vaticinado, a los pocos segundos se expuso al radio delimitado por las teas no una división de draconianos, sino un humano que, hubo de admitirlo, equivalía a dos en cuanto a la corpulencia. Detrás de él apareció un kender.

Ambos se detuvieron, parpadeando bajo el brillo de las llamas embreadas, y el viejo aventurero les examinó. El grandullón no se cubría con la capa habitual, los ígneos perfiles se reflejaban en una armadura que quizás había sido lustrosa en un tiempo, pero que, ahora, se hallaba semioculta por una auténtica costra de fango y en los puntos descubiertos se veía ennegrecida, como si hubiera sufrido el flagelo de un incendio. El cuerpo del kender también estaba cubierto de barro; aunque era ostensible el esfuerzo que había hecho para limpiarlo en los llamativos calzones azules. El hombre renqueaba al andar, y en los dos viajeros se adivinaban vestigios de una reciente lucha.

«Resulta extraño —recapitó el mercenario—. Todavía no ha estallado ningún conflicto, o al menos a nosotros no se nos ha comunicado.»

—He aquí un par de truhanes, quizá salteadores —masculló el guarda, observando que el hombretón apoyaba la mano en su arma, mientras reconocía el terreno, con la desenvoltura de quien sabe utilizarla.

En cuanto al kender, el veterano advirtió que lo miraba todo con la curiosidad natural de su raza. Sin embargo, no dejó de sorprenderle el hecho de que sujetara en sus manos un enorme libro encuadernado en piel.

—¿Qué hacéis aquí? —interrogó el mercenario a los recién llegados, y dio un paso al frente—. ¿Cuál es el propósito de vuestra visita a una hora tan intempestiva?

—Me llamo Tasslehoff Burrfoot —se presentó el hombrecillo, logrando, tras un breve forcejeo con el libro, liberar la mano y tendérsela al centinela—. Y éste es mi amigo Caramon. Procedemos de Sol...

—El motivo de nuestra «visita», como tú la denominas, depende de dónde nos encontremos —atajó a su acompañante el individuo hercúleo, cordial en su tono pero con una grave expresión que hizo titubear al anciano.

—¿Significa eso que ignoráis vuestro paradero? —indagó éste, más desconfiado a cada segundo.

—No somos de esta parte del país —contestó aquel que el kender identificara como Caramon—. Perdimos nuestro mapa, y al divisar las luces nos encaminamos hacia aquí.

—Estáis en Palanthas —reveló el vigilante que, en su fuero interno, se repetía: «Si vuestra fábula es cierta, yo soy Amothus».

El hombretón echó un vistazo a su espalda; luego, clavando de nuevo los ojos en el mercenario, al que sobrepasaba toda la cabeza, declaró:

—Así que acabamos de llegar a la Ciudad Nueva. Lo que nos ha despistado —explicó— es que se halla vacía. La hemos recorrido de un extremo a otro y no hemos visto señales de vida. ¿Dónde se ha metido la población?

—En el interior. Se ha instaurado el estado de sitio y los palanthianos se han congregado al amparo de las murallas. Supongo que, por el momento, es cuanto necesito contarte —repuso el viejo—. Y bien, ¿puedes ya decirme cuál es el objeto de esta incursión? ¿Y cómo es posible que no estéis enterados de lo que sucede? La noticia se ha propagado por todo Krynn —agregó, suspicaz.

El gigantesco guerrero se acarició la cara, que no se había rasurado durante varias semanas, y esbozó una sonrisa de complicidad cuando susurró:

—Una redoma de aguardiente enanil le nubla a uno el entendimiento; ¿no estás de acuerdo, capitán?

El aludido asintió, aunque no se dejó llevar por el halago que el otro pretendía hacerle al atribuirle un rango ficticio. Lúcido e incorruptible, se dijo que las pupilas de aquel individuo destilaban una determinación que nunca tendría un borrachín. No iba a engañarle. Había contemplado antes miradas agudas, limpias como aquélla en combatientes que, sabedores de que les esperaba la muerte, se habían reconciliado con los dioses y consigo mismos.

—¿Nos permitirás entrar? —inquirió el hombretón—. Dadas las circunstancias, creo que no os vendrán nada mal un par de bravíos y veteranos luchadores.

—Nos será útil un tipo de tu fornida estructura —confirmó el guarda—. Pero quizá sea mejor abandonar a éste —hizo un gesto despectivo hacia el kender—, dudo que sirva ni siquiera como carroña para los buitres.

—¡Soy un maestro en pelear! —protestó indignado el tal Tasslehoff—. En una ocasión incluso salvé a Caramon, al que tanto admiras. ¿Quieres que te relate la historia? —propuso, desechado el enfado en favor del entusiasmo—. ¡Te aseguro que es fantástica! Verás, estábamos en una fortaleza mágica donde Raistlin, el nigromante, me había escondido después de matar a mi amigo... Pasaré por alto esa parte, me entristece recordarla. En cualquier caso, unos enanos oscuros que conspiraban contra Caramon se abalanzaron sobre él y, al resbalar...

— ¡Abrid la puerta! —pidió, horrorizado, el centinela.
—Vamos, Tas —apremió el humano al kender.
— ¡Pero si aún falta lo más emocionante! —se lamentó éste.
—Por cierto, ¿serías tan amable de especificarme la fecha? —rogó al mercenario el individuo musculoso a la vez que, con gran agilidad, amordazaba a su compañero para imponerle silencio.
—Día tercero, quinto mes, año 356 —se avino el veterano, tan preciso como socarrón—. Te recomiendo que consultes a algún clérigo en la urbe, él sanará tu rodilla.
—Clérigos —musitó el interpelado—, casi había olvidado que en esta época vuelve a haberlos. Gracias
—apostilló con voz sonora, para ser oído.
Tras pasaron el umbral de la Ciudad Vieja y el guardián, que no cesó de observarlos, comprobó que el hombrecillo se liberaba de la manaza con la que el otro le aprisionaba a fin de acallar su parloteo y, acto seguido, escuchó su regañina:
—¡Qué asco! Deberías lavarte, Caramon; casi me asfixias con tus efluvios. ¡Caramba, tengo la boca llena de barro! ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Estoy enojado porque no me has dejado acabar la narración. Me has interrumpido en el momento en que iba a hablar de tu desliz en la sangre...
Meneando la cabeza, el vigilante se ocupó de que se cerraran de nuevo los accesos. «Esta pareja debe de haber vivido una experiencia abrumadora —intuyó—, tanto que incluso un kender se quedaría corto al referirla.»

I *Triste despedida*

—¿Qué contiene ese párrafo, Caramon? —preguntó Tas mientras, de puntillas, intentaba ver el texto por encima del brazo de su amigo.

— ¡Chitón! —le ordenó el guerrero, irritado—. Estoy leyendo. Suéltame y no molestes.

El hombretón, después de pasar precipitadamente las páginas de las *Crónicas* que incitara a confiarle a Astinus, se detuvo en una y procedió a estudiarla con sumo celo.

Exhalando un suspiro que venía a significar: «¡Esto es injusto, soy yo quien ha cargado con el libro! », Tasslehoff se reclinó en el muro y observó el paraje, dolido aún por el exabrupto. Se encontraban debajo de uno de los fanales que usaban los palanthianos para el alumbrado nocturno de sus avenidas. Debía de haber despuntado el nuevo día, se dijo el kender, porque aunque los nubarrones tormentosos oscurecían la luz, la deformaban, envolvía la ciudad una aureola grisácea. Una gélida bruma se elevaba en volutas sobre la bahía y, en torbellinos, fluía a través de las calles, confiriéndoles una opacidad fantasmal.

Los candiles brillaban junto a la mayoría de las ventanas. Pero había escasos paseantes, porque se había recomendado a los ciudadanos permanecer en sus casas a

menos que fueran miembros de la milicia. Tas vislumbraba los rostros de las mujeres aplastados contra los cristales, al acecho del regreso del esposo o el hijo. Alguna que otra figura solitaria pasaba a toda prisa junto a los dos viajeros, aferrada su arma, hacia la puerta principal de la muralla. Dado el carácter inquieto del hombrecillo, no dejó de satisfacerle presenciar una de las numerosas escenas familiares que se habían sucedido a lo largo de la noche: una rendija luminosa frente a ellos anunció que se había entreabierto la puerta de una vivienda, y al punto cruzó el umbral un humano varón, con una herrumbrosa espada al cinto, seguido por una mujer, inmersa en llanto. Él se inclinó y le dio un tierno beso, antes de besar también al pequeño que la dama acunaba en sus brazos. Luego, girando de manera brusca, el individuo se alejó raudo y, cuando atravesaba la calzada, el kender reparó en que unos gruesos lagrimones surcaban sus pómulos.

— ¡Oh, no! —exclamó Caramon.

—¿Qué ocurre? —indagó Tas, y se alzó en un brinco para examinar por sí mismo los sucesos que tanto disgustaban al luchador.

—Escucha —le invitó éste.

Y ambos averiguaron lo que no tardaría en sobrevenir, según el fiel registro del historiador de la gran biblioteca. El pasaje rezaba así:

En la mañana del tercer día apareció la ciudadela flotante sobre Palanthis, escoltada por escuadras de Dragones Azules y Negros. Y, al unísono con el aéreo castillo, surgió delante de las puertas de la Ciudad Vieja otro espectáculo, el de un personaje que forzó a los veteranos de incontables campañas a palidecer de miedo.

El fantasma que ocasionó tal revuelo, un ente que se diría creado a partir de los jirones de la noche misma, era Soth, el Caballero de la Rosa Negra. El espectro se materializó a lomos de una pesadilla poblada de ojos, de cascos ígneos. Cabalgó en medio de unas nebulosas huestes, sin que nadie osara desafiarle, hasta el acceso a la ciudad, y los centinelas se dieron a una despavorida fuga.

Una vez allí, se detuvo.

—Señor de Palanthis —invocó el Caballero de la Muerte al máximo diágnatario, con una voz incorpórea que provenía del reino de ultratumba—, rinde a la Señora del Dragón, Kitiara, la urbe que gobiernas.

Entrégale las llaves de la Torre de la Alta Hechicería, nómbrala adalid absoluto de tus dominios y ella, a cambio, os concederá la gracia de la paz y perdonará vuestros gráciles edificios de la destrucción.

Amothus ocupó el lugar que le correspondía en las almenas, y se enfrentó a tan poderoso oponente. Fueron muchos los miembros de su séquito que no resistieron la mirada del adversario, azuzados como estaban por el terror, pero el mandatario se mantuvo enhiesto e, impasible a su propia lividez, pronunció unas palabras que devolvieron la valentía a aquellos que la habían perdido.

—Transmite este mensaje a tu cabecilla —encomendó al espíritu—: Palanthis ha gozado del bienestar y la belleza durante numerosas centurias, pero no compraremos ninguna de estas bendiciones si el precio es nuestra libertad.

—Salvaguardas una prerrogativa para empeñar otra más sagrada: la vida —se enfureció Soth.

Sin que mediara más diálogo entre ellos, las legiones del caballero cesaron de insinuarse para tomar forma. Le acompañaban trece guerreros cadavéricos que, a la grupa de equinos llameantes, se pusieron en formación a su espalda mientras a su vez, detrás de los luchadores, erguidas en cuádrigas confeccionadas con huesos humanos y tiradas por salamandras aladas, se dibujaban las mujeres elfas que los dioses condenaran a servir al infame caudillo solámnico. Blandían en la mano espadas de

hielo, y el mero eco de sus alaridos presagiaba muerte.

Levantando una mano que sólo era visible merced al guante de acerada malla que la cubría, Soth señaló la puerta de la urbe, que, cerrada, le impedía el paso. Susurró un vocablo mágico y, de manera instantánea, un frío estremecedor invadió a los presentes hasta congelar sus almas, que no ya su carne. Los remaches metálicos que adornaban las hojas de la puerta se tornaron blancos bajo la escarcha y, al asumir también la madera la textura del hielo, el errabundo ser la sumió en un sortilegio y la hizo estallar en pedazos.

El engendro del más allá posó los dedos en el pomo de la silla y cargó a través de la destrozada puerta, encabezando a sus imbatibles legiones.

Al otro lado, montando a Igneo Resplandor —un Dragón Broncíneo cuyo nombre reptiliano era Khirsah—, se hallaba Tanis el Semielfo, héroe de la Lanza. En cuanto avistó a su rival, el Caballero de la Rosa Negra quiso fulminarle de inmediato mencionando el término «muerte», uno de los más eficaces de su repertorio arcano. Al agredido, que estaba protegido por un brazalete de plata inmune a la magia, no le afectó el encantamiento. Pero la pulsera ya le había salvado en una ocasión y no le protegería en un segundo ataque.

Incapaz de guardar silencio por más tiempo, Tas interrumpió a su amigo.

—¿Qué significa eso de que sólo valía para una confrontación, Caramon? —le interrogó.

El interpelado, que ansiaba proseguir, le indicó con un siseo que se callara y se enfrascó de nuevo en la lectura.

... en un segundo ataque. El Dragón Broncíneo del semielfo, que carecía del influjo de un talismán, expiro al proferir Soth tan letal sustantivo, y su jinete hubo de luchar en tierra. Soth desmontó a fin de ofrecer al contrincante la oportunidad de defenderse según las leyes de combate de la Orden solámnica, unos preceptos a los que todavía estaba vinculado pese a que había transgredido las fronteras de su jurisdicción varios años atrás. Tanis se debatió con sorprendeme arrojo, pero ni sus fuerzas ni sus recursos eran equiparables a los de un espectro. Al fin cayó mortalmente herido, traspasado su pecho por la espada del caballero.

— ¡No! —se revolvió el kender—. ¡No podemos permitir que perezca! Corramos —urgió al guerrero, zarandeando su brazo—, quizás aún podamos prevenirle del peligro.

—Yo debo ir a la Torre sin demora, Tas —se opuso Caramon sin alterarse—. No tengo tiempo de buscar al semielfo. Siento la proximidad de Raistlin y he de acudir a su encuentro.

—Bromeas, ¿verdad? —susurró Tasslehoff y, boquiabierto, miró ansioso al fortachón—. ¡No pienso cruzarme de brazos y abandonarle a su suerte¹! —insistió.

—Por supuesto que no. Yo asistiré a mi cita, pero tú te encargarás de rescatar a Tanis de tan terrible destino —dictaminó el fornido luchador.

El hombrecillo quedó literalmente sin aliento al oír aquella sentencia. Cuando, pasado el primer estupor, recobró el habla, su protesta fue poco más que un incoherente y chillón graznido.

—¿Yo? Pero Caramon, sabes tan bien como yo que soy un inepto en las artes marciales. De acuerdo en que presumí frente al guarda...

—Tasslehoff Burrfoot —le imprecó su compañero—, cabe dentro de lo posible que los dioses organizaran toda esta hecatombe para tu particular diversión, pero, si he de ser franco, añadiré que lo dudo. Somos criaturas integrantes del mundo en que vivimos, Tas, y debemos aceptar la responsabilidad que nos compete. Es algo que, después de interminables y dolorosos azares, he llegado a comprender.

Suspiró, y empañó su rostro una solemnidad tan atribulada que el kender notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—Soy consciente de mis obligaciones, del deber que he contraído con la tierra donde nací —afirmó, compungido—, y estoy dispuesto a participar en todo aquello que esté a mi alcance. Pero no olvides mi insignificancia. No se puede pedir a un ser «pequeño» como yo que desafíe a Soth, ese coloso de «altura». Espero que entiendas lo que simbolizan esos adjetivos, ya...

Hendieron el ambiente las notas de un clarín, luego de otro. Caramon y Tas enmudecieron, quedaron inmóviles hasta que se hubieron disipado los sonos.

—Es la hora, ¿no? —consultó el kender al guerrero.

—Sí —ratificó éste—. Será mejor que te apresures.

Cerrando el libro, el hombretón lo introdujo en una vieja mochila que Tas había requisado —él prefería emplear este término— mientras inspeccionaban la desierta Ciudad Nueva. También había tomado prestadas —otra de sus definiciones favoritas— algunas bolsas para su uso personal, así como objetos de interés que, por no cansarle, había omitido mostrar al humano. Puso la palma de la mano sobre la cabeza de su entrañable amigo y le dijo, a la vez que le acariciaba el ridículo y desgredado copete:

—Adiós y gracias, mi querido Tas.

—Pero Caramon, ¿qué haré sin ti? —El kender miró al grandullón en la actitud de quien no ha de sobreponerse al desvalimiento, a la soledad—. ¿Dónde te hallaré si preciso tu ayuda?

El aludido alzó los ojos al cielo, allí donde la Torre de la Alta Hechicería surcaba, cual una negra fisura, el manto de la borrasca. Las llamas de unos candiles ardían tras las ventanas de la planta superior de la mole, actual emplazamiento del laboratorio... y del Portal.

El hombrecillo imitó al luchador, y se detuvo a contemplar el lóbrego edificio. El frente de nubes descendía en su derredor y los relámpagos jugueteaban, no menos ominosos, con su pétreo contorno. Recordó el día en que, en el lapso que dura una exhalación, columbró un primer plano del Robledal de Shoikan, y un escalofrío convulsionó su cuerpo.

— ¡No te internes en ese paraje, Caramon! —suplicó, aferrando la manaza del guerrero.

—Adiós, Tas —reiteró éste su despedida, y se deshizo de la garra del hombrecillo—. Tengo que hacer lo que he planeado para modificar el desenlace de nuestra historia, y también tú has de imbuirte de la misión que te he asignado. Vamos, no te entretengas, la ciudadela debe de estar suspendida encima de las puertas mientras cotorreamos.

—Pero... —gimió el kender, con la voz entrecortada.

— ¡No hay peros que valgan! —le amonestó el corpulento humano—. ¡Déjate de titubeos y cumple tu cometido! —bramó, y los ecos de su cólera se difundieron por la calle vacía—. ¿Acaso no te importa que Tanis muera sin mover un dedo en su favor?

Tasslehoff se amedrentó. Nunca antes había visto a su amigo tan airado, al menos no contra él. En sus múltiples aventuras no se produjo ninguna situación que le impulsara a gritarle.

—Claro que me importa —le aseguró dócil, encogido—. Es que no sé cómo puedo socorrerle.

—Improvisa —le aconsejó el otro, deseoso de infundirle ánimos—. Siempre lo hiciste, y con espléndidos resultados.

Dando media vuelta, Caramon se alejó. El kender le observó, desconsolado, mientras partía.

—Adiós, amigo —murmuró a la figura en retirada—. No te decepcionaré.

El guerrero debió de oírle, pues hizo un alto y giró la cabeza para dirigirse a él con un acento singular, como si se hubiera atragantado, o así se lo pareció al hombrecillo.

—Tengo plena confianza en ti y siempre la conservaré, independientemente del desarrollo de los acontecimientos —le prometió. Y, ondeando la mano, echó de nuevo a andar.

Tas atisbo en la distancia las sombras del Robledal, unas brumas que ni el sol lograba disolver en las que, siempre agazapados, anidaban los guardianes de la Torre.

Estuvo quieto unos momentos, atento a las evoluciones de Caramon hasta que le engulló la penumbra. Abrigaba la secreta esperanza, se sintió capaz de admitirlo en un inusitado alarde de sinceridad, de que el guerrero cambiara de idea y, antes de esfumarse, le ofreciera: «¡Aguarda, iré contigo al rescate de Tanis!».

No fue así. «Lo que pone el asunto enteramente en mis manos —pensó el kender—. ¡Y me ha reprendido de modo brusco!», se autocompadeció mientras, lloroso, tomaba el rumbo opuesto al de su compañero, es decir, el de la puerta. Tan deprimido estaba, que el corazón, de un vuelco, fue a refugiarse en las enfangadas botas, aumentando su peso. No conocía un método practicable para liberar a Tanis de la embestida de un Caballero de la Muerte. Cuanto más reflexionaba, más incongruente se le antojaba que Caramon le hubiera encargado tal empresa.

—De todos modos, salvé la vida del hombretón —farfulló—. Quizá por eso ha decidido...

Se detuvo de repente y se plantó, cual una estatua, en medio de la calzada.

— ¡Se ha deshecho de mí! —vociferó—. Tasslehoff Burrfoot, tienes menos seso que un mosquito o, como solía calificarte Flint, eres un perfecto botarate. Se ha desembarazado de mi presencia porque no quiere que sea testigo de su muerte, se encamina hacia su propio fin. ¡Lo del rescate del semielfo era un subterfugio!

Desdichado, confundido, exploró la avenida en ambos sentidos. «¿Qué puedo hacer?», se preguntó. Dio un paso hacia Caramon, pero frenó su impulso un nuevo clamor musical, esta vez estridente y discorde como si el instrumento, por su propia iniciativa, expresara alarma. E, imponiéndose a éste, creyó reconocer la voz de una criatura que impartía órdenes: la de Tanis.

—Si me uno al guerrero, será el semielfo quien no tardará en exhalar su último suspiro —vaticinó, y avanzó un paso hacia donde éste se hallaba.

Su elección, no obstante, fue pasajera. Hizo otro alto, ensortijando un mechón del copete en su mano como para significar hasta qué extremo también su mente se encontraba sumida en un remolino. Nunca, en su dilatada existencia, había sido víctima de tan hondas frustraciones.

—Los dos me necesitan —razonó—, y yo no puedo escoger.

«¡Ya lo tengo!» Estaba pictórico de felicidad, la solución se había dibujado en su cerebro cuando más proclive se sentía al pesimismo. Ahora resuelto, el hombrecillo emprendió una rápida carrera hacia la entrada de la ciudad.

—Rescataré a Tanis —musitó jadeante, en el mismo momento en que se adentraba en una calleja que acortaría el trayecto—, y más tarde regresaré para prestar mi ayuda a Caramon. Imagino que el semielfo me será útil en el segundo empeño.

Mientras corría por el atajo, haciendo huir a los asustados gatos, frunció el entrecejo y caviló: «He perdido la cuenta de la cantidad de héroes que he tenido que salvar. ¡Empiezo a hastiarme de todos ellos!»

La ciudadela flotante hizo su aparición en el cielo de Palanthas coincidiendo con el cambio de guardia, motivo por el que sonaron los clarines. Los majestuosos, si bien algo derruidos, torreones, las almenas, los imponentes muros de roca, las ventanas iluminadas y repletas de tropas draconianas, todos estos pormenores se hicieron ostensibles a medida que el artefacto descendía, siempre sustentado por sus cimientos de nubes mágicas, hirvientes.

La muralla de la Ciudad Vieja estaba atestada de hombres, ya fueran ciudadanos, caballeros o mercenarios. Ninguno despegó los labios, se contentaron con apretar sus armas y, silenciosos, presenciar la escena.

De todas maneras, en la quietud general, retumbaron algunas palabras al aproximarse el castillo volador o, en honor a la verdad, fueron muchas las que brotaron de una sola garganta. Tas, en efecto, palmeó sobrecoigido frente a la espectacular visión y comentó:

—¿No es avasalladora? ¡Había olvidado cuán magníficas y gloriosas pueden resultar estas fortalezas aéreas en su vuelo! Daría cualquier cosa por viajar en una de ellas. —El kender meneó la cabeza y, como nadie más podía hacerlo, se reprendió a sí mismo, aunque adoptando el tono de Flint—: Ahora no, Burrfoot, tienes un trabajo que hacer. Aquí está la puerta, allí la ciudadela —reconoció el terreno—, y Amothus se acerca entre sus guarniciones. Presenta un aspecto horrible, he visto cadáveres más risueños. Pero ¿dónde se ha metido...? ¡Creo que ya viene!

Una procesión asomó por detrás de un recodo y marchó, calle adelante, hacia donde estaba Tasslehoff. La componían un grupo de Caballeros de Solamnica que conducían sus caballos de la mano y, en su lento desfile, exhibían unos rostros solemnes y tensos, sin intercambiar las chanzas habituales poco antes de la batalla. No hablaban, no se molestaban en disimular su triste conocimiento de que, en la mayoría de los casos, la muerte acechaba al final del recorrido. Les acaudillaba un individuo cuya poblada barba destacaba en brusco contraste respecto a los semblantes rasurados, provistos de mostachos, de los soldados. Además, pese a que lucía la armadura que le acreditaba como Caballero de la Rosa, no mostraba la soltura de otros portadores de idéntico emblema.

—Tanis siempre detestó las cotas de malla y otros atuendos guerreros —rememoró el kender a media voz, mientras examinaba a su amigo—, y sin embargo no ha podido negarse a vestir el uniforme de la hermandad solámnica. ¿Qué diría Sturm si estuviese aquí? ¡Ojalá se hallara en mi flanco, él o alguien de su inteligencia y agallas! —deseó, y una lágrima surcó su nariz antes de que acertara a enjugarla.

Cuando los caballeros se hubieron aproximado al portalón, Tanis se detuvo y volvió la cara para dar las oportunas instrucciones a las filas. El crujir de las alas reptilianas restallaba en las alturas y, al alzar el rostro en un gesto mecánico, Tasslehoff descubrió a Khirsah que, en estrecho círculo, capitaneaba una formación de Dragones Broncíneos. La ciudadela también se desplazaba hacia el muro a un ritmo tan regular, tan pausado, como si se descolgase sujeta de una cuerda.

«Sturm no está junto a mí, ni Caramon, ni nadie —se desengañó el kender, que con sólo evocar a aquellos personajes ya los había visualizado—. Una vez más, Burrfoot, eres tú quien ha de organizar la ofensiva. Tienes que discurrir», se arengó, y secó las lágrimas que bañaban sus mejillas.

Por su mente cruzaron todo tipo de proyectos, cada uno más disparatado que el precedente. El primero consistía en inmovilizar al semielfo a punta de espada («Te clavaré una estocada si no levantas las manos, Tanis, hablo muy en serio»), luego estudió un ardid para golpearle en el cráneo con una roca («Despójate de tu yelmo, amigo, será sólo un instante») e incluso, insatisfecho con tales soluciones, llegó a

considerar la alternativa de decir la verdad («Verás, retrocedimos en el tiempo y, cuando regresamos, cometimos un error de cálculo y nos desplazamos al futuro de tal modo que Caramon, en un arrebato, quitó este libro a Astinus poco antes del fin del mundo y así, gracias a lo que había escrito en sus páginas, en el último capítulo, averiguó que habías de morir y...»).

De repente, el objeto de sus bien intencionadas maquinaciones alzó el brazo derecho. Un resplandor argénteo capturó la atención de Tas, quien, suspirando a modo de desahogo, musitó:

—Ahora sí sé cómo solventar el conflicto. Es muy simple, haré aquello para lo que estoy más dotado.

—Sea cual fuere el desarrollo de los acontecimientos, dejadme a Soth —pidió Tanis, mirando con sombría actitud a los caballeros que se habían cuadrado a su alrededor.

—Pero, mi apreciado colega... —empezó a sermonearle Markham, deseoso de hacerle entrar en razón.

—No voy a discutir contigo —le atajó el semielfo—. Sin un talismán ninguno de vosotros tiene la más mínima posibilidad de vencer al espectro y, además, sois necesarios para combatir contra sus legiones. Jura por el Código y la Medida que no te inmiscuirás en mi terreno, o me obligarás a expulsarte del campo de batalla. ¡Jurad todos que acataréis mi voluntad! —exigió de los hombres.

Al otro lado de la puerta cerrada, una voz profunda, hueca como si brotase de una caverna, invitó a Palanthas a rendirse. Los soldados solámnicos se consultaron unos a otros con los ojos, trémulos sus cuerpos debido al miedo que les infundía aquel sonido inhumano. Se produjeron unos segundos de silencio, una letal expectación que sólo rompía el batir de las alas reptilianas mientras las desmesuradas criaturas de escamas de bronce, de plata, azules y negras describían elipses en las alturas, espiándose y al acecho de la señal de ataque. Khirsah, el Dragón de Tanis, planeaba no muy lejos de su jinete, presto a recogerle en cuanto éste se lo ordenase.

Resonó en el ambiente otra voz articulada, la de Amothus, que respondió al Caballero de la Muerte firme, incommovible, aunque con un delator quiebro en las inflexiones del discurso.

—Transmite este mensaje a tu cabecilla: Palanthas ha gozado del bienestar y la belleza durante numerosas centurias, pero no compraremos ninguna de estas bendiciones si el precio es nuestra libertad.

—Juro por el Código y la Medida someterme a tus decisiones —cedió Markham al imperativo semielfo.

—También nosotros —le corearon los hombres que tenía a su cargo.

—Gracias —se congratuló Tanis, posando la vista en aquellos guerreros leales y meditando que no tardaría en malograrse su juventud, que también él... No, no debía comportarse como una plañidera. Meneó la cabeza y llamó a su cabalgadura—: Khirsah, ya puedes...

No concluyó la frase, pues, cuando ésta afloraba a sus labios, oyó una espantosa conmoción en las filas de la retaguardia.

— ¡Quita las pezuñas de mis pies, animal desmañado! —gritó el supuesto alborotador.

Piafó un caballo y en los tímpanos del barbudo semielfo vibró el reniego de un soldado, seguido por las porfías de alguien que, en tono chillón, protestaba su inocencia.

—El afrentado soy yo —afirmó—, tu caballo me ha pisado. Flint no se

equivocaba al evitar a esas bestias estúpidas.

Los otros cuadrúpedos, que presentían la inminente contienda y afectados por el nerviosismo de sus amos, por la contagiosa tensión que presidía la espera, irguieron las orejas y relincharon ruidosamente. Uno incluso se salió de la hilera, sin que un inmediato tirón de las bridas le restituyera a su lugar.

—¿Acaso no sois capaces ni de dominar a vuestros caballos? —rugió Tanis—. ¿Qué ocurre ahí atrás?

—¡Dejadme pasar! Apartaos de mi camino y no me importunéis. ¿Es tuya esta daga? Sin duda ha resbalado hasta el suelo. Tienes suerte de que yo, por pura casualidad —prosiguió el personaje de pretendida candidez—, haya reparado en ella.

Fuera, en la Ciudad Nueva, volvió a elevarse la voz del caballero espectral augurando la muerte de todos sus rivales. Casi al unísono, a unos pasos del semielfo, el intruso se dio a conocer:

—Soy yo, Tanis, Tasslehoff.

El héroe de la Lanza se sintió al borde del desmayo. No habría podido discernir, en aquel preciso instante, cuál de las dos voces le aterrorizaba más. Sin embargo, no había tiempo para reflexionar ni desentrañar sus emociones: por encima del hombro, el adalid advirtió que la puerta se tornaba de hielo y comenzaba a resquebrajarse.

— ¡Tanis! —le invocó alguien, colgado de su brazo—. ¡Oh, Tanis, cuánto me alegro de encontrarte! —persistió aquel ser en aturdirle, en vapulearle—. ¡Tienes que acompañarme y salvar a Caramon! Se dirige en solitario al Robledal de Shoikan; ¡hemos de socorrerle sin tardanza!

«¡Caramon ha muerto! —fue el primer pensamiento del semielfo, pero se abstuvo de expresarlo en voz alta, porque según sus noticias, también el kender había expirado—. ¿Tanto me enajena el pánico que veo visiones?»

Alguien gritó y, al mirar con aire ausente a sus seguidores, Tanis observó que sus rostros se demudaban bajo los yelmos y asumían una lividez cadavérica. Comprendió que Soth y sus huestes habían atravesado el umbral de la Ciudad, y regresó a la realidad.

— ¡Montad! —mandó a los suyos a la vez que, en un frenesí, forcejeaba para desembarazarse de las garras del tenaz hombrecillo—. Escucha, amigo, no es ésta ocasión propicia para distraerme. ¡Vete, maldita sea! —le imprecó al fin.

—¿Distraerte? —se soliviantó Tasslehoff—. Te comunico que Caramon va a morir y eso es lo único que se te ocurre decir, ¡una bonita manera de reaccionar!

—Nuestro compañero ya ha muerto —repuso el aludido con evidente impaciencia.

Khirsah aterrizó a su lado, lanzando un belicoso bramido. Bondadosos y perversos, en ese punto todos coincidían, los otros dragones le imitaron antes de, en una auténtica exhibición de fiereza, abalanzarse contra los rivales más cercanos con las zarpas extendidas. La refriega había estallado, la atmósfera se impregnó de llamaradas y de ácidos malolientes. En la ciudadela flotante los clarines proclamaron el zafarrancho y, entre vítores de entusiasmo, los draconianos iniciaron sus descensos sobre la ciudad, desplegadas sus correosas alas para amortiguar la caída.

El Caballero de la Rosa Negra, envuelto en los efluvios de muerte que despedía su ser descarnado, avanzaba implacable hacia el interior de la bella Palanthas.

A pesar de sus denodados afanes, el semielfo no conseguía desprenderse de su eventual aprehensor. Al rato, renegando entre dientes, pasó a la contraofensiva: asió al kender por la cintura y, tan rabioso que casi se asfixió él mismo, lo arrojó cual un proyectil a una calleja vecina.

—¡Y haz el favor de quedarte ahí! —vociferó.

—¡No vayas! —suplicó el otro—. ¡Sé de buena tinta que no sobrevivirás!

Tras examinar por última vez al impertinente Tas, sin plantearse la posibilidad de prestar oídos a todos aquellos despropósitos, el héroe giró sobre sus talones y echó a correr, mientras repetía el nombre de Igneo Resplandor. El reptil, que durante la reyerta particular de los viejos compañeros había volado para conducir a su escuadra, acudió raudo. En un santiamén, se posó en la calle.

— ¡Tanis, no puedes encararte con Soth sin el brazalete! —le avisó el astuto hombrecillo.

2

Caramon, su misión y el Robledal

¡El brazalete! Tanis miró su muñeca y constató que, en efecto, la alhaja había desaparecido. Agil de reflejos, el semielfo se volvió y arremetió contra el kender, pero éste, no menos veloz, había emprendido la fuga. El hombrecillo corría calle abajo como si en ello le fuera la vida y, en realidad, cualquier espectador que pudiera atisbar la faz del héroe concluiría que tal manera de expresarse nada tenía de metafórica.

Cuando se disponía a perseguir al huido, una llamada de Markham detuvo al semielfo. Centró unos minutos su atención en el paraje donde aguardaban las tropas y contempló al caballero Soth a lomos de su pesadilla, enmarcado por los ajustados bloques de piedra que, antes de desintegrarse las puertas, las circundaban. Al entrar en la fabulosa ciudad de Palanthas, el espectro fijó sus llameantes pupilas en Tanis y le forzó a sostener aquella mirada indefinible. Incluso a tanta distancia como aún les separaba, el héroe sintió que su alma se retorció en el halo de pavor que siempre destilan los muertos errantes.

¿Qué podía hacer? Le habían arrebatado su amuleto, sin él estaba indefenso. No tenía ninguna probabilidad de éxito. «Gracias a los dioses —pensó en la fracción de segundo de que disponía—, no soy un Caballero de Solamnia y, por consiguiente, no he jurado morir con honor.»

— ¡Escapad! —ordenó a través de unos labios tan resecos, de unos músculos tan rígidos, que apenas podía articular los sonidos—. Batíos en retirada, nunca venceríais a semejante ejército. ¡Recordad vuestra solemne promesa de obedecerme! —insistió frente a la reticencia de sus hombres—. Sacrificad vuestras vidas, si así lo queréis,

luchando contra criaturas de carne y hueso.

Mientras aleccionaba a las tropas, un draconiano tomó tierra delante de él, desfigurada su ya horrenda faz por la sed de sangre. Conminándose a no ensartar la espada en aquel engendro inmundo cuyo cuerpo, al convertirse en piedra, atenazaría el filo sin darle opción a desincrustarlo, acometió su rostro con la empuñadura, le propinó una lluvia de puntapiés en el estómago y saltó sobre él en cuanto se derrumbó.

Oyó a su espalda, después de rematar a su agresor, un gran estrépito de cascos y relinchos de pánico. Confiaba en que los caballeros cumplirían la palabra que habían empeñado, sobre todo en su propio beneficio; pero no podía quedarse para comprobarlo. Quizá todavía no era demasiado tarde. Si atrapaba a Tasslehoff y recuperaba el brazalete mágico se enfrentaría a su portentoso contrincante hasta derrotarlo o sucumbir.

—¡El kender! —urgió al dragón, a la vez que señalaba con el dedo a una figura en movimiento que parecía tener alas en los pies.

Khirsah comprendió la indicación y partió sin demora, tan rasante su vuelo que las puntas de sus alas rozaron los edificios y provocaron un verdadero alud de piedras y ladrillos en la avenida. El semielfo le siguió a la carrera, esquivando los escombros y sin volver la vista atrás. Por otra parte, no era necesario presenciar la escena, ya que los alaridos agónicos, los gemidos de angustia, le revelaban lo que estaba sucediendo.

Aquella mañana, la muerte cabalgó a placer por las calles de Palanthas. Bajo el caudillaje de Soth, las huestes de ultratumba traspasaron el umbral cual una glacial ventolera y marchitaron todo cuanto interceptaba su avance.

Cuando el semielfo les alcanzó, Igneo Resplandor sujetaba a Tasslehoff entre sus dientes. Después de morder la parte trasera de sus calzones azules, el reptil le alzó en posición invertida y comenzó a zarandearlo a la manera de los más eficientes celadores, quienes, antes de encerrar a los prisioneros, solían registrarles de arriba abajo. Se abrieron los recién «requisados» saquillos de la víctima y brotó de su interior un curioso amasijo de anillos, cucharas y otras bagatelas, así como un servilletero de elegante talla y, junto a él, medio queso.

Sin embargo, al hacer inventario mental de los tesoros, el héroe de la *Lanza* no halló su joya.

—¿Dónde está, Tas? —interrogó al cautivo, exasperado, asioso de agarrarle por los hombros y agitarle personalmente.

—Nunca darás con esa pulsera —replicó el otro con las mandíbulas apretadas.

—Khirsah, puedes bajarle —dictaminó Tanis—. Vigila mientras conferenciamos.

La ciudadela se silueta, egregia, encima de la muralla. Desde su ahora inmóvil plataforma sus oscuros magos y clérigos trataban de tener a raya a los fieros Dragones Broncíneos, rodeados por los cegadores destellos de los relámpagos, sus propios rayos arcanos y la bruma que formaba el humo. En esta creciente neblina, el semielfo creyó columbrar, aunque en una imagen fugaz y confusa, a un reptil azul en el acto de abandonar el castillo. «A su grupa debe de ir Kitiara», intuyó, pero sus numerosas cuitas de otro orden no admitían digresiones íntimas.

Khirsah, sumiso, soltó a su presa —que casi se desplomó de bruces— y, extendiendo sus apéndices voladores, se situó de frente a la zona sur de la ciudad, donde se agrupaba el enemigo y los defensores palanthianos se debatían valientemente para refrenar su ímpetu.

El semielfo escrutó al pequeño rehén, quien, lejos de amedrentarse, se incorporó y adoptó una postura desafiante.

—Tasslehoff —le reconvino el adalid, con voz quebrada debido al supremo alarde de voluntad que entrañaba refrenar la ira—, esta vez has ido demasiado lejos. Tu

travesura, si se la puede denominar así, quizá cueste la vida a centenares de ciudadanos.

Entrégame el brazalete y, a partir de este instante, olvida nuestra amistad.

Persuadido de que el kender le ofrecería alguna excusa descabellada o se ampararía en el llanto a fin de hacerse perdonar, Tanis no estaba preparado para encararse con él, que con serena dignidad, pálido y ligeramente tembloroso, sentenció:

—Es muy difícil de explicar, y no tengo tiempo de hacerlo en las presentes circunstancias, pero tu combate singular contra Soth no habría alterado el desenlace de este asedio más que en un aspecto. Has de escucharme, Tanis —reclamó de su interlocutor—, porque estoy diciendo la verdad. Los palanthianos que estaban condenados habrían muerto igual, y la diferencia a la que aludía es que también tú habrías perecido. Todavía hay algo más que debes conocer: tu destrucción habría preludiado la del mundo, así que el hecho de que vivas quizá sea beneficioso para quienes superen el percance. Ahora —terminó autoritario, imbuido de la trascendencia de su empeño, mientras recomponía su atuendo y enderezaba los saquillos en su cintura—, vamos a rescatar a Caramon.

Tanis lo miró con las pupilas dilatadas antes de que, mostrando palpables síntomas de fatiga, se llevara las manos a la cabeza y prescindiera del acerado yelmo. Incapaz de despejar las incógnitas del acertijo, tuvo que claudicar.

—De acuerdo, Tasslehoff, tú ganas —susurró—. Dejemos al margen esa historia. Háblame sólo de nuestro objetivo. ¿Está vivo el guerrero? ¿Dónde se encuentra?

—Eso es lo que me inquieta —contestó el hombrecillo, satisfecho de haber arrastrado al semielfo a su terreno pero con las facciones contraídas por la preocupación—. Ignoro su estado actual. Lo único que puedo asegurar es que no durará mucho, aun en el caso de que ahora respire. Se ha obstinado en internarse en el Robledal de Shoikan.

—¿En esa satánica arboleda? —se asombró el héroe—. ¡Es imposible atravesarla, sortear ileso sus peligros!

—¡Exacto! —exclamó el kender. Tirando nervioso de su copete, añadió—: ¿Por qué si no iba a acudir a ti en un momento tan crucial? Se ha formado el propósito de introducirse en la Torre de la Alta Hechicería para frustrar el regreso de Raistlin.

—Empiezo a figurarme lo que pasa —declaró Tanis, que había atado los primeros cabos—. ¡En marcha! Guíame tú. ¿Adonde nos dirigimos?

—¿Me acompañarás? ¿Has decidido darme ese voto de confianza? —A Tasslehoff se le iluminó el semblante al saberse secundado—. ¡Me alegro tanto! No tienes idea de la responsabilidad que entraña ocuparse de Caramon. Por aquí —indicó, jubiloso.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti, semielfo? —preguntó Khirsah a su jinete, antes de que partieran, aleteando y prendiendo una anhelante mirada en la batalla que se libraba en el aire.

—No, nada, a menos que poseas inmunidad contra los entes del Robledal de Shoikan —contestó éste.

—Temo que no, señor —dijo el reptil, compungido—. Ni siquiera los dragones pueden cruzar ese paraje maldito. Te deseo la mejor de las fortunas, pero no abrigues esperanzas respecto a tu amigo. Lo más probable es que haya muerto.

Pronunciadas tales frases de despedida, el espléndido animal dio un brinco y surcó las aéreas corrientes en busca de acción. Meneando la cabeza, el semielfo echó a andar calle abajo a buen ritmo seguido por el kender, que hubo de emprender un ágil trotecillo para no quedar rezagado.

—Quizá Caramon haya retrocedido después de alcanzar los aledaños del bosque

—aventuró Tas, animoso—. La última vez que Flint y yo lo visitamos, me paralizó el terror; confieso que acabé huyendo despavorido. ¡Y eso que a los de mi raza no nos asusta nada!

—La misión que se ha trazado es detener a Raistlin, ¿no es así?

El hombrecillo asintió con un ademán.

—Entonces —vaticinó el semielfo—, nada se interpondrá en su camino.

Caramon había tenido que hacer acopio de todos sus arrestos para aproximarse siquiera a la mágica arboleda. Merced a sus inherentes cualidades guerreras, a su disciplina, consiguió acceder a un lugar más cercano que ningún otro mortal que, al igual que él, careciese de un amuleto, único salvoconducto seguro en el universo arcano. Se hallaba ahora frente a los troncos fantasmales, silenciosos, sudando a borbotones mientras trataba de exhortarse a avanzar un nuevo paso.

—Me aguarda la muerte en ese recinto —murmuró, y se lamió los cuarteados labios—. Pero esa perspectiva no ha de acobardar a alguien como yo, que he topado con el destino en innumerables ocasiones.

Tensa la mano en torno a la empuñadura de su espada, avanzó un paso.

—Además —prosiguió con sus cábalas verbales—, no es tan fácil aniquilarme. Son muchos los seres que dependen de mí. No pienso permitir que unos simples vegetales se interfieran en la ejecución de mi cometido. ¡Viviré!

Su pierna recorrió otro tramo.

—He deambulado por paisajes más siniestros que éste. —Y, junto a esta reiterada infusión de optimismo, sus piernas volvieron a moverse hacia los robles—. He estado en el Bosque de Wayreth, en un Krynn moribundo y, en tal odisea, he presenciado el fin del mundo. No —persistió—, no se ocultan aquí horrores a los que no pueda sobreponerme.

Y, bajo el efecto estimulante de su propia arenga, reanudó el accidentado caminar y penetró en el Robledal de Shoikan.

Se zambulló de inmediato en una negrura eterna, infinita, y voló con la memoria al día aciago en que viajó de Istar a la Torre cegado por el encantamiento de Crysania. Sin embargo, entonces no estaba solo. El pánico se apoderó de él al hacerse esta consideración y al percibir, también, el vibrante palpito de las tinieblas. Era el latir de una existencia profana, de una vida que no era tal sino una febril perseverancia después del ocaso. Sus vísceras perdieron tersura, cayó de rodillas entre sollozos y convulsiones.

—Eres nuestro —le siseaban unas voces suaves, embrujadoras—. Tu carne, tu calor, tu vida nos pertenecen. Ven hacia nosotras, deleita el errar de estas criaturas con la dulce savia de tus venas, con la tibieza de tu piel. Tenemos más frío del que nadie soportaría, caldea el ambiente y perdura en este plano superior.

Entre hipnotizado y presa del espanto, el hombretón vaciló. Cuando parecía vencer el miedo y el abrumado luchador se decía que, con sólo dar media vuelta, podría huir de aquellas engañosas hechiceras, surgió una insospechada energía de sus entrañas y le espoleó mediante el simple recordatorio de su empresa: «Debes desbaratar los planes de Raistlin, continúa».

Por primera vez en varios años, y tras desoír los cánticos femeninos, el guerrero rebuscó en su alma y sacó de un prolongado letargo aquella misma voluntad indómita que llevara a su gemelo a menospreciar su fragilidad, el dolor e incluso la muerte para realizar sus aspiraciones. Rechinantes los dientes, incapaz de mantenerse erguido pero resuelto a no desfallecer, Caramon gateó a través del sotobosque.

Fue un gallardo esfuerzo que, desgraciadamente, no le condujo a ninguna parte.

Al examinar la espesura, vio, en una especie de paralizada fascinación, una mano incorpórea que había brotado de la tierra y, con dedos glaciales y suaves como el mármol, se cerraba alrededor de su muñeca y le atraía hacia simas ignotas. Se debatió a la desesperada para liberarse, pero otras manos de análoga textura se abrieron paso en la hojarasca y le aprisionaron, le clavaron afiladas uñas en sus extremidades. Sintió que le succionaban. Los insinuantes coros de antes comenzaron de nuevo a envolverle y, al mismo tiempo, labios duros, córneos, le besaron en un rito maléfico. Su corazón se congeló.

—He fracasado —gimió.

—¿Caramon? —invocó alguien, con una nota de angustia.

El guerrero pestañeó.

— ¡Tanis, ya vuelve en sí! —anunció el mismo personaje, ahora reconfortado.

El yaciente abrió los ojos y se tropezó con el rostro del semielfo, quien le estudiaba aliviado si bien a este sentimiento se mezclaban el asombro, cierta dosis de incredulidad y la más patente admiración.

— ¡Tanis!

Sentándose tambaleante, entumecido aún por el pavor, el guerrero estrechó en sus brazos a aquel amigo de aventuras y le estrujó con fuerza, entre lágrimas.

— ¡Mi viejo compañero! —le saludó el semielfo, y no pudo expresar su emoción porque el llanto sofocó, también en su caso, toda intenciona.

—¿Cómo te encuentras? —intervino Tas, que no se había separado del guerrero mientras éste permaneció desmayado.

—Bien —informó el interpelado con un quebrado suspiro—. Eso creo.

—Tu hazaña ha sido la mayor prueba de valor que vi jamás en un hombre —ensalzó Tanis a su forzudo amigo y, solemne su porte, reuló para observarle acuclillado—. De valor... y de estulticia.

—Tienes razón —admitió Caramon, ruboroso, avergonzado—. Ya me conoces, en ocasiones me comporto de un modo irracional.

—¿Te conozco? —repitió el semielfo y, a fin de subrayar su duda, se rascó la barba. Escrutó la espléndida constitución del humano, su tez bronceada, la madurez y la entereza que se leían en sus pupilas—. ¡No puedo asimilarlo! —le imprecó—. Hace un mes te desplomaste a mis pies como un fardo, ebrio hasta la inconsciencia. ¡Casi te pisabas los rollos mantecosos del estómago! Y ahora...

—En la experiencia que me ha tocado sufrir —relató el luchador—, las semanas debían contarse como décadas. Es todo cuanto puedo revelarte. Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Cómo me habéis sacado de esa escalofriante arboleda? —inquirió también él y, al lanzar una furtiva mirada atrás, distinguió los contornos de los robles al fondo de la calle y no pudo dejar de estremecerse.

—Fui yo quien di con tu paradero —le esclareció el semielfo, incorporándose y ayudando al conmocionado hombretón a hacer lo mismo—. Aquellas manos tiraban de ti, mi buen amigo. Presiento que no habrías hallado bajo esa tierra el reposo que mereces.

—Pero ¿cómo os internasteis vosotros? —volvió a interrogarle Caramon.

—Utilizando esta hermosa obra de orfebrería —bromeó Tanis, y le enseñó el argénteo brazalete.

—¿Y os escudó a ambos de esos engendros del Mal? Quizá...

—No te hagas ilusiones —se anticipó el semielfo a lo que el guerrero iba a proponer y embutió la joya en su cinturón mientras, receloso, espiaba a Tas, quien se

había convertido en la viva estampa del candor—. Su aura mágica a duras penas me ha franqueado el acceso a esa malhadada espesura. En más de un momento he notado que su poder disminuía.

Se disolvió la jovialidad en los rasgos de Caramon.

—También yo recurrí al ingenio arcano que compartimos —comentó, más al kender que al semielfo, ya que este último ignoraba la existencia de tal artilugio—. Fue en vano, aunque no me decepcionó constatarlo porque lo intuí desde el principio. No nos salvaguardaría ni de los fantasmas de Wayreth, a todas luces más benignos. ¡Ni siquiera se transformó! Estuvo a punto de desmembrarse, así que renuncié. —Guardó unos segundos de silencio y, deformada la voz por la ansiedad, estalló—: ¡Tanis, debo llegar hasta la Torre! No voy ahora a desvelarte el secreto, pero un cúmulo de circunstancias me han hecho testigo del futuro, de las calamidades que arrasarán Krynn si no penetro en el Portal y freno a mi hermano cuando inicie el retorno. ¡Soy el único que puede interceptarle!

Sobresaltado por tanta vehemencia, el aludido posó una mano en el hombro del grandullón con intención de invitarle a la calma.

—Algo así me ha esbozado Tas —rememoró—. Pero creo que Dalamar, apostado ya junto al umbral, es más indicado... ¡En nombre de los dioses! —se interrumpió él mismo—. ¿Cómo vas a cruzar ese puente a la eternidad?

—No comprendes la situación, Tanis, porque es demasiado compleja y no soy libre de ilustrarte por diversos motivos, el primordial la escasez de tiempo —se disculpó el guerrero, con tal severidad que el semielfo parpadeó atónito—. A pesar de ello, he de pedirte que tengas fe en mi y que juntos discurramos un medio para colarme en el edificio.

—Acertaste, no entiendo nada —corroboró el héroe sin disimular su pasmo—. No obstante, prometo colaborar en todo cuanto sea preciso.

—Gracias, compañero —mascullo Caramon con plena sinceridad, hundiendo los hombros y ladeando la cabeza para significar no desencanto, sino lo mucho que le relajaba saberse respaldado—. He estado muy solo en todas mis peripecias, de no haber sido por Tas...

Desvió el semblante hacia el kender, pero éste había cesado de escucharles. Tenía las pupilas prendidas, en una especie de raptó, de la ciudadela flotante, que todavía se hallaba suspendida sobre la muralla. La lucha entre los dragones se había recrudecido y, en tierra, no se había zanjado precisamente a juzgar por las cenicientas columnas de humo que se alzaban en la zona sur de la ciudad, la barahúnda de aullidos y órdenes, el estruendo de las armas, los estampidos de cascos y, en síntesis, los fragores de toda índole.

—Estoy seguro de que una persona capacitada para gobernarla podría maniobrar esa nave aérea hasta la Torre —barruntó en voz alta, ojeándola con sumo interés—. Una mínima pericia y se deslizaría sobre el Robledal. Al fin y al cabo, la magia que la propulsa es de naturaleza perversa y la que cerca el bosque también. Se complementan más que neutralizarse. ¡Es tan grande! Me refiero a la plataforma voladora, no al paraje. Aun cuando existiera una incompatibilidad, impedir su avance requeriría un poder arcano muy grande.

— ¡Tas!

El hombrecillo se volvió, y se vio enfrentado a dos pares de ojos que, centelleantes, le taladraban. Interpretando aquella común actitud como el prólogo de una reprimenda, se apresuró a defenderse.

— ¡Yo no lo hice! ¡No ha sido culpa mía!

—Si pudiéramos catapultarnos al castillo, no habría que buscar más soluciones

—sugirió Tanis, sin sacar de su error al kender.

—¡El ingenio! —bramó Caramon, sobreexcitado, a la vez que extraía el colgante de la camiseta que vestía debajo de la armadura—. ¡Nos desplazaremos en un santiamén!

—¿Adonde? —le interrogó Tasslehoff, quien, pese a adivinar que algo se fraguaba, no se había percatado de que era él el inductor—. ¿A la mole flotante? —atinó de pronto, y sus iris irradiaron fulgores que los hacían equiparables a estrellas—. ¿Es ése vuestro proyecto? ¿De verdad, no me engaños? ¡Será una aventura fabulosa! Estoy listo, podéis empezar con los preliminares. Pero Caramon —la sombra de un escollo nubló su exultación—, las facultades de ese artefacto sólo abarcan a dos personas. ¿Cómo subirá Tanis?

El hombretón se aclaró la carraspera y se balanceó, incómodo, turbado. No hizo falta que se manifestara. La elocuencia de sus gestos no pasó inadvertida al kender.

— ¡Oh, no! —se sublevó éste—. ¡Es una injusticia excluirme!

—Deploro tener que hacerlo —razonó el humano, mientras, con pulso inestable, metamorfoseaba la vulgar quincalla en un cerro cuajado de joyas—, pero deberemos sostener una cruenta batalla para abrir una brecha entre nuestros adversarios de ahí arriba.

— ¡Quiero formar parte de esa expedición! Ha sido idea mía y, además, sabré pelear como el primero.

—Para demostrar la validez de este aserto. Tasslehoff hurgó en su cinto y blandió el cuchillo que siempre portaba—. ¡He salvado tu vida, Caramon, y también la de Tanis! —reprochó a aquellos ingratos.

Al advertir, por la expresión que había adoptado el musculoso luchador, que no desarmaría su terquedad, el kender juzgó más prudente dialogar con el semielfo. Se echó implorante, teatral, a sus brazos, y argumentó:

—Quizá el ingenio funcione con tres. ¿Por qué no probamos suerte? Seríamos en realidad dos y medio, yo soy pequeño y peso poco. ¡A lo mejor la onda magnética no repara en mi presencia!

—No, Tas —rechazó asimismo el recién hallado compañero. Más abrupto que el hombretón, el barbudo personaje se desembarazó de su abrazo y se colocó frente a él para, estirando un incisivo índice y con una mirada que el kender conocía bien, prevenirle—: No me obligues a tomar medidas drásticas.

El amenazado se inmovilizó, con tal desolación reflejada en sus rasgos que Caramon, apiadándose, se arrodilló a su lado y le aleccionó cariñoso:

—Apelo a tu buen sentido, Tasslehoff, ya que tú mismo viste lo que acontecerá si fallamos. Necesito a Tanis, su vigor y las dotes innatas que posee como espadachín. Hazte cargo, te lo ruego.

El hombrecillo esbozó una sonrisa, que se quedó en un rictus.

—Sí, Caramon, es lógico que prefieras la ayuda del semielfo —se sometió—. Perdona mi arranque.

—Y, como acabas de decir, el plan se te ocurrió a ti —continuó consolándole el guerrero—. No podría concebirse una ayuda mejor.

Aunque este argumento pareció conformar a la criatura a quien iba dirigida, fue hartamente distinta la influencia que ejerció sobre la confianza de Tanis.

—Por alguna razón que no consigo determinar, eso es lo que me preocupa —refunfuñó y, mientras el gigantesco humano caminaba hacia él para partir, asumió un aire de extrema severidad y demandó del kender—: Tas, prométeme que te pondrás a salvo, nos aguardarás en el escondrijo que elijas y no te interferirás en este asunto. ¡Júrame que no crearás complicaciones!

Ante la imposibilidad de escabullirse con una evasiva, distorsionado el semblante a consecuencia de un remolino interior, el aludido se mordió los labios, juntó las cejas en una arrugada línea y anudó los mechones sueltos de su copete hasta enmarañarlos en auténticas greñas.

—Lo prometo —tuvo que acceder. Sin embargo, unos segundos después sus ojos se dilataron en una repentina inspiración y, tras soltar las hebras de su cabello, que se derramaron en desorden sobre la espalda, repitió—: Te lo prometo —con una ingenuidad tan aparente que el semielfo volvió a gruñir.

No había nada que pudiera hacer Tanis para inducirle a confesar la causa de tan súbito cambio, pues Caramon había comenzado a recitar el cántico y a activar los resortes del artilugio. Lo último que el héroe vislumbró, antes de sumergirse en las multicolores brumas de la magia, fue la imagen de Tasslehoff erguido sobre un pie y frotándose la pernera del calzón a la vez que, jovial, dedicaba a los viajeros una ancha sonrisa de despedida.

3

Un vuelo con incidentes

—¡Igneo Resplandor! —se dijo Tasslehoff a sí mismo en cuanto Caramon y Tanis desaparecieron de su vista.

Girando sobre sus talones, el kender emprendió una carrera hacia el confín meridional de la urbe donde, a juzgar por la humareda y el griterío, la lucha era más encarnizada. «Lo más probable —razonó— es que los dragones también batallen en esa zona.»

De repente, en plena marcha, el hombrecillo descubrió una laguna en su proyecto, una imprevisión hija de la prisa. Se detuvo y, atisbando el cielo abarrotado de reptiles que, con inusitada fiereza, hincaban las zarpas en las escamas de los adversarios, mordían las partes más blandas o les arrojaban sus abrasadoras llamaradas, farfulló:

—¡Qué fastidio! ¿Cómo voy a reconocerle en ese revoltillo?

Tragó aire en una honda, exasperada inhalación, y le sobrevino un espasmo de tos. Estudió entonces los contornos, y comprobó que el ambiente estaba en extremo viciado a la vez que las alturas, antes pintadas de gris bajo el tamiz impuesto al alba por los nubarrones, se había vestido ahora de fulgores encarnados. Palanthas ardía.

—No es éste un lugar seguro donde refugiarse —musitó—. Tanis me ha recomendado que busque un escondrijo que ofrezca garantías, y yo sólo me sentina a salvo junto a ellos, mis amigos. Dado que

292ahora se encuentran en la ciudadela y que, por añadidura, se habrán metido en un sinfín de enredos, lo que he de hacer es volar a su lado. ¡No soporto la idea de quedar acorralado en una ciudad incendiada, hervidero de pillajes y otros desafueros! Meditó con ahínco, y al rato halló una respuesta.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Rezaré a Fizban. Escuchó mis preces en un par

de ocasiones y, aunque su sistema no es del todo ortodoxo, nada pierdo intentándolo.

Al distinguir a una patrulla de draconianos al fondo de la avenida, Tas se internó en una calleja lateral y se agazapó detrás de un montículo de escombros no por temor sino, según él mismo susurró, porque no deseaba ser interrumpido. Así resguardado, alzó los ojos a la bóveda celeste y recitó esta plegaria:

—Fizban, préstame mucha atención. «Si no salimos del apuro, ya podemos tirar la plata al pozo y unirnos a las gallinas.» Mi madre solía utilizar este viejo axioma y, pese a que no acabo de comprender a qué se refería, no me negarás que lo de la joya y la volatería suena a ruina absoluta. Necesito desplazarme junto a Tanis y Caramón, quienes, como sabes, no podrán arreglárselas sin mí. Y para ir hasta ellos, he de rogarte que pongas a mi disposición uno de esos reptiles alados. No te quejes, no es mucho pedirle a alguien con tus recursos. Estarías en tu derecho a disgustarte si solicitara que me propulses mediante un colosal salto, pero he preferido mostrarme comedido. Mándame un dragón, uno de los múltiples que debes de gobernar. Nada más.

Aguardó unos instantes. Al ver que nada ocurría, espía el cielo en actitud inquisitiva y esperó un poco más. Siguió sin obrarse el milagro.

—De acuerdo, pactaremos —propuso y, en un acto de humildad, confesó—: Admito que me apetece mucho visitar la ciudadela, incluso renunciaría para hacerlo al contenido de un saquillo... o de dos. Ya te he revelado toda la verdad y, por otra parte, te recuerdo que siempre era yo quien te restituía el sombrero cuando lo extraviabas.

A despecho de su magnánimo gesto, y de haber refrescado la memoria del extravagante mago, no se personó ningún dragón. El hombrecillo resolvió desistir. De modo que, tras cerciorarse de que la patrulla enemiga había pasado de largo, salió de su parapeto de inmundicia y del callejón para situarse de nuevo en la ancha avenida.

—Supongo, Fizban —hizo una última tentativa—, que estás muy atareado y...

En aquel preciso momento, el suelo se convulsionó bajo sus pies e invadió el aire un aluvión de rocas y adoquines fragmentados, a la par que un fragor semejante a un trueno removía los cimientos mismos de las casas. Pero tan pronto como empezó el ensordecedor estruendo se acalló, sumiendo la avenida en un silencio sepulcral.

Después de recomponerse, de desempolvar sus calzones, Tasslehoff trató de penetrar el velo de humo y partículas para averiguar lo sucedido. Aventuró que quizá se había desmoronado un edificio sobre él, como en Tarsis; pero no tardó en averiguar que no era tal el caso.

El causante de la conmoción era un Dragón Broncíneo, que yacía boca arriba sobre la calzada. Estaba bañado en sangre: sus alas, extendidas sobre dos manzanas de viviendas, habían derruido las paredes maestras y la larga cola, también desplegada, sepultó en la caída otros varios habitáculos. El animal tenía los párpados entornados, surcaban sus flancos llagas socarradas y ningún bombeo en el pecho anunciaba que respirase.

—No era esto, te has equivocado —imprecó el kender al excéntrico Fizban—. ¿De qué me sirven unos despojos?

Pero cejó en sus reconvenciones, porque el reptil dio señales de vida. En efecto, abrió un ojo y, a pesar de su aturdimiento, dirigió al kender una de esas miradas que sólo se dedican a los antiguos conocidos.

— ¡Igneo Resplandor! —le identificó Tas, y se encaramó por una de sus patas para asomarse a la gigantesca pupila—. ¡Es maravilloso! ¡Hace unos minutos recorría la ciudad con el propósito de localizarte! ¿Estás malherido?

El joven dragón hizo ademán de contestar, pero enmudeció al cubrirles a ambos una oscura sombra. Khirsah la contempló excitado, emitió un amortiguado rugido y estiró el cuello, en un ímprobo esfuerzo que se reveló excesivo. Hubo de recostarse de

nuevo mientras Tas, alerta al fenómeno, comprobaba que lo originaba otro dragón, éste de escamas negras, que tras abatir a su víctima planeaba en su derredor para rematarla.

—¡No lo hagas! —imploró—. Esta criatura me pertenece. Me la ha enviado Fizban. ¿Cómo se combate contra uno de su especie? —agregó en voz baja.

Revisó en su mente las leyendas acerca de Huma, protagonista de innumerables lides de aquella naturaleza. Pero no le sugirieron ninguna iniciativa, porque, a diferencia del caballero, él carecía de la valiosa Dragonlance y hasta de una espada corriente. Al evocar tales armas, desenvainó su cuchillo; pero le bastó con una breve ojeada. Convencido de su inutilidad, volvió a ajustarlo a su cinto y se decidió por otra acción. Lo primero que debía hacer era dar instrucciones a su lisiado compañero.

—Igneo Resplandor —le invocó, erguido ahora sobre su córneo estómago—. Procura quedarte donde estás sin hacer el menor movimiento. ¿Crees que serás capaz? Y no me vengas con sermones acerca de la muerte honorable, en valiente pugna contra el rival, pues los he oído incontables veces en boca de un heroico amigo, ya fallecido, que era miembro de la hermandad solámnica. Al igual que le opondría a él, he de informarte que en las presentes circunstancias tan nobles sentimientos son del todo superfluos. ¿Te preguntas el motivo? Muy sencillo, porque otros dos seres a los que estimo profundamente, y que ahora gozan del don de la vida, podrían morir de forma atroz si tú y yo no vamos en su auxilio. Si a eso sumamos el hecho de que esta misma mañana te he salvado la vida, aunque no te resulte obvio, convendrás conmigo en que me debes fidelidad.

Nunca habría de saber el locuaz orador si Khirsah había comprendido y obedecía órdenes o si, simplemente, se desmayó. Sea como fuere, no tenía tiempo para preocuparse de tales banalidades. Erguido sobre el vientre del gigantesco reptil, el hombrecillo registró a fondo una de sus bolsas a la búsqueda del objeto que posibilitaría la ejecución de sus designios. Entre todos, eligió el argénteo brazalete de Tanis.

— ¡Cuan descuidado es este semielfo! —comentó, y acomodó la alhaja a su brazo—. Debe de haberse deslizado de su talle cuando atendía al pobre Caramon. Ha sido una suerte que yo lo recogiera.

Tranquilizada su conciencia, o persuadido de que su historia se ceñía a la verdad, olvidó el incidente para encararse con el Dragón Negro. Señalando en postura retadora a aquel monstruo que les acechaba con las mandíbulas separadas, a punto de vomitar el letal ácido sobre el postrado, exigió:

— ¡Refrena tu ímpetu! Este cadáver es mío. Yo he dado con él y reclamo su propiedad. O sería más adecuado decir —se corrigió— que él me ha encontrado a mí, ya que casi ha cavado mi tumba. Poco importa, lo que has de hacer es esfumarte y no destrozarle con esas corrosivas llamas de los de tu especie.

El dragón, perplejo, bajó la mirada. Era en realidad una soberbia hembra que, en esporádicos alardes de generosidad, había cedido algún trofeo a los draconianos o los goblins, pero nunca a un kender. También ella había sufrido heridas en la lucha, y a consecuencia de la pérdida de sangre y un brutal golpe en el hocico sentía un ligero vahído, lo que no fue óbice para que algo en su interior le avisara de que su oponente quería engañarla. No podía ser de los suyos, jamás se había tropezado con un miembro de esta tribu entre las hordas perversas. No obstante, siempre existían excepciones y era indudable que aquella criatura portaba una pulsera donada por un practicante de la nigromancia. Notaba cómo las virtudes del objeto neutralizaban sus hechizos.

—¿Tienes la más mínima noción de lo que, en los tiempos que corren, me pagarán en Sanction por unos dientes de dragón? —argumentó Tasslehoff—. ¡Y me abstengo de mencionar las zarpas! Un mago de esa ciudad recompensaría con treinta monedas de cobre a quienquiera que le facilitara uno solo de estos apéndices.

La hembra reptiliana rezongó algo ininteligible. Estaba sosteniendo una conversación ridícula con aquel mequetrefe en lugar de reintegrarse a la reyerta u ocuparse del dolor que contorsionaba su cuerpo, de manera que, furiosa, determinó destruir al irritante hombrecillo, que además era su enemigo. Abrió la boca... y otro Dragón Broncíneo la embistió por la espalda. Tras exhalar un alarido, el negro animal abandonó a su presa en aras de su propia supervivencia y acometió la huida, volando en un desesperado aleteo aunque sin agrandar apenas la distancia respecto a su perseguidor.

Con un satisfecho suspiro, Tas se sentó en el abultado cuerpo de Khirsah.

—Por un momento temí no poder contarlo —masculló, quitándose el brazalete y embutiéndolo en la bolsa.

El reptil se agitó. Al percibirlo, el kender descendió suavemente por su costado. Tras posarse en tierra, le consultó:

—¿Cómo estás, Igneo Resplandor? Ignoro el tratamiento que hay que aplicar a los dragones, pero puedo traerte un clérigo para sanarte. El único problema es que en este caos, quizá me cueste un poco hallar a uno disponible.

—No te molestes, no preciso ninguna ayuda —repuso Khirsah con ronco acento, y torció su interminable cuello para examinar al hombrecillo—. Estoy vivo gracias a ti —declaró, prendidas de aquel diminuto ser unas pupilas dilatadas por el asombro.

—Sí —ratificó éste—, y por dos veces en el día de hoy. La primera fue esta mañana —le indicó, jubiloso—, cuando Soth atravesó las puertas. Verás, mi amigo Caramon se ha apoderado de un libro en el que se relata lo que va a acontecer en el futuro o, más concretamente, lo que no va a acontecer, puesto que lo estamos alterando. De no haberlo impedido yo al requisar esta alhaja, Tanis y tú os habrías enfrentado al caballero espectral. La muerte era el destino que os deparaba tal desafío. Ambos habrías fenecido. He entrado en escena —insistió—, y no has sido aniquilado.

—Cierto.

Reclinándose sobre un costado, el inmenso dragón desdobló una de sus membranosas alas en el turbido aire y la escudriñó de una punta a otra. El miembro exhibía cortes y coágulos sanguinolentos, pero no había desgarros. Repitió la operación con la segunda extremidad, mientras Tas le contemplaba absorto, ensimismado.

—Me encantaría ser como tú —dijo.

—Naturalmente —apuntó Khirsah y, dándose impulso, irguió su portentosa estructura sobre las garras, no sin antes liberar su cola de los restos de la casa que había echado abajo—. Somos los escogidos de los dioses —continuó sin jactancia, con perfecta naturalidad—. Nuestros índices de vida son tan prolongados que los elfos, tan longevos para vosotros, se nos antojan efímeros pabilos de candela y, en cuanto a humanos y kenders, os consideramos estrellas fugaces. Nuestro aliento transmite muerte, nuestra magia posee tan inconmensurable poder que sólo los más insignes hechiceros nos superan.

—Tenía noticia de vuestras prerrogativas —le atajó Tasslehoff, que comenzaba a impacientarse—. ¿Estás seguro de que no hay nada seriamente dañado en tu organismo?

—Lo estoy, amigo mío —aseveró Khirsah, disimulando una sonrisa con escasa fortuna—. Todo funciona, como tú dirías; salvo que la cabeza todavía me da vueltas. Pero cambiemos de tema. Justo es que, si tú me has salvado de perecer...

—Por partida doble —puntualizó el otro.

—Por partida doble —subrayó el dragón—. Justo es —concluyó— que te rinda un servicio. ¿Qué deseas que haga?

—Transportarme a la ciudadela flotante —se sinceró Tas sin remilgos. Inició el

ascenso a la grupa del animal, pero Igneo Resplandor le agarró por el cuello de la camisola, que quedó colgado de la ganchuda uña, y le izó—. Aunque agradezco tu colaboración, podría haber subido solo —gruñó.

Sin embargo, no fue depositado en el lomo del reptil sino en la cavidad que formaba el nacimiento del hocico. Así, los ojillos del kender toparon casi con unos iris que más se asemejaban a las aguas negruzcas de un gran lago.

—Una expedición a ese castillo sería muy arriesgada, acaso desastrosa, para ti —vaticinó Khirsah con firmeza—. No puedo tolerar que te pase nada, y menos aún a sabiendas de los peligros que corres. Te conduciré junto a los Caballeros de Solamnia, que se han congregado en la Torre del Sumo Sacerdote.

— ¡Ya he estado allí! —se rebeló el hombrecillo—. Tengo que ir a la ciudadela y socorrer a Tanis el Semielfo o, hablando con propiedad —rectificó al distinguir un amago de desconfianza en aquellas pupilas tan próximas—, comunicarle ciertas nuevas. Antes de partir hacia la plataforma, el héroe me encomendó la misión de permanecer en Palanthas para recabar ciertos datos de la mayor importancia. Si no los pongo en su conocimiento, de nada...

—Dime a mí de qué se trata —le urgió su interlocutor—, y me encargaré personalmente de informarle.

—N... no puede ser —balbuceó el otro, devanándose los sesos para elaborar un pretexto—. El mensaje que he de transmitir a Tanis me ha sido dado en dialecto kender, y bajo ningún concepto debe traducirse a lengua común. Tú no hablas mi idioma natal ¿verdad, Igneo Resplandor? —inquirió con resquemor.

— ¡Desde luego! —iba a regañarle el dragón, pero, conmovido por la esperanza que se leía en la mirada del kender, que animaba sus rasgos, determinó no decepcionarle—. ¡Desde luego que no! —se enmendó, y lo hizo con fingido desdén. Despacio, amoroso, colocó al hombrecillo entre sus alas—. Te llevaré junto al semielfo, si tal es tu anhelo... tu deber. Como no estaba previsto que me montase más jinete que él en esta conflagración, no luzco silla ni arreos. Acomódate y aferra mi crin.

—Así lo haré —se avino Tas y, gozoso, distribuyó sus saquillos y asió la bronceína crin de Khirsah con ambas manos. Una súbita aprensión, no obstante, le obligó a indagar—: Espero que no entrará en tus planes realizar piruetas azarosas, como trazar círculos en vertical o lanzarte en picado hasta rozar el suelo. No es que me disgusten, al contrario, me parecen de lo más emocionantes, pero temo que me resulten incómodas al no poder atarme ninguna cincha.

—No padezcas, mi intención es que nos traslademos sin demora para reanudar cuanto antes la batalla —le calmó el reptil.

— ¡Estoy listo! —vociferó el hombrecillo, y azuzó a su cabalgadura en los flancos para que emprendiese el vuelo.

Igneo Resplandor se elevó en el aire y, beneficiándose de las fuertes ráfagas de viento, pronto navegó muy por encima de Palanthas.

No fue una excursión placentera. Al otear el panorama el kender tuvo que contener el resuello, ya que, para empezar, la Ciudad Nueva se había convertido en una gran hoguera. Como había sido evacuada, los draconianos la devastaban a capricho, prendiendo fuego y saqueando a su pleno albedrío. Por otra parte, la zona antigua, aunque en mejor estado, no auguraba un final más feliz. Era cierto que los Dragones del Bien había obstaculizado los afanes destructivos de sus adversarios Negros y Azules, de tal modo que éstos no la habían arrasado al igual que hicieran en Tarsis, y que las guarniciones pedestres resistían valientemente las embestidas de aquellos engendros mitad hombres y mitad reptiles; pero las huestes de Soth habían hecho estragos. Tasslehoff avistó, desde su atalaya, a decena de cadáveres de caballeros diseminados

junto a sus corceles a lo largo de las calles, cual si se tratara de soldaditos de plomo que hubiera despedazado un niño de instintos vengativos. Y, recreándose frente al dantesco espectáculo, el espectro se silueteaba incólume en una aura de vapores mientras sus sanguinarios guerreros asesinaban a todo ente vivo que se cruzase en su camino y las elfas, en su eterno luto, entonaban lúgubres cánticos a fin de acallar los estertores de los moribundos.

—¿Y si fuera yo el responsable? —se torturó el hombrecillo, deprimido—. Después de todo, Caramon se detuvo en la lectura de las *Crónicas* y sólo me basé en presentimientos, en conjeturas, para actuar como lo hice. ¡No seas necio, Burrfoot! —se amonestó él mismo—. De no haber salvaguardado la integridad de Tanis, tu otro amigo habría expirado en el Robledal. Dado que todo esto es un gran embrollo, y que al menos tienes constancia de haber obrado acertadamente al rescatar a tus dos compañeros, debes descartar cualquier elucubración pesimista.

Resuelto a acatar su propio mandato, a desembarazarse de sus problemas mentales y de los sentimientos que le inspiraba la masacre de la ciudad, Tas espió las regiones donde ahora se hallaba. A pesar del denso humo, que se rizaba en volutas a su alrededor, su agudo sentido de la percepción le permitió columbrar una figura en movimiento a su espalda. Era el cuerpo de un Dragón Azul, un magnífico ejemplar que tomaba altura desde una avenida lindante con la espesura mágica de Shoikan. «¡El animal de Kitiara!», se alarmó ante la inconfundible, mortífera figura de Skie. Aguzó la vista en busca de la amazona, pero no había tal.

—¡Igneo Resplandor! —previno a su reptil, pendiente de vigilar al adversario que, tras reparar a su vez en ellos, había girado para acometerles.

—Soy consciente de sus maniobras —murmuró Khirsah, impertérrito—. No te asustes, kender, estamos ya muy cerca de tu destino. Después de que descabalgues, dispensaré a mi enemigo el trato que merece.

En efecto, al enderezar el cuello, Tasslehoff verificó que la ciudadela flotante estaba casi a su alcance. La invocada imagen de Kitiara y la más real de su dragón se borraron del cerebro del hombrecillo por arte de encantamiento. El castillo poseía un embrujo mucho más estremecedor en primer plano que desde el suelo, con los nítidos perfiles de las rocas que, en un tiempo, configuraran el lecho sobre el que se asentaba la mole arrancados en forma de auténticas sierras colgantes.

Unas nubes arcanas bullían en su entorno, manteniéndola a flote, relámpagos de idéntico origen siseaban deslumbradores entre las torres. Al pequeño viajero no le pasaron inadvertidas las grietas que reptaban cual culebras en la maciza estructura, derivadas del tremendo impacto que debió de entrañar separar el edificio de la osamenta del mundo.

Brillaban luces tras las ventanas de las tres tórrelas, y también surgía un poderoso haz del rastrillo levantado, pero no había otras señales externas de vida. De todos modos, al espectador no le cabía la menor duda de que dentro medraban las criaturas más variopintas.

—¿Dónde aterrizo? —preguntó Khirsah, cortés, aunque con una nota de apremio.

—Lo dejo a tu elección —concedió el kender, quien comprendía el ansia del animal por enzarzarse en una escaramuza contra Skie.

—Yo creo que no es aconsejable la entrada principal —ponderó el reptil, modificando abruptamente la trayectoria a fin de rodear la plataforma—. En la parte trasera no habrá centinelas.

Tasslehoff despegó los labios con el propósito de darle las gracias pero, por algún motivo que no atinaba a definir, tuvo la sensación de que el estómago le caía a

peso hasta los pies, como si fuera atravesarlos y descolgarse en el vacío, a la par que el corazón le brincaba hasta la garganta. El hombrecillo rechazó de forma enérgica que le hubiera trastornado el repentino giro de Khirsah que, si bien les había ladeado a ambos a una vertiginosa velocidad, no duró más que unos segundos. El dragón se estabilizó sobre un patio desierto y, sin apenas batir las alas, se posó en el empedrado en una sutil maniobra, digna de su maestría.

Ocupado en reorganizar su revuelto sistema, el kender se deslizó como un autómeta por el metálico flanco y cayó en el sombrío paraje sin intercambiar las fórmulas que le exigían sus modales. Una vez en terreno sólido, sin embargo, si así podía denominarse a un castillo suspendido en el aire, recobró el dominio de sí mismo.

—Adiós, Igneo Resplandor —se despidió de su montura, ondeando la mano en apoyo a sus palabras—. Te estoy muy agradecido. ¡Buena suerte!

Si el aludido le oyó, no expresó reciprocidad. Había empezado a ascender en el espacio sin desperdiciar un solo instante, seguido por su rival, que, tan raudo que propagaba zumbidos al desplazar el aire, le acechaba con ojos enrojecidos, rebosantes de odio.

Tas, resignado, se encogió de hombros y les dejó a sus auspicios. Dando media vuelta, exploró el paisaje circundante.

Se hallaba en la zona posterior de la antigua fortaleza, dentro de lo que podría describirse como un patio cercenado, ya que le faltaba, al menos, la mitad. Este hecho se hacía ostensible en la ausencia de una tapia y en los cortes irregulares de los adoquines, que indujeron al kender a concluir que la otra porción se desgajó al ser arrastrada la mole. Incómodo frente a aquellos cantos quebrados que le invitaban a despeñarse, Tasslehoff se apresuró a visitar el interior del alcázar, sin incurrir, por ello, en negligencia. Avanzó despacio, arimado a las sombras de los muros y con ese sigilo innato en los de su raza que les protege de inoportunos guardianes.

Hizo una pausa antes de internarse, incierto sobre la ruta idónea. Una puerta comunicaba el recinto con las dependencias, pero las hojas de madera estaban reforzadas mediante gruesas barras de hierro y, aunque exhibía el cerrojo de aspecto más sugerente en que el hombrecillo jamás hubiera insertado sus dedos, supuso que al otro lado debía de custodiarla un soldado no menos prometedor. Era preferible encaramarse a una ventana. Quiso la casualidad que se dibujara una, bien iluminada por añadidura, encima de él.

En el término «encima» estribaba, precisamente, la dificultad. El alféizar se hallaba a casi a un metro y medio del suelo lo que, para alguien de la estatura del kender, convertía la escalada en una ardua empresa. Sabedor de que era su única alternativa, Tasslehoff inspeccionó el patio y no tardó en divisar un bloque de roca suelto, roto. Tras una dura sesión de empellones y altos para allanar el camino, consiguió colocar el pedrusco debajo de su objetivo. Subió entonces hasta su cúspide y, cauteloso, se asomó al interior.

Dos draconianos yacían en una sala, convertidos en estatuas de piedra y con los cráneos aplastados como si los hubieran entrechocado. Un tercero, éste sin cabeza, se perfilaba en la retaguardia. Aparte de tales despojos, no había nadie en la cámara. Poniéndose de puntillas, el hombrecillo aplicó el oído y detectó un sonoro tintineo de acero coreado por gemidos y lamentos y también, durante un breve lapso, por rugidos ensordecedores.

— ¡Es Caramon! —exclamó.

Gateó presto hasta la repisa, se afianzó y, de un salto, se introdujo en la habitación, no sin recapacitar que en la fortaleza reinaba una estupenda inmovilidad y bendecir su buena estrella. De haber viajado el edificio, se habría complicado su tránsi-

to. Volvió a escuchar y, en sus finos tímpanos, los reniegos de Tanis vinieron a mezclarse a los familiares bramidos del guerrero.

— ¡Cuan amables han sido! —se congratuló Tas, mientras recorría la estancia—. Han tenido la deferencia de aguardarme.

Salió a un pasillo de desnudas paredes y el kender echó una ojeada para orientarse. La pendencia se desarrollaba en una planta superior, así que, viendo una escalera en un rincón alumbrado por antorchas, corrió hacia ella. Desenvainó su cuchillo en anticipación de algún conflicto, pero mal había de suscitarse en aquella ala deshabitada del castillo.

«Aquí estaré mucho más a salvo —meditó al coronar un tramo de peldaños particularmente estrechos y empinados— que en la ciudad. Debo acordarme de mencionárselo a Tanis. Y, hablando del semielfo, ¿dónde se han metido Caramon y él? ¿Cómo llegaré junto a mis compañeros?»

Después de una odisea de más de diez minutos, convencido de hallarse en el umbral del cielo a tenor del esfuerzo que le exigían los altísimos escalones, Tas se concedió un descanso en uno de los angostos rellanos. Dedujo, dada la configuración redonda de los muros, que estaba en una de las torres de la ciudadela, adosada a la construcción misma. Los fragores de la reyerta, algo difuminados pero todavía audibles, indicaban que los héroes de la Lanza estaban en el lado opuesto, es decir, en el cuerpo compacto del alcázar. De haber podido cruzar la pared, seguramente habría ido a parar frente a ellos. Frustrado, doloridos los músculos de las piernas, se sumió en hondas deliberaciones.

«Se me ofrecen dos opciones —razonó—: hacer marcha atrás y, ya en la base, ensayar otro itinerario, o continuar. Bajar, aunque menos fatigoso para los pies, significa arriesgarme a tener que sortear multitudes. Lo contrario quizá me conduzca a la puerta de algún aposento secreto. ¿De qué serviría si no la escalera?»

Hallando esta vertiente de su lógica más atractiva, decidió escalar aquellos recovecos a pesar de que los clamores de los contendientes perdían definición a medida que se alejaba hacia la cumbre. De súbito, cuando empezaba a pensar que el artífice de tan descabellada obra de mampostería debió de ser un enano borrachín y con un retorcido sentido del humor, arribó a la cima y encontró su puerta.

—¡Aja! Un cerrojo —se regocijó, frotándose las manos.

No había tenido oportunidad de forzar uno en mucho tiempo, y le inquietaba la perspectiva de oxidarse —él, no la pieza que debía trabajar—. Examinó con ojo experto el candado. Pero, antes de iniciar la tarea, apoyó delicadamente la palma de la mano encima del picaporte. ¡Cuál no sería su desencanto cuando la puerta cedió a la más mínima presión!

—De todos modos, carezco de herramientas —se consoló.

Empujó la puerta unos centímetros y, a través de la rendija, sus pupilas toparon con algo tan anodino como una barandilla. Osó abrir un poco más y, dando un paso adelante, se encontró en un balcón circular que jalonaba el perímetro interior de la torre.

Ahora los ecos del combate se tornaron diáfanos, rebotando contra la roca y despidiendo retumbos sordos, estentóreos. Tas se acercó a toda prisa a la baranda y sacó medio cuerpo en un intento de discernir la fuente de la batahola, que era una mezcla de crujidos, estrépitos de acero, gritos y baques.

— ¡Hola, Tanis! ¿Qué tal, Caramon? —llamó a sus amigos—. ¿Habéis encontrado un método para gobernar esta mole ambulante?

Runce, el enano gully

Atrapados en otro balcón varios pisos por debajo de aquel al que Tas se había asomado, Tanis y Caramon se debatían para salvar sus vidas. Estaban en el lado opuesto al que ocupaba el kender, y lo que parecía un pequeño ejército de draconianos y goblins les hostigaba arracimado en la escalera, en un plano inferior respecto a ellos.

Los dos héroes se habían parapetado detrás de un enorme banco de madera, que habían arrastrado por la estancia hasta colocarlo atravesado en el último peldaño. A su espalda, se recortaba una puerta, y a Tasslehoff se le antojó que habían ascendido la escalera hacia la hoja en una tentativa de huir, pero les habían interceptado antes de conseguir su propósito.

Caramon, cubiertos los brazos de sangre verdosa hasta la altura de los codos, golpeaba cabezas con una estaca de madera que había arrancado de la barandilla, un arma más efectiva que la espada a la hora de combatir contra aquellas criaturas cuyos cuerpos, al morir, asumían la consistencia de la roca. Tanis había mellado la espada en varios puntos, porque la había utilizado a la manera de una maza. Y sangraba a consecuencia de diversos tajos practicados a través de la desgarrada cota de malla mientras que en el peto, de sólida textura, se apreciaba una considerable abolladura. Después de someter a los contendientes a un febril examen, el kender decidió que la pugna estaba en tablas. Los draconianos no podían acercarse lo bastante al banco para apartarlo o sortearlo de un salto, pero en el momento en que los compañeros abandonasen su posición, el enemigo volcaría el escollo y arremetería.

— ¡Tanis, Caramon! —les invocó el hombrecillo—. ¡Estoy aquí arriba!

Ambos levantaron una mirada de pasmo al oír aquel acento familiar. Fue el guerrero el primero en localizarle y, señalando su paradero al otro luchador, le urgió:

— ¡Tasslehoff, escucha! La puerta está atrancada y no podemos salir. ¡Ayúdanos!

Su voz, estridente por naturaleza, resonó imperiosa en el pozo que jalonaban las galerías.

— ¡Estaré con vosotros en un abrir y cerrar de ojos! —respondió el kender y, optando por la vía más rápida, se encaramó al pretil y se dispuso a saltar en medio

mismo del alboroto.

— ¡No! —le frenó Tanis—. ¡Debes abrirla desde fuera! —Y, para respaldar sus instrucciones, hizo un gesto circular con el índice.

—De acuerdo —accedió Tas a regañadientes, decepcionado—. No habrá problema.

Bajó de su proyectado trampolín. Pero, en el momento en el que comenzaba a retroceder hacia el balcón superior, advirtió que los draconianos que se apiñaban detrás de la barrera impuesta por sus amigos cesaban en su ataque. Algo o alguien debía de haber acaparado su interés, una sospecha que se confirmó al sonar una voz de mando que indujo a aquellos reptiles a apartarse entre empujones y, Tasslehoff lo observó desde su puesto de vigilancia, esbozar distorsionadas sonrisas en las que exhibieron sus colmillos. Los héroes, sin saber a qué atenerse, se arriesgaron a otear el panorama a través del banco, mientras el kender descolgaba medio cuerpo en su empeño por averiguar la causa del fenómeno.

Una criatura, otro draconiano ataviado con negros ropajes decorados con runas arcanas, subía parsimoniosa por la escalera. Sostenía un cayado en su mano ganchuda, tallado en forma de un áspid presto a inocular su veneno.

¡Era un mago bozak! Asaltó al hombrecillo una extraña sensación de vacío en la boca del estómago, casi tan perturbadora como la que experimentara poco antes de aterrizar el dragón. Los soldados de piel escamosa envainaron sus aceros, a todas luces convencidos de que había terminado su servicio. El hechicero zanjaría la disputa sencilla y limpiamente.

El kender vio cómo el semielfo hundía la mano en su cinto, sacaba la palma desnuda y, nervioso, lívido el rostro debajo de la hirsuta barba, la embutía en el otro costado. Tampoco ahora extrajo nada; así que, al borde del colapso, inspeccionó el suelo.

«Intuyo —se dijo el menudo espectador— que el brazalete de resistencia a la magia le resultaría de cierta utilidad. Quizá sea lo que busca con tanto ahínco; es vidente que ignora haberlo extraviado.»

Al hilo de sus pensamientos, introdujo los dedos en uno de sus saquillos y, al tantear la pulsera, la blandió en el aire mientras informaba:

—¡La tengo yo, Tanis, no te preocupes! La perdiste, pero por fortuna yo me di cuenta y la recuperé.

El aludido alzó la faz, fruncido el entrecejo en una expresión de fiereza tan alarmante que Tasslehoff le arrojó la alhaja sin un titubeo. Tras aguardar unos instantes que le agradeciera su meticulosidad, algo que el semielfo no se dignó hacer, exhaló un suspiro y anunció:

— ¡No tardo ni un minuto!

Y, raudo como solía serlo cuando se lo proponía, el hombrecillo emprendió una desenfadada carrera hacia los acorralados personajes.

«Desde luego, su actual conducta deja mucho que desear —censuró al semielfo en el trayecto—. No se parece en nada al viejo Tanis, aquel colega dicharachero capaz de valorar un buen rato de diversión. Su flamante título de héroe se le ha indigestado.»

Desvirtuados por el muro medianero, llegaron hasta él los ecos de unos ásperos cánticos acompañados de explosiones. Acto seguido, se elevaron unas voces draconianas que denotaban cólera y desilusión.

«El brazalete hace su labor —dedujo el kender—. Les tendrá distraídos un tiempo, pero no muy largo, así que he de esmerarme en descubrir cuanto antes un puente de unión entre esta torre y el edificio principal. Supongo que el procedimiento más sensato será desandar lo andado hasta el nivel inferior.»

Salvando los escalones de dos en dos, Tas alcanzó la base en cuestión de segundos y, después de enfilear el corredor que desembocaba en la escalera, retrocedió hasta la estancia por la que se había internado en la ciudadela y continuó pasillo adelante, sin molestarse en entrar. Arribó a un punto en el que una ramificación partía en ángulo recto del túnel central y, juzgando como un buen augurio aquella alternativa de desviarse hacia donde, probablemente, los adversarios habían arrinconado a sus amigos, no vaciló en doblar el recodo.

Vibraron sus tímpanos con otro estallido que, esta vez, conmocionó la mole entera, al menos el ala donde estaba el emprendedor hombrecillo. Éste imprimió a sus piernas un ritmo veloz, pero, al rodear una esquina llevado por el impulso de la marcha, sufrió una parada forzosa.

En efecto, el infortunado Tasslehoff tropezó contra un fardo viviente y achaparrado que, de resultas del encontronazo, dio un traspié y se desmoronó. También él salió despedido, cayendo despatarrado y permaneciendo en tal postura debido al impacto.

Sumido en el natural atontamiento, el kender no se incorporó de inmediato. El hedor reinante suscitó en su ánimo la impresión de haber sido atropellado por un saco de inmundicia, lo que no contribuyó a despejar su cabeza. Pero hizo acopio de voluntad y logró erguirse. Empuñando el cuchillo de caza, bamboleante, se puso en guardia para defenderse de la enigmática criatura que le había desequilibrado y que, también, había acertado a ponerse en pie.

Para asombro de Tas, el que había de ser su oponente se aplicó la mano a las sienes y se limitó a proferir un gemido inarticulado por el que manifestaba un intenso dolor. Examinó luego su entorno en un estado de embotamiento muy superior al del hombrecillo y, al distinguir su perfil enhiesto, determinado a la acción y con los fulgores de una antorcha reverberando en la hoja de su espada, el susto se sumó al mareo y se desmayó. Preludió su derrumbamiento un alarido de pánico, de tal suerte que la baharada de su aliento magnificó aún más su halo de pestilencia.

—¡Un enano gully! —le identificó el otro, arrugando la nariz con repugnancia. Enfundó de nuevo el cuchillo e hizo ademán de alejarse, pero le refrenó una súbita idea. «Quizá pueda servirme de él», recapacitó y, tras inclinarse sobre el yaciente, lo asió de los harapos y lo zarandé—: ¡Vamos, despierta!

Exhalando una bocanada de aire que brotó trémula, entrecortada, el gully alzó los párpados. Sin embargo, la visión de aquel kender que le espiaba desafiante le incitó a entornar de nuevo los ojos y fingirse inconsciente, blanca su tez como la nieve.

Tasslehoff volvió a zarandearle. Arropado por la penumbra, el enano le miró con disimulo a través de las pupilas entreabiertas y, al comprobar que su rival seguía allí, concluyó que no le restaba más opción que hacerse el muerto. Los de su raza consiguen este efecto conteniendo la respiración y adoptando una engañosa rigidez, un método infalible que puso en práctica sin dilación.

—¡Déjate de farsas! —le reconvino el kender, exasperado—. Necesito tu ayuda.

—Vete —le instó el otro en tono ronco, sepulcral—. Soy un cadáver inerte.

—Todavía no —declaró Tas, con una insólita hosquedad destinada a amedrentarle—, pero yo me encargaré de convertirme en tal si no obedeces.

Esgrimió de nuevo su arma, portentosa para aquel ser cobarde y desvalido, y éste, tragando saliva, se sentó y empezó a pellizcarse la carne como si no creyera haber regresado al mundo de los vivos. Abrazó entonces al kender y exclamó:

— ¡Me has curado, me has hecho volver de ultratumba! Eres un clérigo poderoso.

—De eso nada —le espetó el hombrecillo, sobresaltado ante semejante

reacción—. Suéltame enseguida. No, así no, te has enredado en mis bolsas y me las romperías. Prueba de esta otra manera.

Transcurrió un lapso nada desdeñable antes de que Tasslehoff se desembarazara del «resucitado». Tirando de él hasta ponerlo en posición erguida, le dedicó una mirada fulgurante y le interrogó:

—Intento pasar al otro lado de la torre, a la mole central. ¿Es ésta la ruta correcta?

El gully estudió meditabundo el pasillo y, al fin, se encaró con su salvador y le notificó que así era, mientras apuntaba con un dedo en la dirección que había tomado de antemano el visitante.

— ¡Espléndido! —se alegró el kender, y reanudó su viaje.

—¿Qué torre? ¿Qué mole? —indagó de pronto el enano, rascándose el cuero cabelludo.

Tas se congeló sobre sus pies y, apretados los dedos en torno a la empuñadura de su arma, sometió a aquel prototipo de la torpeza a un escrutinio avasallador.

—Yo iba al encuentro del gran sacerdote. Si quieres, puedo guiarte —propuso el enano.

El kender caviló que no era aquél un mal ofrecimiento y, sin que mediara más diálogo entre ellos, le agarró de la mano y le azuzó a caminar. Poco después llegaron al pie de una escalera. Los clamores de la batalla habían aumentado, invadían la zona, y este hecho consternó al guía, quien, comprimido el semblante, rehusó acercarse al lugar del altercado.

—Ya he fenecido una vez —protestó, mientras hacía esfuerzos denodados para liberar su mano—. Cuando mueres otra vez más, te tienden en un ataúd y te tiran a un enorme agujero. A mí eso no me gusta.

Aunque tal concepto se le antojó intrigante. Tas no tenía ahora tiempo de ahondar en él. Haciendo más fuerte su presa sobre la muñeca del gully, le obligó a subir los peldaños, estimulado, además, por la creciente barahúnda que se percibía detrás de la pared. Como ocurriera en el anterior itinerario, al coronar el ascenso se halló frente a una puerta. La proximidad de los estacazos de Caramon, de sus improperios, era patente. El kender estaba seguro de haber dado con el flanco de la torre que le permitiría llegar hasta sus amigos.

Apoyó la mano en el picaporte y, a diferencia de la puerta del piso más alto, comprobó que habían sellado la hoja a cal y canto. Ejercitó sus hábiles dedos, únicas herramientas de las que nunca podría prescindir, y ensalzó en su fuero interno la sólida estructura que debía forzar.

—¡Ya estoy aquí! —comunicó a los dos héroes, tratando de enfocarlos a través del ojo de la cerradura.

—¡Abre la puerta! —exigió Caramon, con un zumbido apabullante que presagiaba el desastre de quien recibiera su descarga.

—¡Hago todo lo que puedo! —gritó el hombrecillo, irritado—. Tengo que improvisar sin mis ganzúas. No es tan fácil —apostilló, más para darse importancia que porque desconfiara de su éxito—. ¡Quédate donde estás!

Este desabrido mandato estaba dirigido al enano, quien aprovechando el desconcierto, pretendía escapar. Se lo impidió el mero destellar del cuchillo, una estratagema que su aprehensor había aprendido a explotar. El infeliz se situó en un rincón, cual una masa andrajosa, y se resignó.

—Prometo no moverme.

Fijos los cinco sentidos en su objetivo, Tasslehoff insertó el filo de su polifacético cuchillo en el cerrojo y lo hizo girar con cuidado. Palpó el dispositivo, pero,

en el instante en que cedía, alguien o algo se estrelló contra la puerta y el instrumento fue proyectado al aire.

—¡No puede decirse que colaboréis! —regañó a los del otro lado y, con un resoplido, inició de nuevo la operación.

El prisionero abandonó el sitio que él mismo había escogido y se situó gateando debajo del kender para contemplar sus evoluciones desde el suelo.

—No eres sabio —le acusó— ni un gran clérigo, como yo pensaba.

—¿A qué vienen esas críticas? —inquirió el otro, absorto en su quehacer.

—No son los cuchillos los que abren las puertas, sino las llaves —aleccionó el enano a aquella criatura que, en su opinión, se complicaba tanto la existencia.

—No me cuentas nada nuevo —replicó el atareado Tas, indiferente al comentario—, pero a falta de... ¡Dame eso!

En un arrebato airado, arrancó del mugriento puño del gully el objeto que sostenía, una reluciente llave, y la introdujo en la cerradura. No tuvo que presionar mucho. La puerta se abrió y balanceó sobre los goznes a la primera intentona. Tanis cruzó el umbral a trompicones, aplastando casi al kender, y Caramon lo hizo a toda prisa, aunque más firme. El guerrero se apresuró a cerrar otra vez la hoja, con tal ímpetu que incluso quebró el extremo de una espada draconiana que hacía palanca a fin de evitar que les cortasen el paso. Apoyando los hombros en la madera, el hombretón respiró hondo mientras oponía su peso a las arremetidas del enemigo.

—¡Echad esa maldita llave! —renegó, todavía jadeante.

Tas acudió presto en su ayuda. En el otro lado, los reptiles se dedicaban, entre grotescos bramidos, a astillar el nuevo obstáculo.

—Espero que aguante —susurró Tanis, tomándose un corto descanso.

—No lo hará eternamente —hubo de contrariarle Caramon—. Además, ese mago bozac debe de tener métodos eficaces para aligerar el proceso de derribarla —recordó al semielfo, puestos los ojos en la puerta—. Vayámonos de aquí.

—¿Adonde? —le cuestionó el otro héroe, al mismo tiempo que se enjugaba el sudor de la frente. La sangre le manaba abundante de un arañazo en el dorso de la mano y tenía otras muchas heridas de pronóstico leve en el brazo; pero por lo demás parecía incólume—. ¡Aún no hemos localizado al ingenio que mueve este castillo! —se lamentó.

—Quizá él esté al corriente de su paradero —sugirió Tas, haciendo un significativo gesto hacia el enano gully—. Por eso le he traído —agregó, orgulloso de su astucia.

Oyeron un estampido fenomenal, y tembló el escollo que les separaba de sus perseguidores.

—Tenías razón, Caramon —aseveró Tanis—. Esfumémonos sin tardanza. ¿Cómo te llamas? —preguntó al callado enano, ya en la escalera.

—Runce —se presentó éste, ojeando al semielfo con extrema suspicacia.

—Hay algo que debo pedirte, Runce —le planteó el héroe en tono cordial, persuasivo, a la vez que hacía un alto en un oscuro rellano—. ¿Podrías mostrarnos la cámara donde está el mecanismo que gobierna la ciudadela?

—El Timón del Capitán de los Vientos —apostilló el guerrero y, para contrarrestar la dulzura de su compañero, clavó en el gully unas pupilas fulminantes—. Al menos, uno de los goblins lo ha denominado así.

—¡Es un secreto! —se soliviantó el enano—. No estoy autorizado a revelároslo; presté juramento solemne.

Caramon gruñó con tal furia que el color abandonó los pómulos de Runce bajo la capa de suciedad y Tasslehoff intervino, temeroso de que sufriera un nuevo vahído.

—¡Bah! ¿No ves que lo ignora? —abordó al hombretón y le hizo un guiño de complicidad, procurando que el gully no lo advirtiera.

—¡Eso no es verdad! ¡Conozco bien el emplazamiento del Timón! —se indignó el otro—. De todos modos, no soy tan estúpido como para no darme cuenta de que quieres tenderme una trampa. No me sonsacarán nada.

El kender se desplomó contra la pared, casi derrotado frente a tan singular atisbo de lucidez, mientras Caramon volvía a rezongar. Azotó al cautivo un ligero temblor, pero no renunció a su valeroso reto.

—No consentiré que unos mercenarios me embauquen —persistió—, y menos cuanto está en juego un enigma tan sagrado.

Runce cruzó los brazos grasientos, pegajosos, sobre la pechera de la camisa, que, a su vez, estaba llena de lamparones. Una algarabía de voces draconianas, que sonaban nítidas al filtrarse por las primeras fisuras en la hoja de la puerta, estimuló a Tanis a pensar deprisa.

—Aclárame una cosa, amigo —suplicó al enano y, para tener más intimidad, se acuclilló a su altura—. ¿Qué es exactamente lo que no debes contarnos?

—Que el Timón del Capitán de los Vientos está en el pináculo de la torre central —espetó el gully a su interrogador, con una candidez conmovedora. Y añadió, enseñándole un puño cerrado que expresaba su agresiva determinación—: Por mucho que te esfuerces, seré una tumba a ese respecto.

Los compañeros arribaron al corredor que había de conducirles a la estancia donde no se encontraba el Timón del Capitán de los Vientos —según Runce quien, mientras les guiaba, no se cansaba de repetir: «Ésa no es la puerta, o aquél no es el conducto, que da acceso a la escalera de la cámara secreta»—. Lo acometieron cautelosos, barruntando que había reinado en el trayecto una calma excesiva, y sus resquemores se confirmaron. En efecto, cuando habían recorrido la mitad del pasillo, surgieron, de una de las habitaciones que lo flanqueaban, una veintena de draconianos, seguidos por el mago bozac, el cual, al avistarles, empezó a impartir órdenes confusas.

—Poneos detrás de mí —ordenó Tanis a sus amigos antes de que los otros se abalanzaran—. Conservo el brazalete —señaló; pero, al observar a Tas, tuvo que apostillar—: Eso creo.

Tanteó su brazo, no obstante, y comprobó que aún ceñía la alhaja.

Desenvainando la espada como el semielfo, que había posado la mano en la empuñadura de la suya, aprovechando el momentáneo balbuceo de los adversarios para recular prudentemente, Caramon vertió en el oído del cabecilla un mensaje de la mayor premura.

—Tanis, mi tiempo se agota —murmuró, inmóviles todavía los reptiles al no recibir instrucciones—. ¡Lo presiento! Es imprescindible que vaya a la Torre de la Alta Hechicería. Quizá durante la batalla que se avecina alguien podría escabullirse y poner en marcha la ciudadela.

—Tanto tú como yo somos indispensables para contener la embestida de esas feroces criaturas —repuso el otro héroe—. Así pues, no queda nadie capaz de operar el Timón... —La frase murió inconclusa en sus labios, a la vez que, atónito, escrutaba al guerrero—. ¡Dime que bromeas! —imploró.

—No tenemos otra elección —se limitó a sentenciar su interlocutor. Calló, y los cánticos del bozac impregnaron el ambiente de negras premoniciones.

—No puede ser —se empecinó Tanis, puesta la mirada en Tasslehoff.

—No existe otra salida —razonó de nuevo el hombretón, con la pertinacia que

otorga la certidumbre.

El semielfo suspiró y meneó la cabeza. Por su parte el kender, que era consciente de protagonizar su conciliábulo, pestañeó perplejo hasta que, de pronto, comprendió.

—¡Oh, Caramon! —masculló entre dientes, una discreción que se contradecía con el hecho de que se pusiera a palmear y brincar hasta casi hender el cuchillo en su propia carne—. Y tú también, semielfo, ¡sois maravillosos! Os trasladaré a la Torre sanos y salvos. No lamentaréis esta prueba de confianza. ¡Seré vuestro orgullo! Ven, Runce, te necesitaré.

Aferrando el brazo del enano, recorrió presuroso el pasadizo hacia una escalera de caracol que, de acuerdo con el «avisado» guía, no desembocaba en la sala del mecanismo.

Diseñado por Ariakas, fallecido mandatario de las fuerzas de la Reina de la Oscuridad durante la Guerra de la Lanza, el Timón del Capitán de los Vientos que gobierna las ciudadelas flotantes ha sido registrado en los anales de la Historia como una de las más brillantes creaciones de la preclara, aunque enrevesada y maligna, mente de tal Señor.

Se halla enclavado el ingenio en una cámara construida expresamente a tal fin en la cúspide de cada castillo. Tras encaramarse a un tramo de angostos peldaños el capitán de los Vientos, rango reservado a quien ostenta el honor de manipularlo, asciende una segunda escala, ésta de hierro y sujeta al muro, hasta la trampilla que la bloquea. No le resta sino abrir la portezuela y penetrar en una estancia circular, de reducido tamaño y desprovista de ventanas u otras formas de ventilación. En el centro del aposento, se yergue una plataforma elevada sobre la que, a una distancia aproximada de ochenta centímetros, hay dos imponentes pedestales.

Al ver estos pedestales, Tas, que arrastraba al reacio Runce, quedó estupefacto, sin habla. Trabajados en plata, de una altura de algo más de un metro, eran las más bellas obras de orfebrería que nunca tuvo ocasión de contemplar. Una serie de intrincados motivos y símbolos arcanos surcaban su superficie y, en las líneas que trazaban los relieves, reverberaban hebras de oro bajo la luz de las antorchas que iluminaban la escalera. Encima de cada uno de estos inefables soportes descansaba un inmenso globo, confeccionado en refulgente cristal negro.

—No se te ocurra subir a la plataforma —avisó el gully, tajante, a aquel entrometido que abusaba de su bondad.

—¿Tienes idea de cómo funcionan estos artilugios? —indagó el kender, izándose hasta el lugar prohibido.

—No —contestó el otro hombrecillo, imperturbable frente a semejante descaro— No he estado aquí infinidad de veces, el gran mago nunca me encomienda tareas ni me utiliza como mozo. No he entrado con frecuencia en esta habitación porque el hechicero me llamara para que le trajera esto o aquello. ¿Estar yo presente mientras el mandamás variaba el itinerario? ¡Jamás!

—¿Quién es ese mandamás, ese mago que has mencionado? —preguntó Tasslehoff, y reconoció la pequeña sala por si detectaba alguna figura entre sus sombras—. ¿Dónde está ahora?

—No ha ido a la planta inferior —negó Runce, porfiado— para desintegrar a tus amigos.

— ¡Ah, bueno! —se tranquilizó el kender—. Pero si él se ha ausentado, ¿quién se ocupa de la navegación?

«Comienzo a vislumbrarlo», se alentó, al mismo tiempo que se adentraba en el área delimitada por unas circunferencias de cristal incrustadas en el suelo, entre ambos pedestales. Estaban hechas del mismo material que los globos, e idéntico color, y

poseían similar textura. Oyó en el corredor un estruendo y, de nuevo, los rugidos de los draconianos. Interpretando la nota de frustración que estos últimos destilaban, decidió que el brazalete de Tanis se interponía en los encantamientos del bozac y los desbarataba.

—No debes mirar el círculo del techo —anunció el contumaz gully.

Tas sofocó una exclamación. Sobre su cabeza, un redondel de igual tamaño y diámetro que la plataforma donde se alzaba irradiaba unos destellos fantasmales, entre el azul y el blanco, que adquirían vivacidad a ojos vistas.

—¿Qué no he de hacer ahora, Runce? —sondeó el kender a su contertulio, chillona su voz a causa de la excitación—. ¿Cuál es el paso que no tengo que dar?

—No deposites tus manos sobre las esferas negras, no les detalles el curso que te interesa —sugirió el otro, subrayando las negaciones con especial énfasis—. ¡Nunca hallarás el procedimiento adecuado para accionar tan poderosa magia! —se mofó.

—¡Tanis! —vociferó Tasslehoff a través de la abertura que le proporcionaba la trampilla abierta—. ¿Cuáles son las coordenadas de la Torre de la Alta Hechicería?

Durante unos minutos no llegaron hasta él más que estruendos de armas y algunos aullidos. Pero, al fin, flotó en el aire la familiar voz del semielfo, que aumentaba de volumen a medida que los dos héroes se aproximaban por el pasillo.

—¡Pon rumbo noroeste! —le indicó—. Casi no habrás de virar, el camino es recto.

—¡Maravilloso! Eso está hecho.

Tras afirmar los pies a horcajadas sobre las circunferencias, en unas cavidades obviamente concebidas para este propósito, Tas cobró aliento y estiró las extremidades superiores hacia las oscuras bolas.

—¡Maldita sea! Soy demasiado corto de talla —se lamentó—. Presumo —se dirigió a Runce— que las manos no han de tocar los globos y los pies apoyarse en las cavidades simultáneamente.

Le asaltó, cual un aguijonazo, la impresión de conocer la respuesta, aunque el aludido no atinara a pronunciarla. La consulta que le habían formulado hundió al gully en un trance tal que no pudo sino estudiar el kender boquiabierto, paralizado.

Clavando en el enano unas pupilas centelleantes, no porque le aborreciese, sino porque en alguien debía desahogar su sentimiento de impotencia, el kender permaneció unos segundos inmóvil, entregado a sus disquisiciones. Tras concluir que la única solución era dar brincos hasta rozar las esferas, ensayó el ejercicio, lo que evidenció la imposibilidad de alcanzar su objetivo. Alcanzaba los globos, cierto, pero a costa de perder contacto con las cavidades y, a consecuencia de ello, la luz del techo se tornaba mortecina.

—¿Cómo solventar esta complicación? —discurrió—. Caramon y Tanis podrían adoptar la postura correcta, pero no están en la cámara y, dado el barullo que sube desde el pasadizo, tardarán un buen rato en deshacerse de esos draconianos. ¡Ya lo tengo! —gritó de pronto—. ¡Runce, acércate!

El enano entrecerró los párpados en estrechas rendijas.

—No me está permitido —adujo, anticipándose al vituperio y apartándose de la plataforma.

—¡Aguarda, no te vayas! Sólo quiero ofrecerte la oportunidad de activar este artilugio conmigo —intentó Tasslehoff engatusarlo.

—¿Igual que hace el gran mago? —puntualizó el otro, incrédulo, abiertos los ojos como platos.

—¡Sí, Runce! Adelante —le exhortó—, no tienes más que colocarte sobre mis hombros y...

Enmudeció, al apercibirse de que era prematuro exponerle el plan. Hipnotizado, en una especie de éxtasis, el gully recitó hasta la saciedad la misma letanía:

—Dirigir yo el vuelo como hace el mandamás, ¡usurpar su puesto!

—Sí, Runce —corroboró el kender en análoga cadencia—. Pero debes apresurarte, de lo contrario tu gran mago mandamás podría sorprendernos.

—De acuerdo, voy en el acto —despertó el enano y, mientras se daba impulso para subir primero el entarimado y luego a la espalda de Tas, dio rienda suelta a su emoción—: Controlar esta ciudadela, hacerla viajar a través del aire fue siempre una de mis mayores aspiraciones —confesó, henchido de felicidad.

—Ya tengo sujetos tus tobillos —le atajó el kender, concentrado en las cuestiones prácticas—. ¡Ay! Suéltame el pelo. No resisto tus tirones. Sosiégate, no te dejaré caer. Ahora debes incorporarte, pero para lograrlo has de extender las piernas en lugar de doblarlas. No te soltaré los pies —prometió a aquel manojito de nervios, cargándose de paciencia—. ¡Cuidado, trata de mantener el equilibrio!

Los dos hombrecillos se desplomaron cual un castillo de naipes, y rodaron por la plataforma.

—Tas, ¿qué sucede? —brotó la voz de Caramon desde la escalera.

—¡Ya casi está! —mintió el interpelado, aunque perseveró en su afán. Tras sacudir a su inepto colaborador hasta que se hubo enderezado, renovó sus recomendaciones—: Equilibrio, ésa es la clave. Recuérdalo, has de estabilizarte.

—Equilibrio, estabilidad —se aprendió el enano la lección.

El kender volvió a adoptar la pose erguida en los círculos de cristal, y el gully gateó hasta sus omóplatos para hacer una segunda tentativa. Obtuvieron la merecida victoria, pese a unos pocos halagüeños bamboleos; Runce posó al fin sus inmundas manos en las lisas superficies de las bolas, después de hacer algunos experimentos previos, que fueron del todo infructuosos.

Al instante, les envolvió una cortina de haces luminosos, que, procedentes del redondel del techo, se derramaron en su derredor hasta cercarles por completo. Unas runas fúlgidas se esbozaron encima de las dos criaturas, esculpidas en suaves tonalidades rojizas y violáceas.

Con una sacudida capaz de interrumpir los latidos de más de un corazón, la ciudadela flotante inició su singladura.

Abajo, en el pasadizo, la fuerza del despegue arrojó a algunos draconianos y su hechicero a las frías baldosas de roca, tras dar unos cuantos bandazos al son del traqueteo. Tanis se desmoronó de espaldas contra una pared y Caramon fue a dar con sus huesos en el pecho del compañero.

Soltando maldiciones y alaridos de la más diversa índole, el bozac luchó por ponerse en pie y, una vez en esta posición, pisoteó a sus hombres, que alfombraban el estrecho túnel, e ignoró a Tanis y Caramon con el único anhelo de irrumpir en la cámara donde se hallaba el Timón del Capitán de los Vientos.

—¡Córtale el paso! —rugió Caramon al semielfo, portador de la alhaja, al mismo tiempo que la ciudadela escoraba cual un navío en la tormenta y toda la humanidad de Caramon era despedida hacia la pared opuesta—. Si asciende estos peldaños, todo habrá terminado.

—Haré cuanto esté en mí mano —tartamudeó el héroe, debido a que su amigo, al aplastarle, le había dejado sin aire—. Pero temo que el poder del brazalete esté próximo a extinguirse.

Echó a correr hacia el arcano reptil, pero el castillo describió un brusco giro en dirección contraria. Tanis, sin un agarradero, se vino abajo, mientras que el perseguido, más pertinaz y obsesionado por capturar a los ladrones que trataban de robarle su

fortaleza, tan sólo aminoró el avance. Blandiendo su daga auxiliar, Caramon se lanzó sobre aquel individuo. De nada le valió el asalto. Su arma topó contra una transparente barrera antes de ensartar los negros ropajes y, a causa del impulso de la arremetida, trazó unas piruetas en el aire y rebotó en las losas hasta yacer inofensiva, estéril.

El bozac estaba ya en la escalera de caracol, la que conducía al segundo tramo de barras férreas; los otros draconianos iban recobrando la compostura y, en definitiva, todo se normalizaba, cuando la ciudadela dio un nuevo bandazo. El mago cayó sobre Tanis, que había emprendido un nuevo intento y estaba a escasos centímetros. Los soldados volaron hacia los cuatro puntos cardinales y el guerrero, en pleno proceso de recuperación, salió catapultado por encima del amasijo que formaban el semielfo y el bozac.

El abrupto virar y contravirar de la fortaleza rompió la concentración del hechicero y se desvaneció su aura protectora. Se debatió a la desesperada el infame monstruo, con zarpas y colmillos, pero Caramon, que no se había derrumbado al dictarle la experiencia cómo apoyar y flexionar las piernas, le arrancó del cuerpo del otro héroe y hundió en su carne la espada, en el instante en que invocaba un nuevo sortilegio.

La figura del draconiano se disolvió en una gelatinosa charca de líquido amarillento. Manaron de esta laguna unas nubes de humo maloliente, emponzoñado, que se esparcieron por el recinto.

—¡Salvémonos!

Era Tanis quien así gritaba. Uniendo la acción a la palabra, el semielfo fue hasta una ventana y, entre toses, medio intoxicado, llenó sus pulmones de fresca brisa.

—¡Tas! —llamó él mismo al hombrecillo—. ¡Has cometido un error! ¡Creo haberte dicho que debíamos ir hacia el noroeste!

—¡Piensa en el noroeste, Runce! —oyó que el kender apremiaba al enano.

—¿Runce? —susurró Caramon, mirando a su amigo con repentina alarma.

—¿Cómo puedo dar dos indicaciones contrapuestas? —protestó la aguda voz del gully—. ¿Quieres ir al norte o al oeste? ¡Decídetes!

—El noroeste es un único sentido, y muy concreto —empezó a explicarle Tasslehoff. —No importa —rectificó—, visualiza tú el norte y yo transmitiré la orden del oeste. Quizá así surta efecto.

Cerrando los ojos, el hombretón exhaló el suspiro del derrotado y se reclinó contra el muro.

—¿Qué te parece, Tanis, les auxiliamos?

—No hay tiempo —contestó el aludido, también desazonado pero con la espada en alto—. Ahí vienen.

Se refería a los soldados de piel escamosa, que se habían reagrupado. Pero la muerte de su adalid y su absoluta incapacidad para entender lo que estaba aconteciendo en su ciudadela hizo que éstos, desconcertados, se contentaran con mirarse de hito en hito entre sí y al enemigo. Durante este lapso de inactividad el castillo alteró, por enésima vez, su trayectoria, ahora hacia el noroeste y cayendo durante varios metros, como si lo zarandeara una huracanada ráfaga.

Los miembros de la infame patrulla dieron media vuelta y a empujones, tropezando y resbalando, acometieron el corredor y atravesaron en tropel el umbral de la misteriosa estancia por la que habían hecho su entrada.

—Por fin seguimos el rumbo correcto —confirmó Tanis, contemplando el panorama desde el ventanal.

Al reunirse con él, Caramon divisó la Torre de la Alta Hechicería.

—Veamos cómo se las arreglan ahí arriba —propuso el guerrero al columbrar su destino, y empezó a subir.

—No, no lo hagas —le rogó el semielfo—. Al parecer, Tas conduce la fortaleza a ciegas. Lo más probable es que tengamos que guiarle. Además, no me fío de esos draconianos. No me extrañaría nada que volvieran a presentarse con nutridos refuerzos.

—Una suposición muy lógica —le alabó el fornido humano.

Sin embargo, escudriñó el hueco de la trampa: no estaba tranquilo al saberse en manos de quienes él juzgaba como un par de nulidades.

—Llegaremos dentro de unos minutos —calculó el mestizo, apoyándose displicente en el alféizar—. Pero serán suficientes para que me hagas una síntesis de los últimos sucesos que has vivido.

—Cuesta creerlo —dijo Tanis cuando el guerrero hubo terminado su escueto relato—, incluso de Raistlin.

—Cierto —masculló Caramon—; al principio también yo me negué a prestar oídos a tan descabellada historia. Pero al verlo erguido frente al Portal, al escuchar todas las enormidades que se proponía hacer a Crysania, tuve que rendirme a la triste verdad. El Mal con mayúsculas había corroído su alma y devoraría a todo aquel que le secundase.

—Tienes razón al asignarte la empresa de desarticular sus planes —admitió el semielfo, estirando el brazo a fin de estrujar aquella entrañable manaza—. Tus motivos para intervenir en semejante hazaña están más que justificados, pero opino que no debes entrar en el Abismo tras el nigromante. Dalamar está en la Torre, apostado en el acceso, y entre los dos detendréis a Raistlin en cuanto se persone, sin necesidad de que te aventuras en el plano de ultratumba.

—No, Tanis —le desengañó el hombretón—. Dalamar fracasó en su anterior enfrentamiento con mi gemelo. Estoy persuadido de que el archimago le domina, que un terrible accidente impedirá al elfo oscuro impedir su cometido. —Al percibir que su amigo le observaba suspicaz, el guerrero resolvió sincerarse—. El término «persuadido» era un eufemismo; está escrito que el aprendiz no sobrevivirá.

Y, tras hurgar en su mochila, sacó a la luz las primorosamente encuadernadas *Crónicas*.

—¿Ni siquiera el conocimiento del futuro puede darnos una ventaja? —apuntó el otro héroe—. Si llegamos antes de que se produzca el evento, acaso lo modifiquemos.

Sin responder a tan absurda teoría, Caramon buscó la página que había señalado en el tomo. Tragó saliva, emitió un silbido apenas audible y, aclarada la garganta, aguardó.

—Me tienes sobre ascuas —le recriminó Tanis, quien, impulsivo, tensó el cuello a fin de leer él mismo el párrafo.

—Yo te lo contaré —determinó el gigantesco humano. Cerró el ejemplar y, eludiendo los ansiosos ojos de su compañero, le aclaró—: A Dalamar lo destruirá Kitiara.

La Avenida de la Muerte

Dalamar estaba solo en el laboratorio de la Torre de la Alta Hechicería. Los guardianes, tanto los vivos como los de ultratumba, ocupaban sus puestos en la entrada y esperaban, vigilantes.

Desde la ventana de la sala, el elfo oscuro vio cómo ardía la ciudad de Palanthas y también, debido a la ventajosa situación de su atalaya, siguió el proceso de la contienda. Había detectado al caballero Soth cuando cruzaba las puertas, fue testigo de la dispersión y caída de los soldados solámnicos y del lanzamiento de los draconianos hacinados en la ciudadela. Durante todas estas fases de la lucha los dragones batallaron en las alturas y, en consecuencia, su sangre inundó cual una teñida lluvia las calles de la ciudad.

El último espectáculo que se le ofreció, antes de que las volutas de negro humo procedentes de los múltiples incendios nublasen su visión, fue el del castillo volador en dispar avance hacia él. No cabía tildar de otro modo el vuelo del artilugio, que de pronto parecía errar a la deriva, luego tomaba una marcha más regular y en una tercera instancia, sin que ningún factor externo lo justificase, alteraba el rumbo y se dirigía directamente a las montañas tras las que había surgido. Asombrado, el acólito espizó sus evoluciones durante unos minutos y se preguntó qué significaban. ¿Era así como Kitiara pretendía introducirse en la Torre?

El hechicero tuvo un espasmo de miedo. ¿Podía volar la ciudadela sobre el Robledal de Shoikan sin peligro? ¡Por supuesto que sí! Apretó el puño, recriminándose su negligencia al no plantearse tal probabilidad, y escrutó el panorama que, con la humareda, no tardaría en difuminarse. A través de un claro fugaz entre las brumas, divisó la fortaleza: una vez más, torcía ésta su trayectoria, haciendo eses en el cielo como un borrachín que buscara su olvidado hogar.

Se movía, de nuevo, hacia la mole, pero a una velocidad que no excedía la de un caracol. ¿Qué ocurría? ¿Habían herido quizás al piloto, a la privilegiada criatura que la gobernaba? Dalamar aguzó los sentidos, ansioso de pistas, un intento que no dio fruto a causa de la creciente densidad de la neblina que, además, la brisa transportó hasta formar una cortina delante mismo de las cristaleras. La ciudadela se desdibujó, a la par que impregnaba el ambiente un intenso olor a cáñamo y brea quemados, que el mago atribuyó al incendio de los almacenes.

En el instante en que se alejaba, blasfemando, del ventanal, atrajo su atención un ígneo fulgor en un edificio que se alzaba frente al suyo, aunque a prudencial distancia: el Templo de Paladine. Vislumbró, incluso entre las tinieblas, cómo aumentaba el brillo, y se representó en la mente a los clérigos de blanco atavío en el acto de aplastar a sus enemigos pertrechados con bastones y rotundos mazos, pero, eso sí, rogando a su dios.

Esbozó una sarcástica sonrisa y atravesó a toda prisa la estancia, sin detenerse en la gran mesa de piedra donde antes yacieran sus frascos, tarros y alambiques, que él

mismo había apartado a fin de instalar libros de encantamientos, pergaminos y artilugios arcanos. Dedicó, en su presuroso andar, una enésima ojeada a tales objetos, con el propósito de asegurarse de que todo estaba dispuesto y continuó recorriendo los anaqueles donde se alineaban los volúmenes encuadernados en azul marino de Fistantilus y, al lado, los no menos esotéricos tomos negros de Raistlin. Ya en la puerta del laboratorio, la abrió y pronunció una palabra, una orden, que se deshizo en mil ecos en la penumbra de los pasillos.

No cayó su invocación en el vacío. Un par de ojos destellantes se materializaron de inmediato frente a él y un cuerpo espectral, que mudaba sus contornos al compás de las ráfagas del viento.

—Quiero que apostéis centinelas en la cúspide de la Torre —impartió el elfo sus instrucciones.

—¿Dónde exactamente, aprendiz? —consultó el fantasmal esbirro.

—En el acceso de la azotea y la Avenida de la Muerte —concretó Dalamar.

Oscilaron las llamas de las etéreas pupilas en señal de asentimiento, y se evaporó el ente del más allá. El acólito volvió a la cámara e hizo ademán de cerrar la puerta tras él, pero se interrumpió en un titubeo nacido de sus reflexiones. Podía formular un sortilegio que evitase la irrupción de visitantes poco gratos en el laboratorio, una medida que Raistlin adoptaba siempre que deseaba poner en práctica algún experimento particularmente complicado, en el que cualquier intruso podía desencadenar fenómenos desastrosos. En algunos de sus hechizos, inhalar aire a destiempo equivalía a liberar fuerzas capaces de derrumbar los muros desde los mismos cimientos. Extendidos sus delicados dedos sobre la superficie de madera, el espía comenzó a ordenar los versículos.

Lo pensó mejor, y renunció. «Si necesito ayuda —se dijo—, los custodios han de traspasar el umbral del aposento sin trabas de ninguna clase. Según la naturaleza del atolladero en que me encuentre, no, atinaré a anular el escudo.» Retrocedió entonces al punto donde había iniciado su deambular y se sentó en la confortable butaca que era su favorita, la que había transportado desde su alcoba para paliar la fatiga de su vigilia.

«No atinaré a anular el escudo», repitió y, arrellanándose en los mullidos cojines de terciopelo que engalanaban su asiento, caviló sobre la muerte. Era ineludible, en tales circunstancias, mirar el Portal. Su apariencia era la de costumbre: las cinco cabezas de dragón, cada una de un color diferente, se inclinaban hacia el interior, abiertas sus bocas en silenciosos bramidos por los que rendían tributo a su Reina. Sí, aquellos cráneos reptilianos se mostraban apagados, carentes de actividad, y la vacuidad del otro lado sugería un desierto eterno e inmutable, idéntico al de otras ocasiones. ¿O no? Dalamar pestañeó, porque, aunque podía tratarse de una jugarreta de su turbada imaginación, creyó percibir que los ojos de los animales irradiaban unos tenues resplandores.

Se le tensaron los músculos del cuello, le afloró el sudor a los poros de las palmas de las manos y hubo de frotar éstas en la túnica. ¿Se acercaba la hora de la verdad, aquella en la que exhalaría su último suspiro? Tanteó las argénteas runas que, bordadas, festoneaban el pectoral de su atuendo, runas que obstruirían o repelerían ciertos ataques. Examinó sus manos, el relumbrar de una bella esmeralda que, montada sobre platino, configuraba una sortija de poderes curativos. Era una herramienta poderosa, el único inconveniente estribaba en que sus facultades sólo podían utilizarse una vez.

Con precipitación, el acólito revisó las enseñanzas que le había impartido Raistlin sobre los métodos que permitían juzgar si una herida era letal y debía sanarse en seguida o si, por el contrario, resultaba preferible no malgastar las virtudes de la joya.

Un escalofrío fustigó al elfo. Casi podía oír la voz del *shalaji* enumerando y

describiendo los distintos grados de dolor, sentía las yemas del nigromante, dotadas de aquel extraño calor interior, en un ágil recorrido por su anatomía para señalar las zonas vitales. De manera mecánica, Dalamar se llevó la mano al torso y palpó las cinco llagas que imprimiera en él su maestro, siempre sangrantes y purulentas. Al mismo tiempo, los ojos del archimago se siluetearon en su memoria, dorados, mortíferos, similares a espejos que invitaban a contemplar no la vida, sino la podredumbre que anidaba en cada mortal.

Deseoso de conjurar su estremecimiento, el aprendiz se exhortó al optimismo. «Me rodean campos de energía de probada eficacia que, activados en conjunción con mis portentos personales, me mantendrán inmune a las peores agresiones arcanas. Tengo experiencia en el arte y, aunque mis conocimientos no sean equiparables a los del *shalafi*, él retornará débil, maltrecho, al borde del colapso. No ha de serme difícil destruirle. ¿Por qué, dada mi superioridad, me asfixia literalmente el pánico?»

Tañió, una sola vez, una campana de plata. Dalamar se levantó, reemplazadas sus vagas aprensiones por el miedo a algo tangible. Al asaltarle este sentimiento más punzante, las vísceras de su cuerpo se endurecieron en estado de alerta, la sangre se le heló en las venas y se disiparon las sombras de sus ensoñaciones. En definitiva, recobró el control.

El musical repicar anunciaba la presencia de alguien que, tras abrirse paso en el Robledal de Shoikan, había llegado a la puerta principal de la Torre. La reacción ordinaria del hechicero frente a la visita inopinada de un huésped habría sido abandonar el laboratorio y, mediante la magia, encarnarse de nuevo bajo el dintel para interrogarle. Pero ahora no osaba dejar el Portal. Era imprescindible permanecer siempre al acecho y más aún habida cuenta de que, como antes atisbara, las pupilas de los dragones se habían iluminado. Estudió el prodigio y, tras cerciorarse, posó la vista en la nada que se desplegaba en la retaguardia. También desde allí recibió aviso de que algo iba a acontecer, en forma de una ondulación en el aire que, cual un rizo en un sereno lago, presagiaba eventos inminentes.

No, no podía acudir, debía confiar en los guardianes. Arrimó el oído a la hoja de la puerta, a la expectativa, hasta que sus tímpanos captaron los sonidos amortiguados de lo que tomó por unos gritos y el estruendo del acero. Sobrevino luego el silencio y, confundido, contuvo el resuello, de tal manera que sólo los latidos de su corazón rompían la calma.

Decidiendo que los espectros habían solventado el asunto, y en su afán de descubrir la ciudadela, hizo una nueva intentona en la ventana. No distinguió nada en absoluto, se diría que el humo se había solidificado en una lóbrega pared. Retumbó un trueno en lontananza, ¿o se trataba de una explosión? ¿Quién era el inconsciente que se había internado en el Robledal?, especuló sin proponérselo. ¿Un draconiano codicioso de botín, sediento de matar? Un sujeto de esta raza podría haber superado las pruebas de la arboleda, aunque no el embate de los formidables inquilinos que él, el aprendiz de nigromancia, comandaba.

En el fondo, no importaba. Cuando todo hubiese pasado, bajaría a la planta inferior y reconocería el cadáver.

— ¡Dalamar!

El corazón le dio un vuelco, el pavor se mezcló a la esperanza en sus entrañas al escuchar aquella voz familiar.

— Sé precavido, amigo —se aconsejó a sí mismo en un susurro—. Ha traicionado a su hermano, y también a ti. No descuides las defensas.

Sin embargo, a pesar de su determinación, le temblaban la manos mientras, despacio, caminaba hacia la puerta.

—¡Dalamar! —La dama apelaba a él en una segunda invocación en la que la inflexión de su acento, un leve quiebro, denunciaba sufrimiento y terror. Un ruido sordo en el exterior, sucedido por el roce de un cuerpo contra la puerta, ribeteó otra llamada más, ésta debilitada—: Dalamar.

La mano del aludido aferraba ya el pomo de la puerta. A su espalda, de los ojos de los dragones, dimanaban haces rojizos, blancos, azules, verdes y negros.

—Dalamar —persistió Kitiara en un balbuceo—, he... venido a... darte mi respaldo.

Cauteloso, el mago abrió la puerta. Kit yacía en el suelo, a sus pies, en tan lamentable condición que el acólito quedó sin habla cuando se expuso a su escrutinio. Si antes se cubría con una armadura, manos inhumanas habían arrancado las piezas para someterla a un bárbaro asedio que se plasmó en una serie de surcos en su piel, hollados por cortantes uñas. La prenda que, negra y ajustada, lucía la fémina debajo del metal había sido desgarrada hasta reducirla a harapos, revelando su curtida epidermis, los niveos senos. Rezumaba la sangre a través de un tajo en una pierna y las botas de cuero no habían corrido mejor fortuna: los asaltantes las hicieron trizas. No obstante, la mujer miró al hechicero sin que sus facciones, sus transparentes iris reflejaran el más mínimo menoscabo en su serenidad. Sostenía en la palma de una mano la alhaja que, a guisa de talismán, le obsequiara Raistlin a fin de que coronara ilesa la travesía del Robledal, y el influjo de ésta impidió que se amilanara en el altercado.

—He conservado mi fuerza, aunque a duras penas —declaró. Se entreabrieron sus labios en aquella ambigua, tentadora sonrisa que encendía la pasión de Dalamar, y le tendió los brazos a la vez que solicitaba—: Puesto que he resuelto ayudarte, haz tú algo por mí e incorpórame.

Encorvándose, el aprendiz asió a la dama por el talle y la alzó. Tanto impulso tomó, que sus cuerpos se entrechocaron y el elfo sintió, al entrar en contacto, que el cuerpo de Kitiara se agitaba en trémulas convulsiones. Meneó la cabeza, sabedor de que un singular veneno circulaba junto a sus fluidos vitales, y la arrastró hacia el interior en un firme abrazo.

Después de que su cayado viviente atrancara la puerta, la joven murmuró:

—¡Oh, Dalamar!

Tenía los ojos fuera de las órbitas, y el acólito comprendió que iba a desmayarse. Terminó de estrecharla entre sus viriles brazos y ella apoyó la cabeza contra su pecho, respirando aliviada.

Inundó las ventanas nasales del mago la embrujadora fragancia adherida a los cabellos de la dignataria, aquella mixtura en la que al perfume natural se sumaban efluvios de batallas, memorias hechas olor. Vibró la sinuosa figura y, al apretar él el abrazo, Kit despegó los párpados y dijo, contemplándole:

—Ya estoy mejor.

Sus manos descendieron a la altura del vientre de Dalamar, quien, demasiado tarde, tomó conciencia de un siniestro centelleo en los mares color pardo de sus pupilas y de la mueca en la que, ahora, se había torcido su boca. Demasiado tarde vio el gesto brusco de su brazo derecho, demasiado tarde notó la fría textura del arma que le apuñalaba.

—Lo hemos conseguido —vociferó Caramon, erguido en el ruinoso patio de la ciudadela flotante para otear mejor los tortuosos robles que, por un efecto óptico nada infrecuente, reculaban en la lejana tierra.

—Así es, al menos de momento —masculló Tanis.

A pesar de la distancia que se interponía entre ellos y las copas de los árboles, una marea de odio y apetito de carne fresca, tersa, se elevaba hasta su altura como si los guardianes pudieran hincarles la zarpa y succionarles. Tiritando, el semielfo se obligó a centrar sus esfuerzos en hallar un sistema para descolgarse en la cúspide de la Torre de la Alta Hechicería, que se perfilaba con nitidez.

—Si podemos colocarnos estratégicamente —planteó a Caramon, con el mayor volumen de voz que admitían sus cuerdas vocales a fin de imponerse al ulular del viento—, nos dejaremos caer en ese pasadizo que hay en lo alto.

—La Avenida de la Muerte —especificó el guerrero.

—¿Cómo?

—Ese «pasadizo» al que aludes se denomina la Avenida de la Muerte —repitió el hombretón, al mismo tiempo que acortaba la distancia que lo separaba de su amigo tanteando el terreno que pisaba, ya que si se despeñaba, se precipitaría en aquel océano de ominoso ramaje—. Fue allí donde se encaramó el hechicero perverso antes de maldecir la Torre y lanzarse sobre la verja, según la versión de los hechos que me relató Raistlin.

—Tanto el apelativo como las connotaciones son de lo más estimulantes —rezongó el semielfo.

Las columnas de humo se arremolinaban en su derredor, dificultando la observación que, en perspectiva, habrían disfrutado de los árboles. El compañero semielfo trató de descartar de su pensamiento los sucesos que se desarrollaban en la ciudad. Le bastaba con haber avistado el Templo de Paladine en un círculo flamígero.

—Tendrás tan presente como yo —apuntó, y se agarró al hombro de Caramon en el mismo límite del patio— que Tasslehoff podría provocar una colisión contra la mole.

—Si hemos llegado hasta los aledaños del edificio es porque nos guían los dioses —le sermoneó el luchador—. No hay razón para que dejen de hacerlo.

—Esa sentencia —repuso Tanis, parpadeando como si temiera no haber oído bien— no armoniza con el jovial mercenario con el que compartí tantas correrías.

—Aquel muchacho inmaduro murió —aseguró el otro, más pendiente de su ya cercano destino.

—Lo lamento —fue todo lo que el semielfo acertó a susurrar, dulcificado en un suspiro el rictus de amargura que había deformado sus mandíbulas.

El hombretón se encaró con él y, límpidos sus ojos aún jóvenes, le corrigió:

—No es la lástima el sentimiento adecuado, querido amigo. Al enviarme al pasado, Par-Salian me explicó que yo salvaría un alma y que, por lo tanto, mi misión revestía una gran trascendencia. Me figuré que se refería a la de mi gemelo, pero ahora sé que me equivoqué en mis presunciones y que era mi espíritu el náufrago que tenía que rescatar. Vamos —cambió de tema, tenso—, no se presentará una oportunidad mejor para saltar.

Apareció bajo sus pies un balcón que circundaba la plataforma superior de la sede del Mal, apenas visible en la brumosa atmósfera. El vértigo se apoderó de Tanis, manifestándose en una súbita náusea y la sensación, aunque su raciocinio le decía que era imposible, de que la Torre giraba y él era el inamovible eje central. A medida que se aproximaban, le había sorprendido su colosal tamaño y ahora, sin embargo, se le antojó que debía arrojar desde un vallenwood al tejado de una casa de juguete.

Para empeorar las cosas todavía más, la fortaleza siguió navegando inexorable, ajena a la desazón del héroe, hacia aquel portaestandarte de todo lo vil, y los torreones, con sus techumbres de sanguinolentas tejas, danzaron frente a sus pupilas en un mareante vaivén. Pero no era su mente la única culpable: también los timoneles, el kender

y su ayudante gully contribuían al espejismo con las continuadas sacudidas y descompensaciones de altura que provocaba su torpe manejo.

—¡Adelante! —ordenó Caramon y, dando el ejemplo, se aventuró en el espacio.

Una sortija de humo envolvió a Tanis y, tras cegarle de forma momentánea, paso de largo, prueba indefectible de que la ciudadela no había cesado de moverse. De pronto al despejarse de nuevo su visión, se moldeó ante el un pilar de roca negra. O se decidía a saltar o quedaría aplastado. Optando por el primer azar, más prometedor, imitó al guerrero en el instante en el que un estrépito discordante, chirriante, rasgaba el aire sobre su cabeza. Presa de una plomiza gravidez, el semielfo se precipitó, en una nada informe que solo poblaban las tinieblas. No dispuso mas que de una tracción de segundo para flexionar sus entumecidas piernas, al materializarse a escasos centímetros las losas que delimitaban la azotea de la Torre.

Aterrizó con un batacazo que transmitió punzadas de dolor a todos los huesos de su esqueleto y le dejó tundido, sin aliento. Tan sólo un instinto innato, el sentido de la supervivencia inherente a cualquier criatura, le permitió rodar sobre su vientre y cobijar la cabeza entre los brazos al llover a su alrededor fragmentos de piedra, que se habían desprendido.

El guerrero, plantado sobre sus robustas piernas, rugió:

— ¡Rectifica el itinerario! ¡Debes ir hacia el norte! Una voz chillona, apenas audible para el conmocionado Tanis, aulló desde el alcázar:

— ¡Al norte, Runce! ¡Y en línea recta, no te desvíes!

Se diluyó el áspero matraqueo que atronaba la atmósfera y, al alzar receloso la mirada, el barbudo semielfo comprobó a través de una fisura en la humareda que la fortaleza enfilaba su nueva trayectoria en una singladura que, entre aéreos meandros, había de conducirla al palacio de Amothus.

—¿Te has hecho daño? —se interesó Caramon por su amigo mientras le izaba.

—No —contestó el otro héroe y, secándose un hilillo de sangre que asomaba por las comisuras de sus labios, apostilló—: No mucho, pero me he mordido la lengua y resulta doloroso.

—La única vía para entrar es ésta —informó el gigantesco humano, y encabezó la marcha por la azotea hasta una puerta que, cerrada y atrancada, se oponía a su avance.

Temeroso de que los custodios del recinto montaran guardia en la Avenida de la Muerte, como así era, el astuto guerrero la había sorteado con sigilo. Ahora no tenía más remedio que arriesgarse, por no existir otros accesos cercanos.

—Habrán centinelas en el interior —pronosticó—, y no encontraremos ningún modo de escabullirse.

El hombretón retrocedió, indiferente a sus propios augurios, para tomar carrerilla y descargar el peso de su poderosa estructura contra la puerta. Se abalanzó con el ímpetu de un ariete empujado por un ejército, dejando que le detuviera el impacto mismo. Las planchas de madera crujieron, se quebraron, despidieron astillas, pero resistieron el embate. Caramon, tenaz, se frotó el hombro y volvió a retroceder para repetir la operación. Examinó el marco, acumuló energías y arremetió. Esta vez el obstáculo cedió, se derrumbó y arrastró al esforzado atacante.

Penetrando en la Torre, Tanis espío la penumbra reinante hasta distinguir a Caramon tumbado en el suelo, sobre una alfombra de virutas. El semielfo estiró el brazo con objeto de auxiliar a su compañero, pero se paralizó.

— ¡En nombre del Abismo! —renegó, atascado el aire en su garganta.

El luchador se puso de pie y se limitó a confirmar, con aparente hastío:

—Sí, ya me había tropezado con esos entes.

La causa de tan breve diálogo eran dos globos oculares que, carentes de cuencas,

flotaban delante de ellos, translúcidos en sus destellos indefinibles y casi irreales.

—No consentas que te toquen —avisó el guerrero en voz baja—. Absorberían tus esencias vitales.

Las pupilas estrecharon filas, y el humano escudó presto al semielfo.

—Soy Caramon Majere —se identificó frente al espectro—, hermano de Fistandantilus. Ya me conoces; nos vimos en tiempos remotos.

Cejaron los ojos en su pulular y Tanis, precavido pero sin amedrentarse, les mostró el brazo de la pulsera. Los fríos focos de luz se reflejaron en la exquisita talla de orfebrería mientras su portador se presentaba, al igual que hiciera el otro visitante.

—Soy un aliado de Dalamar, tu amo; fue él quien me regaló la pulsera.

No pudo extenderse en su plática porque, de repente, una garra atenazó su brazo. Un espasmo lacerante recorrió sus entrañas, interrumpió su palpito y, bamboleándose, estuvo a punto de caer. Por fortuna, Caramon se hallaba a su lado y le sostuvo.

—¡La alhaja se ha esfumado! —exclamó el semielfo.

—¡Dalamar! —colaboró el guerrero a la causa común de su salvación, con una voz cavernosa que arrancó ecos de las paredes de la cámara—. ¡Soy yo, Caramon, el gemelo de Raistlin! Tengo que atravesar el Portal. Estoy seguro de poder desbaratar los planes del archimago. ¡Manda a tus guardianes que se retiren, Dalamar! —le conminó.

—Quizá sea demasiado tarde —masculló el otro héroe de la Lanza, mirando aquel par de candiles fantasmales que permanecían al acecho—. Si Kit se nos ha adelantado, lo más probable es que el aprendiz haya muerto.

—En ese caso, nosotros no tardaremos en sucumbir —afirmó Caramon.

Una Incursión en las tinieblas

— ¡Maldita seas, Kitiara!

El sufrimiento acalló a Dalamar como una mordaza. Tambaleándose, el acólito se puso una mano en un costado y notó la cálida afluencia de sangre.

Ninguna sonrisa de triunfo iluminó la faz de la agresora. Si algo se grabó en ella fueron más bien las arrugas del miedo, de la incertidumbre, al advertir que un golpe letal había errado en su diana. «¿Por qué?», se preguntó en un arranque de furia. Había matado con idéntico proceder a centenares de hombres, ¿cómo era posible que fallase ahora? Tras soltar el cuchillo, desenvainó la espada y atacó en una misma secuencia.

El acero silbó en el aire debido a la fuerza de la embestida, pero se estrelló contra un muro sólido. Brotaron las chispas al tomar contacto el metal con el escudo mágico que el hechicero había invocado como protección personal, y un impacto paralizador iniciado en el filo recorrió el arma, la empuñadura y el brazo que la blandía. La espada se deslizó de la mano entumecida a la vez que, sujetándose el brazo, la perpleja Kit hincaba la rodilla en el suelo.

Dalamar se recobró del efecto abrumador del agujonazo. Los encantamientos defensivos tras los que se parapetaba eran fruto de un acto reflejo, el resultado de numerosos años de práctica. Ni siquiera necesitaba formularlos de manera consciente: un simple atisbo de peligro activaba estos resortes de su sapiencia, que en nada se asemejaban a los que había reservado para el enfrentamiento contra el *shalafi*. Sea como fuere, no debía desestimar las cualidades guerreras de la mujer que se hallaba postrada en el laboratorio y, mientras ejercitaba la mano derecha, que quedó insensibilizada, estiraba la izquierda en busca de su arma.

La lucha había comenzado.

Con felina agilidad, la dama se enderezó. Ardía en sus ojos la fiereza de la batalla, la lujuria casi sexual que la consumía siempre que peleaba y que Dalamar había detectado en otras pupilas, las de Raistlin cuando vagaba en el éxtasis de su magia. El elfo oscuro sofocó una sensación agobiante nacida en los recovecos de su ser y trató de conjurar, asimismo, el pánico y el dolor a fin de concentrarse exclusivamente en los sortilegios apropiados.

—No me obligues a matarte, Kitiara —la amenazó, deseoso de ganar tiempo y recuperar su fuerza.

Sus energías crecían por segundos, pero, una vez recuperadas, tenía que conservarlas intactas. De nada le serviría abatir a Kitiara para perecer, poco después, a manos de su hermanastro. Vencido su primitivo impulso de llamar a los guardianes, ya que si la mujer los había burlado en el altercado del vestíbulo merced, sin duda, a la joya nocturna que le otorgase Raistlin, volvería a ahuyentarlos sin dificultad, el taimado aprendiz recurrió a otra iniciativa.

Reculando unos pasos frente a la Señora del Dragón, el hechicero se acercó a la pétrea mesa donde descansaban sus artilugios arcanos. Localizó discreto, por el rabillo del ojo, una varita de oro que relumbraba en la exigua luz del aposento, y perfiló su plan. Era imprescindible conjugar con precisa exactitud las distintas fases, ya que el uso

de la áurea pieza exigía disolver antes el escudo invisible. Leyó en la mirada de la Dama Oscura que había adivinado sus confabulaciones, que aguardaba ansiosa cualquier desliz para acometerle.

—Has sido engañada, Kitiara —dijo con su acento más sugerente, abrigando la esperanza de distraerla.

—¡Por ti! —le espetó ella, enojada.

Asió entonces un candelabro de plata, consistente en un macizo pedestal y varios brazos de elegante diseño, y se lo arrojó a su adversario. El proyectil rebotó contra el muro mágico y, sin infligir daño a la supuesta víctima, cayó a sus pies. Una nube de humo procedente de las velas se elevó en volutas sobre la alfombra, pero el conato de incendio fue extinguido por la propia cera al derretirse.

—Por el caballero Soth —afirmó Dalamar.

— ¡Ja! —se mofó la dignataria.

Una redoma sucedió al candelabro en su aérea trayectoria, con un desenlace menos venturoso, puesto que, al topar contra la barrera, se desintegró en una rociada de cristales. Al ver cómo volaban los añicos en todas direcciones, Kitiara agarró otro candelabro de plata, pareja del anterior, y le dio idéntico trato. Su obstinación no era consecuencia de la ignorancia. Conocía de sobra los sistemas para derrotar a los magos de mayores o menores virtudes. Si lanzaba a su oponente todos aquellos proyectiles era precisamente porque quería debilitarle, forzarle a emplear sus facultades en mantener íntegro el escudo en detrimento de otras argucias.

—Has encontrado Palanthas fortificada —argumentó el elfo con su objetivo, la varita, casi al alcance—. ¿No intuyes el motivo? Es muy sencillo, se declaró en la ciudad el estado de sitio después de que tu desleal esbirro me comunicara tus designios. Me aseguró que asediarías la ciudad a fin de ayudar al *shalafi* de tal suerte que, cuando cruce el Portal e incite a hacer lo mismo a la Reina de la Oscuridad, tú puedas brindarle la acogida de una amante hermana y contribuir a exterminar a la soberana.

Tan convincente fue el discurso, que la fémina hizo una pausa. Incluso la espada descendió unos milímetros, un tramo inapreciable pero significativo.

—¿Soth te contó todo eso? —indagó.

—Así es —se ratificó el acólito, aliviado ante los titubeos de aquella férrea contrincante.

Las molestias de su herida habían remitido, aunque perduraba una secuela a modo, acaso, de recordatorio sobre la pericia de la mujer. Sin perder a ésta de vista, el aprendiz se aventuró a reconocer el lugar donde el acero había hendido su carne y halló su ropa adherida, tosco remedo de un vendaje. La hemorragia se había contenido.

—¿Por qué? —insistió Kit, enarcando las cejas en una parodia de asombro—. ¿Qué gana Soth vendiéndome a ti, elfo oscuro?

—Tu posesión —susurró el aludido, malicioso, insinuante—. Pretende hacerte suya por el único medio que se le ofrece.

Cual una afilada aguja, el terror penetró los órganos de la mandataria hasta clavarse en su corazón. Evocó el macabro acento que festoneaba la voz hueca del Caballero de la Rosa Negra al sugerirle, porque la idea partió de él, que redujera a los palanthianos. Trocada su rabia en pánico, entre convulsiones, se dijo asimismo, que los centinelas le habían empozoñado, que los arañazos de sus brazos recogieron la funesta dádiva de los fantasmas que los flagelaron y, de nuevo, creyó sentir el tacto glacial de sus zarpas. La ración del veneno y la nebulosa efigie de Soth nublaron su raciocinio y apenas columbró la sonrisa victoriosa de Dalamar.

Mientras su rival combatía con denuedo el pavor, el vahído, el acólito aprovechó un momento en el que ella había ladeado el rostro en un vano afán por disimular sus

emociones para comprobar la situación de la varita, tanteando el borde de la mesa.

Kitiara hundió los hombros, la cabeza. Sostenía la espada con la muñeca laxa y utilizaba la otra mano para manosear la hoja, en el gesto de quien ha sido vencido. Sin embargo, este alarde de flaqueza física era puro fingimiento. El brazo que sostenía la espada se había fortalecido, la sangre volvía a circular e infundirle vitalidad, y también su pensamiento se había centrado. Era su propósito dar a entender al elfo que había quedado desvalida. «Dejemos que se recree en sus laureles —proyectó—, y en cuanto pronuncie una sílaba arcana le abriré en canal.»

Aguzó el oído, ya que era demasiado arriesgado espiar al otro contendiente con los ojos; pero nada percibió salvo el suave crujir de las negras vestiduras y una entrecortada cadencia respiratoria. ¿Era cierto lo de Soth? Y, en caso afirmativo, ¿qué importaba? En el fondo resultaba divertido. Otros pretendientes habían incurrido en peores avatares para obtener su favor y, pese a sus artimañas, seguía libre. Resolvió que tendría tiempo más tarde de escarmentar al espectro. Ahora debía ocuparse de otro comentario de Dalamar, concerniente a Raistlin, que la intrigaba sobremanera. ¿Podía el nigromante destruir a la soberana de las tinieblas, o sería ella quien le pulverizase?

La perspectiva de que el archimago consiguiera atraer a Takhisis a su plano de existencia espantaba a la Señora del Dragón. Más que eso, la horrorizaba.

«Te fui útil una vez, ¿no es verdad, Oscura Majestad? —pensó—. Entonces no eras sino una sombra en este lado del espejo, pero, si adquieres la supremacía, ¿qué puesto me asignarás en el mundo? Ninguno, porque me aborreces tanto como yo a ti.

»En lo relativo a esa viscosa larva que tengo por hermano, hay alguien que le aguarda impaciente: Dalamar. Pertenece a su *shalafi* en cuerpo y alma, su aspiración es respaldarle y no interceptarle el paso cuando asome tras el Portal. No, querido amante, tus embustes no han de embaucarme. Confiar en ti es un lujo demasiado caro.»

El aprendiz reparó en que Kitiara se estremecía, que sus magulladuras asumían una tonalidad cárdena. Era obvio que se estaba debilitando, ya que no le concedía tanta voluntad como para inocular una dosis de euforia, ni siquiera pasajera, en sus venas, y tenía constancia de los efectos retardados que un sencillo roce de sus secuaces causaba en quien osaba desafiarles si no perecía en el acto. Además, no le había pasado inadvertida la palidez del rostro femenino al mencionar él a Soth. A estas alturas, la dama ya no podía zafarse a su estulticia al obedecer los consejos del maligno caballero de ultratumba; aunque, dada la inminencia del fin, era superfluo obcecarse. «De todos modos —recapitó el inteligente mago—, su representación de antes ha sido exagerada. Algo trama; será mejor que no descuide la vigilancia. Mi sensual amante —parafraseó sin haberlo premeditado—, la confianza es un error que no he de permitirme.»

Tanteó la superficie de roca y, agarrando la varita, la esgrimió, al mismo tiempo que entonaba el versículo que neutralizaría el escudo. En aquel instante la dignataria dio media vuelta y trazó un sesgo en el aire, manejando la espada con ambas manos para asestar un golpe más fuerte. La estocada habría decapitado al elfo de no haber encorvado éste la espalda al alargar el brazo hacia el ingenio.

Tal como sucedieron las cosas, el filo cortó el omóplato derecho y, ensartándolo a considerable profundidad, desgarró músculos y casi cercenó el brazo. El acólito soltó la varita con un alarido, pero no antes de desencadenar sus poderes. Un relámpago ahorquillado fulminó el pecho de Kit a través de tres puntas siseantes, lanzó su contusionado cuerpo hacia atrás y lo aplastó contra el suelo.

Dalamar se volcó sobre la mesa, jadeante y malherido. La sangre manaba a rítmicos borbotones de su brazo, un misterio que no desentrañó hasta unos segundos después, cuando acudieron a su memoria las lecciones de anatomía de Raistlin. Lo que

se vertía era la savia purificada en el corazón, así que la muerte sobrevendría en un breve lapso. El anillo curativo se ceñía al anular derecho, en el flanco dañado, de manera que apretujó la esmeralda con los dedos sanos y farfulló el vocablo que activaba la magia.

Se desmayó, y cayó desplomado en un charco formado por su propia sangre.

—¡Dalamar! —llamó una voz.

Aturdido, el elfo oscuro rebulló. Un dolor inenarrable sacudió todo su cuerpo y, entre gemidos, intentó abandonarse a la dulce penumbra del olvido. Se lo impidió un nuevo grito, urgente y sonoro, que no le daba más opción que retornar a la vigilia. Con la lucidez vino el miedo.

Hizo ademán de sentarse, estimulado por este sentimiento, pero el impacto sufrido volvió a azotarle y hubo de desistir. Semiconsciente, notó que los alvéolos óseos bailaban una siniestra danza y que el brazo diestro colgaba, tumefacto y sin vida, de su costado. La sortija había evitado que se desangrase, viviría... para dejar al *shalafi* el privilegio de aniquilarle.

— ¡Dalamar, soy Caramon! —se identificó el dueño de aquella voz estentórea.

El aprendiz sollozó esperanzado. Torciendo el cuello, un movimiento que le exigió un esfuerzo supremo, miró el Portal. Los ojos reptilianos brillaban con intensidad y, al hacerlo, creaban un aura que se había difundido por todo su contorno. El vacío bullía en vibraciones, de él brotaba un viento caliente que acarició sus pómulos. ¿O su temperatura no era tal, sino que respondía a la fiebre que le consumía?

Oyó un ruido apagado en un umbrío rincón del laboratorio, y le asaltó una aprensión de otra naturaleza. ¡No, era imposible que Kitiara hubiera sobrevivido! Rechinante su dentadura, dirigió sus pupilas hacia la dignataria y distinguió las piezas de la armadura que respetaran los espectros donde, diáfanas, reverberaban las dimanaciones luminosa de los dragones. La dama estaba quieta, y se olía a carne quemada. Pero los ecos que suscitaron en el acólito la necesidad de examinarla habían sido reales.

Extenuado, entornó los párpados. Las tinieblas se arremolinaron en su interior, deseosas de cobrarse un nuevo habitante para el universo eterno, y Dalamar se entregó a sus auspicios. De pronto, no obstante, una orden de su cerebro interrumpió su descanso. Si Caramon no se había personado en la sala, si se empecinaba en invocarle, era porque los guardianes obstaculizaban su marcha. Sólo él, amo de aquellos entes infernales, podía despejarle el camino.

—Escuchad, centinelas, mi mandato, y acatadlo.

Después de alertar a los destinatarios de su mensaje, recitó en un tartamudeo, hijo de su postración, las frases que inmunizarían al guerrero contra los formidables defensores de la Torre.

Detrás del elfo, se incrementaban los fúlgidos halos de las estatuas; delante, en la esquina que escrutara, una mano hurgó en un cinto ensangrentado y, con su postrer hálito, palpó la empuñadura de una daga.

—Caramon —murmuró Tanis, observando los globos oculares que les contemplaban—, salgamos de aquí. Subamos a la azotea e inspeccionemos el lugar para descubrir otra senda.

—No existe tal y, por mucho que insistas, no me iré —se opuso el guerrero con terquedad.

—¡En nombre de los dioses! —le imprecó el semielfo—. No puedes luchar contra esas criaturas.

—¡Dalamar! —probó de nuevo suerte el hombretón, a la desesperada—. Dalamar, no...

Con la misma prontitud con que se extingue el pabilo de una vela, un soplo apagó los resplandores de las pupilas fantasmales.

—¡Se han difuminado! —cambió de tema el luchador, y echó a andar a un ritmo impetuoso.

—Podría ser una trampa, una encerrona —le retuvo el otro héroe. Y, para que Caramon no le ignorase, posó una mano en su brazo.

—No —discrepó éste y reanudó el avance, arrastrando al compañero—. Aunque no se les vea, su presencia se siente. Yo he cesado de detectar ese algo indefinible que les denuncia; ¿tú no?

—No, yo recibo una sensación singular —aseveró Tanis.

—En efecto —admitió el fortachón—, pero no la irradian ellos, ni tampoco guarda relación con nosotros.

Tras emitir su dictamen, el gigantesco personaje descendió a toda prisa la escalera de caracol que conducía a los aposentos. Había en su pie, al igual que en la azotea, una puerta, pero ésta la halló abierta. Sabedor de que el acceso comunicaba el ala superior con el bloque principal del edificio, hizo una pausa y se asomó sigiloso.

La oscuridad era tan insondable como si la luz aún no hubiese sido concebida. No ardía antorcha alguna en los pedestales, no se divisaban ventanas por las que pudiera filtrarse el reflejo difuso, humeante, de la calle. El semielfo, en esta peculiar atmósfera, tuvo una alucinación en la que su imagen se adentraba en la negrura y se desvanecía para siempre, fundida en el devorador maleficio que permeaba cada roca, cada losa. A su lado, se aceleraron los latidos del guerrero y se tensó su cuerpo.

—¿Qué es lo que hay ahí dentro? —le preguntó al percatarse.

—Nada —le explicó el humano—, tan sólo un pozo hasta la base. El centro de la Torre es hueco, y unos tramos de pronunciados peldaños se proyectan en una larga elipse sobre el muro sin más barandilla que el precipicio. En los rellanos hay entradas a los distintos niveles; si no me equivoco, estamos en uno de ellos. El laboratorio se oculta dos plantas más abajo. Tenemos que seguir adelante —exhortó a su amigo—. Mientras perdemos estos minutos preciosos él se acerca. No te dejes impresionar; lo único que has de hacer es arrimarte a la pared.

Pero, desmitiendo sus propias palabras de aliento, cerró los dedos en torno al brazo del semielfo y aminó la longitud de sus zancadas.

—Un paso en falso en esta lobreguez y ya no tendremos que preocuparnos por las felonías de tu gemelo —protestó Tanis.

Sus reconvenciones no disuadirían al hombretón y, a decir verdad, si las expresaba era para desahogar su nerviosismo, no con otra finalidad. Ciego en aquella noche infinita, avasalladora, visualizó las facciones de Caramon comprimidas en la actitud de quien, tras debatirse en una disyuntiva, ha escogido una de las posibilidades y va a llevarla hasta sus últimas consecuencias. Su gigantesco compañero, pesado y a la vez flexible, andaba sin vacilaciones, explorando el entorno antes de apoyar un pie. Más tranquilo, imbuido de la seguridad que le transmitía, el semielfo le siguió.

De manera súbita, al principio de su excursión, los ojos sin cuencas se les aparecieron de nuevo, flotando cual luciérnagas y clavados en ellos como si quisieran sorber sus esencias. El héroe semielfo agarró la espada instigado por un impulso fútil, absurdo en aquellas circunstancias. Imperturbables, las ígneas pupilas perseveraron en su escrutinio mientras una voz les indicaba:

—Venid por aquí.

Una mano ondeó en el aire, etérea pero perentoria.

—¡Es imposible orientarse en esta penumbra, maldita sea! —se rebeló Tanis.

En la incorpórea palma prendió una llama sin candil, no menos fantasmal. El barbudo semielfo meditó, con un escalofrío, que era preferible la penumbra; pero se abstuvo de exteriorizarlo, porque Caramon había emprendido un veloz trotecillo en la que ahora se presentaba como una escalera circular. Ojos, mano y vela se detuvieron en un descansillo y así lo hicieron también ellos, ante una puerta franca y, sin pasillo intermedio, una habitación. Dentro de la alcoba tenían su origen unos haces luminosos que, aunque tenues, bañaban todo su perímetro. El guerrero se internó y el héroe, menos robusto, lo hizo tras él, apresurándose a cerrar la puerta de tal suerte que los globos oculares no pudieran acompañarles.

Se impuso una pausa para echar una ojeada a la estancia, y al instante la identificó como el laboratorio de Raistlin. Rígido, envarado, manteniendo la espalda apoyada sobre la madera por si algún inoportuno engendro intentaba colarse, escudriñó las evoluciones del luchador que, después de cruzar una parte del aposento, se arrodilló junto a una figura que había en el suelo, enroscada sobre sí misma en un charco de sangre. «Dalamar», reconoció el semielfo al avistar la mancillada túnica, pero fue incapaz de reaccionar, de aproximarse.

La perversidad que rezumaban las brumas del pozo era añeja, llena de polvo, contaba centurias. La que rebosaba el laboratorio, en cambio, estaba viva, respiraba y palpataba. Su faceta gélida se generaba en los libros de hechicería encuadrados en azul mar que atiborraban los anaqueles, la tibia se elevaba a partir de una nueva colección de tomos también arcanos que, éstos negros y con estampaciones configuradas por runas y relojes de arena, se alineaban a su lado. El horrorizado espectador paseó la mirada entre redomas, alambiques, y discernió unos pares de ojos que, atormentados, le acechaban a él. Le asfixiaban los olores de especies, de moho, de rosas y, en una fúnebre mixtura, le invadió una vaharada que transportaba la dulce acritud de la carne socarrada.

Fue entonces cuando capturó su atención un destello que, impreciso, irradiaba de un extremo apartado. Sus dimanaciones eran hermosas y, sin embargo, le llenaron de sobrecogimiento al recordarle su encuentro con la Reina de la Oscuridad, la única audiencia que le había concedido. Hipnotizado, Tanis fijó la vista en aquel espectro albo que se descomponía y sintetizaba al mismo tiempo en distintos colores, que los encerraba todos y era de uno solo. Mientras contemplaba el fenómeno agarrotado, preso de una fascinación que le impedía apartar las pupilas, el remolino se tornó compacto, se definió en las formas inequívocas de cinco cabezas de dragón.

«¡Es una puerta, un acceso!», concluyó el semielfo. Las cabezas reptilianas, que se alzaban sobre un estrado, delimitaban el marco ovalado con sus erectos cuellos vueltos todos hacia el interior y las bocas congeladas en alaridos, acaso gritos en alabanza a su soberana. El héroe forzó sus sentidos y atisbo la vacua sima que se anunciaba detrás. Si alguna vez hubo una puerta que obstaculizara el paso, parecía haberse disipado en la nada. Nadie habitaba la niebla, pero ese «nadie» se agitaba. El desierto latía. No hubo de barruntar mucho para adivinar qué anidaba en el reino de negrura que se insinuaba, y quedó paralizado.

—El Portal —ratificó Caramon sus impresiones, indiferente a su lividez y al susto que delataban sus ojos desorbitados—. Te ruego que vengas a ayudarme.

—¿Vas a traspasar el umbral, a pisar la antesala del Abismo? —indagó Tanis en un bramido salvaje, más aún en contraste con la calma del colosal humano, y se situó a su lado—. ¡Es una locura!

—No tengo otra alternativa —repuso el interpelado con aquella expresión de placidez, de serenidad, que había sorprendido a su amigo unas horas antes.

El semielfo se dispuso a discutir, pero Caramon se desentendió para observar al herido aprendiz.

—He leído lo que acontecerá; no puedo sustraerme a este hecho —declaró, anticipándose a las argumentaciones de su compañero.

El que había de ser locuaz objetor se tragó las palabras y, entre toses, como si aquéllas pudieran atragantarse, hincó la rodilla junto a Dalamar. El elfo oscuro había conseguido girar su maltrecha figura a fin de colocarse frente al Portal y, pese a haber sucumbido a un segundo desmayo, despertó de tales vapores al oír las voces de sus aliados.

—¡Caramon! —increpó al guerrero, en un débil balbuceo y tratando sin éxito de zarandearlo—. Tienes que reprimir...

—Lo sé, Dalamar —contestó éste con amabilidad—, y cumpliré mi misión. Pero hay ciertos detalles que me gustaría concretar.

Los párpados del acólito se sellaron temblorosos, confiriendo un mayor patetismo a su tez cenicienta y, en general, a su aspecto depauperado. Tanis alargó el brazo en diagonal para buscar el pulso en el cuello del mago. Pero en el momento en que tocaba la piel, resonó un tintineo en la cámara. Algo se estrelló contra la placa metálica que le cubría el brazo y salió despedido en aparatosas piruetas, hasta desplomarse con estrépito. El semielfo bajó la cabeza, y vislumbró una daga manchada de sangre. Atónito, dio media vuelta y se puso de pie, desenvainando su acero.

—Kitiara —gimió el yaciente, endeble su voz como sus músculos y con un ligero asentimiento.

En efecto, un reconocimiento más minucioso le reveló al semielfo las redondeadas líneas de un cuerpo echado entre las sombras, en un rincón.

—Así era como debía matarle —rememoró Caramon la historia de las *Crónicas*, a la vez que se apoderaba del arma—. Por un abstruso avatar, Tanis, tu interferencia ha frustrado el atentado.

El semielfo no le escuchaba. Había guardado la espada en su lugar e iniciado la travesía del laboratorio, un trayecto que no carecía de escollos. Hubo de patear fragmentos de cristales que se incrustaban en sus suelas y deshacerse de un puntapié de un candelabro, que a punto estuvo de provocar su caída. Cuando llegó a su destino, a Kitiara, se detuvo.

La dama estaba tendida boca arriba, reclinando el pómulo en la ahora purpúrea roca y con los cabellos desparramados sobre los ojos. Arrojar la daga debía de haberle arrebatado sus postreras energías o así se le antojó al semielfo, quien, frente a su quietud, presumió que había muerto.

No era así. La indómita voluntad que había impulsado a un hermano a tomar la senda de las tinieblas y al otro a desecharla, a caminar hacia la luz, ardía inextinguible en el ánimo de la mujer con la que tan estrechos vínculos les emparentaban.

Kit percibió las pisadas, las asoció con su enemigo y rebuscó en su cinto la vaina donde permanecía embutida su espada. ¿O no? Sin responderse, alzó el mentón y trató de verificar sus sospechas.

—¡Tanis! —exclamó, sorprendida, víctima de una abrumadora confusión.

¿Dónde estaba? ¿En Flotsam? ¿O acaso había renacido su idilio y volvían a estar juntos? ¡Claro, él había regresado a fin de entablar una relación amorosa más apasionada que la anterior! Sonriente, le tendió la mano.

El semielfo, azotado por una revulsión interior, cesó incluso de respirar. Al rebullir la masa a la que su antigua amante se había reducido, se expuso a su vista un

renegrido agujero en el pecho. La carne chamuscada se había derretido, los blancos huesos relucían a la escasa iluminación y protagonizaban una escena espeluznante, que enfermó al héroe de la Lanza. La náusea, la punzada de la memoria le obligaron a ladear el rostro.

—¡Tanis! —insistió la mandataria en un plañido fervoroso, suplicante—. ¡Ven junto a mí!

Apiadado ante una demanda tan poco acorde con el temperamento femenino, el noble semielfo se arrodilló para arrullarla en los brazos. Ella miró su rostro y, grabada al fuego, halló su propia muerte. Hostigada por el miedo, forcejeó para incorporarse. Pero no lo logró; el gesto quedó en un amago.

—Me han lastimado —masculló, entre la fatiga y la ira—. Pero no puedo diagnosticar la gravedad. —Y comenzó a palparse la tremenda herida.

Desprendiéndose de su capa, Tanis arrebujo en ella a la malherida luchadora.

—No te excites. Te repondrás —mintió, afectuoso el tono.

—Eres un embustero —le regañó la mujer, una acusación análoga a la que profiriera Elistan, también moribundo, días atrás. La diferencia estribaba en que el anciano clérigo estaba pleno de beatitud y la mandataria, por el contrario, apretó exasperada los puños—. ¡Ese condenado elfo ha acabado conmigo! ¡Él es el artífice de mi desgracia! De todos modos, le he dado su merecido —se congratuló en una mueca pavorosa—. No podrá respaldar a Raistlin. La Reina de la Oscuridad lo eliminará a él y a los demás.

Exhaló un murmullo quejumbroso, que precedió a un estertor agónico. Al sentir tan cerca el final, la que fuera valerosa Señora del Dragón atenazó al semielfo y éste estrechó su abrazo consolador. Una vez hubo pasado el aguijonazo, Kitiara dictaminó con un acento que rebosaba amargo desdén, acerba añoranza:

—Si no hubieras sido un títere, tan débil y mudable, tú y yo habríamos gobernado el mundo.

—Lo que yo ansiaba gobernar, o poseer, ya lo tengo —sentenció él, destrozado por la pena y con una cierta dosis, hubo de confesárselo, de repulsión.

Molesta por aquella pretensión de superioridad en un ser que ella juzgaba manejable, Kit acometió la réplica. No habían a florado a sus labios las primeras frases, sin embargo, cuando se dilataron sus pupilas al vislumbrar algo, o a alguien, en el extremo opuesto de la sala.

—¡No! —vociferó, en un arrebato de pánico que ningún suplicio terrenal le habría inspirado—. ¡No! —repitió, encogiéndose y refugiándose en su viril protector—. ¡No dejes que me lleve, Tanis, manténlo alejado! Siempre te amé, semielfo —musitó como en una conjura, una letanía—. Siempre... te... amé...

Su griterío se convirtió en un siseo, en un quebranto apenas inteligible.

El héroe, alarmado, alzó la mirada. Tanto el Portal como el acceso a la alcoba estaban vacíos; ningún conocido ni extraño se había introducido. ¿Se refería a Dalamar?

—¿A quién he de detener, Kitiara? —preguntó—. No lo comprendo.

Pero los tímpanos de la mujer estaban ya sordos a las disquisiciones de los mortales. Los únicos ecos que oía ahora eran los de una voz que, reiterativa, la obsesionaría durante toda la eternidad.

Tanis notó que los músculos de aquel amasijo que tenía abrazado se relajaban y, mientras acariciaba la crespada melena, sondeó los rasgos por si también en ellos el tránsito al más allá había proporcionado paz a su alma. Desgraciadamente, la expresión de la mujer no reflejaba un espíritu sosegado, sino un horror sin matices: sus pardos ojos se extraviaban, prestos a salirse de sus órbitas, en un paraje de imperecedera pesadilla, y la hechicera sonrisa, hecha ya mueca, se había tergiversado aún más hasta transformarse

en rictus.

Tras consultar con la mirada a Caramon, quien, grave y afligido, meneó la cabeza en una negación, el semielfo depositó el cadáver de la mandataria en la fría losa e, inclinándose, fue a besar su frente. No pudo. Aquella estructura calcinada en nada se asemejaba a un ser de carne y hueso.

Benévolo, desplegó la capa sobre el cráneo de la exánime mujer y se demoró unos segundos arrodillado junto a sus despojos, circundado por las tinieblas. Fueron las pisadas del hombretón, el contacto de su cálida manaza en el brazo, los elementos de la realidad inmediata que le sacaron de su ensimismamiento.

—¿Tanis?

—Estoy bien —aseveró, con voz ronca por el conflicto de emociones.

En su mente sonaba todavía lo último que Kitiara dijera antes de expirar, el favor que había implorado de él: «¡Mantenlo alejado!»

En busca del destino

—Me reconforta que estés aquí conmigo, Tanis —agradeció Caramon.

Se hallaba frente al Portal, examinándolo exhaustivamente y al acecho de cualquier indicio de movimiento, de las ondulaciones del vacío que bullía al otro lado. A su lado estaba sentado Dalamar, erecta la espalda merced a los almohadones que habían colocado en su butaca; aunque contradecían la firmeza de su postura el rostro demacrado y el tosco cabestrillo que llevaba en un brazo. Tanis caminaba desasosegado de un extremo a otro del laboratorio y, en cuanto a los otros ocupantes, las cabezas reptilianas, sus relampagueos eran tan intensos que deslumbraban a aquel que osase mirarlas sin protegerse los ojos.

—Caramon, te ruego... —empezó a exponer el semielfo.

El aludido le observó, inalterable su expresión grave y pausada, y el improvisado orador hubo de desistir. ¿Quién era capaz de razonar con el granito?

—¿Cómo vas a arreglártelas para entrar en esa sima? —rectificó de forma abrupta.

El hombretón sonrió, consciente de lo que había estado a punto de decir su compañero y alegrándose de que se hubiera contenido.

Tras dirigir a la puerta un escrutinio atribulado, el semielfo hizo un gesto hacia la abertura y recapituló:

—Según tú mismo me has relatado, Raistlin tuvo que estudiar e investigar durante años, suplantar a Fistandantilus y embrujar a la sacerdotisa Crysania para que le siguiera, y apenas lo consiguió. ¿Podrías tú traspasar el umbral, Dalamar? —interrogó al elfo oscuro.

—No —fue la clara respuesta del aprendiz—. Tu información es correcta. Se requiere a una criatura de ingentes facultades para hacerlo. Yo no atesoro tales virtudes, y quizá no las adquiera nunca. De todos modos, amigo mío, no te precipites en tus apreciaciones ni cedas a la cólera. Estoy seguro de que Caramon no habría emprendido esta misión de no haber concebido un medio practicable de internarse en el Abismo. Tiene que ser así, porque si fracasa en su empeño estamos todos condenados —apostilló, y sus pupilas se clavaron en el guerrero.

—Cuando mi gemelo luche contra la Reina de la Oscuridad y sus esbirros —intervino quien, en definitiva, debía hablar, sin perder la peculiar serenidad de la que se había investido— tendrá que concentrarse por completo en la lucha, excluyendo cualquier otro objetivo. ¿Me equivoco, Dalamar?

—Ni un ápice —contestó el acólito al mismo tiempo que, aterido, se arrebujaba en los negros ropajes con la mano sana.—. Una inhalación de aire, un guiño, una crispación inoportuna y le despedazarán un miembro tras otro, hasta devorarlo.

El luchador dio su beneplácito a tales aseveraciones, y guardó unos instantes de silencio. «¿Cómo puede estar tan tranquilo?», se preguntó Tanis. Una voz interior se encargó de disipar sus dudas, al susurrarle que su talante apacible se debía al hecho de que conocía y aceptaba su destino.

—En el libro de Astinus —continuó el descomunal humano, sin mencionar la transposición temporal— consta que Raistlin, sabedor de que tendrá que consagrar todas sus aptitudes mágicas a combatir a la soberana, abrirá el Portal antes de enzarzarse en la pugna a fin de dejar una vía de escape. Así, al regresar a este mundo encontrará tendido el puente a nuestro plano de existencia.

—También ha previsto —completó el discípulo— que durante el conflicto se

debilitará y, llegado el momento, le costará un gran esfuerzo formular los encantamientos que han de franquearle el paso. Recitar tales hechizos exige estar en plena forma, en la cumbre de las energías. La puerta ya ha desaparecido, la brecha no tardará en ensancharse y, cuando eso suceda, cualquier mortal dotado de arrojo podrá cruzar la frontera.

Entornó los párpados, mordiéndose el labio para no gritar. Había rechazado una pócima de efectos sedantes con el pretexto de que embotaba las ideas. «Si fallas —le había indicado a Caramon—, yo soy vuestra última esperanza.»

«Nuestra última esperanza —evocó asimismo el semielfo— es un nigromante que ha sido repudiado hasta por su pueblo. ¡Qué aberración! Todo esto no puede estar pasando.» Apoyó ambos codos en la mesa de piedra y hundió el rostro entre las manos, extenuado, dolorido el cuerpo y sensible a la punzante comezón de sus heridas. Se había quitado el pectoral de la armadura, que, suspendido de su cuello, pesaba más que una lápida mortuoria, pero, pese a aliviarle de molestias físicas, la ausencia de la pieza no libró a su alma de retorcerse en un sufrimiento mucho peor.

Los recuerdos revoloteaban en su derredor como los centinelas de la Torre y, al igual que ellos, estiraban sus tentáculos para tocarle con los carámbanos que tenían por dedos. Rememoró el episodio en el que Caramon robó la comida del plato de Flint aprovechando que el enano se hallaba de espaldas, y aquel otro en que Raistlin invocó ilusiones maravillosas a fin de deleitar a los niños de Flotsam. También se representó a Kitiara en el acto de abrazarle risueña, y susurrar bellas palabras en su oído. El azote de estas vivencias radicaba en su carácter entrañable, y el semielfo quedó tan alicaído que las lágrimas afloraron a sus ojos. ¡Alguien había cometido un error monstruoso, porque era impensable que tal cúmulo de venturas tuviera un trágico desenlace!

Un libro se dibujó en su oscurecida visión, el de Astinus, que, propiedad ahora de su forzudo compañero, reposaba sobre la pétrea mesa. Contenía los pasajes decisivos de la historia, las postrimerías de su universo. De pronto, sin embargo, una idea surcó su mente. ¿Acaso no era aquél el final de una serie de eventos determinados y, si se alterase el más mínimo detalle, cambiaría también el resultado?

Juzgando este hilo de reflexión interesante, quiso enfrascarse en sus derivaciones. Se lo impidió el guerrero que, al mirarlo preocupado, lo interrumpió. Enojado consigo mismo por la flaqueza de sus emociones, Tanis se enjugó el llanto y se levantó.

Los espectros persistían en acosarle, a él y a aquel cadáver carbonizado que yacía en un rincón, arropado piadosamente por su capa.

Un humano, un semielfo y un elfo oscuro, tres eslabones de una cadena vital, contemplaban el Portal en absoluto mutismo. Un reloj de agua situado en la repisa de la chimenea registraba el fluir del tiempo, cayendo sus lánguidas gotas con la regularidad de unas pulsaciones. La tensión que se palpaba en la estancia dio tanto de sí que parecía próxima a explotar y, en un violento restallido, flagelar sus confines. Dalamar empezó a musitar unas frases en lengua elfa y Tanis le miró inquieto, temeroso de que hubiera caído en una suerte de delirio. El semblante del mago era cadavérico, unos cercos amarrotados ceñían sus globos oculares y les conferían una tétrica profundidad que subrayaba la fijación de sus iris en la nada turbulenta, oscura, del umbral del Abismo.

La habitual flema de Caramon se había desmoronado, lo cual se advertía en su manera de abrir y cerrar los puños o en el sudor de su epidermis, que brillaba bajo la luz de las cabezas de dragón. Un involuntario escalofrío precedió a otros, mientras los músculos de los brazos le vibraban espasmódicamente.

El semielfo fue invadido por una sensación extraña. El fragor de la batalla, el estrépito de la encarnizada contienda que se desarrollaba en la ciudad y que había percibido sin percatarse cesó, se apagó de forma repentina.

También dentro de la Torre los sonidos se amortiguaron, murieron los murmullos del acólito antes de que los articulase.

Un manto de quietud cayó sobre el trío, tan denso y asfixiante como la penumbra del corredor o como el maléfico aire de la sala. Se magnificó el goteo medidor de los minutos, sus monótonas resonancias amenazaron con fracturar los ya dañados hilos de la cordura del héroe. El aprendiz alzó abruptamente los entrecerrados párpados y su mano, trémula, aferró la túnica entre unos dedos agarrotados donde destacaba la blancura de los nudillos.

Tanis se acercó a su amigo, guiado por el impulso que había empujado asimismo a éste a buscar la proximidad de aquél. Ambos se interpelaron al unísono:

—Caramon...

—Tanis...

Desesperado, el gigantesco luchador zarandeo el brazo del otro, mientras le hacía un ruego.

—Por favor, encárgate del bienestar de Tika si yo sucumbo. ¿Lo prometes?

—No voy a consentir que te adentres solo en esos parajes —declaró el semielfo y, a su vez, apretó el brazo de su compañero—. He decidido incorporarme a la expedición.

—Eso es imposible —le atajó el guerrero, gentil pero contundente—. Si yo fracaso, Dalamar necesitará tu ayuda. Despidete de Tika en mi nombre e intenta explicarle mis motivos, rehabilitarme frente a ella. Dile que la amo inmensamente.

Se le quebró la voz y no pudo concluir.

—Descuida, soy capaz de entender tus sentimientos y elocuencia no me falta —le garantizó el semielfo, reproduciéndose en su memoria su última misiva a Laurana.

—Son los ingredientes esenciales —asintió el humano, mientras sorbía las lágrimas y exhalaba un prolongado suspiro—. Habla también con Tas. Él ignora la magnitud del riesgo al que me expongo y la noticia de mi muerte le entristecerá. Claro que —bromeó— antes tendrás que sacarle de ese castillo volador.

—El kender no es tan atolondrado como supones, Caramon —discrepó su interlocutor—. Estoy persuadido de que algo ha intuido.

Las esculpidas cabezas comenzaron a emitir unos ruidos discordantes, unos alaridos que parecían originarse en la lejanía. El guerrero adoptó la posición de alerta al advertir que aumentaba su volumen y que, por otra parte, el abanico multicolor que surgía del Portal se incrementaba hasta hacer refulgir figuras en halos casi incandescentes.

—Prepárate —ordenó Dalamar, balbuceante.

—Adiós, Tanis.

—Adiós, Caramon.

Sobraban los discursos afectuosos. El apretón de manos que intercambiaron los viejos compañeros expresó del modo más fehaciente su pesar.

Transcurrido un breve lapso, el semielfo soltó aquella mano familiar, cálida, y retrocedió. El vacío se dividió, surgió la fisura en el Portal.

Tanis prendió las pupilas en aquella escena porque no podía desviarlas. Pero, si algo vio, nunca habría de describirlo. Lo que se desveló a sus sentidos nunca se imprimió en su retina. Los sueños que más tarde le atormentarían serían abstracciones de una pesadilla irreal. No se moldearían contornos en las pertinaces secuencias oníricas, que habían de durar años. La única clave sería, al despertar en medio de la

noche bañado en sudor, la disolución de unas imágenes imprecisas, que no le estaba permitido capturar. Siempre que le asediara este recuerdo, permanecería horas tendido en el lecho, en una vigilia agobiante.

Pero todo eso acontecería después. Ahora lo único de lo que tenía conciencia era de que debía detener a Caramon.

No acertó a moverse, a llamarle mediante un grito. Transfigurado, con la parálisis del terror, observó cómo el humano trepaba sin inmutarse a la dorada plataforma. Los dragones entonaron cánticos que destilaban odio, triunfo, quizá resquemor, el semielfo no pudo discernirlo. Su propio rugido, que una fuerza ignota arrancó de su garganta, se disolvió en medio de una barahúnda.

Una marea de luz cegadora, un torbellino infinito en matices, arrasó el laboratorio, y se hizo la negrura. Caramon se había ido.

—Que Paladine oriente tus pasos —deseó Tanis al mismo tiempo que, desencantado, oía la oración de Dalamar:

—Takhisis, mi Reina, estará a tu lado.

—Le vislumbro —anunció Dalamar al poco rato.

Nublada todavía su visión, el acólito se incorporó en su silla y se inclinó hacia adelante para asomarse a los vapores del Abismo. Olvidada la compostura en tan emocionante trance, se le escapó una exclamación de dolor y, entre reniegos, volvió a sentarse con el rostro desencajado.

Tanis, que recorría la cámara en largas y discordantes zancadas, fue junto al aprendiz.

—Allí —señaló el oscuro hechicero, sin vocalizar por tener las mandíbulas apretadas.

El semielfo se mostró reticente. Se hallaba bajo los efectos del impacto recibido al enfrentarse por vez primera a la brecha del acceso arcano, unos efectos que se dilatarían a lo largo de toda su existencia. Sin embargo, se aventuró de nuevo. Al principio, sólo atisbo un paisaje yermo y desolado, que confluía en el horizonte con un cielo abrasador, inyectado en llamas. Pero al acostumbrarse sus ojos a aquel desierto, distinguió las reverberaciones de la rojiza luminosidad en una bruñida armadura y, embutida en esta última, a una criatura que, blandiendo su acero y de espaldas a ellos, aguardaba.

—¿Cómo cerrara el Portal? —preguntó a Dalamar, con un aplomo aparente que contradecían su ahogo, su inflexión incierta.

—No podrá hacerlo —le ilustró el mago.

—En ese caso, ¿qué o quién ha de interceptar el retorno de la Reina de la Oscuridad a nuestra órbita? —se espantó el semielfo.

—Su Majestad no puede atravesar el umbral a menos que alguien lo haga antes y le marque el camino —respondió Dalamar, algo irritado—. De otra manera haría ya tiempo que se habría introducido en el mundo. Raistlin mantiene un resquicio abierto. Si él viene, la soberana le seguirá y si, por uno u otro azar, el *shalafi* muere, se sellará la grieta.

—¿Significa eso que Caramon tiene que destruir a su hermano?

—Sí.

—Y también él debe perecer —acabó de deducir Tanis.

—Reza para que así sea —le recomendó el aprendiz, y se humedeció los resecos labios. Las punzadas de sus llagas le mareaban, le producían náuseas—. Sea quien fuere el vencedor de la liza, el guerrero no podrá desandar lo andado y, aunque fenecer en

manos de la soberana sea un proceso lento, ingrato, resulta preferible a vivir en según qué condiciones.

—¿El lo sabía de antemano? —insistió el héroe.

—Por supuesto que sí, semielfo. Pero con su sacrificio salvará a Krynn —apuntó Dalamar, entre la admiración y el cinismo.

Acomodándose de nuevo en su butaca, el acólito inspeccionó, obstinado, el Portal, mientras con las manos arrugaba y alisaba, en una curiosa alternancia, los pliegues de su atavío cubierto de runas.

—No es Krynn lo que debe rescatar —le corrigió Tanis—, sino un alma.

No se extendió en su disertación, amarga y recriminatoria, porque la puerta del laboratorio crujió tras él y este hecho le sobresaltó. Destellantes sus pupilas, también sorprendido, el elfo oscuro tanteó un pergamino que había deslizado en su cinto y donde figuraban los sortilegios con los que podía prevenir cualquier intrusión.

—Todo está en orden —afirmó—. Cualquier visitante se topará con un muro inaccesible. Los guardianes...

—No pueden interponerse en el avance de ese ente —concluyó Tanis por él, espiando la puerta con un atisbo de pánico que, durante unos segundos, reflejó cual un fiel espejo el rictus de la difunta Kitlara.

Dalamar esbozó una sombría sonrisa y, una vez más, se arrellanó en su asiento. Los glaciales efluvios de la muerte flotaron en la alcoba, diluidos en una hedionda neblina.

—Adelante, Soth —invitó el mago—. Te esperaba.

A Caramon lo deslumbró una luz fulgurante, que atravesó incluso sus párpados cerrados, antes de que la penumbra volviera a cernerse sobre él. Al abrir los ojos, nada distinguió y le dominó el pánico, porque, sin poder evitarlo, recordó la ocasión en la que había quedado ciego en la Torre de la Alta Hechicería.

Pero ahora no sufrió tal accidente. De forma gradual, la negrura remitió y sus pupilas, avezadas a los cambios bruscos, se aclimataron a la luminosidad indefinible, sobrenatural, de los contornos. Como le refiriera Tasslehoff, incendiaban la atmósfera los fulgores sanguinolentos de un perenne ocaso. El paisaje también se ajustaba a las descripciones del kender. Era un terreno vasto y desnudo bajo un cielo de idénticas características. Suelo y bóveda presentaban las mismas tonalidades dondequiera que mirase, en cualquier dirección.

En todas excepto una. Al girar la cabeza, el guerrero vislumbró el Portal que había dejado atrás. Constituía el acceso una pincelada de vivos colores en aquella monotonía, enmarcado en el arco ovalado de las cinco cabezas de dragón y en una falsa perspectiva, pues parecía lejano cuando en realidad estaba muy cerca. El humano lo visualizó como un cuadro colgado de un muro anaranjado, donde si destacaban dos figuras, las de Tanis y Dalamar, diminutas pero nítidas. Sí, hasta sus siluetas inmóviles podían deberse a un minucioso pincel, pertenecer a sendas criaturas capturadas en un momento de estatismo y forzadas a pasar su ilusoria eternidad en la contemplación de la nada.

Volviéndoles la espalda con ademán resuelto, preguntándose si podían verle como él a ellos, Caramon desenvainó la espada y aguardó a su gemelo, plantando firmemente los pies en el inestable suelo.

No abrigaba la menor duda de que una batalla entre Raistlin y él terminaría con su propia muerte. Aun disminuidas, las dotes del mago conservarían una parte de su vigor y, el hombretón bien lo sabía, su hermano nunca permitiría que le redujera a un estado de total vulnerabilidad. Escondería bajo la manga el último sortilegio disponible o, al menos, la material y práctica daga de plata.

«No importa que yo sea abatido —razonó, tranquilo, clarividente—. Habré cumplido mi propósito y eso es lo que cuenta. Soy un hombre fuerte, sano, experto en la liza, y lo único que he de conseguir es ensartar su enteco cuerpo en mi acero.»

Estaba seguro de poder infligir la estocada letal antes de que las artes de su oponente le marchitaran, como había sucedido, años atrás, en la Torre donde Raistlin se sometió a la Prueba.

Las lágrimas brotaron como saetas que, punzantes, desgarraran las córneas, para formar riachuelos en su rostro. Las enjugó, mientras se forzaba a pensar en algo diferente, para superar el miedo y la consternación que tanto le desequilibraban.

El primer recuerdo que acudió a su cita mental fue el de la sacerdotisa Crysania. La compadeció, deseó, por su bien, que hubiera muerto deprisa, sin sospechar que quien ella erigiera en su adalid la había utilizado.

Perplejo, parpadeó y aguzó la vista. ¿Qué estaba ocurriendo? En un lugar en el que segundos antes no había sino una desértica planicie, difuminada en el cobrizo horizonte, se adivinaba ahora una presencia. Era un objeto negro que se perfilaba contra el cielo y carecía de la tercera dimensión, la profundidad, como los bocetos que se dibujan sobre papel y luego se recortan con unas tijeras. De nuevo resonaron en su interior las palabras de Tas, cuando le relató sus aventuras, sus espejismos, en el tenebroso reino de Takhisis.

Tras una breve inspección, reconoció aquel perímetro alargado como una estaca de madera, análoga a aquellas en las que, en su juventud, se quemaba a las brujas.

Su memoria se convirtió en un volcán al aparecersele Raistlin atado a tal suerte

de patíbulo, amontonados los haces de leña a su alrededor. El condenado luchaba por liberarse, lanzaba gritos desafiantes a quienes había intentado salvar de su simpleza poniendo en evidencia a un clérigo charlatán, un acto altruista que le había valido la acusación de brujería.

—Sturm y yo llegamos justo a tiempo —musitó el humano a la vez que se representaba la espada del caballero bajo el sol, tan llameantes sus reverberaciones que provocaron la dispersión del supersticioso populacho.

Mirando más atentamente a la estaca que, por su propia iniciativa, había comenzado a desplazarse hacia él, reparó en que alguien yacía junto a la base. ¿Acaso era Raistlin? Continuó el avance de la estaca... ¿o era él mismo el que se aproximaba? Frente a un fenómeno tan singular, hizo un alto y ojeó el Portal como posible referencia. Había retrocedido, o el guerrero se alejaba, el caso era que había menguado su tamaño sin que este hecho facilitara sus conclusiones.

Temeroso de que el magnetismo del Abismo le succionase, Caramon se forzó a sí mismo a detenerse, lo que hizo de manera inmediata. También en este trance, la voz de Tasslehoff revivió para explicarle que si uno quería viajar no tenía más que concentrarse en su destino, del mismo modo que cualquier objeto se materializaba sólo con invocarlo, aunque había que ser precavido porque el universo de ultratumba distorsionaba todo cuanto se concebía.

El luchador clavó los ojos en la estaca y formuló el deseo de alcanzarla. Sin darse cuenta, en una fracción de segundo, se catapultó hasta ella y, al espiar de nuevo el Portal, descubrió que se había transformado en un lienzo en miniatura suspendido entre el firmamento y la tierra. Satisfecho ante la idea de que podía regresar a su antojo, el guerrero investigó sus aledaños y la figura que yacía al pie de la estaca. Creyó adivinar que vestía una túnica de terciopelo negro, y su corazón cesó casi de latir. Pero un examen más concienzudo le reveló que se trataba de un efecto óptico: era el cuerpo el que parecía más oscuro en contraste con el fondo rojizo. La indumentaria que cubría la ajada carne era de color blanco. «Claro —comprendió—, antes he pensado en ella.»

—Crysanía —la llamó.

La dama ladeó la cabeza al escuchar su hombre. Pero las pupilas, errabundas, no enfocaron a Caramon y éste, al comprobar que vagaban, concluyó que sus atroces peripecias las habían nublado.

—¿Raistlin? —inquirió la sacerdotisa, en un tono tan rebosante de esperanza y ansiedad que Caramon habría dado cualquier cosa, incluida la vida, para confirmar su anhelo.

—Soy yo, Caramon —hubo de desencantarla, al mismo tiempo que se arrodillaba y tomaba la mano femenina entre las suyas.

La sacerdotisa, aunque invidente, siguió con el rostro el eco de su voz y posó la mano libre sobre el dorso de la que la arropaba.

—¿Caramon? —repitió, ostensiblemente confundida—. ¿Dónde estamos?

—He franqueado el Portal —informó él.

—Así que has entrado en el Abismo —corroboró Crysanía, y emitió un suspiro de indescifrable significado.

—Así es.

—Me comporté como una necia —murmuró la mujer—, pero he pagado caro mi error. ¡Cuánto me gustaría averiguar si, además de yo misma, alguien ha salido perjudicado! Dime, Caramon, ¿has tenido noticias de tu hermano? —preguntó, apenas audible la última frase.

—Crysanía... —balbuceó el interpelado, incapaz de improvisar una respuesta verdadera ni falsa.

La sacerdotisa le interrumpió al percibir la nota de tristeza que destilaba su ronco acento. Inmersa en un llanto sosegado, sin aspavientos, se llevó la mano del guerrero a los labios y la besó.

— ¡Ahora lo entiendo! —exclamó, en poco más que un susurro—. Es por Raistlin por quien están aquí. Lo lamento, Caramon; me duele tanto como a ti.

Rompió a llorar y el guerrero, estrechándola contra su torso, la arrulló como si fuera una niña asustada. Fue al abrazarla cuando comprobó que se hallaba en el umbral de la muerte, que la vida escapaba a borbotones a través de todos los orificios. Sin embargo, no adivinaba las causas de su agonía, porque no había heridas de ninguna clase en su piel, ni siquiera arañazos.

—No debes disculparte —la consoló y, protector, apartó la melena azabache, que se derramaba en mechones apelmazados sobre su lívida tez—. Le amabas. Si ésa fue tu equivocación también yo he de reprochártela y, al igual que tú, soportar mi castigo.

—¡Ojalá pudiera darte la razón! —se desesperó la mujer—. El amor es un sentimiento hermoso, que justifica las acciones más disparatadas, pero lo cierto es que me embarqué en esta empresa guiada por el orgullo, por la ambición.

—¿Estás persuadida de que es así? —preguntó el hercúleo luchador—. Entonces, ¿por qué supones que Paladine atendió a tus plegarias y te abrió el Portal, después de rechazar incluso las demandas del Príncipe de los Sacerdotes? ¿Qué le movió a mostrar su indulgencia, a otorgarte tan importante dádiva, unas aspiraciones mezquinas como las que has enumerado y que él, en su sabiduría, no dejó de leer en tu corazón? No, Crysania, no has aprendido a evaluar tus cualidades.

—No olvides —porfió la sacerdotisa— que mi dios me ha abandonado. —Asió el Medallón para tirar de la cadena y arrancarlo, pero su endeblez frenó tal impulso. Resignada, cerró los dedos sobre la alhaja y se obró en su semblante una metamorfosis— No —rectificó llena de paz—, continúa aquí, me sostiene y me apoya.

Caramon se incorporó y alzó en volandas a aquella frágil figura que, reclinada en su ancho hombro, se relajó.

—Vamos a regresar al Portal —anunció el colosal humano.

Crysania sonrió en silencio. ¿Le había oído, o era otra voz la que suscitaba su beatitud? Sin meditar sobre el asunto, el guerrero se colocó frente al acceso, aquella abigarrada joya que refulgía en la distancia, borró de su cerebro toda noción que no fuera la de hallarse en su proximidad y empezó a trasladarse sin demora.

De pronto, el aire se rasgó, se partió en una ominosa resquebrajadura. Surcó el cielo un relámpago, un puñal ígneo al que sucedieron otros muchos. Millares de ramificaciones purpúreas, siseantes, cruzaron el paisaje, aprisionando a la pareja durante un espectacular segundo en un calabozo cuyos barrotes eran la muerte, simbolizada en aquellas sierras de fuego. Paralizado por semejante sacudida, Caramon permaneció a mitad de camino, incluso tras desvanecerse la descarga, a la expectativa del explosivo fragor de un trueno que, a tenor de sus heraldos, le dejaría sordo sin remedio.

Pero no coronó la conflagración sino la quietud y, en una nebulosa debido a la lejanía en que se produjo, un alarido agónico, desgarrador.

—Raistlin —apuntó la sacerdotisa, agarrando todavía el Medallón de Paladine.

—Sí —ratificó su compañero.

La mujer que, pese a su ceguera, había abierto los ojos al producirse el estallido, se secó los húmedos lagrimales y volvió a entornar los párpados, mientras Caramon reanudaba la marcha despacio, analizando un perturbador presentimiento que le había asaltado de manera tan repentina como los rayos. Era innegable que la sacerdotisa estaba desahuciada, su pulso era más intermitente que el palpito de un ave recién nacida.

Así, él había decidido conducirla al otro lado del Portal por sí, al restituirla a su plano, podía aún salvarse. No obstante, lo que le preocupaba era la posibilidad de que, en el momento de enviarla al mundo, fuera arrastrado él mismo. ¿Tenía la facultad de mandarla junto a Tanis sin escoltarla?

Abstraído en estas cábalas, vio cómo se acortaba la distancia que le separaba del acceso. Más que ir hacia éste, tuvo la palpable impresión de que era el adornado marco el que acudía a su encuentro, creciendo sus dimensiones y observándole los dragones con los iris encendidos y las bocas abiertas para devorarlo.

Vislumbraba en el laboratorio al semielfo y a Dalamar, de pie el uno, sentado el otro y ambos rígidos, congelados en el tiempo. ¿Podrían ayudarlo, atraer a Crysania?.

— ¡Tanis, Dalamar! —vociferó.

Si la onda sonora llegó hasta ellos, no reaccionaron.

Con suma delicadeza, el guerrero depositó su carga en la ondulante llanura que se combaba delante del Portal y supo, en una súbita inspiración, que sería inútil. O quizá sería más apropiado decir que se rindió a una evidencia que se había empeñado en disfrazar. Podía reintegrar a la dama en su órbita para que se recuperase, pero eso redundaría en beneficio de Raistlin, quien, exento de toda amenaza, engatusaría a la Reina a entrar en la otra esfera y sentenciaría a los habitantes de Krynn a una hecatombe sin precedentes.

Se dejó caer en la fantasmal explanada y, situándose cerca de Crysania, acarició su mano. Se alegraba de que ella estuviera en el Abismo, porque la soledad en tales simas debía de ser aterradora y la mera tibieza de su piel le alentaba a perseverar. Sin embargo, se sentía culpable por no salvarla de la zarpa de la muerte.

—¿Qué planes te has trazado respecto al nigromante, Caramon? —indagó la sacerdotisa tras una pausa.

—Impedirle que salga de estos confines —confesó el aludido, con acento desapasionado y una máscara de forzada impassibilidad en el semblante.

La mujer asintió y, lúcida pese a haberse extinguido la luz de su visión, presionando los dedos masculinos, comentó:

—Te matará; es un poderoso adversario.

—Sí, pero no antes de hender yo mi filo. También él expirará —declaró Caramon.

Un espasmo de sufrimiento desfiguró las facciones de la Hija Venerable, que, en una cadencia entrecortada, le propuso:

—Te esperaré y, cuando se haya zanjado la pugna, serás mi guía en el camino de tinieblas que he de recorrer. Tú conjurarás la maldad y me pondrás en la senda de Paladine.

Echó hacia atrás la cabeza en busca de un lugar donde reclinarla, con tanta suavidad que parecía haberla hundido en una alta y mullida almohada. El pecho se movía al ritmo de la respiración y, al ponerle los dedos en el cuello, Caramon notó sus latidos, el fluir de la savia vital.

Estaba preparado para afrontar su propia muerte, para ser el justiciero artífice de la de su gemelo. ¡Era simple, puesto que ambos lo merecían! Pero ¿quién era él para segar la existencia de aquella mujer o, lo que es lo mismo, hacerse responsable de su tránsito?

Quizá le quedaba aún tiempo suficiente para posar su cuerpo en el laboratorio, confiarlo a los cuidados de Tanis y retornar al universo de la eternidad. Esperanzado, el guerrero se incorporó y empezó a levantar de nuevo a la liviana Crysania.

Se disponía a hacer la travesía, cuando columbró por el rabillo del ojo una sombra que se movía. Dio media vuelta y se topó con Raistlin.

El espectro enamorado

—Entra, Caballero de la Rosa Negra —repitió Dalamar.

Unos ojos llameantes escrutaron a Tanis, quien se llevó una mano a la empuñadura de la espada en el mismo instante en que unos dedos delgados, nervudos, le tocaban en un brazo y le provocaban un gran sobresalto.

—No te interfieras, amigo mío —le aconsejó el elfo—. Nosotros poco le importamos; es otro el propósito de su visita.

La mirada oscilante e hipnotizadora de aquellas ígneas pupilas pasó de largo, apenas se detuvo en el barbudo héroe. Las candelas de la estancia arrancaron destellos de la anticuada armadura. Entre los ricos adornos y debajo de las ennegrecidas manchas de un añejo fuego, entremezcladas con la sangre convertida en polvo tiempo atrás, la armadura todavía exhibía el contorno de la Rosa, símbolo de los Caballeros de Solamnia. Cruzaron la estancia unas botas, que no hacían ruido de ninguna clase, ya que el espectro había hallado a la criatura que perseguía en un oscuro rincón: el cadáver de Kitiara, oculto por la capa de Tanis.

«¡Mantenlo alejado! Siempre te amé, semielfo», resonaron en la mente de éste las postreras palabras de la mandataria.

Soth llegó hasta el inerte cuerpo y se arrodilló. Fue incapaz de rozarlo siquiera, como si una fuerza invisible le coaccionara en su intento, y se puso en pie de nuevo. Ya erguido, dio media vuelta, y sus anaranjadas cuencas oculares centellearon en unas insondables tinieblas que, bajo su yelmo, sustituían a los rasgos de un rostro vivo.

—Entrégamela, Tanis el Semielfo —ordenó con su voz hueca—. Los sentimientos amorosos que compartió contigo la vinculan a este mundo. Debes romper el yugo.

El aludido, impulsivo por naturaleza, avanzó unos pasos con el acero aferrado.

— ¡Te matará, Tanis! —le previno Dalamar—. Te aniquilará sin más. Deja que vaya con él. Al fin y al cabo, es el único de nosotros que supo comprenderla.

—Más que eso —replicó el caballero espectral, fulgurante el brillo de su portentosa visión—, yo la admiraba. Ambos nacimos para gobernar, la conquista era nuestro común destino. Aunque debo confesar, y quizá por eso la reverenciaba aún más, que su temple inflexible le confería una cierta superioridad sobre mí. Sí, Kitiara menospreciaba el amor cuando éste amenazaba con encadenarla. De no haber sufrido los acontecimientos un repentino sesgo, se habría proclamado reina de todo Ansalon.

El cavernoso acento del fantasma esparció por el laboratorio notas de pasión, de odio, que asombraron al semielfo.

— ¡Cuánto se degradó! —continuó el etéreo orador—. Tras la vergonzosa derrota de Neraka, quedó atrapada en Sanction como una fiera enjaulada, planeando una nueva guerra que ni siquiera ella abrigaba esperanzas de ganar. Su coraje, su resolución, comenzaron a flaquear, e incluso permitió que la esclavizara un amante hechicero y espía, aquí presente —apostilló, y señaló al acólito con un índice translúcido—. Si la incité al combate fue porque decidí que más le valía perecer en un conflicto armado que consumirse cual la cera de una insignificante vela.

— ¡Todo eso son embustes, patrañas! —se indignó Tanis, a la vez que, enajenado, se aprestaba a desenvainar su espada—. No...

Dalamar contuvo su ímpetu, sujetándole la muñeca y aleccionándole con tacto, con suavidad.

—Nunca te quiso de verdad, mi apreciado compañero; es fundamental que lo entiendas. Te manipuló como hizo con todos, incluido él. —Miró de soslayo a Soth; pero, al advertir que su contertulio se disponía a discutir, reanudó la explicación—. Se burló de ti hasta el final, ¿no te das cuenta? Incluso ahora te tiende sus tentáculos desde el más allá. Ha hecho de tu persona una tabla salvadora a la que agarrarse aun a costa de arruinar tu existencia.

Tanis vaciló ante la rotundidad de tales argumentos. Ardía en su memoria la imagen de la faz femenina arrasada por el terror y, en medio de aquel incendio, surgió otro que se impuso lentamente al anterior, difuminando la efigie. Tras una cortina de

fuego, visualizó un castillo que, noble y majestuoso en un tiempo, se desmoronaba hasta reducirse a escombros. Atisbo a una adorable, delicada doncella elfa que sucumbía con un recién nacido en brazos y a guerreros que huían, que morían carbonizados. En el apocalíptico espectáculo, rugió la voz de Soth.

—Preserva el don de la vida, semielfo. Te sobran los motivos para seguir en el mundo, muchos son los mortales que dependen de ti. Tus posibilidades son envidiables. Nadie puede juzgarlo mejor que yo mismo pues, en una era remota, gocé de las venturas que a ti se te ofrecen. Desdeñé mi oportunidad al elegir la senda nocturna en lugar de la luz del sol. ¿Vas a imitarme? ¿Desecharás el privilegio del que ahora disfrutas? ¿Renunciarás a todo cuanto tienes en beneficio de alguien que se adentró desde el principio en los tortuosos caminos de la perversidad? ¡No te malogres! —le exhortó.

«Lo que yo ansiaba poseer, ya lo tengo», se coreó el propio semielfo al recordar su última conversación con la postrada mujer. Y la sonrisa de Laurana invadió sus pensamientos.

Entornó los párpados a fin de contemplar la bella faz de su esposa, la expresión tierna y apacible de la que solía revestirse. Un halo de prístina claridad envolvía su áurea melena, realzaba sus almendrados ojos de elfa. Se intensificó el cerco, radiante cual una estrella, y su pureza inundó los sentidos, la mente de Tanis hasta eclipsar la máscara de muerte en la que se había transformado el otrora sensual rostro de Kit.

Bajo el influjo de esta visión, el héroe de la Lanza envainó la espada y retiró la mano. Soth, mientras tanto, se agachó y alzó los despojos amortajados por la capa, ahora ensangrentada, en sus intangibles brazos.

El caballero formuló un hechizo, consistente en un solo vocablo, y se abrió una sima a sus pies, o así se la describió Tanis a sí mismo. Una oleada de frío capaz de desgajar el alma fluyó a través de la sala, en una feroz arremetida que forzó al semielfo a, estremecido, desviar la cabeza como si hubiera de protegerla de un vendaval.

Cuando pudo examinar lo ocurrido, Tanis constató que en la umbría esquina no había nadie, salvo Dalamar.

—Han partido —informó el aprendiz—. Y Caramon también.

—¿Cómo?

Volviéndose con un ligero bamboleo, tembloroso y empapado el cuerpo en un sudor gélido, Tanis prendió la vista del paisaje desértico que se adivinaba pasado el Portal. Se le encogió el ánimo, tan desolado como aquella planicie infinita, al descubrir que su amigo se había evaporado.

«¿Renunciarás a todo cuanto tienes en beneficio de alguien que se adentró desde el principio en los tortuosos caminos de la perversidad?», le imprecó, una vez más, el desaparecido Caballero de la Muerte.

CÁNTICO DE SOTH

Aparta la luz sepultada
del candil, la antorcha sin raigambre,
y escucha el eco de la noche enlutada
capturado en tu inflamada sangre.

Cuan serena es la medianoche, amor,
cuan tibios los vientos donde el cuervo vuela,
donde el cambiante claro de luna, amor,
palidece en tu ciega retina, se congela.

Tu corazón a gritos me llama, amor,
la oscuridad en tu seno ha abierto una brecha,
por la que corren los ríos de la sangre, amor,
en la que, sugerente, penetra esta endecha.

Amor, el calor que encierra tu piel en agonía,
puro como la sal, como la muerte devastador,
cabalga a lomos de la luna roja, en la lejanía,
desde la fosforescencia de tu aliento, tu estertor.

10

Los caminos se separan

Frente a él, el Portal; detrás, la Reina. A su espalda, dolor, sufrimiento; delante, la victoria.

Apoyado en el Bastón de Mago, tan débil que a duras penas se sostenía, Raistlin invocó en su mente la imagen del acceso y la fijó de manera que no se borrara. Le asaltó la idea falaz de haber caminado, tropezado y hasta gateado a lo largo de un trecho interminable para alcanzarlo. Pero ahora se hallaba cerca y este hecho le recompensaba por las vicisitudes pasadas. Distinguía su llamativo espectro cromático, los colores de la

vida: el verde de la hierba, el azul del cielo, el blanco de los cirros nubosos, el negro de la noche y el rojo de la sangre...

Sangre. Se miró las manos, manchadas de su propia savia, y asoció tal visión a sus heridas, demasiado numerosas para contarlas. Golpeado por un mazo, apuñalado por dagas y espadas, socarrado por relámpagos, llagado por el fuego, en su contra se habían aunado las fuerzas de clérigos oscuros, nigromantes, legiones de espíritus carnívoros y demonios, todos ellos al servicio de Su Majestad. La túnica emblemática de su rango caía en torno a los hombros andrajosa, mancillada; no exhalaba una vez su aliento sin convulsionarse en una agonía y, en su interminable periplo, había vomitado las últimas gotas de sangre que atesoraba en sus venas. Aunque tosía, tanto que debía interrumpir la marcha durante los ataques e hincar ambas rodillas, al arrojar el esputo nada brotaba, porque nada había en su interior.

Pero, a pesar de tan pavorosos avatares, había conseguido resistir.

Secas de sangre, por sus venas circulaba un febril alborozo. Había aguantado, soportado las arremetidas de sus adversarios. Decir que estaba vivo era casi un eufemismo, pero faltaba el casi. La ira de la soberana atronaba sus oídos cual un timbal inclemente, la tierra y la bóveda celeste latían a su compás. El hechicero había derrotado a sus más poderosos secuaces. Nadie quedaba para desafiarle en un combate decisivo, excepto ella misma.

El Portal resplandecía, con lujuriantes matices, en los relojes de arena que configuraban sus pupilas. Se aproximó sin tregua, atento a la furia de la soberana, que, desatada, la incitaba al descuido, a la demencia, y recapacitó que aquélla era su mejor garantía de éxito en la fuga del Abismo. No era la diosa quien había de interceptarle; de modo que se creyó a salvo.

De pronto, una sombra procedente de las alturas le petrificó. Alzó la vista y detectó los dedos de una mano gigantesca que oscurecían el firmamento y cuyas uñas estaban teñidas, como si las hubiesen pintado, de un rojo sanguinolento.

Sonrió y resolvió proseguir. Era lo que en principio pronosticó, una sombra y nada más. La mano que la proyectaba trataba de atraparle en vano. Él estaba en la vecindad del puente que conducía a su mundo y ella, la gran dama, había quedado postergada al confiar en sus esbirros y no intervenir en la contienda. Sus garras prensiles asirían el repulgo de las aterciopeladas, y ahora harapientas, vestiduras en el momento en que traspasara el umbral, una ocasión que el mago aprovecharía para hacer acopio de energías y arrastrarla a la órbita que le interesaba.

Ya al otro lado, ¿quién sería el más fuerte? Raistlin tosió, a despecho de los espasmos, la asfixia y los agujonazos, ensayó una sonrisa —una mueca— con los finos labios retorcidos y espumeantes. No abrigaba dudas respecto al desenlace.

Cerrada una mano sobre el pecho, la otra sobre la vara arcana, reemprendió la caminata midiendo los jirones de vida que dejaba en cada zancada, las exhalaciones de sus abrasados pulmones, con idéntico afán con el que un mendigo sopesaría una moneda de cobre. La batalla que se avecinaba le proporcionaría la gloria. Sería su turno de convocar las huestes para que se batieran en su nombre. Los dioses responderían a su llamada, porque la aparición de la Reina en el mundo investida de todos sus atributos desencadenaría la cólera de los otros hacedores. Se desprenderían las lunas del manto nocturno, los planetas alterarían sus revoluciones y las estrellas también, mientras los elementos acataban su mandato, los cuatro sumisos frente a tan ineludible autoridad.

Delante del nigromante, en derredor del Portal, las cabezas reptilianas lanzaban bramidos impotentes, sabedor el simbólico animal de que carecía de las facultades precisas para oponerse a sus designios. Un palpito más, una sola inhalación de aire y, con el subsiguiente resoplido, el anhelado objetivo.

Alzó la encapuchada cabeza... e hizo una pausa forzosa. Una figura en la que antes no había reparado, ensombrecida por la bruma del dolor, la sangre y la quintaesencia de la muerte, se silueteaba frente a él, esgrimiendo una reluciente espada. Confundido, perplejo, estudió al intruso sin reconocerle, hasta trocarse su alejamiento en regocijo.

— ¡Caramon, eres tú! —exclamó.

Estiró la mano hacia el guerrero. Ignoraba cómo se había obrado el milagro, pero su gemelo estaba allí, a la expectativa, aguardando como hizo siempre, para respaldarlo en su más trascendental aventura.

—¡Caramon! —insistió, jadeante—. Ayúdame, hermano.

El agotamiento, las secuelas del severo castigo al que había sido sometido, dificultaban la actividad de su cerebro y su habitualmente espléndida concentración. La magia ya no borboteaba en sus entrañas como el azogue, sino que, perezosa, se demoraba en los escollos que encontraba en su curso y le negaba el riego que sus órganos precisaban.

—Caramon, ven junto a mí. No puedo andar solo. El recio luchador no se movió. Permaneció inmóvil cual una pétrea estatua, equilibrado el acero en su mano y examinándole con una mezcla de amor y pesadumbre, una tristeza a la vez hosca y acusadora, que, tras rasgar el velo de su dolorido cuerpo, expuso a la luz su alma vacua, estéril. Aprehendió entonces el hechicero el porqué de su presencia.

—Obstruyes mi avance, hermano —le dijo con frialdad.

—No me cuentas nada nuevo —repuso el otro.

—Si no quieres ayudarme, lo que me parece obvio, apártate al menos.

La voz del archimago brotaba de su garganta en quiebros airados.

—No.

—Morirás si no lo haces —siseó Raistlin, cínico.

—Sí —aceptó Caramon sin arredrarse—, pero no creas que tú vas a sobrevivir.

La atmósfera, monótona y al mismo tiempo flamígera, se sumió en un tenebroso ocaso. En el paraje se acumuló una niebla densa que absorbió los ya opacos fulgores y, a medida que éstos se extinguían, un frío invernal se propagó por los contornos. Sólo quedó un punto de calor, la vasta llama que alimentaba la inquina de la Reina.

El miedo revolvió los intestinos del nigromante, la rabia enardeció su mente. Los términos del arte arcano hostigaron sus músculos, se agolparon en sus labios con un sabor dulzón, similar al de la sangre. Comenzó a arrojar tales proyectiles contra el guerrero, pero le sobrevino la tos y se atragantó. Encorvado, acuclillado, se exhortó a la calma, repitiéndose que la magia que siempre le amparara no se había esfumado, que no tenía más que invocarla y ella, dócil, consumiría a su oponente en un incendio semejante a aquel otro que carbonizó a su réplica, años atrás, en la Torre de la Alta Hechicería. Una bocanada y recobraría el temple.

Pasó el virulento acceso. Se aposentaron los salmos en su intelecto y, alzando la vista con un grotesco remedo de sonrisa, desplegó los brazos para cantarlos y arrancarles sus virtudes.

Su gemelo no mudó la postura. Erguido, bien pertrechado, le contemplaba con un asomo de conmiseración en sus ojos pardos.

«¡Me tiene lástima!» Esta constatación vapuleó a Raistlin con el vigor de cien mazos, más punzante que el filo de una espada. No consentiría que aquella insolente criatura sucumbiese sin antes eliminar los sentimientos que inspiraban esta actitud.

Con el soporte del bastón, el hechicero se afirmó en el suelo y se desembarazó de la negra capucha para que Caramon leyera, en sus doradas pupilas, la condena que sobre él pesaba.

—Así que te compadeces de mí, ¡botarate con cabeza de mosquito! —le insultó—. Tú que estás totalmente incapacitado para atisbar siquiera la magnitud de mi poder, los suplicios a los que he debido sobreponerme, los combates que he librado en la senda del triunfo, osas humillarme mediante la vil piedad. Si no te he matado todavía, y te aseguro que ansío hacerlo, es porque he decidido que no fenezcas sin adquirir primero plena conciencia de que voy a irrumpir en el mundo a fin de instituirme en divinidad.

—Estoy al corriente, Raistlin —contestó Caramon y, lejos de atenuarse, aquella hiriente misericordia se acentuó—. Por eso me das tanta pena, ya que he visto el futuro y he asistido al desenlace.

El nigromante le examinó, sospechando que la Señora del Abismo le tendía una trampa. Los resplandores rojizos del cielo no cesaban de diluirse en la creciente neblina, pero la palma extendida se había inmovilizado y el personaje arcano sintió que la soberana titubeaba, alerta frente a la intromisión del guerrero y llena de aprehensiones que no acertaba a disimular. El recelo de que su hermano fuera un espejismo destinado a entorpecer su empresa, una de las apariciones de las que usaba y abusaba Takhisis, se disipó.

—¿Has visto el futuro? —parafraseó el comentario del luchador—. ¿Cómo? ¿En qué dimensión?

—Cuando, en nuestro último encuentro, atravesaste el Portal, el campo magnético que generaste afectó al ingenio. Tasslehoff y yo fuimos catapultados a una época ulterior al presente al que pretendíamos retornar.

—¿Qué sucederá? —inquirió el mago, sus ojos tan exageradamente abiertos que de haber sido fauces habrían devorado al interpelado.

—Que vencerás —resumió éste en lenguaje llano, sin enigmas—. Y no sólo a la Reina de la Oscuridad, sino a todos los otros dioses mayores o menores. Tu constelación será la única que brillará en las alturas, durante un tiempo.

—¿Durante un tiempo? —repitió Raistlin, a quien no había pasado inadvertido el énfasis con que el narrador recalcó estas palabras—. ¿Quién me amenaza? ¿Quién me destrona? ¡Vamos, no te interrumpas!

—Tú mismo —murmuró el guerrero, afligido por la crueldad de este aserto—. Gobernarás un mundo periclitado, muerto, un universo de cenizas, de ruinas informes y cadáveres mutilados. Nadie te acompañará en tu palacio celeste y, aunque tratarás de crear, no quedará ni un soplo en tu interior que puedas insuflar en los nuevos moldes o purificar en tu propio beneficio. Te nutrirás de las estrellas hasta que, exprimidas, estallen, y una vez agotada la fuente nada quedará a tu alrededor, nada en tu alma...

—¡Mientes! —se rebeló el oyente—. ¡Maldito seas, todo eso es una sarta de embustes!

Desechando el bastón en un arrebato, el nigromante se abalanzó sobre su gemelo y le zarandeó con sus ganchudas manos. Sobresaltado, Caramon enarboló la espada en un acto reflejo. Pero, antes de que el arma iniciara el descenso, salió despedida por orden del hechicero y cayó en el intrincado terreno. El forzado humano, al saberse inerme, aferró a su adversario entre sus brazos. «Podría partirme en dos —reflexionó éste—, pero no lo hará. Es débil, noto las convulsiones de sus brazos, su incertidumbre, su inquietud. Está perdido, y yo conoceré la verdad a su costa.»

Ejerció presión con sus ensangrentados dedos en las sienes del guerrero, de tal manera que las experiencias que acababa de referirle se desplazasen allí donde él pudiera analizarlas, a su propia inteligencia.

El preclaro archimago presenció todos los episodios del devenir. Vislumbró la osamenta de Krynn, el fango viscoso y ceniciento, las rocas segmentadas, el humo

elevándose en volutas, los putrefactos despojos de los muertos.

Se observó a sí mismo, suspendido en la nada y cercado por un vacío que, no sólo exterior, había anidado también en su espíritu y le apretujaba, le aplastaba y le roía, presto a engullirle. Culebreó en un círculo vicioso, eterno, sobre su persona, en una búsqueda desesperada de un indicio vital, una gota de sangre o una pizca de dolor. No lo había, nunca hallaría este consuelo. Al contrario, seguiría enroscándose cual un áspid sin clavar los colmillos ni siquiera en su carne. Sus introspecciones le conducirían, invariablemente, a los vestigios inanimados de una antigua entidad.

Ladeóse su cabeza como si fuera de plomo, la mano que había aplicado a la frente de Caramon cayó, erizada, hasta su costado. Había intuido que así ocurriría. Se lo gritaba cada fibra de su magullado cuerpo pues, a qué engañarse, el vértigo de la negación ya asomaba entre sus poros, lo había acunado durante años. Todavía no había socavado los recovecos, pero se lo representaba arrinconando su alma hasta dejarla, doblada e infecunda, en un pozo sin nombre.

Exhalando un amargo aullido, se deshizo de su hermano y estudió los alrededores. Las sombras habían aumentado, la Reina ultimaba los preparativos sin que las previas vacilaciones hubieran mermado su poderío.

Raistlin se esforzó en meditar. Era imprescindible que resurgiera su furia, que se alumbrara el candil de su magia para avasallar a la soberana. Al comprobar que incluso los últimos resquicios de sus facultades le abandonaban, le dominó el pánico y se dio a la fuga aunque, endeble como estaba, se desmoronó al primer paso. Postrado sobre manos y pies, le azotó el miedo e inició un frenético tanteo hasta topar con algo sólido, capaz de socorrerle.

Sus dedos se cerraron en derredor de un tejido blanco, tocó carne viva, cálida, mientras oía en la proximidad un gemido ahogado.

—Bupu —identificó la voz, la textura.

Sollozante, el hechicero se volcó sobre la enana gully, que, desorbitados los ojos por el terror, con las huellas del hambre y la agonía en sus desencajados rasgos, retrocedió al verle.

— ¡Bupu! —insistió él, tan falto de cordura que la zarandeo salvajemente—. Bupu, ¿no te acuerdas de mí? En una ocasión me regalaste un libro, un libro y una esmeralda. —Hurgó en uno de sus bolsillos y extrajo la gema verde, de bellísimas irisaciones—. Te devuelvo la «piedra bonita», como tú la llamabas, para que te salvas de todo mal.

La mujer hizo ademán de asirla, pero las yemas de sus dedos se endurecieron con el rigor de la muerte.

— ¡No! —bramó el mago, y notó en su hombro la contundente palma de Caramon.

— ¡Déjala en paz! —le conminó el guerrero con tono áspero, y tiró de él para apartarlo de la infortunada gully—. ¿No le has hecho aún bastante daño?

Sostenía en la mano la espada que Raistlin le arrebatase, y los destellos de su immaculada superficie deslumbraron a éste. Bajo tales resplandores, de misterioso origen, se esbozó ante el nigromante la efigie no de Bupu, sino de Crysania, renegrida y marchita, patética en su ceguera.

El vacío se agrandaba, casi insondable. ¿No había nada dentro de él ? Sí, algo remoto y nimio, pero algo a fin de cuentas. El tentáculo de su alma y su mano se precipitaron al unísono a la caza del hallazgo. La mano acarició la tez cuarteada de la mujer.

—No ha perecido todavía —dijo.

—No —confirmó el hombretón, alzando la espada—. ¡No te atrevas a

molestarla! Permite al menos que expire tranquila, libre de tu pernicioso influencia.

—Si la llevas al otro lado del Portal, vivirá —profetizó el archimago.

—Sí, claro, y además te facilitará a ti las cosas —replicó Caramon, no menos sarcástico que se mostrase antes su hermano—. Yo encabezo la marcha al plano salvador, y tú irás pegado a mis talones.

—Hazlo, rescátala —le azuzó Raistlin.

— ¡No! —rugió el inveterado luchador.

Aunque brillaban sendas lágrimas en sus ojos, y oprimían sus rasgos las contracciones de la tortura que experimentaba, avanzó hacia el hechicero con la espada presta.

Una vez más, la criatura arcana hizo un gesto con la mano y el rival se paralizó, de manera tan repentina que el acero quedó cautivo en el tórrido y voluble aire.

—Condúcela a su salvación, provisto de este talismán infalible —le ofreció el nigromante.

Sus frágiles dedos sujetaron el bastón, que yacía en su flanco, y la luz del globo de cristal prendió en la penumbra, proyectando sus fabulosos haces sobre el trío. Después de iluminarlo, el mago se lo alargó a su gemelo. Éste, desconfiado, se resistió con el entrecejo fruncido.

—¡Tómalo! —le espetó Raistlin, imperativo, y el objeto se agitó debido a un carraspeo que presagiaba nuevas toses—. ¡Vamos, hazte con él! —apremió consciente de que disminuían sus energías—. Trasladaos ambos a la Torre, y utiliza luego el cayado para cerrar el acceso.

Caramon le miró, sus ojos convertidos en rendijas y remiso a acatar las instrucciones de un ser tan poco fiable. Su hermano era demasiado egoísta para renunciar a sus ambiciones en el momento culminante. Alguna barbaridad tramaba.

—No conspiro contra vosotros ni pretendo engañarte —expresó el mago sus cábalas, sólo para rebatirlas—. Te he traicionado en determinadas circunstancias. Pero ésta no es una de ellas. Pon a prueba mi honradez —le exhortó—, cerciérate tú mismo. Desharé el encantamiento y, como ya no me resta la posibilidad de formular otro, ensártame en el filo de tu espada si descubres que es una patraña. Estoy indefenso; no he de frustrar tu agresión.

El brazo petrificado de Caramon recobró la flexibilidad. Sin soltar el arma, clavada la mirada en su gemelo, estiró el otro brazo, precavido, crispado. Las yemas de sus dedos, aunque huidizas, entraron al fin en contacto con la bola del puño y supuso que, frente a la proximidad de un profano, desaparecerían los destellos y volverían a sumirse en las lóbregas tinieblas.

No fue así. Perseveraron las ondas que les alumbraban. La manaza del guerrero se aposentó sobre el huesudo dorso de la de Raistlin, se acopló a él, mientras la aureola del globo se incrementaba y ponía de relieve las sanguinolentas vestiduras negras, la deslucida armadura donde se incrustasen algunos terrones de limo. Poco duró esta comunión. El archimago se apresuró a desasir el bastón.

Perdió el equilibrio y estuvo a punto de desplomarse; pero, tras un bamboleo, consiguió recuperarse y recobró la postura erguida, orgulloso de haber realizado tal hazaña sin precisar auxilio. El Bastón de Mago, ahora propiedad exclusiva de Caramon, seguía encendido.

—Distraeré a la Reina para que no os intercepte —comunicó el nigromante al otro humano—; pero no podré cubrir la retirada mucho rato. Mis fuerzas se quiebran.

Caramon observó de hito en hito el rostro demudado del hechicero, el cayado que sujetaba y, emitiendo un resoplido que más se asemejaba a un sollozo, envainó la espada.

—¿Qué te pasará a ti? —indagó, a la vez que recogía la inerte forma de Crysania.

«Te atormentaré en materia y en espíritu, y seré tan despiadada que al concluir cada sesión perecerás a causa de los insoportables dolores; sin embargo, no llegará la noche infinita porque te devolveré a la vida en el instante del tránsito. No conciliarás el sueño, guardarás vela en escalofriante anticipación de la próxima jornada. En cuanto claree, tras el intervalo de oscuridad que en nada ha de beneficiarte, será mi rostro lo primero que veas.»

Las premonitorias frases de la soberana se enroscaron cual una serpiente en el cerebro de Raistlin, coreadas por una risa burlona, voluptuosa.

—Parte sin dilación, Caramon —urgió a su gemelo—. Ella se acerca.

La cabeza de la sacerdotisa reposaba en el ancho torso de su paladín. La cascada de su cabello le caía sobre el rostro y aferraba todavía el Medallón de Paladine, que tanta fortaleza le confería. Bajo el escrutinio del hechicero, los estragos del fuego perdieron su carácter indeleble hasta restituir la tersura a la piel, sin cicatrices y embellecida además por la dulzura que la confería el descanso reparador. El mago desvió entonces la vista hacia su hermano y halló la misma estulticia que siempre lucía, el exasperante embotamiento del animal herido que ignora la causa de su padecer.

—¿Qué te importa a ti mi sino, gusano baboso? —volvió a increparle, desabrido como en sus mejores tiempos—. ¡Vete!

La expresión del guerrero se alteró... ¿o acaso no? Quizás había ostentado cualidades que nunca fue capaz de atribuirle, empecinado en despreciarlo. Sea como fuere, y en una nebulosa, debido a que al abandonarle sus mejores esencias hasta su percepción se resentía, creyó leer en las pupilas de Caramon un mensaje de sapiencia. Se diría que, clarividente, se hacía cargo de que iba a ser destruido.

—Adiós, Raistlin —musitó el fornido humano.

Con la dama abrazada y el cayado mágico en una mano, el luchador dio media vuelta y se alejó. La luz del bastón creaba en su derredor un círculo de plata, que refulgía en la oscuridad como los rayos de Solinari al plasmarse, en etéreas pinceladas, sobre las remansadas aguas del lago Crystalmir. Sus argénteas hebras se posaron en las cabezas reptilianas y las metamorfosearon en inmensas tallas de orfebrería, silenciando sus cacofónicos alaridos.

Caramon traspasó el umbral y Raistlin, vigilante, vislumbró con los ojos del alma un abanico de colores, símbolo de vitalidad, a la par que una vaharada de fragante tibieza vigorizaba sus hundidos pómulos.

Tras él, las carcajadas, la mofa sensual, gorgotearon hasta deformarse en un aliento sibilante. Oyó los sinuosos sonidos de una cola descomunal, el crujir de los tendones de unas alas. Cinco cabezas le hablaban en los términos del terror desnudo, sin paliativos.

Permaneció frente al Portal, al laboratorio que fuese suyo y donde ahora se desarrollaba una escena a la que debía mantenerse ajeno. Presenció cómo Tanis corría hacia Caramon y, a fin de socorrerle, le aliviaba del peso de la dama. En aquel instante, Raistlin lloró. Quería unirse a ellos, estrechar la mano del semielfo y amar a la mujer. Echó a andar.

El guerrero se volvió en ese momento y, blandiendo el bastón, se encaró con él. No mediaron diálogos. Era evidente por el espanto que se dibujó en el semblante del luchador al espiar a su gemelo, a lo que había en la retaguardia, que Takhisis estaba agazapada, alerta a su oportunidad. El mago no necesitó girarse, ni preguntarse el porqué de aquellas pupilas desorbitadas, ya que además de éstas otras pruebas fehacientes delataban la vecindad de su enemiga. La gélida aureola de su repulsivo

cuerpo de dragón penetró los poros de la proyectada víctima, balanceando sus ropajes en una ventolera.

De pronto, el sexto sentido que siempre poseyera el nigromante le puso en guardia. La Reina había cesado de acecharle para concentrarse en algo más interesante, más embrujador: la brecha que, todavía abierta, había de permitirle ingresar en el mundo de los mortales.

—¡Cierra el Portal! —vociferó Raistlin.

Una llamarada chamuscó su carne, una garra más cortante que un puñal laceró su enteca espalda. Dio un traspié y cayó cuan largo era. Pero no apartó la vista del Portal y, así, distinguió a Caramon cuando, trastornado, avanzaba en su dirección.

—¡No cometas una locura! —se horrorizó—. Retrocede y sella el acceso, ¡rápido! Déjame a mis auspicios. No preciso de ti ni volveré a hacerlo nunca más —le agravió con objeto de detenerle.

Se cerró la grieta en un perfecto ajuste, y en las inmediaciones del postrado vibró la oscuridad con una fiereza sobrenatural, apabullante. Varios pares de uñas reptilianas destrozaron su ser, le despellejaron; dentelladas asesinas desgarraron los músculos y, al llegar al hueso, lo astillaron. El manantial casi exhausto de su sangre regó sus entrañas, aunque no era vida lo que aportaba.

Se convulsionó, chilló, en el convencimiento de que sus lamentos se repetirían en una continuidad infinita.

Cual una alucinación, se mezclaron a sus desvaríos los sueños de la infancia. Rememoró cuando, en lo más crudo de una pesadilla, una mano le despertaba y apaciguaba. «No osarán lastimarte mientras yo esté a tu lado. Fíjate, haré algo divertido.»

Unos segmentos de escamas le estrujaron, le privaron del resuello, mientras unos colmillos negros, esplendorosos, le devoraban las vísceras, incluido el corazón, que tragarón de un bocado, en busca del alma, el manjar más apetecible.

De nuevo se agolparon los recuerdos, el de aquel brazo inconmensurable que le rodeaba y ceñía, o la mano que, recortada sobre un fondo plateado, reproducía animales a la manera de las sombras chinescas, mientras, apenas audible, una voz murmuraba: «Mira, Raistlin, conejos». Y él sonreía, vencido el susto. Caramon estaba allí.

Se calmaron los dolores, las visiones fueron relegadas donde no pudieran perturbarle. En la distancia, retumbó un aullido de furia y desencanto; pero ya no le inquietaba. Sólo era sensible a la fatiga. Estaba extenuado y debía dormir.

Recostando la cabeza en el robusto brazo de su gemelo, Raistlin entornó los párpados y se hundió en una noche perpetua, en un letargo despoblado de formas, de figuras, que jamás terminaría.

En el reloj de agua las gotas caían acompasadas, implacables, difundiendo su eco por el laboratorio. Al contemplar el Portal, con los ojos irritados a causa de la tensión, Tanis imaginó que caían una tras otra sobre sus nervios tirantes, próximos a estallar.

Frotóse los párpados y volvió la espalda al acceso con un seco gruñido; luego se asomó a la ventana. Quedó perplejo al comprobar que sólo era media tarde. Después de las experiencias sufridas, no le habría extrañado descubrir que la primavera se había acabado, el verano se había consumido hasta la decadencia y, ahora, comenzaba el otoño.

La densa capa de humo no se elevaba ya frente a la cristalera. Los incendios, nutridos hasta saciarse de su habitual alimento, se extinguían, y habían desaparecido del cielo los dragones de ambos bandos. El semielfo aguzó el oído, aunque no logró captar ningún ruido, ni siquiera un murmullo, procedente de la ciudad. Se extendía sobre ella

una capa de bruma, una negra humareda que las emanaciones del Robledal de Shoikan no hacían sino ensombrecer.

«La batalla ha terminado —se dijo, aturdido, descontento—. Hemos ganado; pero nuestra victoria es funesta, carente de sentido.»

Una mancha azul se impresionó repentinamente en su retina y, al buscar con la mirada el origen, las alturas, el héroe de la Lanza quedó boquiabierto.

La ciudadela flotante había entrado en escena de manera imprevista. Tras efectuar un descenso vertical desde las nubes, carenaba en un alegre vaivén mientras ondeaba al viento una banderola de tonos similares al zafiro, que sus ocupantes habían adquirido en un lugar ignoto.

Al intensificar su observación, el semielfo creyó reconocer no sólo el emblema de la bandera, sino incluso el grácil mástil sobre el que ésta ondeaba y que, inclinado como el borrachín que regresa a su hogar, una vez concluida la ronda de tabernas, coronaba una de las torres del alcázar.

Tanis no pudo reprimir una sonrisa: bandera y torre formaron parte, en su día, del palacio de Amothus, Señor de Palanthas. Apoyando la frente en uno de los batientes, siguió espionando la ciudadela, custodiada, como guardia de honor, por un espléndido Dragón Broncíneo, y se apercibió de que su cuerpo se relajaba, que el desasosiego, el pesar y el miedo cedían a un estado más placentero. Motivaba su alivio aquella prueba indefectible de que, cualesquiera que fuesen los sucesos presentes o venideros en el mundo, en los planos astrales, ciertas cosas siempre perdurarían, entre ellas la naturaleza de los kendens.

Observó que el castillo volador surcaba en desiguales oscilaciones el llano circundado de colinas donde se asentaba la ciudad y, aunque cabía esperar cualquier pirueta, no dejó de sobresaltarse al ver que daba de forma súbita, como si hubiera perdido el norte, una vuelta de campana y se inmovilizaba, boca abajo, en el espacio.

—Ese Tas es un alocado. ¿Qué estará haciendo? —farfulló.

No tardó en comprenderlo. La ciudadela empezó a agitarse en rápidas sacudidas, como un salero cuando se sazona un manjar. Aunque, en este caso, en lugar de sal, lo que llovió de puertas y ventanas fueron unas repugnantes criaturas provistas de alas correosas. Aumentó el ajetreo y arreció la tormenta de siniestros contornos. «Curioso modo de hacer limpieza general de centinelas», bromeó el semielfo para sus adentros. Al fin, después de descargarse de cuantos draconianos albergaba, la mole se enderezó y reanudó su ruta.

La fortaleza navegó sobre la ciudad de Palanthas, ondeando en su pináculo el estandarte azulado, hasta que la atrapó una bolsa de aire y fue arrastrada en su declive hacia el cercano océano. Al héroe se le entrecortó el resuello. Pero casi de inmediato emergió otra vez el gigantesco artilugio y, en un brinco que se asemejaba al delfín que surge de las olas —una semblanza aún mayor debido a que chorreaba agua por los cuatro costados—, se izó en los cielos y desapareció entre los tempestuosos cúmulos.

Meneando la cabeza, divertido, Tanis giró sobre sus talones, en el instante mismo en el que Dalamar señalaba el Portal.

—Ahí está —informó éste—. Caramon ha vuelto a su posición de antes.

El semielfo atravesó raudo la estancia, y se plantó delante del puente con el más allá. Distinguió al otro lado una diminuta figura, la del guerrero, a juzgar por la lustrosa armadura. Pero ahora transportaba a alguien en brazos.

—¿Raistlin? —indagó, refiriéndose a la carga que portaba Caramon.

—La sacerdotisa Crysania —corrigió el acólito.

— ¡Quizá todavía viva!

—Más le vale estar muerta —comentó el elfo, frío, con una amargura que

endurecía su voz y su expresión—. ¡A ella y a todos nosotros! Si en su cuerpo palpita un solo hálito de vida, Caramon se enfrenta a un grave dilema.

—¿Por qué?

Su interlocutor, aunque de mente ágil, se perdía en todo aquel galimatías.

—Porque es inevitable que a tu amigo se le ocurra la idea de traerla a nuestra órbita y rescatarla. Si lo hace, nos dejará a merced de su hermano, la Reina o ambos, ya que ha de transportarla él en persona.

El barbudo personaje guardó silencio mientras contemplaba el avance de su compañero hacia el Portal, sosteniendo a la mujer de alba túnica que, ahora en las inmediaciones, presentaba una silueta fácilmente identificable.

—Tú que le conoces —le interpeló Dalamar de manera abrupta—, acaso puedas ilustrarme sobre sus reacciones. La última ocasión en la que coincidimos, era un monigote, un barril de aguardiente; pero sus peripecias parecen haberle transformado. ¿Qué presumes que decidirá?

—Lo ignoro —confesó Tanis, desorientado, incómodo, hablando más para sí mismo que al aprendiz—. El Caramon con el que trabé amistad era sólo medio hombre; el otro medio pertenecía a su gemelo. ¡Ha cambiado tanto! —Se mesó la barba, frunciendo el entrecejo—. ¡Pobre! Su situación no puede ser más desgarradora.

—Temo que han elegido por él —anunció Dalamar, mezclando en su voz la aprensión y la felicidad.

El semielfo fijó los ojos en el Portal y presencié el último intercambio entre aquellas antagónicas criaturas. Fue un testigo mudo, y mudo se mostró también frente a quienes pretendieron sonsacarle el relato de tal confrontación.

La prudencia, el respeto y su propia introversión le obligaron a callar. Aunque las acciones y las palabras se grabaron indelebles en su memoria, no pudo nunca describirlas ni repetir las. Darles voz equivalía a degradarlas, a vaciarlas de su espantoso horror, de su terrible belleza. A menudo, en los momentos más melancólicos, evocaría la postrera dádiva de un alma condenada y, cerrando los párpados, oraría a los dioses para agradecerles sus bendiciones.

Caramon viajó con la sacerdotisa a través del Portal. Corriendo a ayudarla, Tanis tomó en sus brazos a la dama y quedó anonadado frente a la visión que ofrecía el corpulento humano y el arma que portaba, el bastón mágico, cuyo puño emitía brillantes destellos.

—Cúidala, te lo ruego —le encomendó el guerrero—, mientras yo clausuro el acceso.

—Hazlo enseguida —le instó Dalamar, y el semielfo oyó el quebranto de su respiración al estudiar, presa del pánico, los acontecimientos del universo tenebroso.

Al observar a Crysania, el barbudo héroe constató que estaba moribunda. Su respiración era irregular, revestía su tez un matiz ceniciento y sus labios se habían amoratado. No obstante, él no podía hacer nada, excepto llevarla a un rincón seguro.

«¡Seguro!» Miró de reojo, en un gesto instintivo, la esquina donde yaciera otra mujer a punto de expirar y que era, además, la más apartada del Portal. Allí estaría a salvo..., tan a salvo como en cualquier otro paraje, se figuró, compungido. Depositó a la sacerdotisa en el suelo, acomodándola lo mejor posible, y regresó de inmediato a la abertura del vacío.

Se detuvo, hipnotizado por los portentos que se desplegaban en la frontera de lo irreal, en los albores del reino de Takhisis.

Una sombra maléfica colmaba el umbral, y las cabezas metálicas que constituían

el marco de la puerta emitían aullidos de triunfo, a la vez que sus hermanas, las cabezas vivas que se insinuaban detrás, se enlazaban y serpenteaban sobre su víctima, el archimago, quien había sucumbido a sus letales arañazos.

—¡No, Raistlin! —se desesperó Caramon, desfigurado por la angustia, al caer éste, y dio un paso hacia el Portal.

—¡Alto! —le ordenó Dalamar, enfurecido—. ¡Refrénale tú, semielfo, mátales si es necesario! Hay que sellar la entrada.

Una mano femenina reptó hacia la rendija que la separaba del laboratorio y, bajo el aterrorizado examen de sus actuales moradores, se metamorfoseó en una garra de dragón, con las uñas punteadas de rojo y la carne manchada inequívocamente de sangre. Era la mano de la soberana del Abismo, que se acercaba veloz para mantener franca la vía y, así, irrumpir en el plano de los vivos como hiciera en la Guerra de la Lanza.

—¡Caramon! —bramó Tanis, y comenzó a abalanzarse.

Pero lo detuvieron sus reflexiones. ¿Qué recursos iba a emplear? En el aspecto físico, no era lo bastante fuerte para imponerse al hombretón, no evitaría que fuera en auxilio de su gemelo. «No consentiré que muera», recapacitó en un paroxismo hijo del desvalimiento.

«No —discrepó una voz interior—, la salvación de Krynn depende de él y sabré anteponerla a sus impulsos.»

Sea cual fuere el motivo, el guerrero hizo una pausa. ¿Había meditado? ¿Sostenía quizás un diálogo telepático con el nigromante, quien le conminaba a abandonarle con frases agraviantes que nunca podrían ofenderle, al quedar patente su intencionalidad? ¿Le paralizaba el poder de la transformada mano? Esta última, hecha zarpa reptiliana, estaba a una ínfima distancia, y tras ella centelleaban ojos malévolos, triunfantes, animados por una pérfida risa. Despacio, en pugna declarada contra la quintaesencia del Mal, Caramon esgrimió el Bastón de Mago.

¡No se produjo el resultado que ansiaban!

Las cabezas del óvalo rasgaron el aire con sus clarines, con los vítores destinados a aclamar a su monarca en el desfile de retorno.

Entonces, en una tergiversación de secuencias respecto de las que viviera el hechicero en el otro universo, donde tiempo y espacio se deformaban en una infinita espiral, su sombría figura se materializó junto al conmocionado gemelo. Ataviado de negro, con el cabello ahora cano esparcido sobre sus hombros, Raistlin alzó una mano dorada y, asiendo el bastón, puso sus dedos en la proximidad de los del luchador.

Manó del arcano cayado un torrente de luz plateada, purísima. El espectro multicolor del acceso se enzarzó en una lucha denodada por sobrevivir. Pero aquellos fulgores argénteos encerraban, contenían, la radiante cualidad de la estrella del ocaso cuando parpadea en el claroscuro del cielo.

El Portal se cerró.

Los enardecidos gritos de las cabezas de metal cesaron de manera tan súbita, tan brutal incluso, que el silencio retumbó en los tímpanos de las criaturas presentes en la cámara. En el lado opuesto no había nada, ni movimiento ni quietud, ni oscuridad ni luz. Era, simplemente, el vacío.

El guerrero se detuvo unos minutos frente a aquella negación de la existencia, sujetando el instrumento de su victoria. Los flamígeros resplandores del globo ardieron unos momentos, antes de empezar a oscilar y, casi sin intervalo, extinguirse.

El laboratorio se sumió en una penumbra que a todos se les antojó acogedora, un auténtico descanso para los ojos después de la cegadora batalla. En aquella comfortable beatitud, una voz cavernosa susurró:

—Adiós, mi querido hermano.

Después de las batallas

Astinus de Palanthas, sentado en su estudio de la Gran Biblioteca, escribía la historia de Krynn con el trazo negro, ágil y al mismo tiempo delicado con que registrara todos los eventos acaecidos en el mundo desde el primer día en el que los dioses posaran su mirada en el territorio, y seguiría haciéndolo hasta aquel otro, el postrero, cuando se cerrara para siempre el enorme volumen. El cronista se afanaba en su tarea, ajeno al caos que le circundaba o, mejor dicho, obligando —mediante su peculiar presencia— a este caos a prescindir de él.

Habían transcurrido sólo dos días desde que tuvieran lugar los hechos que Astinus reflejó en sus *Crónicas* y que la vox populi denominaba «La Batalla de Palanthas». La ciudad estaba en ruinas; los dos únicos edificios que permanecían en pie eran la Torre de la Alta Hechicería y la Gran Biblioteca, y ésta, aunque no del todo derruida, no había escapado indemne al conflicto.

Si no fue completamente demolida se debió, en gran medida, al heroísmo de los Estetas. Encabezados por Bertrem, cuyo coraje inflamó, según el rumor, un draconiano que osó tocar con su ganchuda mano los libros sagrados, los habitantes del recinto atacaron al enemigo tan celosos de su cometido, tan despreciativos de sus vidas, que

pocas criaturas reptilianas pudieron eludir su embate.

No obstante, y al igual que los otros palanthianos, los Estetas pagaron a un alto precio su victoria.

Muchos miembros de su Orden perecieron en la liza y recibieron las exequias fúnebres de los demás cofrades, sepultándose sus homenajeadas cenizas entre los volúmenes por cuya protección habían sacrificado sus vidas. El valeroso Bertrem no murió. Tras sufrir leves heridas, vio su nombre anotado en uno de los grandes tomos, junto a los de los principales héroes de Palanthas, y tal distinción constituyó la mejor recompensa a la que jamás aspirara un ser sencillo como él. Nunca pasaba por delante del anaquel donde reposaba este ejemplar concreto sin asirlo sigiloso, revisar la página y recrearse en su gloria.

La que fuera hermosa ciudad, símbolo además de la paz, no era ya sino un recuerdo y el objeto de algunos párrafos descriptivos en los anales de Astinus. Montículos de piedra ennegrecida, castigada por el fuego, delimitaban las tumbas de las mansiones palaciegas, mientras que los ricos almacenes, con sus toneles de añejos vinos y cerveza, sus balas de algodón y de trigo, los baúles repletos de maravillas de los cuatro confines del país, yacían en pilas de ascuas todavía no apagadas. Los cascos de las naves, que también carcomió el fuego, perdieron sus amarras en el próximo fondeadero y flotaban a la deriva en las costas adyacentes. Los comerciantes hurgaban atareados entre los escombros de sus establecimientos, a fin de rescatar el mayor número posible de mercancías; las familias contemplaban sus arrasados hogares, fortalecidos en la desgracia y agradeciendo a los dioses la gracia, al menos, de la supervivencia.

En efecto, fueron incontables los que no gozaron de esta merced. De los Caballeros de Solamnia que guardaban la ciudad apenas había resistido ninguno, pereciendo en su mayoría en el desigual combate contra Soth y sus legiones espectrales. Uno de los primeros en caer fue el ostentoso comandante Markham, quien, fiel al juramento prestado a Tanis, no se enfrentó al fantasmal caudillo, sino que, una vez agrupadas las tropas, inició la carga que había de abatir a los guerreros cadavéricos. Aunque hendieron su cuerpo un sinfín de filos, perseveró aguerrido en conducir a sus ensangrentados y fatigados hombres hasta que, al fin, se desplomó muerto en su caballo.

El bravío proceder de los caballeros permitió que se salvaran centenares de ciudadanos que, de otro modo, habrían sucumbido a los aceros de los muertos errantes. Éstos, así había de propagarlo la leyenda, se desvanecieron por arte de magia en el momento en el que su cabecilla, con un amortajado cadáver en los brazos, se materializó entre sus filas.

Agasajados como héroes, los despojos de los luchadores solámnicos fueron transportados por sus compañeros a la Torre del Sumo Sacerdote. En tan antigua mole, se les enterró en un sepulcro donde se conservaba el cuerpo de Sturm Brightblade, héroe antes que ellos, en la Guerra de la Lanza.

Cuando se abrió el mausoleo, cerrado desde que se inhumara al referido Sturm, fue grande la sorpresa de los soldados al descubrir que el término «conservado» se había cumplido al pie de la letra y que el cuerpo del caballero Brightblade estaba intacto, inmune a los estragos del tiempo. La única explicación con visos de verosimilitud que pudo darse al milagro fue una joya elfa de singular apariencia que refulgía en su pecho. Todos cuantos entraron aquel día en la cripta, como participantes en el duelo y llorando a sus seres queridos, examinaron la esplendorosa alhaja y sintieron que un bálsamo de paz mitigaba el punzante dolor.

No sólo se guardó luto por los combatientes, porque fueron asimismo innumerables los civiles que habían fallecido en la defensa de Palanthas. Los hombres

trataron de salvaguardar la urbe y a sus familiares, las mujeres se alzaron en paladines de sus casas y sus hijos. Los moradores del lugar incineraron a sus muertos, como exigía la secular costumbre, para esparcir luego las cenizas sobre el mar, donde, en un luctuoso concierto, habían de mezclarse con las de la ciudad a la que tanto amor profesaran.

Siguiendo un hábito ancestral, Astinus relató tales eventos a medida que ocurrían. Continuó absorto en su quehacer, o así lo comentaron los Estetas, sobrecogidos, incluso mientras Bertrem, sin más defensa que las manos desnudas, propinaba una paliza a un draconiano que se había atrevido a invadir la cámara donde trabajaba su superior. Y, si el cronista cesó en su labor, fue porque el improvisado guardián le bloqueó la luz y no a causa de los zumbidos, resoplidos y boqueadas que se sucedían en la sala.

Alzando la cabeza, el historiador frunció el entrecejo y Bertrem, que no había vacilado frente a su rival, se puso muy pálido y retrocedió de inmediato para dejar que los rayos del sol bañasen la página.

También hoy estaba el escriba concentrado en su narración, cuando penetró en el estudio su leal servidor. Astinus tardó unos momentos en preguntar, sin desatender, por supuesto, su labor:

—¿Qué deseas?

—Caramon Majere y un k... kender solicitan audiencia, Maestro.

De no haber informado que era un demonio del Abismo el que quería ver a Astinus, el Esteta no habría infundido más terror a su voz que al mencionar la palabra «kender».

—Hazles pasar —ordenó el cronista.

—¿A ambos? —quiso cerciorarse el otro, entre escandalizado e incrédulo.

—Confío en que aquel draconiano no dañara tu oído, Bertrem —declaró el historiador, y se abultaron las arrugas de su entrecejo—. ¿No te daría, por ejemplo, un golpe en el cráneo?

—No, Maestro —le aseguró el aludido y, con un ostensible rubor en los pómulos, salió de la estancia no sin antes, en su azoramiento, pisarse el borde de la túnica.

Unos minutos después, regresó el turbado Esteta y, con voz temblorosa, introdujo a los visitantes.

—Caramon Majere y Tassle-f-foot Burr-hoof —susurró en un trabalenguas.

—Tasslehoof Burrfoot —le enmendó el hombrecillo y tendió una mano al escriba, quien la estrechó sin prejuicios—. Y tú eres el renombrado Astinus de Palanthas —prosiguió el recién llegado, saltarín el copete a consecuencia de la excitación—. Lo cierto es que nuestros caminos se han cruzado con anterioridad —aseveró, enigmático— pero no puedes acordarte porque eso es algo que aún está por venir. O, bien pensado, nuestra entrevista pertenece a un futuro que nunca será. ¿Me equivoco, Caramon?

—No, lo que dices es exacto —corroboró éste.

Astinus desvió la vista hacia el guerrero y le sometió a un exhaustivo examen, para dictaminar al rato:

—No te pareces a tu gemelo. Aunque debe tenerse presente que Raistlin tuvo que soportar pruebas que le afectaron tanto en el aspecto físico como en el mental. Si a eso agregamos la indefinible expresión de tus ojos, que te emparenta con él, quizás hallemos más similitudes de las que en principio se adivinan.

El cronista interrumpió su análisis, confundido al asaltarle la idea de que, como había apuntado, no comprendía lo que destilaban las pupilas de su interlocutor. Nada sobre la faz de Krynn eludía su sagaz percepción y, por lo tanto, le enojaba sobremanera esta contrariedad.

Raras eran las ocasiones en las que Astinus se encolerizaba, una circunstancia afortunada, porque su mera irritación provocaba una marea de pánico entre los pusilánimes Estetas. Ahora, contraviniendo todas las normas, estaba furioso. Crispó las hirsutas cejas, comprimió los labios y su rasgo más elocuente, los ojos, irradiaron unas chispas que impulsaron al kender a preguntarse si no había dejado nada en el vestíbulo que pudiera necesitar ahora mismo, lo que hubiera sido un excelente pretexto para escabullirse.

—¿De qué se trata? —preguntó el historiador de forma brusca, descargando un puñetazo sobre el escritorio que hizo que la pluma saltara por el aire, la tinta se derramara y Bertrem, que aguardaba en el pasillo, emprendiera la fuga a la limitada velocidad que imponían sus piernas y el miedo a dar un traspie con sus inconsistentes sandalias.

Mientras retumbaban aún en los corredores los ecos de las zancadas del asustado Esteta, Astinus reanudó su interrumpida parrafada sin conceder importancia a su reacción.

—Te envuelve un misterio impenetrable, Caramon Majere —increpó al musculoso humano—, y no tolero que se me oculte nada de lo que acontece en el mundo. Conozco los pensamientos más íntimos de todo ente vivo, presencio sus acciones, interpreto los anhelos de sus corazones. Pero, por alguna razón, ignoro cómo he de traspasar el muro que tú interpones entre nosotros y eso me desquicia.

—Tas acaba de revelarte el secreto —replicó el guerrero, impertérrito.

Rebuscó en la mochila que llevaba suspendida del hombro, y que hallara en una casa deshabitada de la Ciudad Nueva, y sacó un enorme volumen encuadernado en piel, que, cuidadoso, dejó en la escribanía, delante del cronista.

—¡Es una de mis obras! —exclamó éste, desfigurado su rostro en una mueca enloquecida—. ¿De dónde ha salido? —interrogó, tan impaciente que gritó, más que pronunciar, la frase—. Ninguno de mis libros se presta a personas del exterior sin que yo esté al corriente y dé de antemano mi consentimiento. Bertrem...

—Fíjate en la fecha —le recomendó Caramon, tajante pero con el aplomo del que se había investido en los últimos tiempos.

Astinus le lanzó un furibundo escrutinio, que acto seguido dedicó también al libro. Consultó la fecha, como le habían indicado, presto a llamar al Esteta. Pero la invocación murió en su garganta con un audible siseo, cuando comprobó la época a la que correspondían aquellas cifras. Dilatadas las pupilas, se hundió en su butaca y volvió a observar, de hito en hito, a Caramon y al tomo.

—Entonces —recapituló— es el futuro al que aludía tu amigo lo que he logrado leer en tus facciones.

—El futuro que encierra este libro —puntualizó Caramon, dirigiendo al volumen una ojeada solemne.

—¡Estuvimos allí! —intervino el kender, alerta a su oportunidad—. Puedo contarte todas nuestras peripecias. Te garantizo que son fascinantes —propuso, desinteresadamente, al cronista—. Verás, regresamos a Solace. Pero va no era el burgo que un día nos albergó sino un lodazal, un paraje desolado. Incluso creí que nos habíamos catapultado a una de las lunas, pues había visualizado un satélite al activar mi compañero el ingenio arcano...

—Calla, Tas —le refrenó el luchador con amable autoridad, a la vez que

apoyaba una mano en su brazo y le incitaba a partir.

En el trayecto hacia la puerta, el hombrecillo logró, pese a que Caramon guiaba sus pasos para prevenir imprevistos, volverse y proceder a una cortés despedida.

—Adiós, Astinus. Ha sido un placer departir contigo después de... antes..., bien, será mejor dejar a un lado las cuestiones temporales.

El historiador no lo escuchó, ni siquiera era consciente de que aún se hallaba en el estudio. El día en el que Caramon Majere le entregara el escrito fue el único en todo el devenir de Palanthas en el que no hubo nuevas aportaciones a su escrupulosa plasmación de cuanto allí concedía, salvo una breve nota:

En el día de hoy, Hora Postvigilia subiendo hacia el 14, Caramon Majere me ha traído las Crónicas de Krynn, volumen 2.000, un tomo de mi puño y letra que nunca escribiré.

Para los palanthianos, el funeral de Elistan representó una póstuma ceremonia en alabanza a su admirada ciudad. El sepelio se celebró poco después del alba, como el clérigo pidiera, y asistieron todos los pobladores de la ciudad: viejos, jóvenes, ricos y pobres. Los heridos que no podían valerse fueron llevados en angarillas, las cuales se ordenaron sobre los agostados céspedes que una semana antes tapizaron los alledaños del Templo.

Uno de los heridos a los que hubo que ayudar fue Dalamar. Nadie manifestó su desaprobación, mientras, renqueante, caminaba sobre la hierba, seguido por Tanis y Caramon, a fin de ocupar su puesto debajo del álamo que se erguía, moribundo, junto a los setos. El motivo de la unánime aquiescencia era que, según las habladurías, el joven aprendiz de nigromancia había desafiado y vencido a la Dama Oscura, sobrenombre de Kitiara, acarreado así la derrota definitiva de sus huestes.

Elistan había expresado su voluntad de que sus restos descansaran en el santuario, lo que resultaba imposible dado que del edificio no quedaba más que la cúpula, una especie de concha marmórea totalmente hueca, y los tabiques que la sostenían. Amothus ofreció su panteón familiar. Pero Crysania declinó el ofrecimiento por considerarlo inapropiado. Sabedora de que Elistan se había iniciado en la fe cuando trabajaba como esclavo en las minas de Pax Tharkas, la Hija Venerable —matriarca ahora de la Iglesia— decretó que a su predecesor le fuera creado un ambiente evocador de aquella experiencia en una de las cavernas subterráneas del edificio y que, en el pasado, sirvieron de dispensa.

Aunque esta decisión suscitó opiniones contrarias, nadie cuestionó las órdenes de la sacerdotisa. Se limpiaron y santificaron las grutas, eso sí, y se construyó un féretro digno con los fragmentos de mármol desprendidos del Templo. A partir de entonces, incluso en la época dorada que había de vivir la sagrada institución, cualquier clérigo de rango sería enterrado en tan humildes vericuetos, que acogerían a millares de peregrinos provenientes de todos los confines de Krynn.

Los congregados se instalaron en la explanada sin romper el silencio. Entretanto las aves, que nada entendían de muertos, guerras y dolor, pero que, por el contrario, eran sensibles al calor del sol, y al despuntar éste, se sentían más vivas, impregnaron el aire de trinos y gorgoros. Los rayos del astro diurno tiñeron de áureas tonalidades las cumbres montañosas, desterrando la negrura de la noche y brindando cierto consuelo a los ciudadanos, abrumados por el pesar.

Sólo una persona se levantó para hablar, para hacer el panegírico del sacerdote, y todos los fieles juzgaron oportuno que se encargara ella de recitarlo. Por un lado, porque iba ser su sucesora en el cargo y, por otro, porque los palanthianos coincidían en

afirmar que en la insigne dama, en su desdicha, se sintetizaba el sufrimiento de la comunidad.

Circuló la noticia, recabada a través de medios de dudosa oficialidad, que aquella mañana era la primera que abandonaba el lecho desde que Tanis el Semielfo la trasladara de la Torre de la Alta Hechicería a la escalinata de la Gran Biblioteca, donde los eclesiásticos velaban por los heridos y los agonizantes. La mujer estuvo en el umbral de la muerte, pero la fuerza de sus arraigadas creencias y las plegarias de sus cuidadores le restituyeron la salud. Real o inventado, lo cierto era que su ceguera persistía y, al parecer, era incurable.

Sana o no, más o menos recuperada de su espantosa odisea, Crysania presidió la asamblea y, debido a su invidencia, pudo alzar los ojos hacia un cielo soleado que le estaba negado vislumbrar. Los rayos aureolaron su negra melena, que, a su vez, enmarcaba una faz sublimada por el nuevo brillo de la compasión, de la humanidad.

—Desde mis tinieblas —preludió su arenga, el epitafio de Elistan—, noto una grata tibieza en mi piel e intuyo que tengo el rostro vuelto hacia el rey de los astros. Ahora soy capaz de penetrar su ígnea esfera, porque obstruye mi visión una perenne oscuridad; si vosotros me imitarais seríais pronto deslumbrados, ya que quienes poseen el sentido que a mí me falta se extravían en el exceso de luminosidad del mismo modo que, también aquellos que moran largo tiempo en la penumbra terminan por perder la noción de su propio universo.

»Me enseñó mi maestro, al que ahora honramos todos reunidos, que los mortales no han nacido para vivir de manera exclusiva en el sol ni en la sombra, sino que han de compaginar ambos. Adaptarse a estos mundos complementarios entraña riesgos si no se utilizan bien sus resortes, pero proporciona recompensas. Hemos soportado las pruebas de la sangre, de la negrura, del fuego. —En este punto se quebró su voz, y los asistentes más próximos vieron que las lágrimas se deslizaban por sus pómulos, lo que no le impidió reemprender su discurso en seguida y hacerlo, además, con renovada entereza—. Hemos experimentado vicisitudes equiparables a las que venció Huma y, al igual que en su caso, grandes han sido nuestros sacrificios. A cambio, albergamos el fortalecedor conocimiento de que nuestros espíritus se han redimido de sus flaquezas y que nuestra estrella es, quizás, una de las más refulgentes que pueblan los cielos.

«Algunos han elegido las sendas nocturnas con Nuitari, la luna negra, como brújula; otros prefieren adentrarse en los caminos diurnos. Pero como me comunicó Elistan, uno de los mayores sabios que haya servido a la Iglesia, todos se han beneficiado del contacto de una mano o el aliento de un auténtico amigo aunque los caminos sean antagónicos y estén surcados de pedregales y espinas. La capacidad de amar, de preocuparnos de nuestro prójimo, nos es otorgada a la totalidad de las criaturas, es el mayor don que puedan hacer los dioses a las razas hermanas. Tal es el legado del inefable sacerdote que me ha precedido en el lugar que ahora ostento, y de él me propongo ser fiel continuadora.

«Nuestra portentosa urbe se ha consumido entre llamas —acometió el epílogo, y su acento adoptó aún mayor calidez—. Hemos sido separados de muchos de nuestros seres más allegados, y algunos considerarán la vida una carga demasiado pesada. Quienes así se sientan que extiendan la mano pues, al rozar la de otros que hayan alargado la suya hacia ellos, hallarán juntos la energía y la esperanza que precisan para no desfallecer.

Concluido el ritual, cuando los clérigos hubieron escoltado a Elistan al subterráneo donde había de inaugurarse una nueva tradición, Caramon y Tas fueron al

encuentro de Crysania. Estaba la dama entre sus cofrades, cerrada su mano en torno al antebrazo de la muchacha que había de hacerle de lazarillo.

—Hija Venerable, alguien reclama tu atención —le avisó la joven acólita. La sacerdotisa se giró y rogó al demandante:

—Deja que te toque.

—Soy Caramon —se identificó el guerrero, que era el que estaba más cerca— y me acompaña...

—Tas —se le adelantó el interesado, con voz dócil e incluso apagada para alguien de su alborotado carácter.

—¿Habéis venido a despediros? —indagó la sacerdotisa.

—Sí, partimos hoy —confirmó el luchador, amparando la mano femenina entre las suyas.

—¿Regresáis a Solace, o habéis planeado deteneros en algún otro sitio?

—De momento iremos a Solanthus, con nuestro amigo Tanis —especificó el hombretón dubitativo, casi titubeante—. En cuanto me haya repuesto del todo de la última epopeya, usaré el artilugio mágico para trasladarme a mi ciudad natal.

Crysania tomó una mano del guerrero, a fin de atraer a su dueño hacia ella, y musitó:

—Raistlin está en paz, Caramon. Y tú, ¿todavía pugnas contra ti mismo?

—No, nada de eso —negó el guerrero, ahora resuelto—. Me ha costado muchos sinsabores, pero he hallado el sosiego del que carecía. Lo que ocurre es que hay un sinnúmero de asuntos que debo tratar con el semielfo, y pretendo también poner mi vida en orden, organizarme. Lo primero que he de hacer —confesó, sonrojado— es aprender a edificar. Durante los meses en los que trabajé en mi nueva casa estaba casi siempre ebrio. Supongo que cometí mil desatinos.

Miró a la dama y ella, al presentirlo, sonrió, con un tinte rosáceo en las mejillas. Al reparar en el ensanchamiento de sus labios, así como en las secuelas de llanto que los flanqueaban, el viril humano se compadeció y, rodeando su cintura, confidencial, se lamentó:

—Estoy consternado. ¡Ojalá hubiera podido ahorrarte esta desgracia!

—No, Caramon, mi ceguera es en el fondo una bendición —le amonestó la sacerdotisa—. Como predijo Loralon, es ahora cuando veo de verdad. Adiós, amigo, sólo me resta desear que Paladine te libre de todo mal. —Dio por terminado su coloquio, y besó la mano con que él la ceñía.

—Que el dios del Bien inspire siempre los dictados de tu albedrío —se interfirió Tasslehoff con un hilillo de voz, teniendo la impresión repentina de ser un gusano insignificante—. Disculpa, Hija Venerable, los barullos que he armado.

Crysania, apartándose de Caramon, acarició el copete del kender y replicó:

—La mayoría de nosotros nos topamos en nuestra andadura con las encrucijadas que plantean la bondad, el día, y la oscuridad de lo maligno. Pero existe una minoría de elegidos que recorren su camino, el mundo, alumbrados por su propia luz y prescindiendo de los elementos externos.

—¿Lo dices en serio? —se horrorizó el hombrecillo con deliciosa ingenuidad—. Debe de ser muy tedioso viajar de un sitio a otro así cargado. Supongo que usarán una antorcha o un fanal; una vela resultaría mucho más molesta, ya que la cera, al derretirse, mancharía su calzado y les conferiría un aspecto impresentable. Hablando de presentar —asoció—, ¿podrías citar el nombre de alguien de estas características? Me gustaría averiguar cómo se las arreglan.

—Tú eres uno de ellos —le aclaró Crysania—, y no creo que deba inquietarte la idea de ensuciarte las botas. Adiós, Tasslehoff Burrfoot. En tu caso, no necesito invocar

la protección de Paladine, puesto que eres uno de sus amigos más íntimos.

—Y bien —abordó Caramon a Tas mientras ambos se abrían paso entre la muchedumbre—, ¿has determinado ya qué vas a hacer? Eres el propietario de la ciudadela flotante. Amothus te la asignó en exclusiva, de manera que puedes visitar los parajes más recónditos de Krynn y quizás incluso una luna, si es eso lo que te apetece.

—Ya no tengo la nave voladora —informó el kender después de un lapso de mutismo. Era evidente que la conversación con Crysania le había afectado, hasta tal extremo que le costaba asimilar los razonamientos del guerrero—. Era demasiado grande y aburrida, una vez explorada un ala, las otras se le asemejaban como gotas de agua. Además, nunca habría llegado a los satélites —se quejó, ya más centrado—. ¿Sabías que cuando se eleva uno más de la cuenta le sangra la nariz? El ambiente se enfría, el edificio carece de comodidad y, por si fuera poco, las lunas están mucho más lejos de lo que en principio calculé. Si aún se hallara en mi poder el ingenio arcano... —insinuó, y espió de soslayo al grandullón.

—No, bajo ningún concepto —fue la radical negativa de éste—. Debo devolvérselo a Par-Salian.

—Podría ocuparme yo mismo de dárselo —sugirió, solícito, Tasslehoff—. Así tendría ocasión de exponerle los pormenores de las reparaciones que aplicó Gnimsh, mi irrupción en el hechizo... ¿No? —coreó el gesto del humano—. En tales circunstancias, lo más aconsejable es que me arrime a Tanis y a ti y os siga en vuestros desplazamientos. Si no os importuno, claro está.

Caramon, poco dado a remilgos y fingimientos, optó por el método de expresión más inconfundible. Abrazó a su compañero, con tal entusiasmo que hizo añicos algunos de los objetos de interés y valor imprecisos que éste había comenzado a coleccionar en sus saquillos.

—Por cierto —redondeó sus efusiones con palabras—, ¿qué has hecho con la ciudadela?

—Se la obsequié a Runce —le comunicó el kender, desenfadado, ondeando la mano en actitud displicente—, en premio a su ayuda.

— ¡Al enano gully!

El guerrero estaba perplejo frente a tamaña insensatez.

—No puede gobernarla en solitario —le apaciguó el otro—. Aunque, si recurriera a otros de su raza, quizá activaría las dos partes del Timón —reconoció—. No había pensado en esta posibilidad.

—¿Dónde está ahora? —gimió Caramon.

—Hice aterrizar la fortaleza en un enclave precioso, en las afueras de una ciudad que estábamos sobrevolando —fue la incompleta descripción de Tasslehoff—. Runce se encaprichó de ella, de la ciudadela, naturalmente, no de la ciudad; así que le pregunté si la quería y, al repetir él que le hacía mucha ilusión, la posé en un terreno desocupado.

«Nuestra llegada causó un enorme revuelo —continuó, jubiloso—. Un individuo salió a todo correr de su castillo, una mole que se izaba en una colina próxima a la llanura donde habíamos tomado tierra, e intentó expulsarnos arguyendo que aquella era su hacienda y no teníamos derecho a plantar nuestra propia mansión. Montó un terrible alboroto, pero no me dejé amilanar y señalé que su alcázar no cubría más que una zona reducida del territorio, amén de impartirle ciertos consejos sobre el placer de compartir que, de haberme escuchado, le habrían resultado hartamente beneficiosos. Runce, que nada entiende de reyertas ni de tácticas, le dijo que instalaría en la ciudadela al clan Burp para vivir allí todos juntos, y el hombre de las protestas sufrió un ataque de nervios que

obligó a sus servidores a recogerlo y acostarlo en sus aposentos. Los habitantes del burgo no tardaron en hacer un corro en nuestro derredor. Pero, pasada la primera emoción, me hastié de tantas demostraciones. Suerte que Igneo Resplandor accedió a transportarme de regreso a Palanthas.

—¿Por qué no me he enterado yo antes de tan sorprendente historia? —indagó Caramon, realizando un esfuerzo para aparentar indignación.

—Ha sido un fallo involuntario —se excusó el kender—. Las cuitas que me han abrumado últimamente han eclipsado los hechos anecdóticos.

—Sí, Tas, me hago cargo —le calmó su amigo—. En lo concerniente a tu futuro —aventuró, convencido de que el vocablo «cuitas» englobaba una serie de cábalas sobre cómo debía orientar su existencia—, ayer te vi en secreto conciliábulo con otro kender y me planteé si no serías más feliz regresando a tu patria. Recuerdo que en un momento de sinceridad admitiste que sentías añoranza de Kendermore.

Una inusitada tristeza empañó las pupilas de Tasslehoff mientras, arrojando su mano entre las palmas del gigantesco humano, le hacía partícipe de un reciente descubrimiento.

—Ni siquiera puedo parlotear ya con los de mi raza, Caramon. Si me he acercado a ellos, ha sido con el fin de constatar qué vínculos me ataban a ellos, y mis pesquisas me han acabado de desengañar —susurró, meneando impetuoso la cabeza e indiferente a los balanceos del copete—. Quise relatarles las hazañas de Fizban y su sombrero, las villanías de Raistlin y la muerte del genial Gnimsh. No han comprendido una palabra, ni tampoco les importa. Es duro solidarizarse, amigo, ya que la clave del compañerismo estriba en no rehuir el dolor —sentenció, y procedió a enjugarse los húmedos lagrimales.

—En efecto, Tas —ratificó el guerrero—. Pero, aunque se pasan amargos tragos, siempre es preferible a estar vacío por dentro.

Se internaron en una arboleda. Tanis les aguardaba debajo de un álamo. Al divisarlos, el semielfo echó a andar hacia ellos y, situándose en medio, pasó un brazo por sus respectivos hombros.

—¿Preparado? —preguntó al poderoso luchador.

—A tu entera disposición.

—Estupendo. He mandado embridar los caballos y los tengo aquí mismo. Se me ocurrió que nos convenía cabalgar para despejarnos —justificó el barbudo semielfo la ausencia de un carruaje—, así que despaché al cochero. No, no es cierto —rectificó sin que nadie le acusara—. Si me he liberado del vehículo, ha sido porque detesto estar encerrado en sus asfixiantes paredes. Laurana también lo aborrece, aunque antes se dejaría matar que confesarlo. El campo luce sus mejores galas en esta estación del año. Disfrutémoslas.

Montaron a la grupa de los caballos e iniciaron su itinerario, a través de una avenida de negruzcas ruinas que conducía a los arrabales de Palanthas. Los grupos que, tras abandonar el escenario del funeral, se dirigían a sus casas para recomponer los fragmentos desgarrados de sus vidas, oyeron los ecos de la voz del kender bastante rato después de su marcha.

—Si mis datos no son erróneos, Tanis —arremetió éste—, ahora resides en Solanthus. Hay allí un calabozo digno de ganar un concurso —continuó, ya que era superflua cualquier puntualización que el semielfo pudiera hacer—; nunca olvidaré mi confinamiento en sus celdas. Me enviaron por un malentendido, huelga decirlo, debido a una tetera que fue a parar accidentalmente a mis bolsas...

Dalamar trepó por la empinada y retorcida escalera que desembocaba en el laboratorio sito en la cúspide de la Torre de la Alta Hechicería. Si practicaba este ejercicio, en lugar de catapultarse mediante la magia, era por una sola razón: aquella noche le esperaba un largo viaje. Aunque los clérigos de Elistan habían sanado sus heridas, estaba todavía débil y había de reservar sus energías.

Más tarde, cuando la luna negra se hallara en su cenit, surcaría los vapores celestes hasta la mole gemela de Wayreth, donde se había convocado uno de los cónclaves más importantes de la presente era. Par-Salian sería formalmente derrocado como máximo mandatario de la Orden y habría que elegir a su sucesor, un título que recaería con toda probabilidad en la persona de Justarius, de los Túnicas Rojas. Dalamar, que aún no había conquistado la respetabilidad que confiere el poderío, encontraba justa la sustitución, si bien no sólo le animaba a asistir el cumplimiento del deber, que le exigía aportar su voto, sino otras ambiciones más secretas. Esta noche debía nombrarse, también, a un nuevo caudillo de los nigromantes, y no le cabía ninguna duda acerca de quién sería el afortunado.

Había ultimado todos los preparativos antes de partir. Los guardianes tenían sus instrucciones: ninguna criatura, viva ni muerta, debía entrar en la Torre durante su ausencia. No contaba en realidad con que eso sucediera, ya que el Robledal de Shoikan, incombustible a los incendios que destruyeron el resto de Palanthas, permanecía en una perpetua y tétrica vigilia. Pero la regla de aislamiento que había regido en la Torre a través de las generaciones pronto sería abolida y cualquier precaución era poca.

Por mandato del elfo, se habían remozado y amueblado diversas estancias del edificio. El nuevo amo proyectaba convivir con sus futuros aprendices, sobre todo Túnicas Negras, aunque también algún acólito de la Neutralidad, si, tras un examen previo, discernía en él facultades prometedoras. No estaba dispuesto a morir sin transmitir a los más jóvenes la habilidad, la erudición que obtuviera de su maestro, ni tampoco —recapacitó en un alarde de franqueza— le desagradaba la compañía de seres que amenizasen su vida.

Antes de fundar la escuela, y poniendo punto final a los preliminares, había una sagrada misión a la que no podía sustraerse. Esa misión fue la que le forzó a ascender hasta el laboratorio.

Se detuvo en el umbral. No había pisado la cámara desde el día fatídico en el que Caramon traspasara el Portal y pusiera su maltrecho cuerpo en manos de los sacerdotes. Ahora era de noche y reinaba una densa penumbra en el recinto. Siseó un único vocablo y prendieron los pabilos en sus ornamentados soportes, los candelabros de plata, caldeando la atmósfera al derramar los parpadeantes destellos de las llamas. Pero las sombras no se disiparon. Pulularon en los rincones cual entes vibrantes, fantasmagóricos.

Tras agarrar uno de los candelabros, Dalamar recorrió e inspeccionó la sala. Seleccionó varios artículos, como pergaminos, una varita y media docena de sortijas, que envió a su propio estudio valiéndose de su arte.

Pasó junto a la esquina donde pereciera Kitiara. Su sangre, lúgubre recordatorio, formaba todavía en el suelo un charco de irregular contorno, y prevalecía en aquella zona un frío antinatural que incitó al elfo a no demorarse. Alcanzó la mesa de piedra con sus tarros y alambiques y, aprisionados en las cristalinas superficies, columbró un par de ojos suplicantes. De nuevo un encantamiento los cerró para toda la eternidad.

Llegó al fin frente al Portal. Las cinco cabezas de dragón, encaradas con un imperecedero vacío, perseveraban en su loa silenciosa, congelada, a la Reina. La única luz que brotaba de sus mortecinas máscaras de metal eran las reverberaciones de las velas. El mago se asomó a la nada, la escrutó unos minutos y tiró de un cordón de seda

que pendía del techo. Una cortina de aterciopelados pliegues carmesí veló la abertura que, en aquella inactividad, parecía inofensiva.

Dio entonces media vuelta, y se aproximó a las estanterías de libros que se apiñaban en el muro trasero del laboratorio. Bajo los oscilantes resplandores brillaron unas hileras de ejemplares encuadernados en azul marino y decorados con runas argénteas, de los que manaba un aire glacial. Contenían los encantamientos de Fistandantilus, ahora suyos.

Y, allí donde terminaba esta sucesión de volúmenes, se alineaban otros de lomo negro y símbolos similares. La particularidad del segundo compendio radicaba, Dalamar así lo notó al tocar uno, en que destilaban un calor interior que les infundía un hálito vital. En sus páginas se acumulaban los sortilegios de Raistlin, que, asimismo, le pertenecían tras condenarse el archimago.

Dalamar revisó minuciosamente las cubiertas, como si su intelecto hubiera de traspasarlas e imbuirse de los prodigios, los misterios y el poder que atesoraba cada pergamino, cada apartado. Ya en el límite de los anaqueles, al lado casi de la puerta, empleó la telequinesia para posar el candelabro en la mesa y, sujetando el picaporte, atisbo un último objeto antes de salir.

En un sombrío ángulo, estaba, erguido, el Bastón de Mago. El observador contuvo el resuello al detectar un fulgor en el globo de la empuñadura, una pieza extinta desde la trágica jornada, y grande fue su alivio al verificar que se trataba tan sólo del reflejo de las llamas. Apagó las velas, no de un soplo sino mediante un versículo, y la cámara volvió a fundirse en las tinieblas.

Con un suspiro, no sin dirigir una ojeada al lugar donde se alzaba la vara para asegurarse de que se había difuminado, el elfo oscuro abandonó el laboratorio y atrancó el acceso. Alcanzó acto seguido un cofre de madera situado en una hornacina del descansillo, retiró de la cavidad una llave de plata y la insertó en una cerradura de idéntico metal, cuyo primoroso diseño no habían tallado los cerrajeros, ni aun los orfebres, de Krynn. Hizo girar el argénteo instrumento mientras recitaba unas frases arcanas y oyó un chasquido, señal de que el mecanismo, la trampa de nefandos efectos, había sido accionada.

Llamó a uno de los guardianes. Las descarnadas cuencas oculares de éste avanzaron por el piso hasta inmovilizarse delante de él.

—Toma esta llave y custódiala hasta el final de los tiempos —le encargó—. No se la des a nadie, ni siquiera a mí. Tu puesto estará, a partir de hoy, en la puerta, que no dejarás atravesar a ningún ente, sea cual fuere su plano de existencia. Infligirás una rápida muerte al intruso que pretenda burlarte.

El espectro cerró los ojos, si así podían denominarse, para significar su asentimiento. Tras iniciar el descenso de la escalera, Dalamar se volvió una vez y vio aquel par de incorpóreas pupilas enmarcadas en la entrada, acechantes en la oscuridad.

El nigromante esbozó una sonrisa y, satisfecho, se alejó.

Epílogo
Regreso al hogar

Un golpe, otro, otro más. Tika Waylan Majere, que dormía plácidamente, se sentó sobresaltada en el lecho y, después de acallar el sonoro bombeo de su corazón, aguzó el oído con la esperanza de identificar el ruido que la había despertado.

Nada percibió. ¿Acaso lo había soñado? Apartando los tirabuzones pelirrojos que le tapaban el rostro, todavía amodorrada, espizó la ventana. Rayaba el alba, el sol no había aparecido en el horizonte pero las brumas nocturnas se batían en retirada y, al hacerlo, revelaban un cielo limpio, azul, en la media luz que precede al amanecer. Los pájaros, como de costumbre, habían madrugado y ensayaban sus coros domésticos, silbando y canturreando entre ellos. Eran los únicos habitantes de Solace que saludaban tan tempranamente la creciente luminosidad, pues a aquella hora incluso el centinela que hacía la ronda nocturna solía rendirse a la influencia del benigno clima primaveral y dar una cabezada, incrustando el mentón en el pecho y lanzando estentóreos ronquidos.

«Sí, lo he soñado —insistió Tika en su fuero interno, somnolienta y afligida—. Me pregunto cuándo voy a habituarme a dormir sola. El más suave tintineo me arranca de mi letargo.»

Arrebujóse de nuevo entre las sábanas, estiró el embozo por encima de la cabeza para que la claridad no la desvelase y, deseosa de sumirse en un apacible sopor, se esforzó en cerrar los párpados.

También recurrió a la táctica de tantas otras ocasiones, imaginar que Caramon estaba tendido a su lado, la estrechaba contra su pecho y, respirando fuerte, vivo su

corazón en un latir que transmitía confianza, ternura, le murmuraba mientras le daba cariñosas palmadas en el hombro: «Ha sido una pesadilla. No te preocupes, mañana la habrás olvidado.»

Un cuarto golpe y luego el siguiente, hasta perder la cuenta. La muchacha abrió rauda los ojos y se dijo, ahora convencida, que no era una jugarreta de su mente sino un tamborileo real, originado en las alturas. ¡Había alguien entre las ramas del vallenwood!

Se levantó y, con el sigilo que aprendiera a adoptar en sus aventuras bélicas, asió la bata que yacía extendida al pie de la cama, se embutió en ella —no sin confundirse de mangas y tener que repetir la operación— y abandonó el dormitorio.

Los golpes arreciaron, su ritmo fue *in crescendo*. Tika se mordió el labio, en una mezcla de resolución y temor. ¿Quién merodeaba por la casa que su esposo empezara a construirle en el árbol? Había localizado la procedencia del ruido, pero no atinaba a explicarse qué estaba sucediendo. ¿Eran quizá ladrones? Allí sólo estaban las herramientas de Caramon.

Lanzó una risotada, que se trocó en sollozo al evocar el trabajo del hombretón. Configuraban sus útiles un martillo con la cabeza desencajada, que saltaba por los aires siempre que se ponía a clavar una tachuela, una sierra tan desdentada que se asemejaba a la sonrisa de un enano gully y una garlopa que no alisaría ni la mantequilla del desayuno. Todos ellos inservibles, aunque en extremo valiosos para la mujer, quien no los había tocado desde que él partiera.

Más y más golpeteos, ahora rítmicos como si, al fin, hubieran encontrado su cadencia. La posadera cruzó la sala de estar; pero, cuando tenía ya la mano en el pomo de la puerta principal, una reflexión hizo que se detuviera.

«Sería más prudente llevar un arma», se aconsejó a sí misma y, tras un corto reconocimiento, agarró un cazo de la cocina, el sucedáneo de arma más contundente que se expuso a su inspección. Sujetándolo por el mango, entreabrió la puerta y, silenciosa, salió a través de la rendija.

Los rayos solares empezaban a festonear de un halo incandescente las cumbres montañosas, que, todavía nevadas, asumían una indescriptible belleza gracias al contraste del blanco y el oro y, además, se realzaban al recortarse contra el cielo sin nubes. La hierba brillaba con el rocío cual una ristra de diminutas perlas, la atmósfera embriagaba en su prístina pureza, las hojas nuevas de los vallenwoods se mecían y alborozaban bajo la caricia del astro y, en resumen, tan espléndido se anunciaba el día que podría haber sido el primero de todas las eras, aquel en el que los dioses contemplaron, exuberantes de gozo, su creación sin mácula.

Pero Tika no estaba de humor para hacedores, paisajes verdeantes ni baños de rocío, y sentía frío bajo el contacto de sus pies desnudos. Con el cazo en el puño cerrado, oculto detrás de su espalda, se encaramó a la escala que conducía al inconcluso refugio, un nido humano, sencillo y a un tiempo ambicioso entretejido en la confluencia de dos ramas. Hizo una pausa cerca de la copa y, discreta, se asomó entre dos troncos que constituían un buen puesto de observación.

Sus sospechas se confirmaron. Allí había alguien. Apenas distinguía la figura que se agazapaba en un oscuro rincón; pero le bastó con detectar su presencia para trepar por la rama, que hacía las veces de puente y, ya en el entarimado, cruzar las planchas sin provocar ni un solo crujido.

Mientras realizaba la travesía, no obstante, vibró en sus tímpanos una risita jocosas y como amortiguada que se le antojó familiar. Vaciló, pero reanudó presta la marcha, cavilando que eran figuraciones suyas.

Próxima ya al individuo que osaba allanar su futura morada, y que llevaba una capa alrededor de los hombros, Tika se hizo una idea más concreta de su apariencia. Era

un humano y, a juzgar por la musculatura de sus brazos, uno de los más gigantescos que había visto nunca, con una complexión que la anchura de los omóplatos acababa de perfilar. Estaba acuclillado, de espaldas y, ajeno al escrutinio de la posadera, alzó la mano.

¡Blandía el martillo de Caramon!

«¿Cómo se atreve a manipular las cosas de mi esposo? —se encolerizó la mujer—. Corpulento o no, todos son iguales cuando caen inconscientes al suelo.»

Decidida a darle un escarmiento, elevó el cazo...

—¡Cuidado, Caramon! —gritó una vocecilla aguda.

El grandullón, frente a tan urgente aviso, se puso en pie y dio media vuelta. El recipiente culinario se estrelló contra el entarimado estrepitosamente, mientras el martillo y sus inseparables clavos corrían idéntica suerte.

Llorando de alegría, Tika se arrojó a los brazos de su amado.

—¿No es fantástico, Tika? Te has llevado una sorpresa mayúscula, ¿verdad? Vamos, di que sí, no me defraudes. ¿Habrías aplastado el cráneo de Caramon de no impedirlo yo? Quizá me he precipitado al interrumpir un reencuentro tan interesante, aunque creo que a tu marido no le habría sentado nada bien. ¿Recuerdas cuando atacaste con un objeto semejante a un draconiano que se disponía a maltratar a Gilthanas?

Tal fue la retahíla de comentarios y preguntas que formuló Tasslehoff mientras sus supuestos contertulios se abrazaban. Éstos nada contestaron, porque nada oyeron. Se contentaron con mirarse, con fundirse en uno solo, y el kender notó un delator humedecimiento en sus lagrimales, que le impulsó a esfumarse de la escena.

—Será mejor que baje y os aguarde en el comedor —propuso, y se encaminó hacia la escala.

Ya al pie del árbol, el hombrecillo penetró en la pulcra, acogedora vivienda que se alzaba bajo el cobijo de su sombra. Después de sonarse la nariz, jovial como siempre, emprendió la investigación de todos y cada uno de los muebles.

—Todo parece indicar —razonó, admirando un recipiente de vidrio esmerilado repleto de galletas que, distraído, incorporó a sus saquillos sin dudar ni por un instante de que lo había colocado de nuevo en su alacena— que Caramon y Tika permanecerán mucho rato en el vallenwood, acaso varias horas. Tengo, pues, una magnífica oportunidad para clasificar mis pertenencias.

Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, volcó sobre la alfombra el contenido de sus bolsas y, mientras mordisqueaba algunas galletas en un absoluto ensimismamiento, inició el inventario. Lo primero que atrajo su mirada fue un pliego de mapas que le había regalado Tanis. Desenrolló los documentos, uno después de otro, y con un dedo siguió, en una ruta verdaderamente intrincada, los parajes que había visitado en sus innumerables correrías.

—Viajar me ha proporcionado experiencias enriquecedoras —recapituló—, pero ninguna tan grata como el retorno al hogar. Me alojaré junto a esta pareja, instituiremos una familia y yo, al fin, gozaré del merecido solaz. Incluso me asignarán un aposento privado en el nuevo refugio. Caramon así me lo prometió. ¿Qué es esto? —cambió de pronto el voluble hombrecillo, prendidos los ojos de uno de los documentos cartográficos—. ¿Merilon? Nunca oí hablar de una ciudad con ese nombre. Me gustaría saber qué aspecto tiene...

—No, Burrfoot —replicó el Tas maduro, sosegado—, se terminó tu época de trotamundos. Tu acervo de historias para relatar a Flint está más que completo. De manera que a partir de hoy olvidarás esa inquietud de adolescente y te convertirás en un

respetable miembro de la sociedad. A lo mejor hasta te nombran alguacil «honorario».

Recogiendo el mapa que había excitado su curiosidad, perdido en una ensoñación en la que ya desempeñaba las funciones de su cargo —sin meditar, claro está, que pocas funciones había de ejercer dada la apostilla con la que él mismo había rematado el título—, cerró el alargado estuche y se enfrascó en el recuento de sus tesoros.

—Una pluma blanca de pollo, una esmeralda, una rata muerta... Por cierto, ¿de dónde la saqué? No importa, sigamos: un anillo tallado en forma de hojas de enredadera, un dragón dorado en miniatura que, hagamos un inciso, no he depositado yo en mi bolsa, un fragmento de cristal azul, un colmillo reptiliano, pétalos de rosa *Hiemis*, una pata de conejo de esas que llevan los niños a modo de talismán y... ¡Caramba! Aquí están los planos del ascensor mecánico de Gnimsh y también un libro, *Técnicas de la prestidigitación para pasmarse y deleitar*. ¿No es increíble que la casualidad haya puesto en mis manos algo tan útil? ¡Oh, no! —se lamentó—. ¡Otra vez el brazalete de Tanis! No me explico cómo se las arregla el semielfo cuando no estoy a su lado y rescato todo lo que él extravía. Es demasiado descuidado. Me asombra que Laurana se lo consienta.

«Parece ser que no queda nada —continuó hurgando en el saquillo por si quedaba algo—. Cada uno de estos artículos evoca una vivencia apasionante, entrañable. Y, a propósito de vivencias, son muchas las que me vienen a la memoria, tantas que me hago un lío al recordarlas. He conocido a varios reptiles alados, navegado en una ciudadela flotante —enumeró—, roto un Orbe de los Dragones, incluso me he transformado en ratoncillo y, como colofón de todas estas maravillas, he trabado íntima amistad con el mismísimo Paladine.

«También he vivido instantes de tristeza —reconoció—, pero su carácter negativo se disipó hace tiempo y no ha dejado más huella que un dolor casi imperceptible en este órgano infatigable —se refería al corazón, y se presionó en el pecho con los dedos—. Añoraré mucho mis andanzas pasadas, la vida errabunda, y quizá aún me animaría a hacer alguna escapada si mis compañeros no se hubieran aposentado. Sin embargo —se sermoneó al advertir que su mitad irracional comenzaba a entusiasmarse— en lugar de intentar arrastrarles, lo que he de hacer es imitar su ejemplo y llevar una existencia feliz, placentera. Si consiguiera el puesto de alguacil honorario llevaría a cabo actividades fascinantes...»

Se interrumpió porque en su postrera exploración de los saquillos, escondido entre sus pliegues, había tanteado algo. Se trataba de un artículo de reducido tamaño, que debió de haber quedado oculto en el forro antes de que el hombrecillo invirtiera la bolsa y no cayó, por consiguiente, con el resto de los enseres. Tirando de él, Tas lo sacó al exterior y lo sostuvo en la palma de una mano, no sin dar un respingo al identificarlo.

«¿Cómo ha podido Caramon cometer esta negligencia? ¡Ni siquiera se ha percatado de que ya no lo tiene! —se escandalizó mentalmente—. Aunque he de decir en su descargo que, en las últimas etapas de nuestro viaje, eran muchas las preocupaciones que le abrumaban. Le comunicaré mi hallazgo y él decidirá si conviene restituírselo a Par-Salian.»

Tan concentrado estaba en estudiar aquel colgante liso, sin atractivo de ninguna especie, que no reparó en que su otra mano, actuando por propia iniciativa, puesto que él había renunciado a la vida aventurera, burlaba su vigilancia y se cerraba sobre la funda de los mapas.

—¿Cuál era el nombre de aquel burgo? ¿Merilon?

Era alguno de sus dedos el que había solicitado tal aclaración, en secreto coloquio con los demás, ya que Tasslehoff no sentía ningún deseo de desplazarse de un sitio a otro como las tribus nómadas. Sin hacer indagaciones para desenmascarar al

culpable, ni sorprenderse por haber recuperado aquellas piezas que le arrebatasen en un mugriento calabozo —quién se las dio y en qué circunstancias es un enigma impenetrable de los múltiples que figuran en los anales de Krynn—, el kender fue mudo testigo de las manipulaciones de su mano, que se apresuró a atiborrar de nuevo los saquillos.

Puesta ya a buen recaudo toda su colección, la furtiva y afanosa mano suspendió una bolsa de los hombros, anudó dos o tres al cinto e introdujo una más en el interior de los calzones rojos, que, llamativos y nuevos, vestía su desobedecido amo.

Con idéntico desacato, los ágiles dedos comenzaron a activar los resortes de la joya opaca y sin interés hasta trocarla en un cetro de prodigiosa belleza, pues a sus titilantes incrustaciones se sumaba el embrujo de la magia.

—Cuando hayas concluido —regañó Tasslehoff a la desvergonzada mano—, te quitaré el ingenio y se lo entregaré de inmediato a Caramon.

—¿Dónde se ha metido Tas? —inquirió Tika, dejándose acunar por los cálidos y fuertes brazos de Caramon.

El hombretón juntó su mejilla a la de su esposa y, mientras besaba los rojizos bucles, musitó:

—No podría garantizarlo, pero tengo la vaga impresión de que ha farfullado algo acerca de esperarnos en casa.

—O, lo que es lo mismo —bromeó la mujer—, a estas alturas ya no nos queda ni una cuchara.

El guerrero sonrió y, sujetando el mentón femenino con dos dedos, le dio un beso prolongado, sentido, en los labios.

Una hora más tarde, todavía entre arrullos, la pareja caminaba a través de las estancias de su futura vivienda, delimitadas por tabiques a medio construir. Mientras paseaban, Caramon señaló las mejoras que quería hacer ahora que era capaz de planear su tarea.

—Ésta será la habitación de nuestros hijos pequeños, al lado de la nuestra —especificó—, y en la más apartada instalaremos a los mayores. No, dividiré el espacio en dos alcobas. Varones y hembras se sentirán más a sus anchas separados. A la izquierda, la cocina; en la parte trasera, el habitáculo de Tas, para respetar su independencia, y en la zona más soleada, se hospedarán los invitados, Tanis y Laurana...

Enmudeció al llegar a la única dependencia que había terminado, aquella con el emblema de los nigromantes tallado en una insignia que, caprichosa, se columpiaba en la brisa. Tika le miró y su rostro risueño, ruboroso, asumió una máscara de pálida seriedad.

Caramon alargó una mano, desprendió la placa de su gancho y examinó unos minutos su superficie antes de alargársela, afable, a su esposa.

—La confío a tu custodia —susurró, palpable su emoción—. Sólo te pido que no la destruyas.

—No lo haré. —La posadera escrutó los rasgos de su marido, rozando tímidamente los cantos de la insignia y el símbolo arcano en ella inscrito—. ¿Vas a contarme lo sucedido, Caramon?

—Algún día —aseveró el aludido, al mismo tiempo que la envolvía en un abrazo y la estrujaba, amoroso—. Algún día —repitió y oteó la ciudad que, a sus pies, se desperezaba antes de empezar una nueva jornada.

Mientras jugueteaba con los seductores rizos de su mujer, vislumbró, a través de las tupidas hojas del vallenwood, el tejado de la posada. Oyó un murmullo de voces,

unas alegres, refunfuñantes otras, todas adormecidas, e impregnaron su olfato los aromas de las hogueras que, transportados por el viento, invadieron el valle. Así, difuminó el fresco verdor una bruma que propagaba un mensaje de vida en su olor a leña y alimentos.

Caramon abrazó el cuerpo de su dama y, sumergido en el halo de plenitud que exudaban todos sus poros, notó cómo el amor surgía de su ser para brillar eternamente, más níveo e impoluto que la luz de Solinari o los fúlgidos resplandores de un globo cristalino, un puño de bastón de mágicas cualidades.

Suspiró, pesaroso por lo que podría haber sido, pero con la complacencia que otorga la perspectiva de una dicha perenne.

—No hay nada por lo que deba perturbarme; estoy en casa —concluyó.

VOTOS NUPCIALES

(Repetición)

Pero tú y yo, atravesando ardientes praderas,
caminando en la oscuridad de la tierra,
confirmamos a este mundo, a estas gentes,
los cielos que les dieran vida,
los vientos que nos despiertan,
este nuevo hogar en el que estamos.
Y todo se hace más importante
tras la promesa de una mujer y un hombre.